

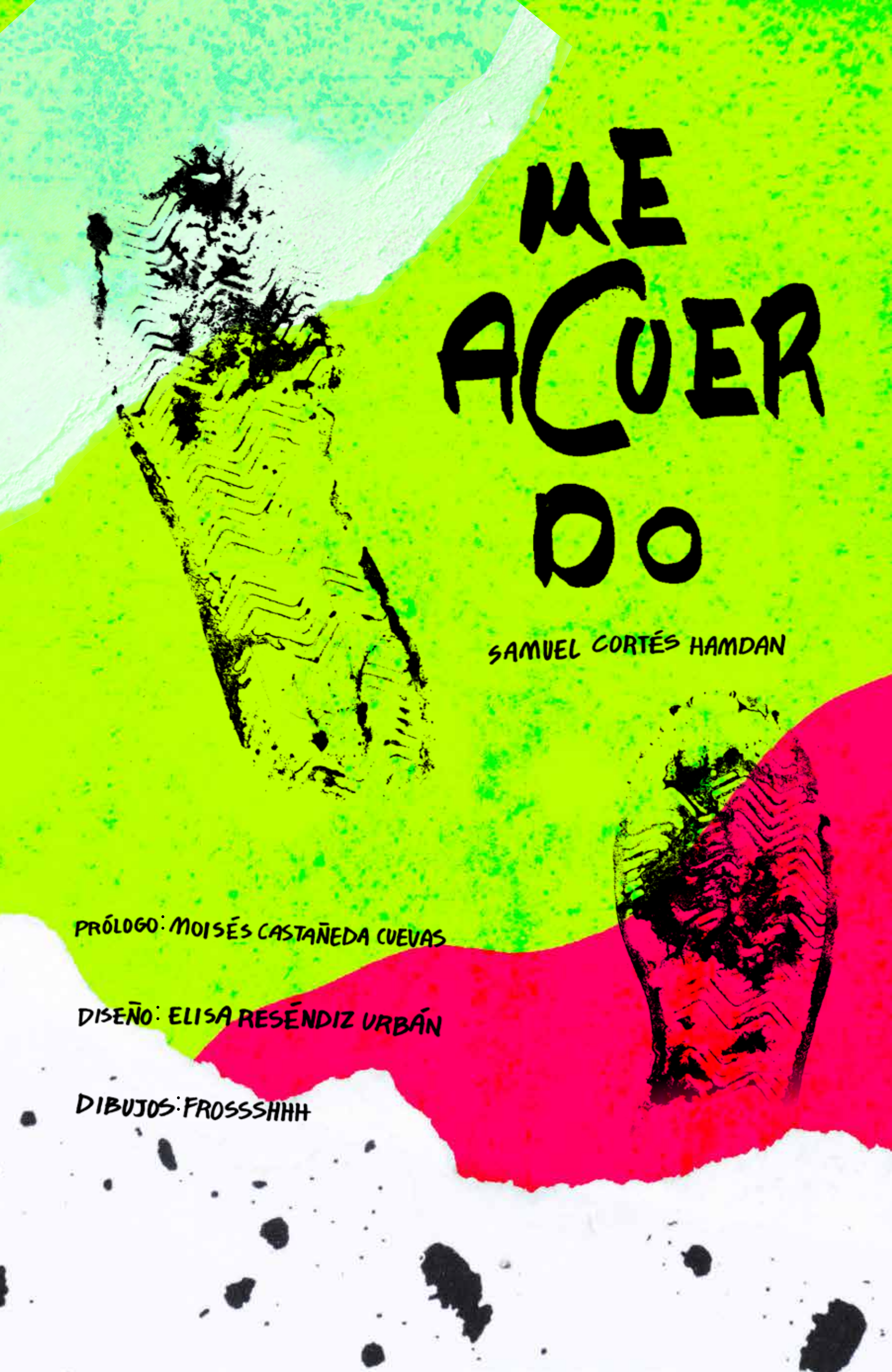
ME ACUER DO

SAMUEL CORTÉS HAMDAN

PRÓLOGO: MOISÉS CASTAÑEDA CUEVAS

DISEÑO: ELISA RESÉNDIZ URBÁN

DIBUJOS: FROSSHHH





ME ACUER DO

SAMUEL CORTÉS HAMDAN

PRÓLOGO: MOISÉS CASTAÑEDA CUEVAS

DISEÑO: ELISA RESÉNDIZ URBÁN

DIBUJOS: FROSSHHH





Primera edición, marzo de 2022

Prólogo de Moisés Castañeda

Diseño editorial de Elisa Reséndiz

Ilustraciones de Miguel Mondragón

Editado y formado en la Ciudad de México.

Se autoriza la reproducción de este material siempre que se otorgue el correspondiente reconocimiento al autor, la diseñadora, el ilustrador y el prologuista, de acuerdo con las articulaciones de la licencia Creative Commons.

This work is licensed under the Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International License. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/> or send a letter to Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.

Hoy también pasaré la mayor parte de las horas de mi vida reconstruyendo Bizancio. He recordado cada día, sin fallar una sola vez, lo que, quizá, no ha existido: al oriente de la ciudad de los ciegos (Constantinopla), donde los griegos pusieron la segunda piedra, está la ciudad de los temerosos (Antioquía) y el sello de la Casa Alta, la luna creciente y la estrella, símbolos de su victoria sobre Filipo.

Lutfallah

Ikram Antaki, *El secreto de dios*

Nuestros entornos son imprecisos, llevamos el sol dentro, un viejo imperativo, categórico, de Manuel Kant. Manuel no tuvo hijos, es una pena. Menzel y Gottfried Keller tampoco. Quizás todo habría sido muy distinto si hubieran sido caballitos de mar: el imperativo un poco menos categórico, el aglutinante menos trascendental. Pero en aquel entonces no se podía exigir nada semejante.

Günter Eich, *Caballitos de mar*

Leo Zuckermann: *¿Por qué no tenemos un libro de José Antonio Meade?*

José Antonio Meade: *Sale la semana que entra.*

Carlos Loret de Mola: *¿Cómo se va a llamar?*

José Antonio Meade: *¿Eh? No me acuerdo.*

Emisión del 7 de mayo de 2018 del programa de Televisa *Tercer Grado*

Se van aglomerando teselas de lenguaje

Quince minutos. ¿Qué son quince minutos dentro de un día, dentro de un año, dentro de un siglo? Si tuviéramos quince minutos para recuperar algo de nuestra vida, ¿qué sería? ¿Cuánto sumarán todos los quince minutos que la humanidad le roba a la producción capitalista de cuando en cuando? ¿Se juntará, al menos, una pequeña eternidad? Y, de ser así, ¿se tratará acaso de una eternidad que podamos disfrutar en vida, una eternidad susceptible de compartirse? Pareciera que con este libro Samuel Cortés Hamdan nos invita a sopesar esta posible eternidad por medio del recuerdo, del acto de recordar febrilmente, mejor dicho. Traer de vuelta algo al corazón, se llega a leer en internet cuando se merodea entre etimologías y afirmaciones cursis. Pero el escritor oriundo de Guadalajara no usa el verbo recordar, más bien emplea acordar, acordarse, él se acuerda: me acuerdo, me acuerdo, me acuerdo, nos dice embriagado página tras página, como en su momento hicieran Georges Perec y Margo Glantz. Y en uno de tantos meacuerdos, afirma que el corazón es un molino de carne. Un molino de carne que trabaja quince minutos al día, un molino de carne que sirve para oponerse a las exigencias fútiles pero apremiantes del patrón. ¿Fútiles, dije? ¿Apremiantes, dije? Quise decir absurdas, estériles, lacerantes. Nada de esto pasaría si no fuera por esos terribles grilletes que

llamamos fracaso, pobreza, hambre, miedo, soledad. ¿Para qué robarle quince minutos al sistema si no se tuviera una ardorosa necesidad de decir y decirnos y decir a los otros, de recuperar una hebra del tiempo que se nos arranca a fuerza de explotación de una manera por demás cobarde y mustia y violenta? Quince minutos son quince minutos, y en quince minutos, con algo de poesía y voluntad, se puede volver a parir el mundo. O quizás no, quizás sólo nos engañamos con el inquebrantable sueño de la literatura. ¡Quizás nada!, de hecho sólo nos engañamos. Pero hay en este engaño una cosa digna y admirable. El caso es que Samuel se engañó, o se convenció, o lo que sea, e intentó cobrarle algo con el calor de sus manos, y el rojo dolor de su sangre, y la barroca y tremenda voz que ostenta, a esas burocracias laborales que le robaban y le carcomían la vida en nombre de la estupidez suprema de la historia. Vivimos tiempos atroces (siempre ha sido así), tiempos que exigen una literatura capaz de desafiar su atrocidad. Hay que intentarlo, aun a sabiendas de que nos estamos engañando. Y me parece que Samuel lo intentó con honestidad y coraje y pasión.

Este libro repleto de recuerdos, ¡pero qué digo repleto!, este libro que es una gruesa trenza de recuerdos, no se desarrolla del punto A al punto B, es decir que no se trata de una línea recta a través del tiempo y la sensibilidad. Aquí lo que sucede es que todo se va correspondiendo a partir de resonancias, de ecos, de palabras ondulantes que devienen imágenes. Y estas imágenes lo que buscan es palpar y reconocer el cuerpo cristalino y neblinoso de lo vivido; adentrarse y desentrañar, desde una sana imprecisión, los acontecimientos y las dudas y las suposiciones que se congregan y sintetizan dentro de los quince minutos que un empleado le roba a su jornada para escribir de prisa y no sentirse por completo aplastado. Estamos ante una apuesta estética que pone por delante el clamor cotidiano de los huesos, la necesidad de fluir a lo largo de un valle de nervios quebrados y dialogantes. Porque lo impostergable es dar con las combinaciones verbales que conduzcan al otro y, al mismo tiempo, lo expresen a uno. Es hallar esos abrevaderos personales y colectivos, esas cópulas dulces y amargas y misteriosas, esas conexiones que comienzan en los poros de la nariz y terminan en las copas de los árboles.

No he dicho con claridad algo importante: este libro es una autobiografía de juventud. Una autobiografía que opta por abrazar lo asimétrico de la miscelánea. A Samuel no le interesa ofrecer un recuento pulcro y ordenado sobre su experiencia, más bien se esfuerza por indagar en el palpito de la carne confundida y revuelta, en esa maraña de angustias y esperanzas que nos empuja a la comunión y al desencuentro, a la miseria y a la plenitud, al estancamiento y a las posibilidades ilimitadas. Aquí lo que pende es un racimo de intuiciones, atisbos y tentativas que se dispersan por los caminos del hambre, la sed y la frustración, por la historia política latinoamericana y la crueldad de sus hechos, por la tristeza desmenuzada al calor de una rutina esclavizante, pero también por la comida que vale la pena volver a comer pasada por la sazón de la memoria, por las palabras fraternales y amorosas que cobijan del frío que desprende la zozobra, por los viajes y los aprendizajes que curten el carácter y entregan perspectivas de mayor amplitud; aquí lo que se inflama es una voluntad que pugna por no ceder ante la expresión burocrática y taimada, por no empantanarse en la inercia de los discursos reproducidos en serie sin apenas acariciar ni discutir ni demoler. Aquí lo que resplandece son las mitologías, las voces y las anécdotas que se cumplen a lomo de poesía robusta, prismática, especular.

El conjunto del libro puede ser visto como un mosaico vital. Sin embargo, sus piezas no concuerdan a la primera de cambio. Hay que meditar sobre el porqué de cada suceso, vincularlo con otros, seguir con gracia el ritmo de las historias y el de los sueños y las pesadillas que subyacen tras ellas, sortear espacios y tiempos fragmentarios que luego coinciden en las coordenadas del amor y del odio, de la confianza y del resentimiento, de la melancolía agobiante y de la crítica luminosa, de la observación aguda y del chiste lírico. Al ir conformando su imagen, el poeta-trabajador que se sienta a teclear su vida a hurtadillas durante un cuarto de hora también va conformando la imagen de una ciudad, de un país, de un continente, de una literatura, de una gastronomía, de una dictadura perfecta, de una familia migrante, de unos amigos hermosos y despostillados, de una sociedad riquísima en matices y diversidad, de una época abyecta y estimulante. Y es así como se van aglomerando teselas

de lenguaje deslumbrantes, partes hermanas de una enunciación potente y neurótica y liberadora que invita a embellecer la ignorancia y a escribir como se pueda. A veces las teselas se corresponden sin problemas y brindan una porción de paisaje espléndida, mientras que en otras ocasiones no hay conciliación posible: queda tan sólo un enigma entre las comisuras del aire.

La voz de Samuel en este libro es una voz que no se puede encasillar con facilidad. En ella arde una tradición formidable. Se aferra a los pasos de Ramón del Valle Inclán, de Federico García Lorca, de César Vallejo, de Pablo Neruda, de José Lezama Lima, de José María Arguedas, de José Revueltas, de Nicanor Parra, de Ricardo Garibay, de Fernando Arrabal, de Manuel Puig, de Fernando del Paso, de Reinaldo Arenas, de Pedro Lemebel... Y pareciera que, como ellos, no quiere ceder un ápice a la convención tranquilizadora, a la pulcritud idiomática que se inclina por el uniformamiento aséptico. Lo que quiere en este libro la voz de Samuel es explorarse el interior de las costillas con astucia y severidad, dar con la luminiscencia de los musgos y de los cadáveres que el tiempo va dejando entre los resquicios del idioma. Musgos y cadáveres que no sólo son sinónimo de fértiles secretos y de batallas a muerte, sino también abono para treguas y caricias limpiadas, flujos subrepticios que sirven para entender y asumir las espinas de nuestra doliente condición. Por eso en este libro la voz de Samuel destaca la dimensión poética de lo cotidiano que lo ha ido moldeando como individuo: la canción que brota del encuentro del tololoche con un buen plato de carnitas; el impulso que hermana el ingenio de un niño que con su bicicleta improvisa una máquina de helados con la avidez del adicto a la cocaína en piedra que malbarata su bicicleta por unos minutos de sublime placer; la cultura que fríe embutidos con formas de animales marinos a medio metro de un sistema de cloacas casi inconmensurable; el estudiante de letras que lee a duras penas las grandes obras literarias bajo la luz macilenta del paradero del metro Taxqueña; la alegría de encontrarse con un tlacuache a la mitad de la noche y la desolación de hallar los cuerpos sin vida de las mascotas propias después de que fueran envenenadas. Pero la voz de Samuel en este libro no sólo se queda con eso. Asimismo, plasma

e interpela los sucesos políticos y sociales que marcaron su vida a lo largo de treinta años: la caída del muro de Berlín, el apogeo del neoliberalismo, el tratado de libre comercio, el levantamiento zapatista, el asesinato de Colosio, las torres gemelas, la guerra contra el narcotráfico, el movimiento YoSoy132, la noche de Ayotzinapa, el terremoto de 2017, la inminente derrota del PRI en las elecciones de 2018, entre muchos otros. De ahí que la voz de Samuel en este libro no se pueda conformar con un lenguaje llano y autocomplaciente; al contrario, por momentos tiene que echar mano de la corriente barroca latinoamericana para ponerse a la altura de una realidad tan exigente, desigual, vertiginosa y funesta como la mexicana.

Uno de los vasos comunicantes más sobresalientes en el entramado del libro es el establecido por México y Chile, polos de la cultura hispánica en el continente americano. Para Samuel la relación entre ambos países implica una honda y apasionante reflexión. En este sentido, el cine de Alejandro Jodorowsky, las novelas de Roberto Bolaño y la poesía de Hernán Lavín Cerda se perfilan como referentes capitales de un intercambio artístico que ha resultado decisivo en su vida y en su formación. Sobre todo en cuanto al último de los aludidos, poeta exiliado de raigambre quijotesca que optó por forjar una obra personalísima y desaforada que se aleja de cualquier soborno mediático o económico. Samuel encuentra en la vida y la poesía de Lavín un faro y un compromiso: la intención implacable e irónica de mantenerse al margen de las bagatelas en beneficio de la autenticidad estética y de la exploración poética sin amarras. Otras afinidades provenientes del territorio austral y comprendidas en el libro son las destinadas a Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Salvador Allende, Enrique Lihn, Raúl Zurita, Mon Laferte y 31 minutos, sin olvidar la fascinación que la angosta geografía del fin del mundo ejerce sobre Samuel, quien se siente incapaz de expresar de manera adecuada que casi todo en Chile es litoral.

Por último, pensar sobre las implicaciones de escribir una autobiografía de juventud me lleva a la siguiente pregunta: ¿por qué alguien tan joven como Samuel tendría interés en iniciarse literariamente por medio de este formato? Sé que en la literatura mexicana contamos con algunos ejemplos semejantes, nada menos que los de Salvador Elizondo y Carlos Monsiváis,

PRÓLOGO

pero lo cierto es que el género autobiográfico es uno de los más abandonados, y todavía más si se añade el factor juventud. Del amplio abanico de respuestas a esta cuestión, elijo la siguiente: Samuel lo hace como un acto de resistencia. Resistencia que desde luego va de la mano de los quince minutos que le roba al opresivo sistema. Es como si no quisiera ceder ante lo que el mercado y la estructura cultural oficialista le exigen. Hay numerosos concursos y becas para ensayo, poesía, cuento, novela, dramaturgia y tantas y tantas cosas alternativas y novedosas, pero la autobiografía, y más si es de juventud y por parte de un autor inédito, se ve relegada a una ínfima o nula posibilidad de apoyo y difusión. Pues bien, parece que a Samuel todo esto lo tiene sin cuidado. Escribió el libro que necesitaba y deseaba escribir, sin obedecer más que a la suma de sus llagas y a la conflagración de sus miserias, a esa tristeza tan suya que es consustancial a su esqueleto, a ese llamado ardoroso que lo motiva a expresar el mundo con una sangrante intensidad. Y no le importa si libros como éste quedan para siempre medio escritos ni si nadie los lee, ya que son lo que en este momento puede y quiere ofrecer. A fin de cuentas, como dice en uno de los meacuerdos, lo profesional es inferior a lo humano.

Moisés Castañeda Cuevas, Ciudad de México, noviembre de 2021

ME ACUERDO

ME ACUERDO

Samuel Cortés Hamdan

Me acuerdo de la sabrosura de la palabra *tololoche*.

Me acuerdo de las tortillas carbonizadas.

Me acuerdo de que en la preparatoria intentamos vandalizar un departamento para embriagarnos.

Me acuerdo del tlacuache que vi zangolotear lentamente la cadera en la Unidad Latinoamericana de Copilco en una madrugada de lluvia. Estuvo a menos de un metro de mis tobillos y fue fascinante. Luego se espantó y se fue.

Me acuerdo de que me tomo 15 minutos para desobedecer y escribir, y luego sigo trabajando.

Me acuerdo de calles privilegiadas en cuyas construcciones no existe la pobreza, como Miguel Ángel de Quevedo.

Me acuerdo de que los frijoles parecen pequeños riñones.

Me acuerdo de la belleza de la palabra *hojalatería*.

Me acuerdo del vendedor de tacos de canasta del pasillo que va de la Facultad de Filosofía y Letras al Jardín del Edén, en Ciudad Universitaria. Alguna vez la seguridad del campus trató de remover a los ambulantes y él anduvo campaneando a los uniformados; desaparecía y aparecía para colar sus tacos de papa con bistec, “son la moda en Francia”, le gustaba jurar. Cuando volví a encontrármelo

sin necesidad de huir, firme en su sitio, quizás con insensibilidad social le dije: “Creí que te habían matado”. “Yo soy inmortal”, reviró.

Me acuerdo que luego supe que el vendedor se llama Vicente. Me decía *Caprice* por mi pelo rizado.

Me acuerdo de la conducta coloidal del flan.

Me acuerdo de que lo profesional es inferior a lo humano.

Me acuerdo de que el tinaco en la ciudad es la jungla.

Me acuerdo de que una vez lloré sobre mi cama antes de dormir porque uno de los personajes de los Muppets Babies, el científico de pelo anaranjado, no podía hablar, sólo emitir chillidos medio frenéticos. Yo lo sentía atrapado en la incomunicación y se lo dije a mi madre, quien me miraba con angustia.

Me acuerdo de que cursé la secundaria del 2000 al 2003.

Me acuerdo de que alguna vez me aficioné falsamente al beisbol, le pedí a mi papá que me comprara una manopla, fuimos a jugar no más de dos veces a los jardines acuosos de Cuernavaca, y él desató una erudición que yo desconocía: me habló del jabón de calabaza, del ablandador de pieles, de la disciplina de cuidar la manopla.

Me acuerdo de que alguna vez incluso me bajé en una peletería del Estado de México, tuvo que ser cerca de Toluca, para preguntar por una sustancia para suavizar la piel de la manopla, no sé cuál. El encargado sólo negó y me miró con extrañeza.

Me acuerdo de que vi ganar a los Cachorros de Chicago la Serie Mundial en la televisión de un bar en Ensenada; lo mejor fue la sonrisa de Bill Murray.

Me acuerdo de que la poesía debe cultivarse con cuidadosa pasión autocrítica y canora o morir de humilde silencio.

Me acuerdo de que cuando nos mudamos a Ailé, en Santo Domingo, estrenamos una televisión donada por Burgos y lo primero que vimos fue una entrevista del expresidente Vicente Fox al exgobernador de California Arnold Schwarzenegger: diálogo de derechistas convencidos de que el otro es mano de obra.

Me acuerdo de que conocí a Quino, el autor de Mafalda, en una firma de autógrafos en Perisur hacia el año 2000.

Me acuerdo de que decidimos renunciar a un trabajo abusivo e imbecilizado por la ambición de alguno de sus integrantes mientras estábamos sentados en un restaurante aledaño a los accesos del metro Chapultepec, quizás en frente de unos chilaquiles con tasajo.

Me acuerdo de un niño que se subía a mi cuerpo para usarlo como plataforma de clavados en las lagunas de Chacahua, en el surponiente de Oaxaca. Era minúsculo, tenía unos tres años, llevaba un calzoncillo azul y repetía su acción sin preocuparse por mi opinión sobre sus maniobras. Alegre, desorientado, sólo alcancé a preguntarle: ¿Cómo te llamas? “Sony”, me dijo antes de desaparecer con otro clavado en el agua.

Me acuerdo de un niño mesero en Oaxaca que llevaba las tlayudas a los comensales indicando con dulzura infantil una palabra: “Quesillo”.

Me acuerdo de que mi mamá se atiborra las manos de huesitos y aceite cuando come mojarra, de que le gusta rebosar su taco de bistec con papas, nopales, frijoles y comerlos lentamente con las manos. Un espectáculo escurriente y repleto.

Me acuerdo de que me gustan los lápices.

Me acuerdo del poeta brasileño Horácio Costa, quien plantea una reescritura de la historia del universo ahora concentrada en lo minúsculo trascendente para *El Libro de los Fracta* y de que esas fascinaciones merecen una especulación mayoritaria que quizás nunca aparezca.

Me acuerdo de que una vez sentí que desfallecía de amor y quise maltratarme para enredar el rizo de mi dolor: bajé descalzo a la calle y metí los pies en un charco de lluvia.

Me acuerdo de que la primera vez que me embriagué, lo que decidí motivado por las anécdotas de mis amigos de la Prepa 6, me tomé un botella de vino en la sala de casa de mi madre en unos 40 minutos; me sentí divertido y me acosté en el sillón a dormir.

Me acuerdo de que cuando leía *El señor de los anillos*, en la secundaria, cada que cruzaba el Canal de Miramontes de regreso a casa me gustaba imaginar que vadeaba un río. Las corrientes, claro, eran los microbuses que van del Deportivo Xochimilco a Tasqueña y de regreso, además de los automovilistas de ayer y siempre.

Me acuerdo de que Nicanor Parra sentencia que el automóvil es una silla de ruedas y de que en USA la libertad es una estatua.

Me acuerdo de que en México la esperanza es una panadería.

Me acuerdo de que la ciudad automotriz ya era violenta cuando yo era adolescente, pero mucho menos que ahora, donde la frustración de no poder avanzar vuelve a los conductores déspotas armados de sus sillas de ruedas motorizadas.



Me acuerdo de que una computadora asaltada por pelos de gato ilustra la pelea entre la vanguardia aséptica y la descomposición orgánica, que es irregularidad, tibieza, olor y caos.

Me acuerdo de que aburrirse puede ser soberano.

Me acuerdo de los Hermanos Rincón y su niño robot, quien le dijo a su abuela que le diera cuerda para ir a la escuela.

Me acuerdo de que tardé años en entender que las paletas de coca que vendían en el patio de la primaria estaban hechas con coca-cola como primordial sustancia activa.

Me acuerdo de que conocí el helado de gansito. ¿Y de qué está hecho?, le pregunté a la dependienta. De gansito, resolvió.

Me acuerdo de los Meridian Brothers, banda colombiana con una poesía personalísima e irónica donde abundan carniceros, medievalesismos en technicolor, clarinetes cercanos al sueño y peleas por el amor de una persona.

Me acuerdo de que desarrollé una enorme frustración estética en el periódico Reforma, sentenciado como estaba a subir notas a destajo de reporteros que escribían inmensamente mal, cuyas mediocridades podían ser fácilmente superadas con una mano amarrada a la admiración por la lengua, pero la planeación divina no lo había dispuesto así.

Me acuerdo de que la amargura de mi alma oprimida por la circunstancia laboral estallaba como forúnculo en borracheras los fines de semana.

Me acuerdo de que en Chile busqué obsesivamente una novela de Enrique Lihn, *Batman en Chile*, y no la encontré: libro más o

menos proscrito quizás también por el desafán editorial, pero principalmente por el golpe de Estado de 1973.

Me acuerdo de que a veces me asalta una rabia que no logro explicar y que me gusta imaginar que podré aprender a desahogar constantemente en un ejercicio de escritura más o menos desobediente, más o menos fluida y desesperada.

Me acuerdo de María Zambrano narrando bellamente en su recepción del Premio Cervantes que, tras ser obligada a abandonar su país luego de la derrota de la segunda república en manos del traidor Francisco Franco, exiliada en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, se preguntó de qué les hablaría a sus primeros alumnos mexicanos. “Sin duda alguna, acerca del nacimiento de la idea de la libertad en Grecia”.

Me acuerdo de que la primera vez que pisé la Facultad de Estudios Superiores (FES) Aragón, lo hice para buscar a mi novia, para visitarla, para ir por ella. Entré a su lado para aprender a volver a entrar por ella en otras ocasiones.

Me acuerdo de que los bolillos minúsculos producen devoción.

Me acuerdo del Súper Súper Chanco Alcancía y de la ambición de Tulio Triviño, enloquecido por la fama.

Me acuerdo de los mestizajes atrevidos de Boris Vian en *El otoño en Pekín*.

Me acuerdo de que las computadoras pueden llorar.

Me acuerdo de que he creído que existe un arte significativo y uno insignificante; el significativo es el que busca alguna especie de ardor, de cura profunda, de revelación de las instancias violentas

de una época histórica o de un episodio personal. El insignificante se distrae en las apariencias inclusive bien aprendidas y cultiva las relaciones públicas, sin invención verbal.

Me acuerdo de que el lugar común efectista en un escritor publicado me hace pensar que no ha descubierto el ejercicio de recrearse en el lenguaje y de tratar de precisar difusamente la realidad con una congregación de afirmaciones y rupturas, con alguna presunción definitoria siempre inconclusa. *Nombrar y hacer el nombre en la ceguera palpatoria*, describe José Lezama Lima.

Me acuerdo de que discutía sobre Balzac con mi amigo Manuel en la Prepa 6 sin haberle leído al francés una sola línea.

Me acuerdo de que todavía no he leído a Balzac.

Me acuerdo de la tarea permanente de hacerle un lugar a la emoción en cualquier ámbito, incluidas las burocracias, algo que ilustró bien Terry Gilliam en su *The fisher king*.

Me acuerdo de que tengo 30 años y de que Carlos Monsiváis y Salvador Elizondo intentaron autobiografías tempranas más o menos a esa edad.

Me acuerdo de que me emocionó leer la categorización de que Monsiváis escribió un único libro de ficción, *Nuevo catecismo para indios remisos*, que quise leer en la Biblioteca Central de la UNAM y lo logré. Ironía ardorosa, broma hiriente sobre una verticalidad extendida en el mundo: la de la jerarquía católica y sus engendros.

Me acuerdo de que, pese a todas mis frustraciones, el periódico Reforma me dio varios entrenamientos importantes sobre las tareas críticas del periodismo, aunque a veces sólo se manifiestan como aspiración.

Me acuerdo de que he apostado mucha de mi estabilidad espiritual al anhelo de escribir.

Me acuerdo de que la imaginación no necesariamente revela su significado cuando se la desata, de que quizás su significado es la condensación como testimonio de lo real devorándose.

Me acuerdo de las varias veces en que amanecí solo en mi casa del Multifamiliar Presidente Alemán, en la Colonia del Valle, triste por haber pasado tantos días sin abrazar a nadie.

Me acuerdo de que he llorado mucho en el 2018.

Me acuerdo de que los envases de salsa de soya escritos en inglés producen un involuntario y bello poema en español: *soy sauce*.

Me acuerdo de un cuento infantil que escribí y que empezaba diciendo: “Zoroastro no se fiaba de las ventanas cerradas”. Había un pterodáctilo, una ensalada y una persona sola.

Me acuerdo de que las jarras de plástico me recuerdan a Valle de Bravo.

Me acuerdo de que los patrones repetitivos en tejidos orgánicos me causaban alguna ansiedad, alguna aprehensión, algún placer ilocalizable; y de que cuando aprendí que el fenómeno se llamaba *tripofobia* más o menos dejé de sufrir esas sensaciones.

Me acuerdo de que ahora mismo no sé cómo me siento, de que necesito una especie de colchón emocional para poder percibirme libre de amenazas e intentar el carisma, la relajada conversación que confíe en que el otro no va a matarte, pero esa certeza o posibilidad luego se mezcla con inestabilidades y angustias, con unas ganas de llorar como refrenadas, un goteo sin ubicación.

Me acuerdo que le presté un libro de Samuel Beckett a Emiliano Mora, me advirtió que nunca me lo devolvería y así lo hizo: se lo regaló a una chava de la que quería estar enamorado.

Me acuerdo que una vez Emiliano Mora y Neto pasaron por mí a la esquina de Madero y Eje Central; a mí me emocionaba verlos, era desde mi perspectiva empezar la fiesta o abandonarse ya a la parte intensa y prolongada de la fiesta, pero ellos arribaron graves, como detectives de corazón roto, me pidieron que me apurara y evadieron mis preguntas. Andaban sufriendo desamores de borrachera: combinaciones de saturación estética, como un maguey en una azotea.

Me acuerdo del orgullo paralelo, por contagio, que me produce el proyecto enciclopédico de Jorge Ayala Blanco sobre el cine mexicano: su comentado abecedario.

Me acuerdo que esos proyectos delirantes y desproporcionados de escrituras me generan alguna fortaleza apasionada, me subrayan la belleza de la convicción de que hay que desvivirse por una motivación estética sin sufrir demasiado la oportunidad de sus resonancias.

Me acuerdo de que Ayala Blanco asegura que la crítica cinematográfica debe ser en sí misma un género literario, otro ámbito de la invención verbal.

Me acuerdo de que disfruto la afirmación imprecisa, inapresable y que cambia cada vez; pienso que es un homenaje indirecto a lo caótico de una realidad como la mexicana, esencialmente simultánea, encimosa.

Me acuerdo de que muchas veces he buscado leer autores irreverentes y exorbitados en la búsqueda de licencias para mis propias intenciones de desproporción.

Me acuerdo de la belleza del título *Arrabal celebrando la ceremonia de la confusión*.

Me acuerdo de que la edición de cualquier libro es un milagro.

Me acuerdo que compramos una planta en el mercado de Cuemanco buscando una llamada *menta gatuna*; anduvimos de puesto en puesto triangulados por los consejos internos de los vendedores hasta dar con una señora que nos vendió una plantita que no era precisamente lo que buscábamos, nos lo advirtió, pero quizás mencionó la palabra *menta*.

Me acuerdo que bautizamos a la planta Thelmo Mangomi, en honor a la excelente película *Thelma* (2017), dirigida por Joachim Trier, y a las gomitas enchiladas con forma de mango que iluminan discretamente la Ciudad de México desde sus carromatos cautivadores.

Me acuerdo de que Thelmo murió de la peor manera posible.

Me acuerdo de que la aliteración pura conduce a los tacos de carnitas.

Me acuerdo de la dulzura y saturación de las enumeraciones.

Me acuerdo de que en la infancia escuchar de la mentada *crema de maní* en la televisión, obsequio del doblaje, era intrigante.

Me acuerdo de que la primera vez que supe de Santiago de Chile fue por *Garfield y sus amigos*, una transmisión del Canal 5 de Televisa que al final de cada emisión anunciaba que era doblada en esa ciudad tan espectacularmente emplazada por la Cordillera de los Andes.

Me acuerdo de que fotocopíé la obra de teatro *Fando y Lis*, de Fernando Arrabal, la leí y regalé el manojito de papeles me parece

que a Rodrigo Riquelme, con la condición de que hiciera lo mismo al terminar su lectura; ignoro si pasó a un tercer receptor.

Me acuerdo de que Fernando Arrabal ha sido uno de los autores que más envalentona mi búsqueda de descontroles verbales, de exageraciones emocionales, de denuncias atiborradas de imaginería.

Me acuerdo de que en su espléndido libro *La gallina ciega: diario español*, Max Aub estima que Fernando Arrabal sólo puede escribir así porque vivió en Francia, porque no es español, porque se desprendió de la dura tradición peninsular.

Me acuerdo de que escribo este libro robándole minutos a la jornada laboral: es mi microscópica rebeldía: soñar y suponer cuando se debería estar maquilando riqueza para los patrones.

Me acuerdo de que Reinaldo Arenas se celebra en el mundo y se despiden del cuerpo antes que anochezca.

Me acuerdo de que un comando policiaco nos extorsionó en una visita a las Lagunas de Zempoala, en Morelos, por una minúscula cantidad de mariguana que llevábamos con nosotros. Nos intimidaron con sus preguntas y armas largas para luego orillarnos a entregarles, al menos, un whisky, un aparato reproductor de discos compactos, dinero en efectivo, una chamarra y una maleta para poder llevarse su botín. Nos advirtieron que lo mejor era no mencionarle el abuso a nadie. A mi madre le dije que el reproductor, que era suyo, fue robado durante la madrugada en el bosque. Por ese episodio, entre otros, ella durante años me creyó torpe e incapaz de cuidar las cosas.

Me acuerdo de que me considero un analfabeta de la comunicación interpersonal: siempre accedo a la oportunidad de entablar-

me en intercambio con una persona desde el desconcierto y las expectativas astilladas.

Me acuerdo de que cuando en la clase de fonética y fonología conocí el concepto de *atonía* traté de darle un uso poético y escribí: genitales átonos. Sin sonido, no menos irreales, no menos legítimamente vivos sobre la piel del mundo.

Me acuerdo de que hay que remover el agua y que los zancudos decidirán si nos comen la sangre o nos desdeñan: nada sino agitar el agua.

Me acuerdo que se busca la ética desde la estética: aprehender belleza para proponer cómo comportarse con una apuesta constructiva hacia el mundo, entre la confianza en los intercambios y sus posibilidades, una promesa fácil y cotidianamente amenazada por la persistencia de las humillaciones y las amarguras.

Me acuerdo de creer que, si la vida es un atado de dolor, vale la pena intentar cualquier deseo con la tranquilidad de entender que moriremos, que el vecino puede sufrir lo que celebramos, que no hay mucho por lo que pensar que es para tanto.

Me acuerdo de la primera vez que vi a mi papá ponerse nostálgico y agarrar la peda para exacerbar sus emociones: fue en la cantina restaurante El Rey, de Delfín Madrigal, puso canciones de Selena, me invitó a distinguir el bajo en la grabación y pasaron las horas hasta que oscureció. Yo no entendía cómo era posible que hubiéramos pasado tanto tiempo haciendo muy poco en un mismo lugar, sentados ante una mesa. Con los años aclaré y reproduje ese ejercicio de emotividad medio contenida y medio escurrida en variedad de escenarios.

Me acuerdo de una representación de *El peatón del aire*, la obra de Ionesco, en un examen profesional de teatro en el Centro Nacional

de las Artes, me conmovió muchísimo y me quedé resonando el motivo: Peter Pan.

Me acuerdo de que la primera vez que probé el lsd vi un venado recostado sobre la curvatura del cielo y en torno de esa imagen traté de hacer varias veces un poema.

Me acuerdo de que entonces confundí las luces de un avión entrevistadas en las nubes con la posibilidad de una ambulancia aérea tomando las curvas de una escarpada cordillera imaginaria.

Me acuerdo de que me pongo plazos deshebrados en el trabajo para, al mismo tiempo, escribir mis devaneos y cumplir tareas: velocidad de dos tangos.

Me acuerdo de que leí con obsesión *El público*, de Federico García Lorca, sin comprender demasiado pero contagiado.

Me acuerdo de un concierto que dimos en la explanada de la Facultad de Arquitectura, donde, por no haber ensayado debidamente, nos permitimos aventar un desmadre cacofónico más o menos recibido.

Me acuerdo de que aprendí a tocar la guitarra en una iglesia bautista, que por un tiempo representó una oportunidad de desenvolvimiento en la vida y se me fue distanciando por sus intenciones francas de negocio, por su sectarismo irreflexivo, porque su maniqueísmo no proponía interrogaciones con la dignidad de las circunstancias.

Me acuerdo de que he sido muy perezoso para estructurar la escritura y el pensamiento; y que a la vez quizás el descuido saltante es algo que no debería moderarse.

Me acuerdo que el 1 de enero de 2015 visité a Denise en su casa de la Santa María la Ribera, me leyó el tarot y me dijo que una de las claves del panorama era que debía gozar más.

Me acuerdo de que me arde la piel de ira por no encontrarme.

Me acuerdo de que en la primaria humillaba a una compañera que creyó que una vez me tragué su goma, todo porque la engañé con una ilusión óptica. Se sentaba a mi lado y la maestra me miró con una reprobación muy singular: con la mirada me pedía que no abusara de la sensibilidad de mi compañera. Con los años, la vi acompañada de su madre y me dolió el corazón.

Me acuerdo de que la vida sucede y va saliendo quién sabe cómo, que los dolores se acumulan y transforman el esqueleto.

Me acuerdo de *Las ansias carnívoras de la nada*, de Alejandro Jodorowsky, donde confiesa que mezcló las voces de Pablo Neruda y Augusto Pinochet para lograr el sonido opresor de ese ser panóptico totalitario que habla en la novela como un macho gestor siempre a gritos de mayúscula.

Me acuerdo de que las pausas pueden ser revolucionarias si recrean el interior y a la comunidad, si se contraponen a la demolición.

Me acuerdo de que supe que existían osos hormigueros por la Pantera Rosa.

Me acuerdo de que la dignidad se cruza con el abuso y el desmembramiento del otro. Que la tensión permanente entre ambas tendencias la vivimos cada día en intensidades divergentes, basta con pagar los cinco pesos del acceso al metro para verlo.

Me acuerdo de que leer ha sido la poza de mi espalda, el jardín babilónico, la escultura delirante de Xilitla, la conversación con las corcholatas hundidas en el asfalto gomoso, la oportunidad del gorila en el camión, la indignación localizada.

Me acuerdo que me emocionaba leer en alguna cuarta de forros que Marco Antonio Montes de Oca exploró durante su carrera literaria un abundante caudal imaginativo; una afirmación que me cautiva por su sugerencia.

Me acuerdo de Jaime Woolrich, con quien jugaba backgammon en los parques.

Me acuerdo de que decidí ponerme a escribir este libro en una noche de insomnio después de un largo fin de semana de discusiones e inestabilidad emocional.

Me acuerdo de que conocí la masturbación y sus orgasmos medio por accidente, cuando me puse en el pene una máquina de masajes doméstica, la hacía vibrar hasta sentir un placer entonces inusitado.

Me acuerdo de que durante años tuve problemas para hablarles a las mujeres, incluso cuando sabía que alguna de ellas quería abiertamente bailar conmigo. Me costó mucho trabajo medio aprender a confiar en la fluidez de la conversación y la coquetería.

Me acuerdo de que me ha costado mucho trabajo emprender mis sueños, mis aspiraciones, siempre medio arredrado por no sé qué autocensura, por qué anticipado miedo al fracaso, por qué angustia frente al mundo.

Me acuerdo de que leer es encontrar legitimidad para las voces fragmentarias, la expresión sin sistema mayúsculo, mayestático,

la búsqueda del derecho de expresión y habla aun en su inanidad, su palidez, su velado gigantismo.

Me acuerdo de que el arte duele en la sien como jaqueca y como lirón del hueso.

Me acuerdo de que estudiaba alemán en una casa donde se oía cacarear a las gallinas; un compañero se quejó de los animales emplumados, dijo que le dificultaban concentrarse.

Me acuerdo de que Mayra y Jaime vivieron en la casa de una curandera guadalupana que mentaba letanías y sacudía ramos para aliviar a sus pacientes.

Me acuerdo de los mantos dibujados con arena colorada con que los habitantes de Santo Domingo honran a la Virgen de Guadalupe el 12 de diciembre.

Me acuerdo de que conversé sobre Juan Gabriel con un mesero del hotel Sheraton del Paseo de la Reforma.

Me acuerdo de que se aprende con dolores y abismos de desamparo que en la vida no devienen las correspondencias con soluciones o alivios como en la estructura dramática de una película.

Me acuerdo de que los mexicanos hablamos con amor de los tacos de tripita.

Me acuerdo de que muchos taqueros son güeros y primos.

Me acuerdo de que el eructo es la tripa que se asoma.

Me acuerdo de que quise leer con pasión el poema *Mirándola dormir*, de Homero Aridjis, por la tersura de su título; luego, cuando me dediqué a la faena, no pude.



Me acuerdo de Nélida Piñon diciendo en una entrevista para *El País* que “felizmente, el mundo es antiguo”.

Me acuerdo de que Patti Smith homologó su pensamiento al de personajes como Colin Powell y Dick Cheney al asegurar que el *Poeta en Nueva York* era un elogio a la libertad estadounidense, una fuerza que Lorca no encontró en su natal España, asediada por el autoritarismo de Francisco Franco. Todo parece señalar que Smith no leyó el libro.

Me acuerdo de que en las clases de literatura medieval me emocionaba entender que se hizo una literatura magnífica sobre las gorduras y las pestilencias, sobre el envilecimiento del cuerpo, sobre el antiintelectual y perentorio magnetismo de la carne: una manera de festejar la vida y su tendencia a la pudrición, al éxtasis efímero, al reconocimiento entre pastos.

Me acuerdo de que Toño me presentó las alucinaciones auditivas: narraciones sonoras hechas para dos audífonos donde se simula la percepción de las distancias y los utensilios mediante el oído. La que visitamos aquella vez simulaba una cita con el peluquero.

Me acuerdo de las salas de espera del ISSSTE, que son literalmente mortales.

Me acuerdo de que el profesor Gallo, homónimo de una barata cerveza guatemalteca que comprábamos en el Superama del Eje 10 Sur para regresar atiborrados al plantel universitario, nos leía poemas de Álvaro Mutis antes de comenzar la clase.

Me acuerdo que desde entonces recuerdo el verso: “Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales”.

Me acuerdo de que Gallo nos presentó al desechable colombiano Raúl Gómez Jattin, de alguna manera gemelo del chileno Pedro Lemebel, como que América Latina se imita tan excelentemente los dolores.

Me acuerdo de la idea chocante de que en Bogotá se habla el mejor español del mundo; afirmación en la necesidad de alabar las jerarquizaciones.

Me acuerdo de que me afané en la lectura de Rafael Alberti aunque no terminaba de cautivarme su contención telegramática, su cursilería en miniaturas.

Me acuerdo de que el primer libro que leí en la Biblioteca Central fue *Nueve cuentos*, de J. D. Salinger.

Me acuerdo de que admiro la escritura y amplitud erudita de Margo Glantz y de que su genio políglota y pluricultural, viajante, me hace sentir discriminado.

Me acuerdo de que la genealogía de mi papá es parecida a la del *José Trigo* de Fernando Del Paso: una familia lumpenizada, hacinada entre las brutalidades de la miseria, se desarrolla bajo el cobijo del puente de Nonoalco-Tlatelolco.

Me acuerdo de que todos los hermanos de mi papá, excepto Violeta, tienen nombres bíblicos: Francisco, Malena, Samuel, Esther, Esteban, Tomás, Moisés.

Me acuerdo de que mi papá tuvo un accidente cerebrovascular en 2015. Durante su recuperación me explicó que su hermana Violeta se llama así por la esposa de un misionero que trabajaba con los pobres de Tlatelolco y los convocaba al servicio religioso tocando el acordeón. La comunidad lo acosaba jaloneándolo de las barbas.

Las genealogías de los sufrientes, más o menos.

Me acuerdo de que aprendí en la escritura de Hernán Lavín Cerda la prudencia de la imprecisión: Alberto Rojas Giménez viene y no viene volando, pudo decir el chileno que decretaba en sus poemas: Yo soy la guitarra de Carlos Santana, yo soy el raspado mueble indiscernido de las grabaciones de Gato Barbieri.

Me acuerdo de que Hermeto Pascoal me hizo aficionarme a la música brasileña, más o menos, y a sus asombrosos caxixis y sus frenéticos panderos.

Me acuerdo de que, según Efraín Huerta, fuera del metro todo es Cuautitlán.

Me acuerdo de que el virtuosismo musical puede caber en un juguete de plástico.

Me acuerdo de que Hermeto Pascoal recurre al insulto contra sus familiares artísticos Caetano Veloso y Tom Zé, a quienes estima músicos menores, obsesivo con su técnica barroca probablemente.

Me acuerdo de Amparo Ochoa hablando de la cintura de cuerda prima y del pecho de guitarrón del vaquerito y de su estrofa que siempre me ha conmovido tanto: “Desde que te vi venir/ le dije a mi corazón/ qué bonita piedrecita/ para darme un tropezón”.

Me acuerdo de pensar que a las opresiones las acompañan las creatividades magníficamente elocuentes.

Me acuerdo de que aprendí en el municipio mexiquense de Nezahualcóyotl de la sabrosura de los elotes asados; sin mayonesa, sin aspavientos ni tenedores de plástico: sólo su gordita sabrosura descansando en su cama de hoja de elote. Cama orgánica, friccionada, húmeda y biodegradable.

Me acuerdo de que alguna vez viajamos en autobús de la Ciudad de México a Tapachula con el Ale y que le prometió al conductor un churro de marihuana cuando llegáramos a la frontera con Guatemala. Lo primero que hizo el cantante de la desaparecida banda “El tío Coco y los perros desgraciados” al llegar a Playa Linda fue forjar el cigarro y buscar al señor, quien se puso contento de recibirlo y desapareció discreto.

Me acuerdo de que, de regreso a México, el conductor del autobús me dejó en la esquina de Sauzales con el Periférico Sur, en Cuernavaca. Me metí al compartimento de abajo por la maleta y al salir me golpeé la cabeza, para su respetuoso y sabio escarnio: es la segunda vez, me dijo convidándome a cuidar la vida.

Me acuerdo de que acompañé alguna vez a Amali a comerse un lisd en su casa de la Unidad Latinoamericana, en Copilco, donde discutíamos sobre la etimología de la palabra *convidar*: llamar a vivir, nos parecía escuchar.

Me acuerdo de Terry Gilliam como un accidentado referente de cierto heroísmo creativo.

Me acuerdo de que, aunque atado a la narración central de la clase sobre literatura medieval o de los Siglos de Oro españoles, el profesor José Antonio Muciño Ruiz se las arregló para convidarnos a leer *El beso de la mujer araña*, la extraordinaria conversación novelesca de Manuel Puig: un atrevimiento del estilo y una denuncia política que me apresuré a visitar.

Me acuerdo de que Federico Álvarez nos incitó a leer *La princesa Gamiani, dos noches de pasión*; supuestamente el resultado de una apuesta entre su autor, Alfred de Musset, y Víctor Hugo, quien aseguraba que no se podía escribir un libro al mismo tiempo pornográfico y de alguna calidad literaria.

Me acuerdo de que fumaba marihuana para concentrarme mejor en las traducciones de tarea de las clases de latín.

Me acuerdo de que *Space Jam* es la mejor película de la historia del cine.

Me acuerdo de que no acudí a la conferencia magistral que impartió Rubén Bonifaz Nuño poco antes de morir en la Biblioteca Central. Lo veía llegar en su vochito azul a su oficina y siempre me quedé con ganas de, a gritos, recitarle sus propios versos a aquel hombre ciego: “Y cansados de esperar/ nacemos”.

Me acuerdo de que Bonifaz Nuño fue cuestionado sobre sus tareas de traducción, sobre su difícil *Eneida* y sus difíciles *Metamorfosis*. “Si no le gustan mis traducciones, léalas en latín”, espetó el profesor, me chismearon después los amigos.

Me acuerdo de que también en la Biblioteca Central conocí a Raquel Tibol, que en ese entonces me atemorizaba porque cometía la significativa imprudencia de interpelar a la audiencia y preguntarle qué sabían de marxismo.

Me acuerdo de que alguna vez deseé que se construyera la marisquería alrededor de una marimba imaginaria que no puede ser removida.

Me acuerdo de que se robaron mi segunda bicicleta luego de que la amarré a un farol obsoleto en una tarde de lluvia en la Colonia del Valle. Me metí a una tortería acompañado de Grecia y cuando salí había desaparecido.

Me acuerdo del doble posesivo del habla popular: su casa de ella, su mamá de Rafael, su tortería de Eréndira.

Me acuerdo de que Alejandro Jodorowsky asegura que durante generaciones se explotó un falso tarot de Marsella al que autores le impregnaban algún supuesto rasgo único inimitable para volverlo falsamente auténtico y asegurarse ventas. Tras explicar esto, afirma que hizo la última restauración legítima de la baraja y que la suya es la versión más acertada. Sus ediciones se venden caras en las librerías corrientes, con un precio superior al de otras presuntamente más chabacanas.

Me acuerdo de que la prisa es mala consejera, pero puede diseñar interesantes relámpagos en la cara y en los adoquines de las banquetas.

Me acuerdo de los borbotones del habla que a veces corren más rápido que los cerebros, afortunada y desafortunadamente, pero sobre todo lo primero.

Me acuerdo de que mi primera bicicleta la malbaraté y gasté el poco dinero que me dieron en cocaína en piedra.

Me acuerdo de que me atropellaron a bordo de mi tercera bicicleta en el cruce de Patriotismo y Progreso, una mañana de septiembre u octubre de 2017 mientras me dirigía al trabajo en la San Miguel Chapultepec. La oficina era vecina de Meme, voz y teclados de Café Tacuba.

Me acuerdo de que quise escribir una novela en la que Katy Perry y yo nos casáramos, con un paisaje de personajes en el primer capítulo que hiciera gala de la cultura de consumo inmediato angloestadounidense, Pedro y Vilma Picapiedra, Peter Pan, Pink Floyd, Robin Hood, Batman, Taylor Swift, Britney Spears, los Bee Gees, los Jackson 5, etcétera; y en la que se reflexionara sobre las influencias del espectáculo en la emotividad íntima de los miles anónimos. Con esa estrategia en mente leí *El país más viejo del mundo*, de Luis



Guillermo Piazza, y *Siempre Dolores*, de Paco Ignacio Taibo I, pero ya no avanzó ese sueño, ese balbuceo queriente y rasposo.

Me acuerdo del despliegue de presunción cultural que supuso la ceremonia de clausura de los Juegos Olímpicos de Londres 2012, un recorrido por bandas británicas que han marcado alguna historia de la música, de los Rolling Stones a las Spice Girls.

Me acuerdo de que ya había iniciado hace unos años (sería el 2013) un libro de fragmentos que se llamaba *La señorita delirante* e iría dedicado a Mari Lira, pero lo perdí en alguna de las transmigraciones computacionales. Lo extravié sin dolor, aunque me gustaría asomarme a esos resultados, como en una arqueología de uno mismo, una imaginación de lo que, emocionalmente y en la metáfora, he sido.

Me acuerdo de que Jaime Woolrich se burlaba de mis a veces innecesariamente rebuscadas afirmaciones verbales sobre cualquier cosa; muéganos verbales, devolví aceptando.

Me acuerdo de percibir sin especial investigación que varias editoriales pequeñas de México han sido deglutidas por los conglomerados empresariales cuyos intereses de ventas estructuradas en bloques de negocios impactan en la definición de la literatura. Incapaz de sustraerse del mercado, la literatura se coloca al servicio del amo.

Me acuerdo de que empecé a entender que había que leer sobre América Latina por quejas dichas como rumores en casa: sobre los exiliados de Chile, de España, sobre los chiapanecos rebelados contra las promesas de Salinas de Gortari.

Me acuerdo de que escribir estas líneas me hace sentir bien, me orienta y me estimula a seguir pensando.

Me acuerdo de que a veces quiero lograr la metáfora deliciosa, pero la incomodidad es harta y el pulmón no se alcanza a raspar.

Me acuerdo de que escribí hoy las 15 primeras páginas de este libro.

Me acuerdo de que Jorge Ayala Blanco platica que quiso publicar su ópera prima, *La aventura del cine mexicano*, con la elegante editorial ERA, fundada por Vicente Rojo, pero en cambio salió en la populachera Diana. Su enemigo cultural, Emilo García Riera, cercano a Octavio Paz, Gabriel Zaid, Salvador Elizondo, Juan Vicente Melo, Juan García Ponce y el grupo en torno a las revistas *Plural* y *Vuelta*, congeló la publicación, acusa el cinéfilo.

Me acuerdo de que quiero seguir soñando el sueño de la apreciación estética de un todo: un modesto patio lleno de basura y lodo, y una planta comprada para gatos que no se deciden a comérsela.

Me acuerdo de que todo culto a Batman requiere su Enrique Lihn.

Me acuerdo de que me dio fiebre en Morelia una vez que fuimos a tocar con Gilberto Gutiérrez, el todavía hoy pastor del grueso negocio que es la Iglesia Bautista Horeb, ahora emplazada en el Gran Forum Tasqueña y simultáneamente, como entonces, en la avenida Plutarco Elías Calles: arquitectura más o menos elitista en un barrio al mismo tiempo pobre y violento, presuntuoso y exhibicionista: la pantalla plana y la lata de chiles.

Me acuerdo de que creo que lo sé, pero el amor es quizás una configuración muy compleja de vaivenes y adaptaciones, una expresión de lo mejor humano y sus dolores.

Me acuerdo de la ternura conmovionante que me produce el verso de Caetano Veloso: *Nine out of ten filmstars makes me cry... I'm alive.*

Me acuerdo de que en el 2014 viajé a Tlacotalpan, Veracruz, al festival de jaraneros que cada año se desvela en un fandango masivo para celebrar a la Virgen de La Candelaria.

Me acuerdo de que me produjo una fascinación automática saber de la iglesia de la Virgen de la Soledad, emplazada en el barrio de La Merced, donde deseé hacer una película que confrontara cósmicamente a un centurión romano con una abeja reina y tuviera como largo primer plano un tapiz de dibujos infantiles.

Me acuerdo de que una vez me embarré toda la sudadera cuando traté de vomitar por la ventana de un microbús: la suma de una borrachera, una pericia deplorable y un vehículo lastimado por la fea vida. La prenda era roja y llevaba escrita una palabra en el pecho: Guanajuato, recuerdo de un viaje que hicimos a aquel estado mi papá, mi hermana y yo en el que conocimos el sepulcro de José Alfredo Jiménez.

Me acuerdo de que el hijo de Agustín Basave, Agustín Basave Alanís, tenía ganas de golpearme en un edificio de Polanco porque una reportera le preguntó a su amigo, Luis Donald Colosio Riojas, por el asesinato de su padre, candidato presidencial del PRI en 1994.

Me acuerdo de que conocí a una exnovia en una accidentada aventura periodística pagada por Guillermo Sesma, microvirrey ligado al Partido Verde.

Me acuerdo de la primera vez que llegué a Santiago de Chile; era de noche y caminé las banquetas de la Alameda. Entendí que estaba en otro mundo cuando vi la enorme bandera roja, blanca y azul que ondea en la cara sur del Palacio de La Moneda.

Me acuerdo del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile, un trabajo extraordinario de recuperación

del pasado y de escucha de los testimonios de tantas víctimas del régimen de Pinochet.

Me acuerdo de las portadas del diario El Mercurio exhibidas en el museo, que dan cuenta de la postura del organismo de comunicación alineado al régimen y propiedad de Agustín Edwards, magnate, amigo personal de Richard Nixon y gestor del golpe de Estado contra Salvador Allende. Fundado en Valparaíso, el diario es el más antiguo de América Latina.

Me acuerdo de que llevaba años sin ver a mi amiga Nina Avellaneda, escritora de cuentos de rabioso enamoramiento lésbico, y resultó una especie de irrealidad verla salir del metro Bellas Artes en Santiago y saludarnos, flanqueada por unos murales exquisitos de niños indígenas enormes mirándonos.

Me acuerdo de que caminando con ella quise comprar un libro de Martín Caparrós que encontramos en una mantita en la calle, pero me inhibió su manera austera de manejarse, su certeza de que comprar libros era un lujo.

Me acuerdo de comer completos con palta por primera vez una noche en, me parece, la calle de Brasil, en Santiago, donde también probé una cerveza de miel y días después encontré una réplica promocional del trono de hierro de *Game of thrones*.

Me acuerdo de una vez que fui a una borrachera en una presunta fábrica de cervezas en Loreto; probamos jarras de cerveza de coco, de frutas, de no sé qué tanto. No tenía ni un peso, tuve incluso que pedir cinco para tomar la combi que me devolviera a mi casita en Coapa la bella.

Me acuerdo de que trabajo como coordinador de reporteros desde diciembre de 2017, pero siento que no lo hago bien y sé que

no me gusta: preferiría dedicarme a filtrar temas en el orbe de las comunicaciones.

Me acuerdo de que en periodismo editar es en ocasiones sinónimo de rellenar, aunque quizás pocos editores lo admitirían públicamente.

Me acuerdo de que se me hace tarde para huir a la FES Aragón.

Me acuerdo de que una vez le ofrecimos un caleidoscopio a Hernán Lavín Cerda diciéndole que dentro podían contemplarse poemínimos. Son poemáximos, reviró con su voz grave de chileno extraviado.

Me acuerdo de que leí *Tres*, de Roberto Bolaño, en un asomo inesperado en la Biblioteca Central y me conmovieron especialmente los retratos de Enrique Lihn, quien batalló siempre con su falta de estudios formales y en el relato llegaba con un cheque de la Universidad Desconocida, y de Georges Perec, retratado como un niño hermoso protector y al que hay que proteger.

Me acuerdo de *Alicia en las ciudades*, de Wim Wenders, que filma una historia como la del Georges Perec niño que retrata Bolaño.

Me acuerdo de un concierto a únicamente cuatro voces que mujeres danesas nos brindaron a unas 60 personas en un auditorio del Centro Nacional de las Artes. Debió ser por el 2004, los amigos fumaban marihuana por primera vez, había llovido y fuimos deglutidos por las simulaciones de gaviota y de puerto de las cantantes.

Me acuerdo de que desarrollé una enamorada afinidad por la metáfora imprecisa, por el encuentro de contrarios, y que disfruto hallar testimonios de ese ejercicio de imaginación contrastante en la tradición.

Me acuerdo de que una vez vandalizamos de manera modesta nuestra entrada al Euro Jazz atravesando la cañada malamente ante los ojos de una policía que sólo por un microsegundo evaluó en verdad reprendernos, para luego rendirse.

Me acuerdo que decidí leer *Fiera infancia y otros años*, de Ricardo Garibay, cuando solamente escuché su título. Mi padre me lo recomendó, quizás retratado en los maltratos del libro.

Me acuerdo de que mi papá hablaba con el corazón desbordado sobre la autobiografía de Elías Canetti, cuyo primer tomo en la traducción de Alianza se titula *La lengua al oído*. Cuando revisé su ejemplar, encontré fragmentos subrayados sobre la muerte del padre; entendí que el mío probablemente había establecido un vínculo amoroso y nostálgico con la lectura, que describía su propio dolor de adolescente huérfano.

Me acuerdo de que Yadir describía con sed materialista la necesidad de posponer la religión en el sistema social y que yo le oponía el testimonio de mi padre, para quien el pensamiento teológico y la experiencia espiritual fueron soluciones de vida.

Me acuerdo de la camioneta tipo pick-up de Yadir, le pusimos un nombre que ahora mismo he olvidado, fuimos por tacos sobre ella y hasta a Atlacomulco, a una fiesta a la que llegamos a dormir. Entonces de regreso a México traté de intimidarlo poniéndole una cobija en el parabrisas trasero y eso provocó que nos detuviera la policía. También conversamos cualquier cantidad de cosas Mauro, él y yo en la cabina. Lindo.

Me acuerdo de que fuimos al comedor de la Facultad de Ciencias y cantábamos en lo que esperábamos nuestro turno para pasar por alimento: "Mama, el negro está rabioso, quiere pelear conmigo, avísale a mi papa".

Me acuerdo de que me enamoré de una muchacha en la Prepa 6 que una vez llevó unas sandalias naranjas porque las confundió con las rosas que sí combinaban con su atuendo.

Me acuerdo de Mercurio, el primer gato que llegó a nuestra casa de Florales, un gordito negro precioso que primero me cayó mal porque lo trajo mi hermana de la papelería, en la acostumbrada competencia boba entre hermanos, pero que aprendí a amar con el tiempo y él aprendió a tolerarme.

Me acuerdo de los canarios, uno verdoso y una completamente amarilla, que convivieron algún tiempo con el gato Mercurio con el catastrófico resultado de una costumbre en los asaltos del felino contra las jaulas de las aves: vibraciones de la vida en un departamento.

Me acuerdo de la Gorda, una gatita a quien nunca nombramos más y que mi madre conoció una vez que sacó su automóvil del cajón de estacionamiento y la halló debajo: su madre la había abandonado pensamos nosotros que por su deformidad congénita.

Me acuerdo del Grizzly, un gatito que fue torturado por los vecinos durante algunos días; arrinconado en una coladera, decidí llevarlo a casa y cuidarlo. Se tardó meses, pero aprendió a confiar y terminó acostándose en mi pecho para dormir.

Me acuerdo de que mi generación conoció un internet solidario y disidente, basado en la mutua interacción colaborativa, hoy cooptado por las grandes corporaciones, que lo constriñen como mercado a su favor y como una red de espionaje global: el panorama de los autómatas.

Me acuerdo de que Osamu, mi vecino en Coapa de origen japonés, subió a casa para instalar Napster en la computadora familiar.

La primera canción que descargamos fue “Beautiful day”, de U2.

Me acuerdo del gato con audífonos que conformaba la identidad gráfica de Napster.

Me acuerdo de *Lo & behold: reveries of a connected world*, documental de Werner Herzog sobre el internet, donde observa con su exquisito olfato renacentista a monjes budistas tuiteando, a ingenieros soñadores de California, a ladrones de datos y al mundo del privilegio tecnológico.

Me acuerdo de que, al parecer y en multiplicidad de ocasiones, la humanidad conversa exquisitamente consigo misma sólo en los focos culturales que ha autorizado el poder, que hace vertical la relación del mundo.

Me acuerdo de que Hernán Lavín Cerda nos presentó en clase a Werner Herzog; escribió lento en el pizarrón y pronunció con su acento chileno una palabra: *Fitzcarraldo*.

Me acuerdo de un Garfield diestramente dibujado en gis sobre el pizarrón de Lavín Cerda, quien al notarlo se extasió como un gato frente a una aceituna, le sobrepuso una sonrisa de perspectiva incoherente al personaje de Jim Davis y exclamó: “La sonrisa del señor profesor”.

Me acuerdo de los almenares de hormigón erguidos en alguna parte de la colonia Portales, en las inmediaciones del metro Ermita: irreverentes medievalismos de la mancha urbana.

Me acuerdo de que soñé que amigos me llevaban la tumba de Gokú, que se ubicaba en Tlalnepantla y se encontraba levemente profanada.

Me acuerdo de que quise aficionarme al frontón y de que, como tantas cosas en la vida, nunca concreté esa pulsión.

Me acuerdo de que reí tanto con Toño y el payaso pacheco que nos irritamos los cachetes porque los tallamos indiscriminadamente contra el pasto, tirados de alegría.

Me acuerdo de los pelos bicolores de Miguel Mondragón, ilustrador con quien comencé a trabajar en junio de 2018.

Me acuerdo de que quiero hacer cartón humorístico pero no sé dibujar.

Me acuerdo de que no saber dibujar es un pésimo pretexto ante la vida y ante las aspiraciones estéticas del alma.

Me acuerdo de las palomas del personaje central de *Ghostdog: The way of the samurai*, donde Jarmusch mezcla al menos dos cosmovisiones.

Me acuerdo de que el samurái de Jim Jarmusch disfruta observar el barco que construye su vecino sobre la azotea.

Me acuerdo de que a los edificios de la colonia Buenos Aires les vendrían bien diversidades de barcos sobre sus azoteas.

Me acuerdo del mestizaje cultural como un problema descrito por Rockdrigo.

Me acuerdo de que quise escribir un poemario sobre Björk, Manu Chao, Pink Floyd, Hermeto Pascoal y otras vacas sagradas.

Me acuerdo de las ensoñaciones peyoterías del monero Jis y de sus ramalazos de lucidez emocional.

Me acuerdo de que Martín Caparrós sugiere que, antes de escribir un libro, hay que decidir si lo que se va a decir es absolutamente necesario. Se equivoca.

Me acuerdo de que alguien me explicó que el auditorio de la FES Aragón es conocido como *Elefante blanco* y es tan bello o más que la Sala Nezahualcóyotl de la zona cultural de Ciudad Universitaria.

Me acuerdo de la belleza de la inutilidad, de lo necesario de ser gratuito.

Me acuerdo de que conocí el trabajo de Luis Guillermo Piazza mientras hacía mi frustrado servicio social en la fonoteca de Radio UNAM, ubicada en el Palacio de la Autonomía, bodega sonora en las inmediaciones del Templo Mayor: testimonio de ciudades emplastadas.

Me acuerdo de jugar a los listones en el patio de casa de mi madre.

Me acuerdo de jugar a las cebollitas.

Me acuerdo de que disfrutaba especialmente jugar a las escondidillas.

Me acuerdo de las estatuas de marfil.

Me acuerdo de que todavía cabe preguntarse quién es ese jicotillo que anda en pos de Doña Blanca.

Me acuerdo de la primera vez que vi un tlacuache. Fue en Cuernavaca, el Ale lo notó mientras manejaba su vochito azul y dijo que eran de buena suerte. Yo me emocioné tanto que grité y el marsupial se asustó y huyó.

Me acuerdo de que la riqueza de la escritura es muchas cosas y debe abarcar muchas licencias, del mole rojo al testimonio, de la denuncia de vena profunda al rehilete de mármol, de la ensoñación babélica al gorgoteo durmiente.

Me acuerdo de la búsqueda de la oportunidad de las amígdalas.



Me acuerdo de la gelatina de piedra que imagina Fernando Del Paso en el *Palinuro de México*.

Me acuerdo de que cuando me recosté en el asta bandera del Zócalo capitalino para leer el *Palinuro* un malabarista me hizo conversación mientras descansaba sus músculos sudorosos y sus pinos para el aire.

Me acuerdo de que conocí una Facultad de Filosofía y Letras menos cooptada por la obsesión de descoyuntar el espacio físico con macetones y jaulas, mutilación que fomentó José Narro desde la rectoría.

Me acuerdo de la precariedad generalizada en México, donde quienes viven un poco menos mal que los miserables también soportan constantes paletadas de dolor material.

Me acuerdo de que viajar en metro en la Ciudad de México es una violación constante a la integridad humana que todos acabamos calladamente por aceptar: mitocondrias de la metrópoli, danzas de la resignación.

Me acuerdo de la proliferación de goteras en el subterráneo.

Me acuerdo de que la imagen imprecisa puede ser inaugural. Me acuerdo de que la imprecisión de la imagen es un ámbito de generación de ideas, porque lo inaprehensible faculta lecturas hacia lugares inesperados, siempre diferentes en cada lector húmedo.

Me acuerdo de que soñar con la delicia de leer es más fácil y fluente que vivir, una práctica atravesada de falta de dinero, frustraciones cotidianas, obediencias estériles a la ubicua formalidad y ampollas entre los dedos de los pies.

Me acuerdo de cuando cambié de trabajo, comencé en el nuevo y me aburrí muchísimo; mi madre, consejera, me aclaró: “Los trabajos no son para divertirse”.

Me acuerdo de que la proliferación creativa en los escritores no me parece un descuido siempre ni una imprudencia; pero también me lo puede parecer fácilmente, como con Carlos Fuentes.

Me acuerdo de la violencia de hablar.

Me acuerdo de que conocí de la razón poética de María Zambrano en la Facultad de Filosofía y Letras y pensé que su pensamiento explicaba y localizaba con placer enunciante algunas de mis inquietudes intuitivas: yo no quería excluir del rigor de la crítica, el análisis y el pensamiento la delicia de la sensibilidad y sus difusos ganchos felpudos.

Me acuerdo de que reseñé a Antonio Tenorio para Cultura UNAM y me pareció, justo, un pésimo exponente de la prosa como presunta conjura de la sensibilidad: en sus cuentos todo era afectación y manierismo; o sea, estilo aprendido, nunca apetencia con bacterias, ni mandíbula, ni extravagancia sincera.

Me acuerdo de que Fernando Alegría dice que la intoxicación por gas marea, aturde, da hambre y vuelve genuina la vida en su intensificación imprecisable y abarcadora.

Me acuerdo de que cuando comencé a viajar al municipio de Nezahualcóyotl me extasié en el barroquismo de su comida en las calles: elotes, birria, salchipulpos, tacos de suadero, malteadas, flanes y otras lunas.

Me acuerdo de que, aunque apasionantes, tantos negocios de comida en Neza son expresión de la precariedad de un país obligado al subempleo y la informalidad sin cobijo del Estado.

Me acuerdo de que ver aterrizar los aviones del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México desde el andén del metro Pantitlán me recordaba al arranque de la irreductible película de Werner Herzog *Fata morgana*.

Me acuerdo de que casi ningún mexicano con el que haya conversado cree demasiado en recibir algún respaldo oficial, alguna protección del sistema.

Me acuerdo de que crecer en México es entender la ironía y la contradicción temprana y dolorosamente.

Me acuerdo de que crecer en México envilece y vuelve astutos hasta a los mejores.

Me acuerdo de que muchas veces no he emprendido mis proyectos literarios por terror al fracaso o a la falta de talento.

Me acuerdo de que disfruto escribir anécdotas en Facebook; en una de ellas narré cómo un anciano a bordo de una bicicleta minúscula me rebasó en la ciclovía de Nuevo León y, con voz aguardientosa, me gritó: “¡Hasta la vista!”, dueño de su burla y de su victoria.

Me acuerdo que anoto las frases deliciosas que escucho en la calle de algún tiempo a esta parte; todo comenzó más o menos desde diciembre de 2013, cuando en las fiestas de fin de año oí a un niño decir sosteniendo un cuete: “esta es parte hermana de una dinamita”.

Me acuerdo de las cocacolas de vidrio y las bolsas de chicharrón que colgaban de las paredes de las tortillerías del Pedregal de Santo Domingo, barrio fascinante y tremendo como cualquiera.

Me acuerdo de que casi no conozco amigos que no sufran de precariedad.

Me acuerdo de que huelo a sudor.

Me acuerdo de que remozaron en una ocasión el cruce de Acoxpa y Prolongación División del Norte, en Villa Coapa, y que como parte de los trabajos pusieron un par de esculturas de adultos mayores desnudos y deformados por el peso del dolor y la edad. Las obras, propositivas de un sufrimiento y un desgaste demasiado humanos, duraron poco y fueron sustituidas por una escultura figurativa de una familia heterosexual, esbelta, contenida y feliz, creo que con las manos al aire para perseguir o alcanzar una mariposa o un canario.

Me acuerdo de que casi no conozco los estados del norte del país.

Me acuerdo de que en agosto de 2017 viajé a Cuatrociénegas, Coahuila, y a Monterrey, Nuevo León, por espontánea invitación de mi carnal Rurik, que ahora vive en Alemania.

Me acuerdo de que en Cuatrociénegas visitamos una mina de mármol abandonada y convertida en atractivo turístico; en la cúspide encontramos zapatos abandonados.

Me acuerdo de que estoy inserto en una oficina ahora mismo, llorando la hermosa vida.

Me acuerdo de que quise filmar un cortometraje en blanco y negro sobre la soledad interior; una de las escenas sería una bailarina

recorriendo el enorme camellón del Viaducto mientras avanzaba con una falda azul gigante al ritmo del tambor árabe de cuyo nombre no puedo acordarme.

Me acuerdo del tambor batá que escuché mencionar a Emmanuel en algún ensayo del Rey Mono, una banda que formamos en el Peñón de Nezahualcóyotl.

Me acuerdo de que Emmanuel conoció el tambor batá en un viaje a Cuba.

Me acuerdo de una amiga de Atenas que, con acento argentino, de madrugada le dijo una vez a Yadir en el estacionamiento de la Facultad de Filosofía y Letras: “La milonga es un lugar donde se baila tango”.

Me acuerdo del medio melón en la cabeza y las rayas de la camisa pintadas en la piel.

Me acuerdo de que los 31 minutos referenciaron a Goyeneche con un peluche que invita a reír porque en la vida siempre vas a fracasar, porque mañana también estará nublado, porque no eres musculoso, porque no eres talentoso.

Me acuerdo de que Guaripolo declaró en televisión, durante la cápsula ecológica usualmente precedida y temporalmente abandonada por Juan Carlos Bodoque, haber hallado una fuente inagotable de energía: la quema de llantas.

Me acuerdo de que Amali fue a París y me contó que los catalanes hablan varios idiomas: inglés, catalán, castellano, alemán, francés, pero que difícilmente distinguirían una llanta de un neumático.

Me acuerdo de que me sigue fascinando el discreto poderío poético de la idea central de una canción de Chico Trujillo: “me convertiste en santo”.

Me acuerdo de que renegué de tener celular durante algún tiempo pero me emocioné cuando mamá me regaló el primero, de pantalla azul y teclas naranjas, en los primeros años del siglo.

Me acuerdo de que nunca he comprendido a las toronjas.

Me acuerdo de la belleza del título *El discreto encanto de la burguesía*.

Me acuerdo de que me extasiaba pensando en la inmensidad de la Central de Abastos, submundo millonario que sintetiza las varias bocas del país en un vistazo hambriento, rebosante, jitomatesco, pestilente y cefalópodo.

Me acuerdo del sapo brujesco terrible extasiante magnético que compone la contraportada del álbum *Live: Evil*, de Miles Davis.

Me acuerdo de que mi estómago exige justificación vital ante la estética.

Me acuerdo de que compré en la Facultad de Derecho una edición en Porrúa de los *Ensayos* de Montaigne y que todavía hoy ni siquiera he hojeado ese ejemplar.

Me acuerdo de que tampoco he leído a Santa Teresa, cuyas *Moradas* también adquirí en Porrúa y quizás en la misma Facultad de Derecho: título que, creo, es una metáfora de las habitaciones invadidas del influjo de dios, lo que describiría con delicia algunos de los hematomas de la mística.

Me acuerdo de Juan Stam, misionero y evangelista nicaragüense que les regaló a mis padres un ejemplar invaluable con un título centrado y escueto: *Poesía campesina de Solentiname*.

Me acuerdo de que jugábamos conquián en las inmediaciones del Jardín del Edén, en Ciudad Universitaria, y Yaya se acercó a

molestarnos preguntándonos qué hacíamos para desafiar nuestro compromiso con la escuela. Estamos estudiando a los clásicos medievales, le contesté.

Me acuerdo del Festival de la Primavera, una fiesta colectiva con varios conciertos simultáneos para recibir el equinoccio desde las calles del Centro Histórico.

Me acuerdo de un festival de quizás el 2008 donde escuchamos mambo, hip hop, rock, y terminamos cantando con Jaime López en Gante: “Sácalo, sácalo, antes que nos lleve el diablo”.

Me acuerdo de que me parecieron muy sabrosas las ambivalencias emocionales de la canción “Vete derecho al infierno”, que conocí en ese concierto de López.

Me acuerdo de que disfruto mucho las paradojas de “Causas y azares”, la canción de Silvio Rodríguez.

Me acuerdo de que no sabía que Rodolfo Walsh fundó una agencia de prensa, lo aprendí en *Ernesto Guevara también conocido como el Che*, de Taibo II.

Me acuerdo de que leí *Sin noticias de Gurb* por consejo de Morita; un atisbo por el que me aficioné al autor catalán.

Me acuerdo de Alí, una compañera delgada de cabello crespo que fue asesinada por su entonces novio. Era excelente en el backgammon, generosa, integradora, estudiante de letras clásicas y platicamos alguna vez de la *Farsalia* de Lucano.

Me acuerdo de que jamás imaginé antes de mis 29 años que vería un partido de la Selección Mexicana en el comedor de empleados de Televisa, pero que finalmente atestigüé así los

tres goles que le metió Suecia a Memo Ochoa en el Mundial de Rusia 2018.

Me acuerdo de que disfruté muy poco la victoria de Francia sobre Croacia en la final de ese certamen.

Me acuerdo de que me atraieron mucho las palabras de Christian Martinoli al terminar el partido: “el Mundial es un torneo en el que participan todos y siempre ganan los mismos”, dijo dilapidando la presunta pluralidad del deporte global.

Me acuerdo de que la simulación es constancia en el ámbito visible.

Me acuerdo de que asistí a Polanco para escribir una crónica sobre la misa que los herederos de Maximiliano de Habsburgo le celebraron al archiduque en los 150 años de su ejecución.

Me acuerdo de que dudé mucho de ir a la misa en Polanco porque me sentía ridículo tratando de perseguir una crónica, siempre asaltado por inseguridades como soy; acababa de renunciar al periódico Reforma y llegué levemente tarde al evento.

Me acuerdo de que creo haber aprendido que los sentimientos del desamor y el desamparo existencial no desaparecen con la edad.

Me acuerdo del anciano que en Félix Cuevas nos dijo que tenía un dolor que no podía operarse y que tendría que arrastrar hasta su muerte; vendía galletas polvosas desde un carrito.

Me acuerdo de una frase de María Luisa Puga: “¿Qué tiene el acordeón que se parece tanto a la angustia?”

Me acuerdo de la demoledoramente sincera, a veces opresiva y confesional *Pánico o peligro*, novela de la Puga sobre el amor

como experiencia de intimidad difícil y sobre la amplitud acosada del ser en la clase media mexicana, entre otros temas.

Me acuerdo de que el nombre de la Puga se asocia bellamente a Mazatlán, a Nairobi, a Pátzcuaro, a Acapulco, a la nada sorpresiva Ciudad de México.

Me acuerdo de las irreverencias eclécticas y sinuosas de Gilberto Gil, quien compuso una canción para su Volkswagen.

Me acuerdo de que la interrupción es la dinámica cotidiana de mi trabajo como editor.

Me acuerdo de que coordinar es espantoso, porque realmente se coordina poco, todos rebosan sus inquietudes en vez de asumirlas y yo me extravié en lo que no es mío.

Me acuerdo de un poema de Ted Hughes que reitera: “agua quería vivir, volvió llorando”.

Me acuerdo de que me parece una metáfora ricamente inquietante el título de una película de Michael Haneke: *El séptimo continente*.

Me acuerdo del multiorgasmo como quien mira una nutria.

Me acuerdo del monstruo de Gila que conocí en el vivario de la Facultad de Estudios Superiores de Iztacala; cuando la visitaba era sólo Escuela Nacional de Estudios Profesionales.

Me acuerdo de que mi ignorancia se fascinó al saber que había una Escuela Nacional de Música (hoy Facultad) donde uno podía dedicar la vida a estudiar violín, fagot o flauta.

Me acuerdo de que la escuela pública es un milagro atiborrado de gusanerías y úlceras, como la irritada vida misma.

Me acuerdo de la frivolidad como talento.

Me acuerdo de Andrés Lund Medina, mi profesor de lógica, ética y estética en la Prepa 6, quien nos introdujo a la noción del arte como juego.

Me acuerdo del énfasis de José Antonio Muciño en la convicción de que la teoría persigue a la literatura para explicarla y jamás hay que hacer la operación a la inversa: usar a la literatura para justificar la teoría, lo que acusaría una posible enajenación intelectual.

Me acuerdo de que aprendí que podía hacerse con el pepino una especie de caballito tequilero que rebosar de jugo de limón y chile piquín: una manera de tatuarse alguna más o menos obvia mexicanidad.

Me acuerdo del adjetivo *lanceoladas*, útil para señalar a las hojas y habrá que saber para qué más, en la invención de la oportunidad.

Me acuerdo de que el pensamiento paradójico explica quizás imprecisamente, pero ofrece alguna especie de tranquilidad metafísica.

Me acuerdo de que Jaime Augusto Shelley me dijo, como motivante contraejemplo oportuno ante unos versos que le llevé, que el *Altazor* era un magnífico borrador.

Me acuerdo de que aprendí que Vicente Huidobro fue candidato a la presidencia de Chile y que se visualizaba a sí mismo con algún nimbo imperial.

Me acuerdo de que una de las genialidades de Lavín Cerda es que describía ese fenómeno de abuso político con una fascinación infantil ante la riqueza plástica de su absurdo.

Me acuerdo de que la película *Taxidermia* por su demoledora abundancia me parecía de una duración agotadora e interminable: me sorprendió saber que la componen sólo 90 minutos.

Me acuerdo de que llorar mata y da de vivir.

Me acuerdo de que a veces uno siente el pecho como el cruce del Paseo de la Reforma y el Eje Central: núcleo de sombras con desniveles y escurrimientos de agua pútrida.

Me acuerdo de que no sé expresar con suficiente pasión verbal lo atrayente que me resulta pensar que casi todo en Chile es litoral.

Me acuerdo de la decena de leones marinos echados que vi a unos 20 centímetros de mí en las playas de Coquimbo, cuando decidí caminar la bahía que separa esa ciudad de La Serena. Bostezos, resuellos, pestilencia, grosores, narices felinas inmensamente durmiendo.

Me acuerdo de que La Serena se inundó alguna vez por la ira del Océano Pacífico y arrastró sus lengüetazos hasta la casa de la Gabriela Mistral, hoy aledaña a una sede de la Televisión Nacional de Chile, según revelaba alguna plaquita turística.

Me acuerdo de que en la Ciudad de México todo es monumental, aunque a veces no lo comprendamos.

Me acuerdo de que las megalópolis son siempre enfermas.

Me acuerdo de que el equivalente para mi generación de la influencia que ejerció en la estética de Manuel Puig el melodrama de las películas en blanco y negro serían las caricaturas y los programas de concurso mastodónticos de la televisión.

Me acuerdo de la Genki-dama de Gokú.

Me acuerdo de que en una marcha del movimiento #YoSoy132, en 2012, llevé una pancarta que decía: “Haré una Genki-dama”, en referencia a la necesidad de unir voluntades colectivas anónimas de manera masiva para derrotar a Enrique Peña Nieto y al PRI. Pese a la imprecación verbal, el candidato tricolor ganó la presidencia gracias a una operación masiva e irregular de captación del voto.

Me acuerdo de que el agobio puede asaltar de cualquier forma.

Me acuerdo de que hablar a veces ofende.

Me acuerdo de la belleza visual de la disposición de la escritura en la página.

Me acuerdo de las abundancias estéticas de Manuel Felguérez y de su correlación con Alejandro Jodorowsky en *La montaña sagrada*.

Me acuerdo del arrojo voluntarioso y gratuito de disfrutar la rareza o la minucia, la morcilla o la peonza, la jicotea o la jícama, la jarana o la jaiba, la marsupia o la orquídea.

Me acuerdo del pachimbodio, árbol espinado que conocí una vez que decidimos recorrer un vivero en Coyoacán bajo los consejos de la mariguana para fascinarnos con los helechos y los bonsáis. Hallamos un Buda coronando una fuente, composición contenida en un jardín minúsculo.

Me acuerdo de la ambivalencia ortográfica de la buganvilia, que también puede decirse bugambilia; en ambos casos, cae sobre los muros y entrega su tenuemente pálido morado.

Me acuerdo de las jacarandas como alguno de los respiros posibles de la Ciudad de México.

Me acuerdo de la sonoridad de la flora y de la fauna, mi más reciente asombro es el jaguarundi.

Me acuerdo de que, por su rostro, la vaquita marina parece bondadosa.

Me acuerdo de que, si desaparece, la vaquita marina habrá dejado este mundo por otra de las manifestaciones del capitalismo, que aniquila especies en México para vender afrodisiacos en China: ilustración puntual de las perversidades y resonancias hirientes del mercado global.

Me acuerdo de que cuando viajé a Tijuana olvidé mi ropa en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México. De regreso y en las maniobras de recuperarla, distinguieron mi mochila porque adentro tenía una baraja del tarot de Marsella.

Me acuerdo de *De lujo y hambre*, la abrumadora crónica de Ricardo Garibay sobre los rostros de la pobreza y las imbecilidades de la proliferación de bienes, el enanismo de alma de los opulentos.

Me acuerdo de la complicidad anónima, un gesto interesante e impreciso, de bamboleo de las entrañas.

Me acuerdo de Alejandro Aura y de sus versos visiblemente alimentados de cochambre.

Me acuerdo de que la unión de todas las cosas pasa por las neurosis, el dolor inaudito de la enfermedad, la suma de llagas, la conflagración de miserias.

Me acuerdo de que los malpagados expresan su malestar contra el abuso estructural generando resentimientos ardientes contra sus allegados, sus iguales.

Me acuerdo de que el llanto envalentona a las mucosidades, los escurrimientos, la deshidratación por ser sintiendo.

Me acuerdo de que las personas pueden identificarse con las prepotencias de una empresa y hacerlas propias; una confusión conveniente que quizás fomentan las propias cúpulas.

Me acuerdo de que la pirámide laboral, social, económica, es inhumana.

Me acuerdo del Periférico Sur cuando no fue lo que es: un fastuoso y elefantiásico vacío intransitable.

Me acuerdo de que Alejandro Jodorowsky desplegó sus inteligencias estéticas en el país del dominio comunicativo de Televisa, de Luis Echeverría y las represiones de Miguel Nazar Haro, y que practicó transgresiones simbólicas ante un gobierno de puritanismo hipócrita y dictatorial.

Me acuerdo de que la libertad de pensamiento es delicada y de que eso puede olvidarse o distraerse.

Me acuerdo de las anécdotas accidentadas de *Vivir del teatro*, la crónica de Vicente Leñero sobre su experiencia como dramaturgo: todo atravesado de complicidades políticas ante la administración pública de la cultura.

Me acuerdo de que es viernes de quincena, está oscuro, cargo con mi tarjeta en día de pago y me da miedo llegar a la casa.

Me acuerdo de que deseo comprar dos piedras de cocaína aunque sé que es inútil.

Me acuerdo de que el alma es tan grande que las literaturas pueden ser muy diversas y de que, de todos modos, es complejo expresar la delicia del ser, la confusión de caminar a morir.

Me acuerdo del absurdo irreductible que nos rodea, que llamamos casa y con el que temprano hay que aprender a transigir para no ahogarse en las inmensidades de la desintegración.

Me acuerdo de que hablar a la ligera es propio de un cuerpo ligero anterior a los dolores de una frustración inmovilizante, una amputación, un quebranto, una ceguera, una desaparición, un cansancio crónico.

Me acuerdo de que no sé lo que digo.

Me acuerdo de los jugos Boing y de sus envases de triangulito como un asidero cultural.

Me acuerdo de que hay que hacer o se ahogará la vida.

Me acuerdo de *Salto de tigre blanco*, el ejercicio narrativo del obsesivo Gustavo Sainz, escritor de prosas al mismo tiempo fluidas y orales e intelectualizadas y técnicamente rebosantes; autor también de la aquí oportuna *Obsesivos días circulares*.

Me acuerdo de la cuestionable coquetería que rodea a periodistas de éxito estadounidenses como Gay Talese o Tom Wolfe.

Me acuerdo del acierto del título *La banda que escribía torcido*.

Me acuerdo del acierto del título *Ayer no te vi en Babilonia*.

Me acuerdo del acierto del título *Tiene los cabellos rojizos y se llama Sabina*.

Me acuerdo de la riqueza experimental de Julieta Campos y de que si hoy viviera le sería difícil publicar por las tácitas restricciones estéticas del mercado, que fomenta digestivos vocabularios panhispánicos y relativas densidades que permitan la distracción.

Me acuerdo de cuando conocí el queso panela en Tapalpa, Jalisco, al lado de mi tía Laila. Pensaba que era un pastel y codiciaba hincarle el diente, como quien dice. La decepción fue más o menos sorpresiva, seguramente inaugural.

Me acuerdo de que, sin justificación emocional, Omar y yo tratamos de mutilar a una pequeña víbora de río en Tapalpa atacándola con un madero por la mitad; soportó nuestros embates y luego simplemente continuó su camino.

Me acuerdo de que la tía Laila me presentó a Sándor Márai, un autor que aún no leo.

Me acuerdo de que me avergonzaba llevar mi modesta edición del *Popol Vuh* a la reunión con Mar Gámiz y Andrés Íñigo que tuvimos en 2006 para discutir el texto y preparar una representación teatral, así que fingí que la olvidé.

Me acuerdo de que me gusta comprar plumas, lápices y gomas y de que más o menos alguna vez decidí escribir casi solamente en tinta negra.

Me acuerdo de que Laila me regaló *Instrucciones para un descenso al infierno*, una novela de Doris Lessing que, me gusta repetirlo, me cambió la vida.

Me acuerdo del acierto del título *Río. Novela de caballerías*, más si se piensa que se trata de una autobiografía. Monumental y zumbante como todas las prosas de Luis Cardoza y Aragón.

Me acuerdo de que la tristeza del alma se expresa de cualquier manera, como quien dice: “pues no le entiendo mucho a las matemáticas, pero me habría encantado estudiar administración de empresas”.

Me acuerdo de que a veces las imágenes de la memoria me hacen llorar.

Me acuerdo de que fui un niño consentido y cuando mis padres me pedían que cambiara el agua de las tortugas me enojaba mucho, por lo que procuraba llenarles el estanque con agua caliente y ahí las dejaba, probablemente causándoles terror y un dolor indecible. Las veía patalear. He torturado.

Me acuerdo de que fue muchos años después, con Lumia, cuando comprendí que se puede establecer una comunicación hondamente significativa con los animales. Lumia es mucho más que una gata: una presencia inserta en mi ser.

Me acuerdo de que quise ponerle a la gatita blanca Lumía, como el poema de Oliverio Girondo, pero la gente comenzó a borrar la tilde al pronunciar su nombre y me incorporé a la transformación.

Me acuerdo de que oscurece en la oficina y sigo dentro, explorándome.

Me acuerdo de que he leído a Adolfo Bioy Casares, pero que no recuerdo demasiado de su obra, sólo el final sorprendente y conmovedor de *La invención de Morel*.

Me acuerdo de *Tierra de nadie*, el primer libro que leí de Juan Carlos Onetti. Sus escenarios oscuros y desolados me vuelven a pintar Montevideo en la imaginación, aunque no la conozco.

Me acuerdo de que la tristeza es consustancial al esqueleto.

Me acuerdo de que la notoriedad envilece.

Me acuerdo de que aprendí sobre Bruce Lee vagamente con Benito y Julio César, dos hermanos dejados por su madre que conocí en la escuela primaria.

Me acuerdo de que Julio César llevaba de almuerzo a la escuela unos Rancheritos, por lo que lo regañé y le exigí que le dijera a su mamá que le cocinara un sándwich. Cuando se lo platiqué a la mía, se horrorizó y me pidió activar en el corazón la sensibilidad: me hizo notar que no todos los niños tenían mamá.

Me acuerdo de que fui a la primaria en el corazón de la Villa Coapa, en un plantel llamado Ucrania, nombre que nos parecía exótico y extravagante. Era una sensación de asombro puntualmente disminuida por la fea pintura verde del edificio.

Me acuerdo de que la Ucrania tenía una histórica y vaga rivalidad con la primaria del otro lado de la calzada Acoxpa, llamada Kenia y pintada de rojo.

Me acuerdo que el patio de la Ucrania me parecía enorme y de que me aficioné a las paletas de hielo con su magnético sabor coca y su aspecto tornasolado. Tardé años en entender que estaban hechas con cocacola.

Me acuerdo que a la salida de la escuela compraba muñequitos de plástico traslúcido de Los Caballeros del Zodiaco a un peso.

Me acuerdo de los envases de Frutsi, que motivaban sonidos motorizados en la bicicleta y hacían decentes balones de fútbol.

Me acuerdo del *gol para*.

Me acuerdo de las Muertortas de Villa Coapa y de que cuando las removieron de su esquina icónica en Acoxpa y Miramontes diluvió obsesivamente: las exequias de Tláloc por aquellos puestos de comida monstruosa repleta de espantosas e intimidantes rebanadas de queso de puerco.

Me acuerdo que me estresa mucho el trabajo, aunque no de una manera enfermiza. Todavía.

Me acuerdo que en la monotonía del trabajo en la fonoteca de Radio UNAM deseé escribir una obra que se titularía *Dragón de papel (novela de oficina)*, sobre la estética exuberante a las cuatro paredes como oposición a las llanuras de ánimo de vivir encerrado sin ventanas y en rutina.

Me acuerdo que escatimarle algunos minutos diarios a la chamba para intentar la literatura es una rebeldía modesta pero nada despreciable y con manzana.

Me acuerdo de las coliflores en vinagre de los tacos de canasta de Adolfo Prieto y Parroquia, donde viví casi dos años exquisitamente.

Me acuerdo de los tacos de cochinita pibil, mole verde y otras ricas rarezas de aquella esquina.

Me acuerdo del puesto de tacos de guisado de enfrente, donde el cocinero conversó alguna vez con su hijo adolescente sobre su inscripción a un equipo de fútbol, nunca supe si el sueño era del hijo o del padre, pero sí creí percibir que el padre se afanaba amorosamente por lograr la inscripción.

Me acuerdo de la cultura comunitaria del CUPA de la Del Valle, resistente pese a las vilezas del derredor que todo lo manejan con frío prestigio restaurantero.

Me acuerdo de las galletas con azúcar glass de una de las vendedoras de aquel conjunto habitacional, quien se dijo proveniente de Veracruz y comenzó fácil y sombríamente a hablarme de su familia.

Me acuerdo de la tendera del CUPA que siempre cobraba a sus clientes con distracción e ira, debajo de la más o menos visible y

radical cruda que le palpitaba en la cabeza y le hacía despreciar los matices entre 50 y 50 centavos.

Me acuerdo de que es difícil, desafiante, la empatía ante una persona herida.

Me acuerdo de que los escritorios rebanan los codos y los antebrazos.

Me acuerdo de que en mis tiempos había que ir al tianguis de El Chopo a conseguir los discos que uno deseaba mitológicamente; un ritual que desapareció con la cultura del internet, que disponibiliza todo y también lo homologa en alguna sustancia fluida indiscernible: de Trotsky y Maluma a Yo-Yo Ma y Yuya y en microsegundos.

Me acuerdo de que se podía viajar al Estadio Azteca desde la casa de mi madre en Periférico y Cuemanco por 1 peso y 50 centavos.

Me acuerdo de que en una estación de tren en Cataluña, recién atravesados los Pirineos desde París, se me acercó una muchacha para decirme: “¿Tenés 50 céntimos?”

Me acuerdo de que fray Servando Teresa de Mier y Antonio Machado atravesaron los Pirineos a pie.

Me acuerdo del ratón de los dientes y de que me encantaba creer en él.

Me acuerdo de las proliferaciones del sudor.

Me acuerdo de que aprendí la belleza de entender el topónimo como sustancia poética en los discursos de Carlota que tejió Fernando Del Paso para su *Noticias del imperio*, elogios del Soconusco.

Me acuerdo de que decidí definitivamente leer a Fernando Del Paso cuando Moisés Castañeda me platicó que un profesor, no sé cuál, ridiculizó la prisa de Carlos Fuentes por publicar monumentalidades consagradoras, en contraste con el trabajo del autor de *José Trigo*: uno tardaba 10 años en manufacturar un libro, el otro se subía novelescamente a las coyunturas en busca del Nobel, del dominio absoluto del ser, de la extracción definitiva del problema mexicano como tensión universal.

Me acuerdo de un chac-mool visible en la avenida Niños Héroes de la Ciudad de México.

Me acuerdo de la banda de rock progresivo *Gentle giant* y de la ternura de la idea poética de su nombre: un gigante gentil, capaz de la cordialidad pese a sus dimensiones pulverizadoras.

Me acuerdo del agudo desprecio contra Carlos Fuentes que plantea José María Arguedas en *Zorro de arriba, zorro de abajo*. En el peor sentido, acusa el peruano, Fuentes es un escritor profesional.

Me acuerdo de la delicia bien puesta del título *También los enanos comenzaron desde pequeños*.

Me acuerdo de la delicia bien puesta del título *Zorro de arriba, zorro de abajo*: literatura a ultranza, imaginación que exige un compromiso, un arrojo, una propia dimensión creativa de quien quiere cazar el vuelo al vuelo, al menos.

Me acuerdo del verso de Mecano: “¿Quién detiene palomas al vuelo volando al ras del suelo?”

Me acuerdo de Armando Uribe, cuya poesía conocí por accidente y de quien me siguen asombrando sus entrecruzamientos: de la

abogacía a la memoria histórica, al psicoanálisis, al autoescarnio cariñoso entre sus versos.

Me acuerdo del accidente con que conocí a Armando Uribe: se llama *Metafísica de la fábula*, un libro espléndido de Hernán Lavín Cerda publicado en 1979 que es al mismo tiempo licuado de influencias con bagazo e inspiración radical contra las utilidades del discurso literario preponderante.

Me acuerdo de que una madrugada releía las equivocaciones brujiles de *Los tormentos del hijo* en un Lumen de 24 horas.

Me acuerdo que, de alguna forma, deberían aterrorizarnos los negocios de 24 horas.

Me acuerdo de la estética de las hamacas.

Me acuerdo de que en un viaje a Oaxaca mis padres decidieron comprar dos hamacas exquisitas que nunca fueron instaladas; triste vida de departamento, triste animal empaquetado en la ciudad pese a las bellezas de allá afuera, allende la metrópoli: relativas, críticas, sin duda, y mucho más amplias.

Me acuerdo de los miserables del metro Tasqueña, renovados en cada generación, que defecan al aire libre, se visten con bolsas plásticas negras y pulverizan las nociones simples de la integración, la ternura y el pacto social como camino.

Me acuerdo de que, en mucho, la comunicación institucional consiste en vivir en una aterciopelada irrealdad con bostezos sobre el Conde Lucanor.

Me acuerdo de que la equis en Taxqueña ha desaparecido.

Me acuerdo de que el escritor Carlos Velázquez consume cocaína y de que a Guillermo Fadanelli le gusta el alcohol. Inaudito, impresionante.

Me acuerdo de que sexenio en México es casi sinónimo de tragico-media y de que el de Peña Nieto relativamente desató las amarras en lo concerniente al escarnio contra el poder, tal vez consagrado con la imagen de Sofía Castro y Paulina Peña llorando en el último informe de su triste tutor, tan variablemente incapacitado.

Me acuerdo de que alguna vez quise formar con Jaime y Héctor Carbajal una banda de canciones de Cri-Cri en versión funk que se llamaría *Black Obama & The Pau Peñas*.

Me acuerdo de que, muñequita, tus amigos no son los del mundo y de que te quieren la escoba, el plumero, la araña y el viejo velís.

Me acuerdo de que amar en México es comer chalupitas y adivinarles la manteca entre la salsa verde.

Me acuerdo de las músicas del pozole.

Me acuerdo de que fui a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales para leer la carta abierta al general Francisco Franco que escribió Fernando Arrabal en 1971, cuatro años antes de la muerte del dictador.

Me acuerdo del lavador de autos de origen mazateco que conocí en Sauzales, una calle de mi terruño: yo acababa de viajar a la sierra de María Sabina en busca de hongos y al escuchar el origen del señor lo abordé emocionado: Acabo de ir a tu tierra por medicina, le dije en busca de complicidad. Me miró con desprecio por mi intromisión, incómodo, enjuto, completamente reservado. Me di cuenta de que mi solidaridad era una tontería frente a la realidad

de tantos abusos, incluido el ejercicio indolente de ir turísticamente a consumir hongos a comunidades indígenas resistentes por siglos.

Me acuerdo de que en una fiesta aporreábamos tontamente un djembé y un haitiano se acercó y nos dijo con su no por risueña menos grave seriedad: “no juegues con los tambores”.

Me acuerdo de que el cangrejo es inmortal.

Me acuerdo del Conde Pátula y de su afinidad por la falsa sangre de la cátsup.

Me acuerdo de que también cabildeé con Jaime la posibilidad de fundar una banda que se llamaría *Súper pelo público viviente*.

Me acuerdo de que disfruto mucho la lucidez moral de expresiones como *llenarse la boca*: el periódico Reforma, por ejemplo, se llenó la boca con las críticas de Javier Valdez a la explotación laboral de los periodistas en el país: cuando el fundador de Ríodoce fue balaceado al mediodía en Culiacán, el diario se apresuró a reproducir una entrevista donde Valdez reprochaba la mediocridad editorial de sumergir en obligaciones diarias de nula sonoridad a sus empleados, evitándoles desarrollar cuestionamientos de mejor calado. El diario reprodujo las críticas aunque señalaban con precisión el esquema de trabajo en la empresa de Alejandro Junco de la Vega, quien acostumbra viajar en helicóptero.

Me acuerdo de Gerardo Romo, reportero de Zacatecas que reprochó la manera en que lo despidieron de Reforma y los pulverizó con una frase espléndida pronunciada en una conferencia en el Zócalo organizada por la Brigada para leer en libertad: “Les importa más un tuit que un periodista, compañeros”.

Me acuerdo de que, ya que robo tiempo al tiempo para componer mi libro, escribo a plazos arbitrarios mirando con nerviosismo los minutos del reloj.

Me acuerdo de los Hielocos, unas criaturas fantásticas detonadas por cocaola en la década de 1990 que inundaron mi infancia de sus primeras mitologías.

Me acuerdo de un hieloco que referenciaba a Mijaíl Gorbachov y era precisamente llamado *el presidente*.

Me acuerdo de la tristeza de que el neoliberalismo y el lenguaje empresarial inunden la sed mitológica de las generaciones. Me acuerdo de que Nietzsche dice en *El origen de la tragedia* algo como que la sociedad moderna está enferma de enciclopedismo, de apreciación monográfica de las rípidas cordilleras del mundo, incapaz de devorarse de pasión frente a una libélula, de hincharse la entraña de elocuente mierda, complacidos por la lerda acumulación de conocimiento sin loto.

Me acuerdo de Mijaíl Bajtín, cuyo nombre en español puede escribirse de distintas formas pero elijo escribirlo así porque me gusta ver la aglomeración de las jotas en esa quizás descuidada castellanización.

Me acuerdo del salvajismo de la teoría literaria, que es otra forma de creación e invita a las vibraciones radicales del ser verbal y del ser inventivo contra toda domesticación vía mercantil. Como ejemplo, el ecumenismo de un botón: Saúl Yurkiévich.

Me acuerdo del funeral del elefante en *Santa sangre*.

Me acuerdo de la belleza del título *Santa sangre*.

Me acuerdo de la belleza del título *Celina o los gatos*.

Me acuerdo de la dignidad de Julio Cortázar ante Joaquín Soler Serrano, a quien le dice que por supuesto que el llamado boom latinoamericano ocurrió como una manipulación de mercado de las oportunidades editoriales; pero el argentino francés refrenda también la legitimidad de su voz al subrayar que los cronopios y sus habitaciones personales se desarrollaron en la oscura soledad creativa y no en busca de las licencias de la publicidad.

Me acuerdo de que es difícil discernir qué no domina el régimen en beneficio de sus intereses de silenciamiento de la ira, la decepción y el rechazo a la normalidad estética.

Me acuerdo de que Steven Spielberg es una industria de homogeneización en sí mismo.

Me acuerdo de Terry Gilliam despreciando las obviedades de Spielberg y contrastándolas con los enigmas de Stanley Kubrick.

Me acuerdo de que el arte tiene que transigir con los alientos empresariales para dibujarse contundente en alguna conversación pública, en algún espacio común.

Me acuerdo de Christos, el artista plástico cuyas instalaciones monumentales requerían sus guapas estabilidades de dinero en producción.

Me acuerdo de que me estimula y me sofoca trabajar como coordinador de un equipo de personas.

Me acuerdo de que alguna vez en un jardín de la Prepa 6 los grupos porriles trataron de reclutarme fingiendo una conversación de hermandad.

Me acuerdo de que el tótem que coronaba el entonces patio de quintos en la Prepa 6 llevaba el año atiborrado de chicles: la memoria y la irreverencia, la solemnidad y la ligereza casi adolescentes integradas en una misma visión.

Me acuerdo de que conocí a Ernesto Cardenal en la sala Miguel Covarrubias del Centro Cultural Universitario. Como acompañante de gala para el sacerdote nicaragüense, la UNAM pensó en Eduardo Lizalde, quien contrapunteó el discurso cósmico y evangélico del autor de los *Salmos* con sus versos ateos: un sabroso bamboleo.

Me acuerdo de que un joven se hincó sobre una de sus rodillas para pedirle a Cardenal su firma en un ejemplar; todavía con el micrófono abierto, el sacerdote trapense aclaró que no firmaría nada, se dio la vuelta y se fue con su bastón de 90 y tantos años.

Me acuerdo de que me pareció más o menos bobo que reduzcamos a los autores a la obligación de firmar ejemplares: quizás una precisa imagen del arte en la era de la reproductibilidad y la visibilidad técnica.

Me acuerdo que durante mi paso por Televisa, entre las cosas que jamás imaginé que haría se cuenta que redacté tuits para Enrique Burak.

Me acuerdo de que nadie enseña el placer de escribir como una potestad íntima contra el mundo, como la facultación de una corriente interior en ligadura con las fibras y sus entornos, mientras al mismo tiempo toda escritura convida a saberlo.

Me acuerdo de que *Pies descalzos* y *¿Dónde están los ladrones?* son irreductiblemente los mejores álbumes de Shakira, quien al mismo tiempo es un continuo indiviso.

Me acuerdo del cerro que anduvimos oscuramente después de comer pajaritos en la sierra mazateca; vimos la noche, la neblina, el lodo, las cercas, el silencio y nuestras mutuas discretas compañías.

Me acuerdo de que en la sierra mazateca nos alojaron solidariamente en el primer piso de una casa de muros rigurosos; de madrugada teníamos sed y robamos un refresco de toronja de tres litros de la bodega habilitada en la planta baja. A la mañana siguiente le informé la maniobra a nuestro anfitrión, quien me miró con una cara de decepción aunque me apresuré a pagarle.

Me acuerdo de que Margo Glantz me corrigió un tuit hoy: Olga Orozco era argentina, nos dijo. La confundí con la uruguaya Ida Vitale y le cambié la nacionalidad. Vergonzoso pero sabroso.

Me acuerdo de que acordé con alguien comprar queso esta noche.

Me acuerdo de que me aficioné a la ginebra con los amigos hacia el 2015 y que ese placer se acentuó este 2018.

Me acuerdo de cuando falleció Juan Gabriel.

Me acuerdo de que cuando murió Chavela Vargas decidí no ir a Garibaldi a llorarla para mejor quedarme en casa, una maniobra que lamenté. La Ciudad de México, en cambio, no dudó y llovió copiosamente.

Me acuerdo de que el voto por Miguel Ángel Mancera fue especialmente amargo, decepcionante, una manera de evitar que el PRI retomara el control de la ciudad, mientras que de facto sus formas políticas proliferaban en la administración pública. Una derrota duplicada en la victoria presidencial de Enrique Peña Nieto.

Me acuerdo de que el día después de la victoria de Peña Nieto, el 2 de julio de 2012, la Ciudad de México estuvo nublada.

Me acuerdo de que, frente a representantes del gobierno de Felipe Calderón y en la víspera de la elección presidencial de 2012, Fernando Vallejo llamó a no votar por ningún candidato y a, en cambio, matarlos. Luego o antes asocié ese coraje con la lectura de *Mi hermano el alcalde*.

Me acuerdo de *La puta de Babilonia*, que enseña exégesis bíblica y la delicia de insultar con ritmo mientras reitera que la prosa siempre es sonoridad.

Me acuerdo de que es fácil extraviarse en el berenjenal de las genealogías que Vallejo describe en sus novelas.

Me acuerdo de que es permanente la búsqueda de nuestros días azules.

Me acuerdo de la condimentación como una compañía.

Me acuerdo de que le pedí hoy a un joven que cerrara las piernas en el asiento del metro, en la estación Chilpancingo. Actuó como si no me hubiera escuchado y yo no existiera, operación resultante de una magia más y menos conocida.

Me acuerdo del sabroso pulpo, sádicamente destazado en pedacitos sobre la charola de los restaurantes chinos.

Me acuerdo de que fui el diablo de la pastorela en el sexto año de primaria, representamos la obra en un teatro aldaño al museo Dolores Olmedo, en la asombrosa patria paralela de Xochimilco.

Me acuerdo de que me gusta repetir que Xochimilco es tierra de brujos, aunque no sé de lo que hablo.

Me acuerdo de que los taxistas siempre anexan anécdotas increíbles cuando les planteo mi hipótesis de que Xochimilco es tierra de brujos.

Me acuerdo de la terminal de autobuses Tapo, sus rincones, sus corredores y su obsesión cupular.

Me acuerdo de los pronósticos de lluvia y las inconformidades que, por certeza o desacierto, desatan.

Me acuerdo de que me gusta anotar cosas en papeles que luego se desorganizan sobre mi escritorio, no sé por qué labor de brujos invisibles a primera vista.

Me acuerdo que ayer terminé la extraordinaria *Mi querido Mijael*, del israelí Amos Oz, quien habla del mundo interior, la decepción ante el machismo de la sociedad patriarcal y una atiborrada Jerusalén, con relativas habilidades paralelas.

Me acuerdo de que la riqueza interior de Jana, la protagonista y voz cantante de *Mi querido Mijael*, es abultadamente lírica mientras su mundo exterior es repetitivo, juicioso, descuidado, opresivo y decepcionante.

Me acuerdo de que Maurizio Montes de Oca se burló de que dijera yo *restorán*, acusando y reprochando un arcaísmo.

Me acuerdo de que sé muy poco de Huberto Batis, pero al parecer es un corazón negro central en la historia editorial del país.

Me acuerdo de que millones de veces decimos Ciudad de México como sinónimo de país.

Me acuerdo de que la idea centralista se desvanece absurda con apenas recorrer el tramo que va de Pochutla a Zipolite, en la

costa del Pacífico, mareados por sus proliferaciones de rayones verdosos.

Me acuerdo de que alguna vez escribí un poema sobre Pochutla y Zipolite.

Me acuerdo de que leímos *Práctica de vuelo y Hora de junio*, de Carlos Pellicer, frente al mar en una palapa en Zipolite y jugamos bibliomancia, ayudados además de Lao-Tsé.

Me acuerdo de que tomé prestado de Toño *Por quién doblan las campanas*, novela de Ernest Hemingway que todavía no leo.

Me acuerdo de que trabajar para leer abruma pero también enorgullece.

Me acuerdo del helado de lúcuma que conocí en Chile.

Me acuerdo del mote con huesillos.

Me acuerdo de las papas fritas y las piezas de pollo que se venden en maniobras informales sobre la Alameda de Santiago.

Me acuerdo de que el hambre me hace pensar en los embutidos árabes que comimos el sábado en el restaurante Al-Andalus, ubicado en la calle de Mesones casi esquina con Las Cruces.

Me acuerdo de que La Merced es un barrio de dolor, tradiciones centenarias, saturaciones, resistencia y prostitución, entre tantas otras tonalidades.

Me acuerdo de que ayer me fui caminando de Televisa Chapultepec a la sede alterna de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, ubicada en 16 de septiembre, y en el camino seguí redactando meacuerdos mentalmente.

Me acuerdo de que, sin otra especificación, decir la palabra ayer en un libro como éste no tiene sentido y sin embargo es un placer.

Me acuerdo de la que parecía una pareja de recién casados que me preguntó en el Zócalo dónde había cerca un mercado. Me quedé unos segundos meditando la respuesta y me asombró y llenó de gusto pensar que en el Centro Histórico hay, literalmente, mercados de cualquier cosa: de calcetines, de estambres, de trombones, de bocinas, de tabaco, de cámaras fotográficas, de vestidos de novia, de celulares, de cristalería, de huaraches con chiles jalapeños, de libros viejos y nuevos, de tecnología, de lámparas extravagantes, de utensilios para el café, de carne de león, de muebles, de herramientas, de discos viejos, de tortillas de harina, de brujería, de utensilios de cocina, de barajas elegantes, de mochilas, de elotes asados, de chicharrones, de objetos de papelería, de máquinas de escribir, de vihuelas, de frazadas para bebé con princesas de Disney impresas, de sombreros, de cervezas, de joyas, de hojas de parra, de vísceras de lavadora y licuadora, de enseres chinos, de tlayudas, de ungüentos, de cremas de pepino, coco, almendra y conchanácar.

Me acuerdo de que en la Ciudad de México nada es inequívoco y que esa circunstancia la adjetivó afortunada y saturadamente Carlos Monsiváis en repetidas operaciones de la invención verbal y el robustecimiento de la prosa: de *Amor perdido* a *Apocalipstick*.

Me acuerdo de que hicimos una fila gigantesca para pasar a las cajas de cobro del Wal Mart aldaño a la sede nacional del PRI, en Buenavista, y mientras esperaba y miraba mi cuerpo obeso y el de los clientes aldaños también obesos pensaba que la vida no podía ser esa costumbre doméstica de comprar lo estipulado por el mercado, desecharlo y repetir el oficio hasta la muerte; y que para eso existía el encantamiento verbal, la delicia de buscar

las grandes transparencias mediante el ejercicio del arte: identificación con la radicalidad estética y furiosa de la vida a través del sueño, la especulación, las investigaciones, la delicia, la metáfora, la carnavalización, la inversión transgresora, el tejido demencial, la sonoridad, el esfuerzo, la embriaguez, la pasión, el extravío friolento, la caricia simbólica que pide su caricia real, la enumeración arbitraria, la experimentación, la inanidad, la distracción, la protuberancia, el miedo.

Me acuerdo de que Jaime Augusto Shelley desplegaba su desprecio ante *Incurable*, de David Huerta, arguyendo que había conocido al autor cuando era un niño con las rodillas sucias de jugar a las canicas.

Me acuerdo de que el poeta que supo transmitir la irritación de los microbuses se llama Max Rojas.

Me acuerdo de que las anécdotas aderezan el mundo y de que una vez estuve en una anécdota, chiste que me enseñó la poeta jalisciense Xel-Ha López.

Me acuerdo de que me gustaba mucho jugar a las canicas en la primaria.

Me acuerdo de que nunca he jugado al billar decentemente.

Me acuerdo de que ayer aprendí con Óscar de la Borbolla que Jean Paul Sartre viajó a la Cuba de Fidel Castro en los primeros años del triunfo de la revolución y vació su experiencia en un reportaje novelado que se titula *Huracán sobre el azúcar*.

Me acuerdo de que una película atraía mis curiosidades infantiles, depositada en un cassette formato Beta en casa de mis padres: *Gorilas en la niebla*. Sólo he visto las imágenes fragmentadas que

pasaba rápido para acceder a la caricatura alojada en la segunda mitad de la cinta.

Me acuerdo de la prosa envenenada de José Revueltas, tan elocuentemente dolorosa en describir el purulento sofoco del mundo y de un país de descalzos, idiotizados, mutilados, denigrados y embrutecidos.

Me acuerdo de que falté al recorrido que la doctora Dolores Bravo, erudita experta en cultura novohispana y amiga de Margo Glantz, organizaba por las calles del Centro Histórico para recorrer la historia mexicana y sus manifestaciones arquitectónicas, del *México en 1554* de Cervantes de Salazar a las administraciones borbónicas. Los compañeros platicaban que, fumadora y octogenaria, la doctora abrumaba por su fortaleza en la caminata.

Me acuerdo de que en Casa tomada, el personaje de Julio Cortázar afirma algo que me cautiva y me hace entender la vida por encima de mis esquemas poco meditados: “Se puede vivir sin pensar”.

Me acuerdo de que me asombra la afirmación de Ricardo Garibay de que el deber del escritor no es pensar sino escribir, una sentencia leída o escuchada no sé en cuál de sus libros o programas y conferencias, y que describe con sencillez que la literatura no tiene que ser filosofía, ni teología, política, historia, sociología, lingüística, periodismo, antropología, economía, tantas otras cosas, sino literatura.

Me acuerdo de que esa afirmación de Ricardo Garibay es tan vaga como exquisita y entusiasmante.

Me acuerdo de que Emiliano Monge empezó temprano la promoción de su libro *No contar todo*: en un tuit aseguró que se trataba de un texto donde se había vaciado, lo confesó con al-

guna afectación trascendental y, quizás de paso, para calentar comercialmente la publicación del título. Días después aseveró que sus editores lo habían regañado por adelantarse, pero que había valido la pena el desahogo emotivo. Ahora veo a Risco, periodista inflado si los hay, elogiándolo con lectura adelantada tras un privilegiado acceso previo al tema en tanto que comunicador oficial. Así funciona el mundo.

Me acuerdo de la delicia del título *Fragmentos de un discurso amoroso*.

Me acuerdo de la delicia del título *Fragmentos a su imán*.

Me acuerdo de la delicia del título *Obras completas (y otros cuentos)*.

Me acuerdo de que Penélope Cruz resucitó en forma de Camila Cabello.

Me acuerdo de que me abruma la inteligencia verbal, vinculatoria e imaginativa desplegada por Julia Kristeva en *Historias de amor*.

Me acuerdo de que la honestidad intelectual se practica poco y de manera equívoca.

Me acuerdo de que ayer me compré en 80 pesos un ejemplar de *Los pasos perdidos*, de Alejo Carpentier, deambulando por los pasillos aledaños a La Ciudadela. Una novela que quiero leer desde hace más de 15 años, cuando me la prestó David, la paladeé y no entendí nada.

Me acuerdo de que la violencia porril se asocia a las desigualdades impregnadas profundamente en todos los rincones de la vida en la metrópoli, hecha de botas, abandono, exclusiones, maltratos persistidos, ceguera estructural, desesperanza y resentimiento.

Me acuerdo de atravesar los puentes de la ciudad en bicicleta.

Me acuerdo de las paletas de crema que vendían frente a la casa de mi abuela Georgina, en Observatorio, y que despachaban desde recipientes de aluminio cónicos aglomerados en un tonel repleto de trozos de hielo. El artesano vendedor les clava a las paletas un palito de madera y suaviza el helado sumergiendo el recipiente en un poco de agua a temperatura ambiente. Esa misma técnica volví a encontrarla unos 23 años después frente a Televisa Chapultepec.

Me acuerdo de que alguna vez soñé caminar de la Ciudad de México a las playas de Oaxaca; cuando le platiqué el plan a mi papá, varón de dolores, experimentado en quebrantos, sólo me advirtió: recuerda que hay mucho resentimiento social. Caminar sin propósito y como un privilegiado placer individual puede ser ofensivo para los adoloridos y los acotados, puede ser agresivo y provocador, sugerían sus palabras.

Me acuerdo de que ayer compramos un Monopoly y al llegar a casa una niña que vendía mazapanes nos vio con lejano apetito. Esto me hace sentir imbécil, dijo mi acompañante.

Me acuerdo de que un elemento fundamental de la salsa como género musical es su narrativa de infidelidades o de amor trascendente.

Me acuerdo de los puestos de quesadillas abundantes en salsas: de mango, de almendra, de cacahuete y otros atrevimientos del color y la composición.

Me acuerdo de que Gustavo Sainz se noveló a sí mismo quizás demasiado, aunque es divertido asomarse a sus chismes sobre Rodolfo Usigli y el clima intelectual y económico que persigue a un escritor joven y ambicioso.

Me acuerdo de que la única vez que tramité un préstamo interbibliotecario fue para sacar un ejemplar de *A la salud de la serpiente*, la más extensa de las novelas de Sainz, del CCH Oriente.

Me acuerdo de que quisiera entender mejor la cultura yoruba y que en las calles abundan los expertos anónimos entrenados en razones esotéricas y en los secretos de los amuletos.

Me acuerdo de un hombre al que le leí una vez el tarot y que en agradecimiento me regaló el collar de Orula, objeto mágico que, desde que lo identifiqué, he encontrado involuntariamente repetidas veces en cuellos anónimos deambulando por el metro.

Me acuerdo de que la religiosidad me apasiona y que ignoro casi todo sobre el tema.

Me acuerdo siempre del verso final del apéndice del *Aullido*, de Allen Ginsberg, que trato de convertir en un eje emocional en mi vida: Holy the supernatural extrabright intelligent kindness of the soul.

Me acuerdo de que extraviar el uso de comillas en una escritura de palimpsesto es una invitación al erotismo omnívoro del escurreimiento permanente.

Me acuerdo del francoalemán Yann Colona, quien viajó a México repetidas veces y compró, al parecer en la iglesia de San Hipólito, un rosario psicodélico de plástico al que me aficioné.

Me acuerdo de que me obsesioné en la primaria con ir a un partido de los Pumas porque el fútbol era la norma en la conversación con los compañeros. Mi padre me apoyó y vimos un Pumas contra Santos en el Estadio Olímpico, que por cierto empataron sin goles aburridamente.

Me acuerdo de que la primera vez que entré al Estadio Azteca vimos a una paloma batallar contra una fuerte corriente de aire mientras subíamos las escalinatas hacia nuestros asientos.

Me acuerdo de que con su extraordinaria retórica y su sincera fuerza moral, mi padre convenció a la inspectora de dejarlo pasar con me parece que una botella de agua: “Míreme a los ojos y dígame si usted cree que voy a estar aventando esta botella desde las gradas. Vengo a ver el partido con mi hijo”, confrontó. Me tardé en entender la dignidad de esos actos, la necesidad de hablar para darse a entender y persuadir, principalmente en escenarios adversos.

Me acuerdo que durante las semanas de recuperación tras su accidente cerebral, mi padre y yo subíamos trabajosamente una escalera en el metro Jamaica cuando escuchamos a un comerciante preguntarle a otro: “¿Y qué vas a meter? Lo mismo, wey, el helicóptero anda escaso”.

Me acuerdo de que en medio de su accidente mi papá seguía dando las gracias y tratando con dignidad formal a quienes lo abordaban, algo que me hizo pensar en la nitidez y la importancia de la amabilidad.

Me acuerdo de que debe desarrollarse obra literaria al margen de las instituciones culturales del Estado y el mercado y de los agentes tradicionales de legitimización, aunque esto es más fácil de escribir que de lograr y reiterar con tenacidad enamorada.

Me acuerdo de lo importantes que han sido los Beatles en mi vida y de que en la primaria armé una exposición sobre John Lennon que se prolongó más de lo requerido.

Me acuerdo de que es susceptible de sospecha que el Estado norteamericano y no un asesino solitario haya disparado contra John Lennon en Manhattan en 1980, luego de que la figurilla pop se saliera del huacal para el que fue diseñada y se enfocara en hablar en televisión de la revolución armada, de Mao Tse Tung, del Che Guevara, de la necesidad radical de transformación, de la exigencia permanente de la protesta ciudadana, de la dignidad obrera, de la sexualidad como espacio político, de la necesaria desobediencia.

Me acuerdo de los minerales en las transiciones artísticas de los Beatles: de “Twist and shout” a “Dear prudence” al abandono lisérgico en el manto del cosmos: *turn off your mind, relax and float downstream, then it's not dying*.

Me acuerdo de la ironía del espiritualismo de George Harrison, erguido en el seno de las cúpulas del capitalismo: un multimillonario se descubre infeliz y necesitado de diálogo interior con su propia alma. Un contraste irónico no por ello ilegítimo, pero sí manifestante de la desigualdad del mundo.

Me acuerdo de los irreverentes, demoledores, fundacionales mugidos de vaca con los que arranca el *Retrato del artista adolescente*, la novela del irlandés James Joyce.

Me acuerdo de la exquisitez de la afirmación de que las mejores literaturas en alemán, español, inglés, francés, lenguas preponderantes y colonizadoras, las escribieron algunos de sus subordinados culturales: Elfriede Jelinek, Samuel Beckett, María Zambrano, James Joyce, José Lezama Lima, Albert Camus, Rubén Darío, Rosario Castellanos, Aimé Césaire, Jacques Stephen Alexis.

Me acuerdo de mi primer maestro de guitarra, trabajaba en un incómodo tapanco emplazado sobre la tienda de música de una

plaza aledaña a un Gigante, en la esquina de Acoxpa y Miramontes. Hoy la plaza y el Gigante, que luego fue Soriana, han desaparecido y han sido devorados por la furia inmobiliaria que en cualquier apretujanza alcanza a ver un negocio millonario y que construye ahí algo vagamente bautizado como terraza.

Me acuerdo de que el periodista René Delgado confunde la redacción con el pensamiento.

Me acuerdo de La Reyna de Montevideo, restaurante de carnitas en el norte de la ciudad que visitaba con mi papá cuando recién se divorció de mi madre. Siempre había un trío con un tololoche, asombroso en su aplomo endeble, y un requinto envidiable que yo miraba con obsesión.

Me acuerdo de que la estética es escurridiza porque la vida lo es.

Me acuerdo de que los audífonos dan luz y también atarantan.

Me acuerdo de que usar anteojos es más o menos espeluznante por la imborrable amenaza de las manchas en el cristal.

Me acuerdo de los anteojos empañados al tomar café en una taza.

Me acuerdo de la notoriedad plástica de la palabra *anteojos*, lo mismo que la palabra *bufanda*, hermosuras que, en un día de repeticiones, desintegras, deconstruyes, te bebes y descubres.

Me acuerdo de que es una imagen recurrente en las prosas de madurez de Hernán Lavín Cerda la expresión “con lágrimas en los anteojos”.

Me acuerdo de que los exilios se lloran y se transfiguran en proclamas de creatividad.



Me acuerdo de que mi abuelo materno entró a México por el puerto de Veracruz en la década de 1920 proveniente de Líbano, según narra en sus propias palabras 20 años después en una carta dirigida a la Secretaría de Relaciones Exteriores para argumentar en favor de su mexicanización.

Me acuerdo de que Volker Schlöndorff filmó una película sobre la guerra civil de Líbano que no he podido ver.

Me acuerdo del actor Bruno Ganz como una constante de los grandes directores de cine alemán, quien ahora filmó una cinta con Lars von Trier.

Me acuerdo de que el Mar Mediterráneo es un cuenco cultural de difícil reducción y el foco más grave de tragedias migratorias de esta época.

Me acuerdo de que muchas veces hablo sin saber lo que digo. Como ahora mismo, por si hiciera falta especificarlo.

Me acuerdo de la relativa decepción que propaga el concepto *antiderrapante*.

Me acuerdo del gigantismo discreto y la belleza de los jitomates.

Me acuerdo de un trío de jazz que conocimos en una de las fechas de concierto en la cañada del Centro Nacional de las Artes. Nos cautivaron su ecléctico minimalismo sin embargo apalabrado y la vaga hispanidad de su nombre: Johnny La Marama.

Me acuerdo de que las esculturas de Leonora Carrington pueden seducir hasta a una biblioteca.

Me acuerdo de Amparo Ochoa y su disco de canciones infantiles que se reproducía con frecuencia en casa de mi madre, con su papalote azul que vuela más alto y su sapo de acuarela en la portada.

Me acuerdo de Amparo Ochoa cantando las tristezas de Jacinto Cenobio, Jacinto Adán.

Me acuerdo del Run-Run desgarrador en su tristeza de Violeta Parra; de que la vida es mentira, la muerte es verdad y de que se va de Antofagasta sin dar una señal.

Me acuerdo de que, pianista, Alejo Carpentier escribió una historia de la música en Cuba y una novela sobre un pianista que se extravía en Venezuela.

Me acuerdo de la afortunada contundencia del título *Guatemala, las líneas de su mano*, donde el *Popol Vuh* es reiterado como otra mancha en la piel. Un ejercicio de invención que reitera que la metáfora piensa y precisa, aunque se suele asociar su sustancia con la vaguedad y la neblina.

Me acuerdo de que François Truffaut viajó a la isla de La Reunión, colonia francesa en el sur de África, para filmar su *La sirena del Mississippi* (1969).

Me acuerdo del impresionante mural secreto de Joaquín Clausell alojado en el hoy edificio del Museo de la Ciudad de México.

Me acuerdo de un cuarteto de saxofones que escuchamos en el Museo de la Ciudad de México por invitación de mi amiga Grecia.

Me acuerdo de que la segunda vez en la vida que escuché en vivo a Los Cojolites fue en el Museo de la Ciudad de México. Pedía yo El conejo mientras Andrea González, regresada de vacaciones desde Canadá, me explicaba las amarguras de su experiencia en el primer mundo, lo que raramente me permitió alguna reconciliación con mis frustraciones: la respuesta no siempre es vivir en estados marcados por la riqueza.

Me acuerdo de que en su concierto en el Museo de la Ciudad de México, Los Cojolites y la audiencia contaron hasta el 43, secuencia que culminaron con un clamor de justicia.

Me acuerdo de la belleza y entrega en el escenario que Los Cojolites desplegaron en Tlacotalpan en 2014.

Me acuerdo de una jarana leona con hermosa piel de vaca en la tapa frontal para suavizar la resonancia que quise comprarme en Tlacotalpan. Costaba más de 5 mil pesos y no me animé a gastarlos ni a transportar la leona a México.

Me acuerdo de que, de una manera más o menos extraña y más o menos claramente visible, la estética de Werner Herzog y la de Hernán Lavín Cerda se parecen; quizá en la búsqueda permanente de lo otro y en el rescate de la diferencia.

Me acuerdo de que en Paihuano, pueblo chiquito del Valle del Elqui, en la región de Coquimbo, Chile, el señor del hotel en que me alojé me dijo: “En este pueblo hay una sola calle”. Una sola calle pero dos bustos de yeso: los de Gabriela Mistral y Pablo Neruda.

Me acuerdo de que, en *Cómo escuchar la música*, Aaron Copland elogia la complejidad polirrítmica que desarrollaron las músicas africanas a lo largo de los siglos.

Me acuerdo de que deseé leer a Gaston Bachelard cuando supe que había escrito un libro sobre la llama de una vela.

Me acuerdo de la escena de la llama de una vela en *Nostalgia*, película de Tarkovsky.

Me acuerdo de la campana monumental de *Andrei Rublev* y de que combiné ver esa película con atender a saltos los resultados de algún Súper Tazón, ni idea de cuál.

Me acuerdo de que fue la negligencia gubernamental, casi que nulamente diestra en la preservación de la cultura: lo que equivale a decir que fue la avaricia neoliberal, la que devastó la memoria en el Museo Nacional de Brasil, reducido por un incendio en septiembre de 2018.

Me acuerdo de que supimos del incendio en el Museo Nacional de Brasil mientras comíamos pozole en un restaurante de Insurgentes Sur.

Me acuerdo de George Gershwin, a quien aprendí a escuchar en la adolescencia y cuyo clarinete deslizante me sigue emocionando como en el principio.

Me acuerdo de que tuve que llegar a la universidad para saber que las canciones de la estudiantina a la que pertenecía en la preparatoria se basaban a veces en versos de José Martí, quien antes de morir se quiso echar sus versos del alma.

Me acuerdo de que una vez me vendieron una hamburguesa mordida frente a la Prepa 6; mi timidez me impidió reclamar, pero sospeché la irregularidad desde que la cobradora y el cocinero se miraron y me miraron con complicidad presuntamente rápida y discreta.

Me acuerdo de que un señor que trabajaba de *viene viene* en la calle de Hidalgo, en Coyoacán, nos vendía velas de mariguana. Se le conocía como James Brown por su aspecto, aunque Darío se equivocó una vez estando ebrio y lo nombró Charles Bronson. El incidente nos motivó a ver las películas del policía y asesino, musicalizadas al menos por Herbie Hancock y Jimmy Page. Nada más.

Me acuerdo de que nadie sabe con precisión dónde termina la gordita y dónde empieza el chicharrón y de que la crema, la lechuga, la salsa y un posible suadero lo complican todo.

Me acuerdo de que nunca aprendí a jugar decentemente a la matatena, pero que su mera existencia y nombre me asombraron y también me generaron alguna envidia hacia mi hermana Hazel, que llevó la primera a la casa y la operaba con pericia.

Me acuerdo de que el gato Mercurio, introducido a casa de contrabando, no fue descubierto por mi papá Esteban gracias a que me levanté sobre un codo y lo cubrí de manera natural; quizás el felino intuía la vigilancia y ni se movió ni dio aviso de su presencia.

Me acuerdo de que supe que mi papá guardaba cartuchos vhs y beta de pornografía en un maletín voluminoso, así que decidí explorarlo una ocasión en que falté a la escuela; para mi desgracia, claro, papá regresó temprano ese día y me halló en plena operación con el maletín; sólo atiné a huir.

Me acuerdo de que amaba faltar a la escuela.

Me acuerdo de que leer siempre es un salto, a veces también hacia el aburrimiento.

Me acuerdo de que estuve leyendo a César Vallejo mientras esperaba la salida del camión a Tlacotalpan.

Me acuerdo de que en Ensenada me hospedé sin saberlo en la zona de prostitución de la ciudad portuaria.

Me acuerdo de *La política alegre*, cantina famosa de Ensenada con un título espléndido.

Me acuerdo de la belleza de Ensenada, con la calle primera mirando perpetuamente al mar y desembocando en un imborrable olor a pescado.

Me acuerdo de que Val Ríos tuiteó a nombre del Compayito durante todo un fin de semana.

Me acuerdo de que hay más palabras que guisados y eso puede ser hirientemente triste.

Me acuerdo de que una persona es también todas sus imprecisas aficiones y de que sería difícil mantenerse en una rara vibración de santidad sola.

Me acuerdo de los huaraches más o menos gigantes que comimos en la Glorieta de Insurgentes tras renunciar a República 32, un triste experimento mediático del raquítico empresario Guillermo Sesma, ligado al Partido Verde y adormecido por la comodidad económica.

Me acuerdo de que miro el reloj mientras escribo porque lo hago a microplazos en horas laborales.

Me acuerdo de que Fernando Vallejo trabaja con maestría la repetición en sus novelas: largas diatribas obsesivas y revueltas: insistir hasta que raspe.

Me acuerdo de que las organizaciones se me caen de las manos: nunca he tenido una cabeza y una pulsión estructuradas.

Me acuerdo de que muchísimos frentes contradicen la sed natural de la vida de ser como es y flotar hacia la muerte con algún deseo efervescente más o menos grácil.

Me acuerdo de que al deambular entre sus calles irregulares encontré gatos y gatos y un grafiti sobre la cultura selknam en Valparaíso: los exterminados ahora iluminan las paredes con la hermosura de sus revestimientos y tatuajes ligados al cosmos.

Me acuerdo de que el pensamiento y la creatividad son mucho más exquisitas de lo que permiten pensar los límites del orden establecido por las culturas dominantes.

Me acuerdo de que Alejo Carpentier supone en un cuento que el diluvio universal pudo ser posible sólo con la colaboración de di-

versos dioses, con un entretejido complejo de culturas, como que los dioses son tan variados y expresivos como las imaginaciones de los hombres, y una verdadera colaboración planetaria no podría ser explicada sólo con la participación del judeocristianismo.

Me acuerdo de que las religiones de Estado anulan la otredad de voces, la conflagración distinta, la relación íntima con lo divino especulada desde la tibieza propia quizás intraducible y no sistematizada.

Me acuerdo de que cuando abandoné el cristianismo me gustaba problematizar tontamente a un amigo creyente que frecuentaba los prados de la Ciudad Universitaria y le dije que no tenía sentido creer en Cristo si el mesías parcelaba la religiosidad, en vez de explicar el cosmos y sus posibilidades de integración, al declarar: Yo soy el camino, la verdad y la vida y nadie viene al padre si no es por mí. Rodrigo me lo dijo con clara humildad: “Jesús es el camino que utilizan los cristianos para llegar a dios”, y desde entonces dejé de provocar a los creyentes estúpidamente.

Me acuerdo de que me platicaron que Salvador Elizondo se sentó a llorar alguna vez en las inmediaciones de la Biblioteca Central porque sus alumnos no habían leído *Farabeuf*, reveló José de la Colina en alguna charla.

Me acuerdo de que Fernando Vallejo llenó la cátedra con sus perros cuando fue a conversar con los lectores en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras, yo me perdí la experiencia porque me quedé leyendo en la biblioteca.

Me acuerdo de la flor llamada ave del paraíso, bello animal nacido del huevo que permanece estático sobre un tallo grueso abrazado a la tierra.

Me acuerdo de que cuando supe que Federico García Lorca había escrito una obra de teatro imposible de montar, *El público*, me afané en leerla.

Me acuerdo de las apasionantes contradicciones entre el republicanismo y la mística de Ramón María del Valle Inclán y de su título *La lámpara maravillosa: ejercicios espirituales*, un manual hacia el éxtasis.

Me acuerdo de la hermosura del título *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*.

Me acuerdo de que la primera vez que leí a Valle Inclán fue con *Divinas palabras*, una obra de teatro entre el fervor espiritual y las brutalidades de la miseria, entre el evangelio y la elocuencia tosca y mosqueada de los destripados.

Me acuerdo de un ejemplar desbaratado y con algún eco de suario de *Flor de santidad*, del místico republicano Ramón del Valle-Inclán.

Me acuerdo de *El circo*, otra de tantas novelas de Ramón Gómez de la Serna escrita casi completamente con greguerías.

Me acuerdo del acierto del título *Automoribundia*, la biografía de Ramón Gómez de la Serna escrita por Ramón Gómez de la Serna.

Me acuerdo de que cuando falleció Carlos Fuentes compartí un video en el que Ramón Gómez de la Serna monologa sobre una mano monstruosa; fue filmado en 1928: año en el que el inventor de las greguerías derivaba hacia cualquier región del atributo imaginativo y en que el autor de *Cristóbal Nonato* nacía en Panamá.

Me acuerdo de que Raúl Omar Cerceda Tépo me dijo, sin ira y sin repudio, que en su viaje a Panamá le advirtieron: “este país es el Miami de Centroamérica”. Infinita tristeza.

Me acuerdo de que un libro como éste queda para siempre medio escrito.

Me acuerdo de que una vez soñé con Fernando Del Paso. Estaba yo en el Jardín del Edén, en Ciudad Universitaria, y lo veía pasar distraído y cavilante por debajo de la inmensa jardinera; corría para alcanzarlo y decirle que sus libros eran muy importantes para mí. Me contestaba, sin mirarme a los ojos y rascándose la cabeza: “Sí, mis novelas están bien, pero ¿dónde están las tuyas?”

Me acuerdo de que también soñé que conocía a Carlos Pellicer en el pasillo que conducía a los teatros de la Facultad de Filosofía y Letras. Lo saludaba muy animosamente, atento en su cabeza irradiante y olmeca, y mientras me estrechaba la mano, me decía con su voz grave: “Usted y yo somos hermanos”.

Me acuerdo de la revista Síncope, una bella iniciativa levantada por los amigos donde publiqué unos poemas que me avergonzaron ya reproducidos mil veces y debido a los cuales en una presentación un vato quería preguntarme si era yo virgen, aunque no se atrevió a formular su duda directamente.

Me acuerdo de que la risa también odia.

Me acuerdo de que la errata es compañera del oficio de escribir y que puede lastimar al ojo obsesivo o inaugurar las posibilidades inauditas.

Me acuerdo de que la errata es la manera que tiene el redactor de anunciar que todavía está vivo.

Me acuerdo de la flor de calabaza como una de las bellas artes.

Me acuerdo de la masa azul como un llamado de las venas.

Me acuerdo del lirio invasivo de Xochimilco, cuya identidad de plaga no le impide generar espectáculos visuales arquitectónicos, obsesivos, cautivadores.

Me acuerdo de los ajolotes lastimados que acariciamos en Xochimilco cuando acompañamos a Yadir a recoger relatos populares sobre La Llorona.

Me acuerdo de los compañeros diseñadores gráficos con quienes bromeaba en la sección Nacional del periódico Reforma. Julio era el más difícil, pero al final también buen tipo.

Me acuerdo de *Mar paraguayo*, novela imposible de Wilson Bueno que es ya desde el título un oxímoron o una invitación a extender los límites de la comprensión llana y manipulada de la realidad.

Me acuerdo de la dignidad con que Reinaldo Arenas asienta su genealogía: reclama su derecho a pertenecer al mejor tejido de la literatura latinoamericana por ejercicio de sonidos y escapes.

Me acuerdo de cómo Arenas se burla de que lo acusaron de plagiar a García Márquez, aunque él recuerda que su novela *Celestino antes del alba* se publicó en una fecha previa al escándalo mediático que supuso la obra central del Gabo: *Cien años de soledad*.

Me acuerdo del Gabo como una figura compleja de la literatura de éxito al mismo tiempo magníficamente escrita: una inteligencia dotada también para congraciarse con los poderosos, con Carlos Salinas de Gortari, con Octavio Paz, con empresarios, con las sonrisas, con secretarios de Estado, con las Lomas de Chapultepec, con la perennidad del prestigio.

Me acuerdo de *Nadja*, de André Breton, leída en la edición de la Serie del volador de Joaquín Mortiz; esa biblioteca es una de las memorias más afectivas de mis lecturas y seguramente de las de varias generaciones.

Me acuerdo de que esas ediciones de elegancia sucinta han sido barridas, chupadas, subordinadas y desaparecidas por la aplanadora del mercado editorial como problema del neoliberalismo.

Me acuerdo de que entrevisté a Juan Pablo Villalobos y que su novela *No voy a pedirle a nadie que me crea* me pareció aburrida, funcional y construida conforme a los consejos de andamiaje de la teoría literaria y el estudio académico de la tradición, no conforme a ardores al interior de una esfera flotando en alguna luna de Iztacalco.

Me acuerdo de que se le pueden exigir, incluso con injusticia y desproporción, apasionantes masas continentales de emotividad y rareza a las propias lecturas: se lee para dinamitar el mundo y habitarlo desde otredades proteicas, no para escurrir obvedades y obediencias, no para formarse en la fila permanente.

Me acuerdo de que Pito Pérez está más vivo que Juan Pablo Villalobos, protagonista de la novela de Juan Pablo Villalobos.

Me acuerdo de que, con su acostumbrado tino venenoso y visor, Nicanor Parra apodaba al poeta chileno Braulio Arenas, quien se consagró con el régimen de Augusto Pinochet, Braulio Apenas.

Me acuerdo de los renacuajos que aprendí a ver en los charcos de Tapalpa, Jalisco.

Me acuerdo de que es de poetas pelearse, como Nicanor Parra y Gonzalo Rojas, o Pablo Neruda y su tocayo De Rokha; pleitos que

no desvían el curso del globo, pero exhiben delicia del ingenio y los desórdenes del ego humano, susceptible como renacuajo.

Me acuerdo de que el título de los libros debe ser ampliamente tornasolado detonador, estirado, deformante, irritado y levemente soez, como ese de María Luisa Mendoza: *Con él, conmigo, con nosotros tres*.

Me acuerdo de Oliverio Girondo recomendando vender los propios libros de poesía como salchichones y de que la imagen se transparente en los negocios de pollo rostizado.

Me acuerdo de que nadie puede asegurar que el pollo esté feliz.

Me acuerdo de que la represión que porros perpetraron el 3 de septiembre de 2018 contra estudiantes del CCH Azcapotzalco en la explanada de Rectoría detonó una respuesta estudiantil aguerrida y masiva que probablemente los organizadores de la violencia no calcularon.

Me acuerdo de que la emotividad social es elocuente y de que sus fortalezas son rápidamente relativizadas por la opinión, el escarnio, el sofoco oficial, el desdén, la desconfianza en la imaginación, la depreciación de la asertividad expresiva y organizada

Me acuerdo de que la realidad exige soñar el sueño de ser mejores, como divulgaron Los Cojolites que dijo el Subcomandante Galeano.

Me acuerdo de que a veces no sé por qué me duele el corazón.

Me acuerdo de que Bernardo Ortiz de Montellano asegura en un ensayo que el adolescente es el asunto de la cursilería, atravesado simultáneamente de magnanimidad y tropezones.

Me acuerdo de que escribir en el trabajo es tan importante para mí como comerme pronto un panqué, como acudir oportunamente a los tacos de arrachera, como taparme si hace frío.

Me acuerdo de que la piel es obvia y un suéter la pone contenta.

Me acuerdo de que una vez le dije a Mar Gámiz que comer sangre sabía raro, me reviró con su natural erudición: “Sabe a hierro”.

Me acuerdo de que cuando murió Nicanor Parra me obligué a escribir a prisa un obituario para el medio en que entonces trabajaba, elegí hablar del libro que había leído más recientemente: *Sermones y prédicas del Cristo del Elqui*.

Me acuerdo de que se rumoraba que Jorge Ricardo, reportero de política y cultura del diario Reforma, tuvo listo durante años su texto de despedida del antipoeta; me apresuré a leerlo al día siguiente de la muerte del autor chileno y no me gustó.

Me acuerdo de que la antipoesía es necesaria en una metrópoli como la Ciudad de México.

Me acuerdo del Viaducto visto desde un avión: parece un sutil dispositivo de plastilina desdoblado a través de la ciudad como un hocico.

Me acuerdo de ver amanecer en un vuelo de Monterrey a México.

Me acuerdo de que del otro lado quiero ver amanecer.

Me acuerdo de que la belleza de mirar la vida desde una panorámica altura es en muchas ocasiones un privilegio de clase.

Me acuerdo de que desarrollé algún resentimiento contra Paul McCartney por su visible ambición comercial, contrastante con

las espiritualidades o las rabias críticas y relativas de Lennon y Harrison *looking through a glass onion*.

Me acuerdo de leer a León Felipe en los pasillos del paradero CU, en espera de regresar a casa en Villa Coapa y en busca de la ruta menos accidentada, menos podrida por la omnipotencia de los encharcamientos.

Me acuerdo de apurar bajo la incómoda luz amarillenta de un poste la lectura de *José Trigo*, malamente, mientras esperaba subirme al vehículo que corre del paradero de CU a la UAM Xochimilco: la archifamosa y multipremiada combi de Cafetales.

Me acuerdo de El Copete, sección arrinconada del Pedregal de Santo Domingo Coyoacán con una alberca pública debidamente saturada.

Me acuerdo de la devastación que produjo el terremoto del 19 de septiembre de 2017 en Tonalá, la calle de la colonia Roma donde vivía mi amiga Valerie Matus.

Me acuerdo de que los dolores de la exclusión en un país desigual son notorios en las universidades públicas con una ternura desafiante.

Me acuerdo de que en 1994, en el marco de la elección que daría la presidencia a Ernesto Zedillo, acompañé a mi mamá a una carpa del Verde Ecologista, nos regalaron plumas y nos hablaron de su programa ambientalista. Con los años, se convirtió en uno de los partidos más corruptos, funcionales y acomodaticios del escenario político, un jugador lamentable, un actor ubicuamente ridículo.

Me acuerdo de que el resentimiento y la frustración me asaltan seguido y fácilmente.

Me acuerdo de que la indignación es digna.

Me acuerdo del 1 de diciembre de 2012: juventudes repudiando la toma de posesión de Enrique Peña Nieto y el aparato policial atento a sofocarlas.

Me acuerdo de que a veces me atormenta pensar por qué escribo; a veces no y me dejo ser como gato sobre un chaleco felpudo tirado en el suelo.

Me acuerdo de que mi amigo de la Prepa 6 Darío Acevedo y yo nos esmerábamos por redactar anécdotas chistosas que nos apresurábamos a intercambiar por mensaje de celular.

Me acuerdo de una anécdota enviada a Darío sobre dados felpudos colgantes en el espejo retrovisor de algún taxi.

Me acuerdo de la magnífica novela corta *Taíb*, donde Ricardo Garibay mezcla con naturalidad el comentario autobiográfico, la reflexión periodística y el enamoramiento fantástico de una sirena: la belleza irreal es una nebulosa que visita y trastoca, pero la vida entre café frío sigue, prosaica.

Me acuerdo de Alan, ilustrador, animador y profesor de historia, que tras la noche de Iguala escribió algo así como que la distancia histórica entre Tlatelolco y Ayotzinapa son 200 kilómetros.

Me acuerdo de que los estudiantes de Ayotzinapa desaparecieron en medio del circo que Miguel Ángel Osorio Chong, entonces secretario de Gobernación, montó para autopromoverse como demócrata mientras dialogaba con estudiantes en protesta del Instituto Politécnico Nacional.

Me acuerdo de que La Jornada, histórico diario de izquierda, dio un feo viraje en apoyo a Peña Nieto y el PRI por razones econó-

micas y, casi que seguro, también por servilismo ante el poder y conveniencias estratégicas.

Me acuerdo de que conozco poco y mal Guadalajara. O casi nada.

Me acuerdo de que en muchos sentidos ser editor en periodismo es fingirse enterado y opinar, hablar, hablar, hablar, hablar, hablar, hablar, hablar, hablar, hablar, hablar y legitimarse como hablador profesional.

Me acuerdo de que, por recomendación de Lavín Cerda, traté de leer a prisa (mandatos del préstamo en la biblioteca) el libro de Amado Alonso sobre el estilo de la *Residencia en la tierra*, pero nada más no pude.

Me acuerdo de que la vida intelectual, contemplativa y retirada convive con las inmensidades del comercio irregular en la estación Observatorio.

Me acuerdo de que el imperialismo ideológico es evidente en la cristianización de tantos topónimos indígenas en México: La Magdalena Petlacalco, Santa María Tonantzintla, San Miguel Chapultepec, San Cristóbal Ecatepec, San Juan Teotihuacán, San Miguel Ajusco, Santiago Tepalcatlalpan, San Bartolo Ameyalco, San Pedro Xalostoc, Santiago Comaltepec, Santa Cruz Meyehualco, Santa Martha Acatitla, La Magdalena Yancuictlalpan, San Bartolo Atepehuacán, Santa María Tepepan, San Andrés Totoltepec, San Felipe Orizatlán, San Miguel Suchixtepec, San Lorenzo Tezonco, Santa María Zapotitlán, Asunción Ixtaltepec, San Lorenzo Tlaltenango, Santo Domingo Zanatepec, San Francisco Pujilic, Santiago de Querétaro, Santa Teresa Huehuetoca, San Jerónimo Tulijá, San Andrés Mixquic, San Nicolás Tetelco, Guadalupe Yancuictlalpan, San Juan Bautista Tuxtepec, La Magdalena Chichicaspa, San Andrés Teotilalpam, San Luis Tlatilco, San Pedro Iztacalco, Santa María Huatulco, San Lorenzo Huipulco,

Santa Clara Hutziltepec, San Hipólito Xochiltenango, Santiago Tepextla, San Pedro Juchatengo, San Miguel Huautla, Santiago Joco-tepec, San Miguel Quetzaltepec, San Agustín Chayuco, San Andrés Huaxpaltepec, San Francisco Tlalnepantla, San Pedro Totoltepec, Santa Ana Chiautempan, Santa Bárbara Ixtapaluca, San Miguel Xicalco, Santiago Tianguistenco, San Lorenzo Tenochtitlán, San Juan de Ocotán, Santa Catarina Ayotzingo, Santa María Acapulco, San Mateo Atenco, San Andrés Atenco, San Juan Bautista Coixtlahuaca, San Pedro Quiatoni, Santo Domingo Tonalá, San Antonio Tecómitl, Los Reyes Coyoacán, San Juan Bautista Tlachichilco, San Juan Bautista Tuxtepec, Santiago Tepopula, San Miguel Nepantla, La Magdalena Mixhuca, San Pedro Xalpa, Santa Úrsula Coapa, Santiago Tlatelolco, San Jerónimo Coatlán, Santa Bárbara Cuautitlán Izcalli, San Lorenzo Acopilco, San Marcos Huixtoco, San Miguel Topilejo, Santo Domingo Ocotitlán, San Juan Ixtayopan, San Pedro Nexapa, San Juan Tehuixtitlán, San Juan Bautista Huixquilucan de Degollado, San José Tenango, San Agustín Metzquititlán, San Lucas Matlala, San Francisco Xochiteopan, San Juan Amecac, Santa Ana Tututepec, Santa María Coaxtuzco, San Francisco Tecoxpa, San Salvador Cuauhtenco, San Pedro Tlanixco, San Pablo Oztotepec, San Juan Tlacotenco, San Pedro Tututepec, San José Ixtapa, Santa Cruz Atoyac, San Francisco Tlapalcingo, Santiago Juxtlahuaca, San Nicolás Totolapan, Santa Úrsula Xitla, Santiago Ixcuintla, San Gregorio Atlapulco, Santiago Tulyehualco, San Andrés Tuxtla, San Andrés Tomatlán, San Mateo Huitziltingo, San Lorenzo Atemoaya, Santiago Acahualtepec, San Nicolás Totolapan, San Francisco Culhuacán, San Luis Acatlán, Los Reyes Acatlixhuayan, San Francisco Soyaniquilpan, San Agustín Tlaxiaca, Santa María Ajoloapan, San Bartolo Naucalpan, Santa Ana Tlacotenco, Santa María Aztahuacán, San Cristóbal Amatlán, San Miguel Teotongo, San Andrés Tetepilco, San Francisco Coacalco, San Bartolo Tenayuca, San Miguel Zinacantepec. Un aliento un poco diferente al de sitios como, por ejemplo, Iguala de la Independencia.

Me acuerdo del Campamento Citlali, situado en algún sitio entre Avándaro y Valle de Bravo, exactamente a un costado de la casa de descanso del gobernador del Estado de México.

Me acuerdo de mi papá tratando de volar un papalote aleta amarilla en el llano verde de aquel campamento.

Me acuerdo de un nido de pájaros y de las piñas caídas de los árboles en Avándaro.

Me acuerdo del acierto del título *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*.

Me acuerdo de que Sealtiel Alatraste cayó en desgracia luego de que se le acusaron plagios y de que lo conocí en una clase de Gonzalo Celorio. Me cayó espantosamente mal al percibirlo como funcionario de la literatura y por hablar de su propia novela como lo haría un corcho sin páncreas.

Me acuerdo de la carnicería en Valparaíso en la que pregunté por un hotel cercano; el dependiente hizo una curva con el brazo para obviarme que en la calle de al lado había uno. Ahí conocí a una anciana que me agradeció que México hizo triunfar a Mon Laferte.

Me acuerdo del hojaldre relleno de manjar que me aficioné a comer en Valparaíso. Costaba algo más que una luca, creo, y cuando traté de comprar el último antes de partir a La Serena en la panadería que quedaba camino a la estación de autobuses se habían acabado.

Me acuerdo de que llorar nunca es suficiente.

Me acuerdo de que el lanchero que nos llevó a recorrer la bahía de Valparaíso hizo chistes muy ensayados e imaginables sobre el

congreso chileno, un edificio en forma de herradura visible desde cualquier rincón del puerto o casi.

Me acuerdo de que un león marino elevó su nariz al cielo para posar en las fotografías de los turistas, acostumbrado al asedio de la fama y al placer de apestar a sal y a mamífero y a ser admirado.

Me acuerdo de la pasión magnética del moco

Me acuerdo de que, después de Rabelais y Bajtín, debe escribirse de cualquier purulencia.

Me acuerdo de un conductor de microbús en Ciudad Neza que venía conversando deliciosamente sobre recetas de cocina mientras manejaba con automatismo: su cuerpo operaba la palanca y los cobros mientras su mente divagaba en salsas y costras bien condimentadas.

Me acuerdo del amaranto, hermoso y alrevesado como una alucinación lisérgica.

Me acuerdo del tinaco que se desplomó en la casa del Pedregal de Santo Domingo Coyoacán en la que escribí mi tesis de licenciatura: la base de herrería que le fabricaron resultó inestable y el armatoste plástico se partió en trozos, chorreando una cascada modestamente monumental.

Me acuerdo del Capu, Alan, un amigo de la secundaria que enfureció porque una vez ensuciamos su mochila de aguacate tras estarla aventando para incomodarlo. Cuando tuvo su primera novia me platicaba su vida amorosa, compuesta principalmente de cine y elotes bien preparados.

Me acuerdo de Broli, Sebastián, un niño rubio con quien cursé la primaria y a quien agredía desde mis inconformidades y envidias

infantiles. Nada grave. Un tiempo fuimos amigos, luego eso se desvaneció. Le decíamos Broli por el personaje de Dragon Ball Z, un súper sayayín especialmente súper sayayín o algo parecido con hipermúsculos.

Me acuerdo de la invasión al interior que produce el título *Lunario sentimental*.

Me acuerdo de que la autocensura es una arraigada y gratuita forma de boicot.

Me acuerdo de los caldos de gallina del CUPA; nos aficionamos a ellos genuinamente y cada que entrábamos la mesera sólo nos decía: ¿lo de siempre? O, directamente: dos con pechuga deshebrada y una orden de sopas, ¿de tomar?

Me acuerdo de que se escribe como se puede.

Me acuerdo de Enrique Dussel aseverando que *Filosofía de la liberación*, libro de 1975, no fue escrito en el escritorio de un profesor, sino en el de un sobreviviente de las dictaduras, luego de que huyó de Argentina a México por una bomba detonada en su casa.

Me acuerdo de *A la salud de la serpiente*, uno de los proyectos novelescos más ambiciosos de Gustavo Sainz. Lo encontré por casualidad en la biblioteca del Instituto de Investigaciones Filológicas, me le apegué y terminé leyéndolo mediante un préstamo interbibliotecario con el CCH Oriente.

Me acuerdo de las tapas rígidas grises, verdes y rojas de algunos ejemplares de las bibliotecas públicas de la UNAM: un tiempo me parecieron chocantes y horrendas, luego entendí la importancia colectiva de preservar un libro para que sea legible al menos unos 50 años.

Me acuerdo de que un hombre oriental me reprochó que subiera los pies a las sillas de la Biblioteca Central, me dijo que no debía maltratar la universidad ni el patrimonio de la nación, aspectos que nunca antes había reflexionado con tal claridad. Desde la infancia suelo esconder un pie debajo del muslo de la otra pierna al sentarme. Fue, definitivamente, un choque cultural.

Me acuerdo de que al aprendizaje de la dignidad en México lo relativizan variedad de testimonios de abuso en la vida política, legislativa, ejecutiva, policiaca, económica, educativa, judicial, de movilidad, alimenticia...

Me acuerdo de que estaba yo audicionando para entrar al Reforma cuando Joaquín “El Chapo” Guzmán se fugó por segunda vez en su vida de un penal de alta seguridad; era julio de 2015.

Me acuerdo de que al menos una vez todos debemos caminar el mundo bajo la lógica visual de *Lucy in the sky with diamonds*, la canción de John Lennon: *look for the girl with the sun in her eyes and she's gone*.

Me acuerdo de que allá por el 2002 me documenté más o menos ambiciosamente sobre la presunta muerte de Paul McCartney y los mensajes mortuorios presuntamente ocultos en las portadas de álbumes de los Beatles, un ámbito de conocimiento absorbente, tórrido y de magnéticas coincidencias o excesos de lectura.

Me acuerdo de que Random House no paga las colaboraciones para su sitio Langosta Literaria sino con ejemplares. Si algo le sobra a ese corporativo trasnacional son libros impresos. Ante este hecho, su pago es menos que una limosna: una distracción de quien extiende el brazo para soltar un listón, un cubito de azúcar, un sobrecito con mayonesa.

Me acuerdo del juego de los listones que practicaron todavía los niños de mi generación, antes del *touchscreen* y su inmovilidad o su movilidad mental.

Me acuerdo de que jugamos decenas de veces Burro 16 en el jardín Rosario Castellanos de la Facultad de Filosofía y Letras. *Cinco, desde aquí te brinco*.

Me acuerdo de que me aficioné cariñosamente a Totí, la canción de Silvio Rodríguez de sabrosos epítetos: fantasma inverso, lienzo del universo, carboncito de coral, gajito de galán, saeta de un diablo divino.

Me acuerdo de que en el breve documental *Werner Herzog eats his shoe* el director de *Herz aus glas* asegura que el cine debe articular una guerra santa contra las imbecilidades de la televisión. Contra *Bonanza*, dice específicamente.

Me acuerdo de que a mi abuela Georgina le gustaba *Bonanza*.

Me acuerdo de que en un video de YouTube le preguntan a David Lynch cuál es su película favorita de Werner Herzog. El cineasta no duda ni medio respiro y contesta rápida y serenamente: *Stroszek*.

Me acuerdo de que vi *Stroszek* en la sala de consulta de la filmoteca del Centro Nacional de las Artes.

Me acuerdo de la escena final de *Stroszek*, que muestra a animales encerrados en máquinas de entretenimiento banal. Un conejo y una gallina reaccionan a la alarma que desata la inserción de una moneda en la caja.

Me acuerdo de que, tras perderlo todo incluida su identidad, *Stroszek* se mata de tristeza y de un balazo.



Me acuerdo de que habitamos el mundo mediante estatus publicados en Facebook.

Me acuerdo de que Laura compartió unos versos que le hicieron llegar a su hermana y luego opinó sobre el emisor: “ha de ser un raro”.

Me acuerdo de que mi abuela Georgina disfrutaba el show de los *Thunderbirds*, animación con muñecos de cabezas grandes.

Me acuerdo de que mi abuela Georgina y yo gozábamos viendo *Popeye*.

Me acuerdo de que mi papá me regaló el álbum blanco de los Beatles. Es quizás su mejor trabajo, deslizó, una afirmación muy atractiva por la naturaleza ecléctica y divergente de las canciones.

Me acuerdo de que la prisa es mala consejera pero fortalece el ejercicio derrapante de la sintaxis.

Me acuerdo de que viajamos en 2009 a Veracruz mi hermana, mi madre y yo. Comimos camarones a la mantequilla, aterrizados en una palapa frente a una playa gris de arena fría y desangelante.

Me acuerdo de que ellas no quisieron conocer el fuerte de San Juan de Ulúa y me prometí regresar, pero no he cumplido.

Me acuerdo del mango como una expresión proliferante y de la hermosura del apellido *petacón*.

Me acuerdo de las corcholatas incrustadas en el pavimento como una fotografía espléndida de mi infancia.

Me acuerdo de que la reescritura es amor.

Me acuerdo del actor Jean-Pierre Léaud, trasunto de François Truffaut en tantas películas que luego trabajó con Aki Kaurismäki.

Me acuerdo de que me huelen mal los pies.

Me acuerdo de que es fácil aficionarse rápidamente a los dulces árabes.

Me acuerdo de que me pareció perezosa la afirmación de Antonio Ortuño de que para él los Pixies habían sido una influencia más importante que Mario Vargas Llosa. Sorprendente ruptura que merece aplausos.

Me acuerdo de que mis padres, ambos cristianos creyentes, amaban el trabajo de Ennio Morricone para la película *The mission*.

Me acuerdo del Carl Solomon que Allen Ginsberg acompaña en Rockland, donde está perdiendo el ping pong del abismo.

Me acuerdo de José Vicente Anaya presentando su traducción del *Aullido* de Ginsberg una tarde en la Facultad de Filosofía y Letras. Compré un ejemplar que luego le presté a Girla, una amiga de letras alemanas que tal vez se lo quedó para siempre o así parece hasta este momento.

Me acuerdo de que una tarde de viernes decidimos interrumpir la borrachera en el Jardín del Edén para ver *8 ½*, la película de Fellini, en un aula de la Facultad de Filosofía y Letras. Las flotaciones de la cinta funcionaron mejor con nuestra atención sinuosa.

Me acuerdo de que cuando recién habíamos empezado la licenciatura caminaba yo por Periférico cerca de su cruce con Tlalpan y alguien me gritó desde un camión: “Ese mugroso de Filo”. Era mi

amigo Mauro, a quien entonces no podía querer mucho porque acababa más o menos de conocerlo.

Me acuerdo de que ayer vimos a un gatito en la estación Zócalo comer croquetas tras incómodamente salir de uno de los muros del pasillo que desemboca en el pasaje Zócalo-Pino Suárez.

Me acuerdo del tino del título *La belleza de pensar que la palabra perro no muerde*.

Me acuerdo de la hermosura de la panadería La Ideal, ubicada en la calle 16 de septiembre y que abastece los rincones de la ciudad con sus panes y sus cajas marmoladas.

Me acuerdo de que las cosas que te envuelven, acompañan, decoran y condicionan podrían componer una metáfora de tu vida precisa hasta la intimidad más sangrienta.

Me acuerdo de que me compré un libro de Don Winslow por consejo de la publicidad, víctima del asedio de significados: *El poder del perro*.

Me acuerdo de un puesto de palomitas siempre repleto en el metro Balderas.

Me acuerdo de que más allá de su propio cliché, Bukowski sin embargo continuamente da excelentes notas de lucidez ante la realidad ahogada de vejaciones.

Me acuerdo del travestismo inacabable de Snoopy: detective, granjero, periodista o sibarita.

Me acuerdo de *Cobra*, la novela travestida de Severo Sarduy en la que a medio libro y sin antecedente el protagonista cambia radicalmente de identidad, como en el *Orlando* de Virginia Woolf.

Me acuerdo de que las bocinas de la calle Vizcaínas reposan como esperando una mejor vida, quizás ahora al lado de quinceañeras, arroces rojos, calles cerradas, danzón urbano y retas de cumbia.

Me acuerdo de que no he aprendido a nadar aunque lo intenté más o menos desinhibido en Cuatrociénegas, Coahuila.

Me acuerdo de que Werner Herzog lo mismo ha conversado de pingüinos que de subastas de ganado, campesinos de la taiga, esclavismo portugués en África, el Popol Vuh, la corrupción domesticadora que supone la cultura, el tiempo percibido desde el budismo, Twitter, la mitología social alrededor del fuego en un tambo metálico o los volcanes.

Me acuerdo de la iglesia del pollo, un edificio retratado por Herzog en Indonesia que pretende figurar una paloma y mira al monte Merapi.

Me acuerdo de la iglesia de los despellejados, un puñado de miserables con llagas en la espalda que recibían con vaga atención y gelatinosa disciplina una prédica evangélica en la Glorieta de Insurgentes, quizás realmente esperando el chicharrón en salsa verde, el arroz rojo y el refresco de toronja trabajosamente repartidos por una pareja de ancianos después del discurso.

Me acuerdo de que se practica poco anotar los sueños en una libreta al despertar, o no lo suficiente: tesoros que se desvanecen.

Me acuerdo de que durante muchos años mantuvimos una bitácora onírica en Facebook donde contábamos nuestras experiencias del otro lado: soñé con el apocalipsis zombie en Ciudad Universitaria, con un Federico Fellini cayéndose de un barco, con el puerto de La Habana dotado de pilas de colchones, con la negritud que me iba a enseñar a convertirme en pájaro y volar pero desperté.

Me acuerdo de que con nuestra conducta en redes sociales pedimos a gritos ser estalkeados pero a veces nos incomodamos cuando sucede.

Me acuerdo de que el YouTube primitivo era un espacio para escarnecer a los borrachos.

Me acuerdo de la ternura y placer que me produce el acento chileno, po.

Me acuerdo de que vi *Patterson*, la película de Jim Jarmusch sobre la poesía y la vida poética en el seno de la urbanidad, en un cine juvenil en Santiago de Chile y de que la taquillera se negó a aceptarme un billete de 20 mil pesos.

Me acuerdo de la Plaza de Armas de Santiago de Chile: condicionado por mi costumbre chilanga a la monumentalidad barroca, el espacio me pareció pequeño.

Me acuerdo de que la ignorancia puede embellecerse.

Me acuerdo de que le pregunté vía bibliomancia una vez en una casa de Tláhuac a Francisco Hernández si era tiempo de ir por hongos a Oaxaca. *Hasta que el verso quede*, contestó.

Me acuerdo de que teníamos un perrito cruza de schnauzer y salchicha que una vez persiguió a los pavorreales de un hotel en Morelos.

Me acuerdo de que el perrito se llamaba Charlie, le puse así en referencia al Snoopy de Charlie Brown, un salto medio alrevesado pero eficaz.

Me acuerdo de que Charlie murió zarandeado por un perro mayor en casa de mi tía Yamel, a donde se mudó luego de que evaluaran insostenible su vida en un departamento en Villa Coapa.

Me acuerdo de que mis tía y prima trataron de ocultarme estúpidamente la verdad sobre la muerte de Charlie, como quien minimiza al interlocutor.

Me acuerdo de que desde una librería cristiana vi mi primer desfile del orgullo LGBT en el Centro Histórico, en la década de 1990. Senos al aire, penes de hulespuma, correas de sadomasoquismo, estoperoles, puntas de aluminio y baile invadieron nuestra perspectiva de un momento a otro y en saturado contraste con los acotados modales de la cultura evangélica representada por la relativa discreción de la librería Maranatha.

Me acuerdo de la belleza española del museo Dolores Olmedo, en Xochimilco.

Me acuerdo de que la casona de Dolores Olmedo, fastuosa y de jardines abiertos, convive con la saturación urbana de puentes peatonales, puestos ambulantes con palanquetas y mazapanes, microbuses y estaciones de tren ligero: la Ciudad de México siempre sintética, siempre compacta, siempre apretada, siempre en la música de la saturación.

Me acuerdo de que la fealdad moderna genera discursos de ruido criminal como el del John Zorn de Naked City.

Me acuerdo de que, además de su ruido rocanrolero, John Zorn practicó el retiro espiritual judío y el divertimento con xilófono casi relajante.

Me acuerdo de la ternura de Bill Frisell confesando que ama a los Beatles.

Me acuerdo de la delicia del título *Los locos somos otro cosmos*, cuento de *Las vocales malditas* de Óscar de la Borbolla.

Me acuerdo de la fortuna del título *El prodigioso miligramo*, donde Juan José Arreola se injerta a Carlos Pellicer.

Me acuerdo de que una vez bebíamos en uno de los múltiples bares de Copilco y un señor barbado nos hizo conversación, nos invitó a su casa y nos disparó un cartón de cerveza para seguirnos hinchando; mientras hablaba, quizás rehuyendo la soledad, lo despreciamos con nuestra soberbia juvenil y yo evalué robarle un libro bellamente editado por Joaquín Mortiz que vi en su librero: *Palíndroma*, de Juan José Arreola. No lo hice.

Me acuerdo de que Roberto Bolaño ridiculiza bien en *Los detectives salvajes* el afán juvenil por la erudición de dominar figuras retóricas, aprendizaje exquisito derivado de un entusiasmo fácilmente pulverizado por la vida, como ironiza el chileno en su novela.

Me acuerdo de que me parece poco astuto, poco importante denigrar el narcisismo en los otros: todos necesitamos en ocasiones calidez aunque provenga de un dispositivo electrónico, de una fantasmagoría con alharaca.

Me acuerdo de que un compañero leyó un poema donde reprochaba líricamente, en una enumeración caótica, que la gente le hace el amor a la televisión. El poeta Jaime Augusto Shelley, en cuyo taller sucedió el episodio, dijo una de las cosas más sensatas que le oí nunca: hay quienes no tienen con quién hacer el amor y lo hacen con la televisión, no hay que enojarse con ellos.

Me acuerdo de que los niños de mi generación crecimos con los melodramas dilatados de *Los Supercampeones* y *Los Caballeros del Zodiaco*.

Me acuerdo de que los museos visten casacas.

Me acuerdo de que los salchipulpos son testimonio del ingenio de una cultura que fríe alimentos a 200 centímetros de una corriente de aguas pútridas.

Me acuerdo del único cuento de Ana María Matute que he leído, sobre una niña que sucumbe a la degradación del entorno y asesina a su gato estrellándolo contra la pared.

Me acuerdo de que Marta Sánchez, Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset son asociados con socarronería en *Sin noticias de Gurb*, la distopía humorística y barcelonesa de Eduardo Mendoza.

Me acuerdo de que me conmovió *Luz silenciosa*, de Carlos Reygadas, aunque Kin la vilipendiaba. Fue uno de los últimos discos que renté en Blockbuster antes de su desaparición.

Me acuerdo de que, meses antes de su desaparición, me inscribí a Blockbuster en una sede que la empresa trasnacional tenía sobre Miramontes para ver películas de Godard y Miyazaki.

Me acuerdo de que Juan Goytisolo aparece como conciencia poética caminante en *Notre musique*, de Jean-Luc Godard.

Me acuerdo de la mucosidad del ojo.

Me acuerdo de que una empresa muerta deja apocalípticos edificios vacíos en las ciudades.

Me acuerdo de los libros oportunistas que se apresuran a publicar muchísimas editoriales. Sobre el papa, sobre el padre Solalinde, sobre Mireles, sobre la amapola en Guerrero: nunca se sabe cuándo la experiencia lectora será significativa y reveladora o un raspón incómodo de 300 pesos, por lo que queda confiar en la intuición.

Me acuerdo de que las audiencias del mundo en música, literatura, cine, están descubiertas.

Me acuerdo de que la dignidad del individuo y de la colectividad deben aprenderse y que la poesía contribuye a esa obligatoria robustez.

Me acuerdo del salmo 137, Lamento de los cautivos en Babilonia: “Hija de Babilonia la desolada,/ bienaventurado el que te diere el pago/ de lo que tú nos hiciste./ Dichoso el que tomare y estrellare tus niños/ contra la peña”, dice la versión Reina Valera del texto bíblico.

Me acuerdo de que Mar Gámiz nos enseñó que citar libros suele invisibilizar al traductor.

Me acuerdo de que la amenaza de las fechas de entrega ayuda a concretar los proyectos de escritura.

Me acuerdo de *Bernardo y Bianca*.

Me acuerdo de Zak y Crysta.

Me acuerdo de que las genialidades desobedientes de Julio Cortázar acompañan elásticamente la adolescencia y que esto debe repetirse entre los lectores latinoamericanos siempre.

Me acuerdo del virtuosismo del trompetista Arturo Sandoval, cuya carrera detonó gracias al mecenazgo cultural de Dizzy Gilliespie y a quien conocí por mi amigo David, que me presentó a tantos otros grandes intérpretes.

Me acuerdo de que Beatriz, compañera del trabajo, tiene una foto donde se la ve recostada al lado de un león marino en las Galápagos. Ánimo.

Me acuerdo de que ya no quiero estar aquí: oficina afea viernes.

Me acuerdo del canto cardenche, me acompañó en un momento muy triste con su campesina elocuencia de vísceras espinadas.

Me acuerdo de que alguna vez me quedé dormido en una función de *La noche*, la película de Antonioni; me pasó lo mismo con *71 fragmentos de una cronología del azar*, de Haneke. Todo en la Cineteca.

Me acuerdo de que el 11 de septiembre de 2001 fue la maestra de historia de la secundaria la que nos informó de los aviones en las Torres Gemelas.

Me acuerdo de que el acto de violencia contra la ciudadanía estadounidense le permitió a mi mamá hablarme del otro 11 de septiembre, el de La Moneda en 1973.

Me acuerdo de que la estética inconexa es una buena manera de abordar el flujo del tiempo como un asalto de simultaneidades y contradicciones astilladas.

Me acuerdo del herraje chamuscado.

Me acuerdo de que la sonoridad es también pensante.

Me acuerdo de “un lago de miel en la palma de mi mano”, frase que insertó Fernando Arrabal en alguna de sus muchas obras de teatro.

Me acuerdo de que en Sauzales, una calle cercana a la casa de mi madre, hay una bodega de libros de viejo que de vez en cuando es atendida por algún empleado inclinado entre torres y laberintos de papel.

Me acuerdo del mamotreto *La forza del destino*, novela polifónica de Julieta Campos sobre Cuba imposible de conseguir.

Me acuerdo de que a la monstruosidad la síntesis siempre le queda mal, pero puede describirla con alguna rota precisión.

Me acuerdo de que la precisión a veces es un simulacro.

Me acuerdo de que un minuto es un verso.

Me acuerdo de la pasión de describir lo escurridizo, lo proteico, “ah que tú escapes en el instante/ en el que ya habías alcanzado tu definición mejor”.

Me acuerdo de que conversé con la hija de Eliseo Diego, María José de Diego, en su casa de la San Miguel Chapultepec, sobre *La novela de mi padre*, una obra con que su padre exploró los lazos de su propio padre: tres generaciones de cubanos insertos en un mismo asunto literario.

Me acuerdo de que el mango debe figurar en la literatura como fuerza poética, lo mismo que el abejorro.

Me acuerdo del *Libro de buen amor*, que leímos bajo la instrucción generosa de José Antonio Muciño Ruiz.

Me acuerdo de que en un bello prólogo al *Bestiario*, José Emilio Pacheco considera justificada su vida porque en una ocasión fungió como amanuense de Arreola. Describe que el cuentista le dictó los textos breves del libro recostado en un diván y con una almohada sobre los ojos, antes dilatorio entre piezas de ajedrez.

Me acuerdo de que entiendo poco y mal al Templo Mayor.

Me acuerdo de que la religiosidad es una placenta que todo lo impregna.

Me acuerdo de la lentitud como una práctica anticapitalista.

Me acuerdo del guadalupanismo cósmico de Carlos Santana.

Me acuerdo de que caminamos mi padre y yo la Calzada México Tacuba para conocer el árbol de la noche triste y se nos oprimió el músculo de la sorpresa cuando encontramos los pedazos reque-mados de lo que fue un árbol, símbolo del proceso de conquista de Tenochtitlán.

Me acuerdo de la hermosura de la brevedad, notoria en Augusto Monterroso y en los mosquitos panzones de sangre.

Me acuerdo de los poemas sobre gatos que procuró Darío Jaramillo Agudelo.

Me acuerdo de Astrid Haddad recorriendo los nopales y las pitayas de los trajes confeccionados durante su trayectoria y albergados en una exposición para el Museo Universitario del Chopo.

Me acuerdo de que la primera vez que percibí la hermosura del Museo Universitario del Chopo fue en un programa de televisión que conducía José Agustín para el Canal 22.

Me acuerdo de que la contracultura en México es absorbida como otra de las ofertas del abanico de dominación hegemónica.

Me acuerdo de que la protesta es fácilmente encapsulada.

Me acuerdo de que el discurso resistente de los valientes, de los arrojados, se convierte en material de consumo en las habilidades del capitalismo.

Me acuerdo de que todo es susceptible de mercantilización en el dominio del dinero.

Me acuerdo de que a uno de mis compañeros del trabajo no le gusta abrir la ventana ni subir la persiana detrás de su lugar aunque haga calor.

Me acuerdo de que tratamos de recorrer el zoológico de Chapultepec bajo las consejerías del ácido lisérgico; la sustancia no nos disolvió la atención con la tenacidad debida, pero igual lo anduvimos y pasamos una tarde entrañable buscando pingüinos, entre las bancas interactivas de Reforma y caminamos hasta una feria en las inmediaciones del metro Revolución, donde un hombre disfrazado de gorila albino nos aterrorizó.

Me acuerdo de que maquilábamos piezas de plástico en el taller de Roberto Lira, en Nezahualcóyotl.

Me acuerdo de que el recuerdo puede tratar de ver el futuro.

Me acuerdo de que me compré un libro de Don Winslow y que lo quiero leer pronto, aunque también sospecho que se trata de una maniobra muy ensayada por el mercado editorial estadounidense: vender violencia, sexo, drogas y folclorismo en un relato espectacular de fácil acceso y metáforas manipuladoras, como que las amapolas arden porque crecen en el infierno. Una novela mamalona, diríamos los mexicanos. Se llama *El poder del perro*.

Me acuerdo de que Rodrigo Fresán prologa el libro de Winslow también con metáforas chafonas y efectistas sobre la valentía de escribir sobre México, según.

Me acuerdo de que en la calle de Pescaditos los hermanos Olarte reparan saxofones y que no he llevado el mío, soprano, que se dañó durante el terremoto del 19 de septiembre de 2017.

Me acuerdo de que el 19 de septiembre acompañará la memoria mexicana como una fecha de dolor durante muchas décadas, por las víctimas de 1985 y 2017.

Me acuerdo de que Jorge Arturo Hidalgo, periodista de Reforma, hablaba conmigo de literatura cariñosamente.

Me acuerdo de que alguna vez leímos Fuente, el poema de Octavio Paz, mariguanos en una habitación de Villa Coapa.

Me acuerdo de que mariguano conocí la Zona, el poema de Guillaume Apollinaire, poeta que Margo Glantz me ayudó a reconocer como polaco, aunque escribía en francés.

Me acuerdo de que intercambiando participaciones Víctor Mantilla y Víctor Altamirano leyeron en voz alta la Zona en un departamento en Copilco, asombrando nuestra imaginación y fomentando la fabricación de imágenes en nuestra mente.

Me acuerdo de Jaime Augusto Shelley leyendo Caballero solo con su grave voz de locutor radial.

Me acuerdo de Hernán Lavín Cerda leyendo Caballero solo en su estilo reposado que paladea cada una de las enredadas y espesas imágenes de Pablo Neruda.

Me acuerdo de los senos que brillan como ojos.

Me acuerdo del doctor que mira con furia al marido de la joven paciente.

Me acuerdo de estar con Sebastián, Arlén y Mari en Cuernavaca hablando de Amor, el cuento de Clarice Lispector. También mari-guanos, disfrutamos como un torrente de la lucidez de una frase: es tanta vida que se pudre.

Me acuerdo del poder sensible en las prosas de Elena Garro, una emotividad finamente hilada a Clarice Lispector y María Zambrano, por asociar bisontes rápidamente.

Me acuerdo de algún machismo latente en la *Residencia en la tierra*.

Me acuerdo de que para evaluar el semestre le entregué a Lavín un ensayo que empezaba diciendo: “El castellano aprendió a morir en la *Residencia en la tierra*”.

Me acuerdo de que Yadir se puso furioso porque el profesor me puso 9 y a él 8, pese a que consideraba que su análisis era una de las mejores frutas sólidas del compromiso racional.

Me acuerdo de que perdí todos mis ensayos universitarios por prisa y desdén; hoy me gustaría conversar con ese que fui.

Me acuerdo del acierto del título *El joven aquel*.

Me acuerdo de que los buenos libros estimulan escribir.

Me acuerdo de que leí El poema del hachís de Charles Baudelaire buscando un elogio de mi estilo de vida sumergido en humaredas cannábicas, pero en cambio encontré un llamado a cultivar el jardín interior con el tesón de la voluntad enfocada.

Me acuerdo del acierto del título *Los paraísos artificiales*.

Me acuerdo de que el Mundial de Rusia 2018 me aburrió aunque me esforcé porque me entretuviera.

Me acuerdo de Argelia a punto de eliminar a Alemania en el Mundial de Brasil 2014.

Me acuerdo de que Ghana fue el único equipo que le metió dos goles a Alemania y que estuvo por encima en el marcador del posterior campeón del mundo en Brasil 2014.

Me acuerdo de Binyavanga Wainaina, profesor del intimismo y la confesión como legitimidades de la novela.

Me acuerdo de que, a veces, a la competencia del aula la borra la nostalgia generacional y el cariño compartido ante el pasado.

Me acuerdo de que me acerqué al *Altazor* después de que la actriz Cecilia Suárez lo recomendara en una entrevista con Rodrigo Murray para el Canal Once. Aseguró que el título provenía de una frase: alta sorpresa del corazón.

Me acuerdo de que los marcianos llegaron ya y llegaron bailando el chachachá en forma de mosquitos.

Me acuerdo del sabroso texto de Guillermo Cabrera Infante “Delito por bailar el chachachá”.

Me acuerdo del acierto del título *Aquellas máscaras de gesto permanente*.

Me acuerdo de que en *Yo también me acuerdo*, Margo Glantz parece terminar más o menos despidiéndose de la vida.

Me acuerdo de que, según el cubano Cabrera Infante exiliado en Londres, los diminutivos son como los elefantes, contagiosos.

Me acuerdo de que una vez planeamos aprender alemán frente a unos chilaquiles y unos huevos con cecina, aunque fue una proyección medio unilateral.

Me acuerdo de que el vibráfono puede hacer oleaje.

Me acuerdo de los gatos de Estambul que retrata el extraordinario documental *Kedi*.

Me acuerdo de que mi mamá veía oportunidades de negocios en múltiples escenarios de la realidad, aunque casi nunca le fue muy bien.

Me acuerdo de que una vez me compró un Nene consentido, de la serie *Dinosaurios*, y decidió ofertarlo en la primaria entre otros padres de familia.

Me acuerdo de que me avergonzaba esa propensión de mi madre, una crítica cómoda desde la protección que me daba su búsqueda de dinero y su manutención.

Me acuerdo de que mi madre escribió un libro sobre su experiencia como médico laboral en una fábrica de dulces: recopiló historias de obreros disminuidos por la pobreza y desgastados en generar riquezas para los millonarios a la cabeza de la empresa.

Me acuerdo de que el título de trabajo del texto de mi madre es un oxímoron atinado y directo: *Lo amargo de los dulces*.

Me acuerdo de que mi mamá escribe poemas de amor y erotismo religiosos.

Me acuerdo de que teclear se ha convertido en un placer y que lo practico desde la adolescencia: nacemos y nos desarrollamos ya fundidos con las realidades computacionales.

Me acuerdo de que este 2018 se cumplen 20 años de la publicación de *Los detectives salvajes*.

Me acuerdo de que es incalculable pero sabroso de especular cuánto de su desarrollo piramidal económico ha apostado Televisa a la exhibición de ombligos en sus pantallas.

Me acuerdo de que el Estado se debilita en cochupos y complacencias y de que en México casi no tiene sentido republicano el concepto de concesión estatal.

Me acuerdo de que desmayarse puede pedir una trajinera.

Me acuerdo de que la piedra pómez puede siempre ser más grande.

Me acuerdo de que me gusta cantar cuando nadie me ve en los elevadores y de que comparto con Alejandro Sanz la tenacidad de desarrollar un mundo interior cuando nadie me ve.

Me acuerdo de que leo a Verónica Volkow, nieta de León Trotsky, hablar de perritos con el doctor Juan Coronado en Facebook.

Me acuerdo de que el estrés es una de las caras tal vez menos nocivas y pestilentes de la explotación.

Me acuerdo de que la embajada de Honduras en México es una casa chiquita que comparte pared con un Starbucks y que contrasta con la embajada de Rusia, un auténtico palacio de muros altos custodiados por árboles en la colonia San Miguel Chapultepec.

Me acuerdo de que en algún prólogo Efraín Huerta dejó escrito que su hija de cuatro años y Octavio Paz compartían opinión sobre sus poemínimos: «Son chistes».

Me acuerdo de los rascacielos como infección.

Me acuerdo de la cuchara con que le saca los ojos a los cocodrilos y golpea las nalgas de los monos el rey del Harlem.

Me acuerdo de que la poesía es el territorio de las licencias y de que, después de pensar así, las afirmaciones de la ponderación se ven enriquecidas por otro grosor, por la posibilidad de subvertirse hacia nuevas oportunidades de ser y rebelar.

Me acuerdo de que alguna vez quise hacer muñecos de nieve, aunque son casi que completamente ajenos a nuestra realidad de ciudad sobre un lago desecado: niños alimentados por las promesas mitológicas de la televisión.

Me acuerdo de Arnold Schwarzenegger buscando el regalo favorito en el cine chatarra de navidad.

Me acuerdo de que me huelen los pies y de que me gusta cortarme las uñas a veces amarillentas.

Me acuerdo de ver a los niños Peñalosa comprándose manos de monstruo y pinzas mecánicas en el Mercado de la Bola para navidad.

Me acuerdo de las tortas de salchicha aledañas al Mercado de la Bola.

Me acuerdo de que las paredes de espejo en los edificios modernos son una elocuente ilustración de su desigualdad: yerguen una efigie supuestamente luminosa y pulcra mientras devuelven una imagen distorsionada del exterior: la otra realidad es equívoca, diluida, fea; la propia, impoluta, rectilínea, esplendente. Esta idea, claro, no es mía.

Me acuerdo de comprar focos ahorradores.

Me acuerdo de Marshall Berman explicando el mito fáustico como problema de la mitológica e incoherente sed de progreso, una violencia que vuelve a representarse en el Nuevo Aeropuerto del Lago de Texcoco, en el Tren Maya, en la voracidad inmobiliaria de

la Ciudad de México, en cualquier proyecto que prefiera el riel a la fauna.

Me acuerdo de *La guerra de los mapaches*, la extraordinaria película ambientalista y mágica de Isao Takahata.

Me acuerdo de que los mapaches de Takahata extienden su escroto para formar paracaídas, alfombras, petates, guerrilla: oposición creativa a su ambiente destruido por la máquina.

Me acuerdo de que a veces me googleo para ver si la fama ha crecido y casi no.

Me acuerdo de que Federico Álvarez nos leyó en clase un fragmento sobre raíces pompeyanas de Alejo Carpentier: me comprometí a leer la obra completa del cubano para encontrarlo y todavía no doy. Pude preguntarle al exiliado español de qué libro se trataba, pero no lo hice. El profesor falleció este 2018.

Me acuerdo de que, sin haber aplicado los exámenes pertinentes, me gusta repetir que *La tía Julia y el escribidor* es la mejor novela de Vargas Llosa.

Me acuerdo de que la primera vez que escuché el nombre de Mario Vargas Llosa fue de boca de Xavier Velasco en entrevista con Rodrigo Murray. Me pareció un tipo serio y duro de puro escuchar su nombre. Empecé leyéndolo con *La fiesta del chivo*.

Me acuerdo de que Vargas Llosa hace una mañosa aparición en la historia, novelando la trayectoria de las luchas obreras y del rechazo a la civilización europea en *Paraíso en la otra esquina* mientras opera como ideólogo del mercado en el mundo exterior, no literario: el de la prosa de cobrar cheques por manipular la opinión con argumentos sesgados a modo.

Me acuerdo de que Vargas Llosa probablemente rente su cerebro y sus espacios de opinión a un precio muy alto.

Me acuerdo de que Vargas Llosa homologa al feminismo con la intolerancia contra la literatura de la inquisición y otras fuerzas censoras, un absurdo ridículo que equipara la ira de criticar con la ira de someter y asfixiar a la diferencia.

Me acuerdo de que toco pésimamente mal varios instrumentos, como un niño consentido.

Me acuerdo de los pambazos bonsái que el fin de semana vimos en la panadería Lecaroz.

Me acuerdo de que la mítica cantina El Tenampa también cultiva los pambazos bonsái.

Me acuerdo de que una amiga escribe que ojalá las risas que propagó Enrique Peña Nieto con su imbecilidad fueran materia común en su sexenio, más bien adolorido, brutal, mórbido, derrochador y saqueador.

Me acuerdo de una madre que sostiene a su hijo a cuadro en una película de Werner Herzog sobre la Guerra del Golfo Pérsico, *Lecciones de la oscuridad*. Violentado por soldados y con su padre asesinado ante sus ojos, el niño permanece mudo. Abrió la boca por última vez, narra ella, para aclararle: “Madre, no quiero volver a hablar”.

Me acuerdo de *El agua grande*, extraordinaria novela sobre la narración, el pensamiento, la voluntad de reformularse y el absurdo enriquecedor de dejarse fluir desde la embriaguez que publicó Hugo Hiriart al principio de este siglo. Un título deglutidor como diluvio.

Me acuerdo de que si desaparecieran las empresas gestoras de las redes sociales varios medios de comunicación agonizarían: maquinarias estadounidenses dominan un gran trozo del diálogo en las sociedades contemporáneas.

Me acuerdo del despreciable afán con que Manuel Velasco se interesó por mostrarse cercano a Andrés Manuel López Obrador.

Me acuerdo de que nuestro profesor de literatura iberoamericana de la preparatoria se burlaba respetuosamente del plan de estudios y nos aclaraba que no estimaba pedagógico leer crónicas de Indias a los 17 años.

Me acuerdo de que ese profesor, en cambio, se afanaba en leer-nos en voz alta cuentos de Juan José Arreola y crónicas de Juan Villoro y Carlos Monsiváis. Un excelente divulgador cuyo nombre no recuerdo pero a quien llamábamos El Peje, previsiblemente por su presunto parecido con el tabasqueño.

Me acuerdo de que amar a las empresas es algo que también se estudia.

Me acuerdo de que las universidades alimentan a Moloch.

Me acuerdo de que el violín que habla mientras parece que se está por caer es conmovedor, como hongo floreando en el pecho.

Me acuerdo de, montado en una silla de mimbre, desatornillar la pantalla de una lámpara adherida al techo.

Me acuerdo de que la marimba te quiere.

Me acuerdo de Oscar Peterson y Dizzy Gillespie llenando el espacio sonoro con sus instrumentos solamente, ni un cajón de tango para colorearlos.

Me acuerdo del cajón que pulsé en Valparaíso, en la casa del pintor Mario Saavedra, subiendo el paso borracho sobre la avenida Ecuador.

Me acuerdo de que le platiqué a Saavedra mi intención de migrar a Valparaíso; pero los trabajos aquí son precarios, me advirtió. En México también son precarios, le devolví. Estuvimos de acuerdo y nos callamos mientras portábamos sendas sonrisas.

Me acuerdo de que el cine pide visiones.

Me acuerdo de que a Lavín Cerda le emocionaba contarnos que a Nicanor Parra le emocionaba constatar que desde su casa podía verse la tumba de Vicente Huidobro.

Me acuerdo del memorial de Gabriela Mistral en Montegrande, pueblito de la región de Coquimbo.

Me acuerdo de las camas metálicas y austeras en que la Mistral dormía con su familia en Montegrande: su casa era una construcción modesta devenida hoy museo modesto.

Me acuerdo de que anteceder de artículo a la Mistral es una muestra de cariño colectivo.

Me acuerdo de que los chilenos podrían estar hartos de la Mistral, figura de la cultura oficial cuya efigie dibuja los billetes de 5 mil pesos.

Me acuerdo del Paseo Ahumada y de su trasunto chilango, el andador Madero: en ambos reluce el fracaso de las promesas de progreso y de distribución de la riqueza.

Me acuerdo de que en *Importunar a los muertos*, la novela del filósofo chileno Manuel Garrido, exiliado en México, el personaje

principal localiza el final de Chile y, luego, del mundo, en Puerto Montt, último reducto de tierra continental antes de que el país se fragmente en archipiélagos e inmensas porciones lacustres.

Me acuerdo de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo y de que Enrique Dussel arguye que América es el extremo oriente del Extremo Oriente dado que, en la amplia revisión de la historia sin una mirada tamizada hasta el embrutecimiento por el eurocentrismo, debe asumirse que al continente lo poblaron los nómadas africanos en un viaje del poniente hacia el levante.

Me acuerdo de la musicalidad de la palabra Antofagasta.

Me acuerdo de los botellones de vino que apuramos Mario, un colega suyo y yo en Valparaíso, costaban creo que poco más de 2 mil pesos chilenos.

Me acuerdo de que mientras veíamos el lujoso balcón de la torre del Fondo de Cultura Económica ubicada sobre la carretera Picacho-Ajusco, mi padre me dijo una vez: ahí desayunaba Miguel de la Madrid. País de príncipes, duques, marqueses, condes y jodidos.

Me acuerdo de que el cultismo de José López Portillo es retratado como frivolidad acumulativa de deportista por Julio Scherer García en *Los presidentes*.

Me acuerdo de que *Proceso* ha mitificado hasta la hagiografía a Scherer.

Me acuerdo de que la garganta se atraganta cuando trata de decir *hagiografía*.

Me acuerdo de que conocí la palabra *deliberadamente* en el doblaje para Latinoamérica de *El rey león*, cuando Mufasa le dice a

Simba: “Me desobedeciste deliberadamente”, por ir a visitar las oscuridades del reino, pobladas por hienas.

Me acuerdo de que me duermo pensando en recuerdos que anotar en este libro.

Me acuerdo de Raúl Renán, para quien la vida era materia de escritura por cualquier rincón y calcetín, como para Georges Perec.

Me acuerdo de que he comprado dos ejemplares de *La vida instrucciones de uso* y de que no he leído ninguno: el primero se lo robó el rufián de Emiliano Mora, el segundo se lo regalé a Jorgito, el así llamado de Atlixco, en referencia a su terruño en Puebla.

Me acuerdo de los egipcios que fumaban con pesada tranquilidad afuera de su restaurante en Valparaíso, esperando nada o quizás clientes.

Me acuerdo de que el esfuerzo multifactorial me marea.

Me acuerdo de que la música puede embellecer o atarantar.

Me acuerdo de que quise comprar un libro de Pablo de Rokha en la Plaza Victoria de Valparaíso pero no me animé. Pésima decisión.

Me acuerdo de que, ya que me espía con puntualidad y precisión, probablemente Google piensa por mí.

Me acuerdo de que la espalda necesita consuelo de elasticidad.

Me acuerdo de que Eleazar López Cruz, nuestro profesor de geometría analítica en la Prepa 6, concursó para ser director del plantel y nosotros lo apoyamos ciegamente porque lo apreciábamos, sin saber si su agenda sería represiva, cercana al placer,

imbécil o con qué tinte. Finalmente no obtuvo el puesto y conversamos frente a las pimponeras sobre el episodio. “Hay más tiempo que vida”, me dijo.

Me acuerdo de que la frivolidad permite burlarse con facilidad de las mesas de ping pong con redes de cemento de la Prepa 6, pero que la percepción cambia si se piensa que están construidas para durar útiles al menos un siglo.

Me acuerdo de que en la Prepa 6 aprendimos a jugar al ping pong con alguna decencia, aunque éramos fácilmente pulverizados por los vagos de las ligas mayores, con un desarrollo espectacular de sus capacidades.

Me acuerdo de que la robusta tradición literaria latinoamericana se ha visto adelgazada y homologada por los intereses del mercado, que se definen y agotan en la venta de ejemplares. ¿Dónde están nuestros modernos Severo Sarduy, Angelina Muñiz-Huberman, Luisa Josefina Hernández, Jorge Aguilar Mora, José María Arguedas, María Luisa Puga, Julieta Campos, Salvador Elizondo?

Me acuerdo de lo ilegible, intrincado y mental de *El hipogeo secreto*.

Me acuerdo de que Saúl Hernández acusaba a Alejandro Marcovich de ser demasiado cerebral mientras él, por supuesto, se adjudicaba la capacidad de la víscera.

Me acuerdo de la suavidad envolvente de Matte kudasai, el relato de King Crimson con guitarras aullantes como coyotes mexicanos.

Me acuerdo de que es fácil imaginar a Robert Fripp como un tirano discreto y obsesivo, con sus lentes como persecuciones matemáticas.

Me acuerdo de que la obviedad permite el reposo pero lo contrario asalta a la conformidad y atenta contra ella, a veces de manera chocante.

Me acuerdo de que una vez me encontré a Betito Palomares en el metro Zapata y la nostalgia le llenó los ojos de lágrimas mientras me apretaba el hombro.

Me acuerdo de que Ramón Gómez de la Serna nació en 1888, un siglo antes que yo, y que Enrique Lihn falleció en 1988, un siglo después, y de que me gusta autoproclamarme de alguna forma heredero de sus estéticas de interrupción, alrevesamiento y cierta densidad sarcástica.

Me acuerdo de que la distracción hidrata.

Me acuerdo de que quise grabar un álbum conceptual que se llamaría *No les den drogas a los niños, ellos ya están puestos*. La idea, por supuesto, surgió tocando música en Zipolite.

Me acuerdo de que la publicidad se concede cualquier invasión.

Me acuerdo de que alguna vez soñé con una Habana montañosa y de caminos apretadísimos. Hacía calor y hermosura.

Me acuerdo de que la simpleza de una mitología puede salvar los huesos. Ven conmigo a volar en mi alfombra mágica, canta Alejandro Marcovich en su álbum *Alebrijes*.

Me acuerdo que poner tildes en palabras anglosajonas como sándwich me hace sentir un breve orgullo de reconquista cultural, una percepción absurda si se enfoca el fenómeno como un diálogo entre dos lenguas imperiales.

Me acuerdo de que la gente se ríe cuando habla mal del Paraguay con una gratuidad inmediata.

Me acuerdo de que la única iglesia que ilumina es la que arde.

Me acuerdo de que Margarita Zavala quiso ser presidenta después del sexenio sangriento y criminal de su marido.

Me acuerdo de que, acalorado en una habitación de hotel en Cuetzalan, Puebla, terminé de leer *El deshabitado*, novela de Javier Sicilia sobre su experiencia como activista, poeta y padre tras el asesinato de Juan Francisco en 2011.

Me acuerdo de un Felipe Calderón indolente y terco retratado por Sicilia.

Me acuerdo de que Sicilia narra que el EZLN le daba largas para evitar entrevistarse con él y que de inmediato asocié el hecho a que Juan Pablo Villalobos no contestaba mis preguntas de una entrevista para Reforma. Inoportuna pero sincera ligadura.

Me acuerdo de que visité el cementerio de Cuetzalan y que el aplomo de la iglesia que lo corona se vio bellamente relativizado por unas dos docenas de niños que visitaron el recinto en sus uniformes de primaria color azul cielo.

Me acuerdo de que lo brillante no quita lo pendejo y de que lo pendejo no quita lo brillante.

Me acuerdo de Astor Piazzolla jugueteando con la audiencia en un concierto en Nueva York, donde aprovecha para hablar en inglés, español e italiano y relatar que el bandoneón, un instrumento alemán diseñado para adorar a dios en las iglesias, acabó motivando los bailes en los prostíbulos de Buenos Aires.

Me acuerdo de que si los legisladores no se exhiben, no viven.

Me acuerdo de que el capitalismo vende los problemas y también vende su estilización, como en el narcotráfico.

Me acuerdo de que los mitos manipuladores se crean trabajosamente y operan con simultaneidad de elementos en su carne: pantallas, lámparas, maquillajes, letanías y perezas, pasiones, bombeos de sangre, distracciones, andamios de acero y dinero, carteles, espectros, balbuceos y viscosidades.

Me acuerdo de que el dedicado novelista mexicano Álvaro Uribe comparte tristemente nombre con el derechista intolerante resentido expresidente de Colombia, homólogo de Felipe Calderón en su temor cristiano y aplastante ante las otredades.

Me acuerdo de que me saco los mocos a casi cualquier hora del día.

Me acuerdo que de algún tiempo a esta parte me muerdo las uñas y las abandono en los resquicios; me gusta pensar que se reintegran ricamente al planeta y con hormigueo.

Me acuerdo de que una vez anoté en unos papeles algunas frases que quería poemáticas y las abandoné en el metro de Berlín; mi invisible contribución al arte performativo.

Me acuerdo de que, recién ingresada a la licenciatura en teatro, mi hermana Hazel montó una pequeña obra con sus compañeros donde Eros y Thánatos jugaban un ajedrez flanqueados por antorchas.

Me acuerdo de que presentaron la obra en una megaofrenda de Día de Muertos en las Islas de CU y de que quizás fue Eros

quien arrimó un poco su silla hacia el tablero de ajedrez, lo que casi provocó que su antorcha cayera y, probablemente, le encendiera el traje. Por fortuna nada de eso pasó, pero en la audiencia suspiramos afectadamente.

Me acuerdo del acierto del título *Ka enloquece en una tumba de oro y el toquí está envuelto en llamas*.

Me acuerdo de que cuando leí los primeros poemas de Jaime Woolrich, sentado en uno de los jardines de la Biblioteca Central, me entusiasmó su autenticidad por piel, melón e ira de Oaxaca.

Me acuerdo de las vísperas de un año nuevo en que aprendimos a jugar cubilete en una casa vacía que Toño abandonaba en Iztapalapa.

Me acuerdo de que parece que si no andan en sentido contrario decenas de ciclistas en la Ciudad de México jamás encontrarán la luz.

Me acuerdo de que me han atropellado dos veces en la bicicleta.

Me acuerdo de que aún no queda claro cómo leer en bicicleta.

Me acuerdo de una pinta en el baño de hombres de Los Jarritos, cantina en la esquina de Donceles y Allende, frente a la Asamblea Legislativa, hoy desaparecida: “la verga es panda y no hay culo que la enderezca”.

Me acuerdo de que fabriqué una decepción amorosa una vez y la fui a llorar a Los Jarritos mientras pensaba en Juan Gabriel: te amé de más y fue mi error.

Me acuerdo de que nos inventamos vidas para sentirnos vivos.

Me acuerdo de que, tímido siempre, le dije a Lavín Cerda que leía su poemario *Ceremonias de Afaf*. Es un libro medio complicado, pero ahí tienes todo, me respondió.

Me acuerdo de que vender lugares comunes es un oficio corriente y a lo mejor legítimo.

Me acuerdo de las tortas de suadero.

Me acuerdo del cilantro identitario.

Me acuerdo de que la compleja materia de la que se compone la literatura puede estar por no suceder a cada momento, apedreada por la vanidad o las urgencias de notoriedad. En cambio, hay que prestar atención al pedorreo de las aves, a la quietud monumental del árbol, al maguey abandonado entre peseros, a los perros de la pradera que se persiguen los unos a los otros a las afueras de la Biblioteca Rubén Bonifaz Nuño, en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.

Me acuerdo de que le pregunté a mi papá si conocía a Mafalda. Sin responder nada, me condujo a la Gandhi de Miguel Ángel de Quevedo y me llenó los brazos con un grueso ejemplar de tapas amarillas: *Toda Mafalda*.

Me acuerdo de que no leí los textos adicionales del volumen de Mafalda, sino que me apresuré a visitar y visitar directamente las tiras.

Me acuerdo del ate psicodélico de Manolito.

Me acuerdo de que la página legal de los libros de Quino era fantásticamente sarcástica, con inclusive un Miguelito angélico

revoloteando con el pubis cubierto por alguna impoluta estela de algodón.

Me acuerdo de que el adjetivo envejece más pronto y de que Alejo Carpentier diserta maravillosamente al respecto.

Me acuerdo de que la diversidad es el habla de los días.

Me acuerdo de que *Adiós a Berlín*, de Christopher Isherwood, me conmovió exquisitamente con su habla sobre papas y calcetines, ternura familiar y reconciliación de barrio ante la debacle, aunque no recuerdo casi nada sobre la novela.

Me acuerdo de la Angola y la Etiopía retratadas por Kapuscinski.

Me acuerdo del acierto del título *La jungla polaca*.

Me acuerdo de que la intimidad es histórica, política, inquieta, quejosa e inconforme, como demuestra Max Aub en su diario de visita a la España franquista desde el exilio mexicano, *La gallina ciega*.

Me acuerdo de las arracadas repletas de ajonjolí que tanto disfruto comprar en las tiendas naturistas que pueblan más o menos abundantemente el Metro y de que a veces su sabor ácido me hace pensar en aguacates.

Me acuerdo de que la miel puede llegar.

Me acuerdo de que el metro Pantitlán es un aleph con realidad.

Me acuerdo de que desde la versión en forma de línea 9 del metro Pantitlán disfrutaba mirar los aviones aterrizar en el aeropuerto de la Ciudad de México y que la reiteración del movimiento me hacía recordar el arranque sinuoso y fijo de la *Fata morgana* de Werner Herzog.

Me acuerdo de que, a través del arranque de *De lujo y hambre*, estrepitosa y brillante crónica de Ricardo Garibay, aprendí que los Estados Unidos venden patriotismo mexicano el 15 de septiembre en paquetes turísticos en Las Vegas.

Me acuerdo de que en la confirmación del símbolo el box es lo de menos, subraya con lucidez ensayística Carlos Monsiváis en su crónica sobre una pelea que sostuvo Julio César Chávez contra un rival gringo en el Estadio Azteca.

Me acuerdo de que la complicidad puede ser irritante.

Me acuerdo de que ser urbano exige una emotividad enrevesada como raíz de árbol asfáltico, como violencia en un cuadro piadoso, como un cartílago siempre hiriente y humeado, como poste roto y abandonado en el suelo.

Me acuerdo de que quiero arrebatarme el derecho del habla no para matar al otro sino para ser siendo.

Me acuerdo de que ejercer el poema requiere abandono, ceguera y una autocrítica total en el tenor de que nada es para tanto, ni siquiera las máscaras de jade, que tal vez no babean demasiado; mucho menos las propias orejas.

Me acuerdo de la genialidad largamente impenetrable de Gerardo Deniz y de que leí alguna crítica que lo dibujaba profiriendo comentarios despreciables, lo que si bien no lo disculpa ni lo aísla de la necesidad de crítica, lo personaliza en una dignidad que todos merecemos: la de ser humanos y comportarnos tantas veces con idiotez, con desgracia, con agresión, con imbecilidad, con rotura, con desfallecimiento moral, con confusión, con veneno, inexorablemente parciales.

Me acuerdo de la necesidad de hablar: sentirse valioso sobre el perímetro del mundo a través de alguna posesión o acercamiento conceptual con cierta carnalidad difícil de discernir.

Me acuerdo de la irónica sinceridad con que José Antonio Muciño, brillante profesor de literatura, nos decía que su formación budista le había enseñado que confiar en la lengua escrita era vanidad y que la expresión verbal del mundo nunca sería la esencia sino siempre un cúmulo aparente.

Me acuerdo del túmulo imperial de Francisco Cervantes de Salazar.

Me acuerdo de que los libros se compran para no leerlos.

Me acuerdo de que el tao que puede ser expresado con palabras no es el verdadero tao, de que esto lo aprendí fumando marihuana en un cuarto de Iztapalapa y de que lo refrendé frente al Océano Pacífico en Oaxaca.

Me acuerdo de que un mono capuchino se escapó de alguna colección privada de privilegio en las Lomas de Chapultepec y deambuló durante días por los árboles de la zona, barón rampante, y de que los tuiteros nos apresuramos a establecer una analogía obvia: la de la tentativa de fuga en el escenario opresivo de la metrópoli. Desdentado, desnutrido, agotado, fue recapturado y la opinión se normalizó o se desvió, pero nunca se supo quién lo tenía de origen ilegítimamente.

Me acuerdo de que recorrimos el zoológico una vez que renunciábamos a nuestro trabajo.

Me acuerdo de los hipopótamos que he amado.

Me acuerdo del zoológico de Aragón, visitado una vez para ver las nalgas rojizas de los babuinos, entre otras imprecisiones.

Me acuerdo de tantas veces que me dejo llevar y de tantas otras en que la aprehensión me impide simplemente comerme una naranja.

Me acuerdo de que mi papá se afanaba con los pays de nuez de Marinela.

Me acuerdo de la librería La Parroquial, en Clavería, donde mi papá formó su biblioteca en teología y de que cuando yo fui compré el *Marcovaldo* de Italo Calvino y ediciones de bolsillo del *Tao* y del *I ching*, con su ayuda monetaria, por supuesto.

Me acuerdo de que probé por primera vez los chongos zamoranos en una cantina con mi papá en Coyoacán.

Me acuerdo de mi papá planteando el siguiente escenario: Imagínate que un extraterrestre aterriza en México y lo primero que escucha es: tírolo lírolo liro liro liro, tírolo lírolo liro liro la.

Me acuerdo de la cantina La Mascota y de las fotos de Pedro Infante monumentales que decoraban las paredes.

Me acuerdo de que le pregunté a mi papá pero me contestó el mesero qué eran esas fotos: Son Pedro Infante en *A toda máquina*, respondió el del delantal acucillado, quizás sorprendido y sonriente.

Me acuerdo de que hice un amigo en la cantina La Esperanza, en el Centro Histórico, con quien cabuleaba en distintos tonos; a veces le dejaba propina, a veces no. Una vez me lo encontré con su familia en el metro y, sin su uniforme, no lo identifiqué hasta que me dijo quién era. Me dio mucho gusto saludarlo entonces; fue la última vez que lo vi. En otra ocasión regresé a La Esperanza y vi al jefe de la barra atendiendo personalmente

a los clientes. ¿Y el flaco?, pregunté. Falleció de un infarto hace unos meses, me dijo. Triste domingo.

Me acuerdo de la belleza de la novela de Garibay *Triste domingo*. Belleza amarga y posible en una sociedad mexicana de fin de siglo, y una guitarra en la playa.

Me acuerdo del acierto del título *Vacaciones permanentes*.

Me acuerdo de los sándwiches de queso de puerco comidos con mi papá en alguna banqueta en torno de un cine probablemente en Azcapotzalco.

Me acuerdo de que descifrar los íconos del metro es un oficio permanente, como las vacaciones de Jim Jarmusch.

Me acuerdo de la elegancia de los dulces árabes, su fina cresta de pistache casi pulverizado y su rebosante piso de miel.

Me acuerdo de que sumarle un copete a la necesidad de vaciarse es innecesario aunque puede despistar a alguien descuidado.

Me acuerdo de una visera café en forma de elefante que alguna vez me compraron mis padres en una especie de safari quizás poblano.

Me acuerdo de la campana monumental de *Andréi Rubliev* como un trasunto del afán artístico y sus dificultades metalizadas.

Me acuerdo de que vi *Andréi Rubliev* combinándola con algún Súper Tazón de la NFL, no sé cuál, y que disfruté poco o casi nada el juego pero logré fragmentarme la atención en la cabeza con sus procedentes dolores.

Me acuerdo del hallazgo como otra de las importancias minúsculas o invisibles de la poesía.

Me acuerdo de las borracheras de madrugada en las inmediaciones de la Facultad de Filosofía y Letras que acabaron a veces en los tacos Chupacabras.

Me acuerdo del chupacabras como un ejemplo grotesco del control político y mediático sobre las masas; ojalá que esa facilidad de manipulación se haya dinamitado con las pulsiones ciudadanas vaciadas en las redes sociales.

Me acuerdo de que la falta de humildad revela algunas apetencias nutrimentales de los dolores del pasado.

Me acuerdo de que no he dormido lo suficiente en hamacas.

Me acuerdo de que Immanuel Kant y Gonzalo Rojas pueden tener puntos de encuentro, incluso si es sólo por oposición.

Me acuerdo de que los bastos del tarot, eminentemente genitales por su grotesca vitalidad de raigambre, representan la creatividad sexual, que es también toda creatividad: el sexo es nacimiento y escurrimientos inaugurales.

Me acuerdo de la sabrosura de pronunciar, por ejemplo, la frase *las palmeras de un mitin*.

Me acuerdo de un poema que escribí en la última fiesta que vivimos como estudiantes de la Prepa 6 en casa de Daniel Heriberto. Se hablaba, claro, de los sesos humanos y de una servilleta.

Me acuerdo de la efectista expresión tal vez importada que habla de volarse la tapa de los sesos.

Me acuerdo de que me aseguraron que Juan José Arreola arribaba a sus clases en la facultad a bordo de una motocicleta y vistiendo una capa y un sombrero de copa, mago con mímica.

Me acuerdo de que en un examen de lingüística, el dialectólogo Gustavo Cantero nos pidió enumerar decenas de palabras de origen náhuatl y de que parecía una tarea sencilla y automática que se volvió trabajosa, quizás por el nerviosismo.

Me acuerdo de que en la pared de un museo de Los Reyes Coyoacán aprendí que Coapa significa río de culebras.

Me acuerdo de que una vez cerré los ojos en un ejercicio de confianza con mi hermana y mi madre y caminé por la calle de Cebadales sin visión. Aunque hicieron lo mejor para instruirme hacia el desenvolvimiento, estrellé mi ingle contra un cable de acero atado al suelo para nivelar la inclinación de un poste.

Me acuerdo de la doctora Mariana Ozuna escribiendo en el pizarrón unos versos de José Juan Tablada en alguna tarde de agosto de 2006: "Al golpe del oro solar/ estalla en astillas/ el vidrio del mar".

Me acuerdo del sapo japonista como un rico problema de la precisión.

Me acuerdo de que leo tan lento el *Libro del desasosiego* que no he pasado de las primeras 50 páginas en tantos meses.

Me acuerdo de que me sorprendió entender a través del reportaje de John Hersey sobre Hiroshima que algunos japoneses *asumieron* la crueldad *de su destino* tras ser vapuleados por la bomba atómica, por apego a la estrategia imperial del agresor Hiroito.

Me acuerdo de la Guerra de la Triple Alianza: leí de ella en Twitter, donde se la anunciaba como un episodio de exterminio masivo de la población paraguaya.

Me acuerdo de José Kozar hablando del rico ritmo sacrosanto.

Me acuerdo de la belleza del título *La huella destartalada*.

Me acuerdo de la belleza del título *La máquina ilimitada*.

Me acuerdo del afán por el agua mineral que describe José Kozar en sus diarios titulados *La huella destartalada*, nombre que conforma una imagen impresionante para describir la ciudad de La Habana.

Me acuerdo de Angelina Muñiz-Huberman. Caminaba difícilmente por los pasillos de la Facultad y, al verla, Manuel Garrido nos dijo: esa mujer tiene un talento impresionante.

Me acuerdo de que Muñiz-Huberman revisita a *La Celestina* en *Areúsa en los conciertos* y de que desata una reflexión escurrida y continua en *Dulcinea encantada* mientras su personaje se atosiga en un embotellamiento en Periférico: el mundo interior sucede en el espacio.

Me acuerdo de que Nélida Piñon escribió sobre Sherezade.

Me acuerdo de que unas jóvenes se disfrazaban con tonos arabescos en un salón contiguo a nuestras clases con Lavín Cerda. Como en juego y sinceramente para enterarse, el chileno se asomó a la ventanilla para regresar tras entrever los ombligos de las compañeras con algún aullido de sorpresa parecido al de Alberto Rojas Giménez, que viene volando.

Me acuerdo de los sistemas literarios y de su relativización mediante las pulverizaciones, los travestismos estilísticos y la improvisación.

Me acuerdo de Alexander Kluge, cineasta afanado en filmar *El capital* de Karl Marx, asistente de Adorno y Fritz Lang, director desafiante y genial cuyas películas son difíciles de visitar en México. Sólo he podido ver una: *Los artistas bajo la carpa del circo: desorientados*.

Me acuerdo de que buscaba la vitalidad desprendida de un Jack Kerouac ya antes conocido durante mi lectura de su *La vanidad de los Duluo* y de que me sorprendió encontrarme con un narrador amargo con nostalgia por la vida y resignación ante la muerte.

Me acuerdo de Othón Ruelas, sensible y obcecado pensador que conocí en una casa de estilo gringo en Ensenada.

Me acuerdo de que cuando me vio con los brazos cruzados a la mesa, atravesando los suyos sobre su pecho y moviendo los codos hacia abajo, Othón me dijo: “Ábrete, ábrete”.

Me acuerdo de que Othón aprendió un sistema discreto y humilde para lavar trastes en el desierto.

Me acuerdo de la vaporera de arroz blanco de Othón Ruelas.

Me acuerdo de que Othón Ruelas no permitía que tu vaso de vino se vaciara, rellenándolo diligentemente y sin autorización.

Me acuerdo de Álvaro de Campos y sus precisiones por pincel desproporcionado.



Me acuerdo de la carnavalización, una ferocidad que he perseguido a falta, quizás, de mi propia entrega a las velocidades de un carnaval sucio, enmierdado, tropezado, harapiiento, caótico, incontenible y real.

Me acuerdo de las frías bebidas de frutas y café que vendían en Tlacotalpan durante el encuentro de jaraneros de 2014: los toritos.

Me acuerdo de que el hueso de la guayaba ha logrado colarse hacia el fondo de cualquier vaso florido de cristal del mundo.

Me acuerdo del olor del café, que puede acompañarlo todo.

Me acuerdo de que las tapas de las coladeras son susceptibles de robo por su riqueza en metales.

Me acuerdo de que regresé de noche a mi hotel en Paihuano y abrí la puerta tras encontrar y jalar la agujeta amarrada al picaporte. Cuando le platiqué lo que había hecho al quizás sorprendido casero, me dijo con una sonrisa en la cara: “Los mexicanos son vivarachos”.

Me acuerdo de que las ardillas ciudadinas se vuelven vivarachas.

Me acuerdo de Burgos y Gabi, que atestiguaron cómo una ardilla le robaba su torta a un ingeniero tras fintarlo tirándole su agua de horchata en la Facultad de Ingeniería de la UNAM.

Me acuerdo de que en Valparaíso me convertí en “el mexicano” y sentí que viajar a otro país es desaparecer.

Me acuerdo de que Manuel S. Garrido contó que entró a México huyendo del régimen de Pinochet y de que años después en la presentación de uno de sus libros el auditorio estaba lleno de sus nuevos amigos mexicanos.

Me acuerdo de los Hombres G y del Gran Silencio como una presencia permanente en la vida de la secundaria.

Me acuerdo de que quizás la conversación que supone este libro comenzó balbuceando demasiado seriamente.

Me acuerdo de la discreta monumentalidad de los agaves que pueblan los intestinos del Centro Nacional de las Artes (CNA).

Me acuerdo de los gatos vibrantes del Centro Nacional de las Artes.

Me acuerdo del enigma nominal de la Calzada del Hueso y la Barranca del Muerto.

Me acuerdo de las fiestas en La Esmeralda, escuela de pintura acogida en las instalaciones del CNA.

Me acuerdo de que *La aventura del cine mexicano*, de Jorge Ayala Blanco, empieza con una agresión. El reseñista pregunta si hay cine mexicano más allá de Luis Buñuel, español afrancesado.

Me acuerdo de que los cuatro grandes de la poesía chilena son tres: Alonso de Ercilla y Rubén Darío.

Me acuerdo de que la hipérbole puede ser adecuada para pensar entre sus relámpagos fijos como ramas.

Me acuerdo de jugar cascaritas de futbol con envases de Frutsi como balones.

Me acuerdo de que los gatos en Valparaíso abundan los techos y desniveles.

Me acuerdo de que no entendía la exagerada sofisticación noticiosa que acompañaba a la presentación del balón oficial de la Copa del Mundo de Corea y Japón 2002; fue la primera vez que supe que un balón era susceptible de cobertura periodística.

Me acuerdo del Güiri Güiri y de su Hooligan, quizás el único capacitado para expresar los malestares de los empleados contra el gran jefe, el periodista deportivo José Ramón Fernández.

Me acuerdo del Doctor Chunga.

Me acuerdo de Matabuena, maestra de origen español que en la Prepa 6 nos enseñaba álgebra con una mezcla de paciencia, rigor y crueldad. Siempre el Baldor detrás, que todo lo ve, por cierto.

Me acuerdo de que Matabuena multaba con diez pesos a quien dijera groserías en clase. Al final del curso el guardadito se rifaba entre los alumnos.

Me acuerdo de que Édgar el Chino describió el concierto de Santana en Paseo de la Reforma como salsa de alto pedorraje.

Me acuerdo de que, por su título, quise leer *Doscientas ballenas azules* de Margo Glantz, pero es inconseguible o difícil de conseguir; tampoco lo he buscado como el tamarindo al raspado, para ser sincero.

Me acuerdo de que la misma curiosidad lectora detonada por el título me asaltó con *Ayer no te vi en Babilonia* y con *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo* y con *Tiene los cabellos rojizos y se llama Sabina*.

Me acuerdo de que una vez decidí no tomar el taller de ensayo en la Facultad de Filosofía y Letras para quedarme a jugar dominó en la cafetería. Solidariamente Rodrigo Riquelme salió por mí y me dijo: hay examen. Luego, en clase, el profesor aclaró que el ejercicio del día no se trataba de un examen y que ganaba alrededor de 400 pesos al mes. Ni para la gasolina, puntualizó.

Me acuerdo de que el profesor de física de la Prepa 6, José Arturo Mompala, nos contó la historia de cómo el inventor de las navajas Gillette se hizo millonario. La clave de su éxito fue encontrar un producto fácil y barato de fabricar que se pudiera vender de manera masiva, explicó. Remató su anécdota con una idea pulverizadora: Si quieren hacerse ricos, van por mal camino, en referencia a los

años que dedicábamos al estudio, a la búsqueda de una carrera universitaria y sus destinos.

Me acuerdo de que cuando se tituló Moisés fuimos por tacos de canasta con el Inmortal para festejar. Conversando sobre los oleajes de la vida, especulamos y le compartimos: Seguro ganas tú mejor que nosotros. No, eso tenlo por seguro, remató con tranquilidad mientras no dejaban de aparecer los clientes hambrientos y de exprimir los contenedores de salsa sobre sus platos.

Me acuerdo de que la desaceleración en el trabajo es una de las bellas artes.

Me acuerdo de que algunas aspiradoras parecen estar vivas, eco quizás de Star Wars.

Me acuerdo de que Star Wars ya era de por sí cuestionable en tanto que maniquea interpretación del mundo, pero tenía una entonación legítima al concentrar un mito superior a su arte cinematográfico; sin embargo, Disney se encargó de convertir la marca y sus cosmogonías en un dispendio de dulces, degradándolo todo en función de nuevos estrenos y el dólar.

Me acuerdo de Felicity Jones en *Rogue one* y de sus dientecitos.

Me acuerdo de que el enamoramiento del público ante las estrellas de cine es un fervor real y un tema que exploraron en sus novelas Paco Ignacio Taibo I, Manuel Puig y Rafael Ramírez Heredia, al menos.

Me acuerdo del acierto del título de Luis Guillermo Piazza *El país más viejo del mundo*.

Me acuerdo del riesgo del título y de los desarrollos de la novela de Manuel Puig *Pubis angelical*.

Me acuerdo de que hay que leer infatigablemente a Néstor Perlongher y Pedro Lemebel, y de que el barroco contrarreformista español en América Latina devino una estrategia de enunciación autónoma y, por ende, de contraconquista.

Me acuerdo de que romantizar el tercer mundo es criminal, al mismo tiempo que es indispensable la reflexión sobre las dignidades con que la pobreza resiste los avasallamientos múltiples que la asedian.

Me acuerdo de que muchas excelentes plumas de la literatura mexicana descansan esperando ser redescubiertas en las librerías de viejo.

Me acuerdo de que me compré *Los tormentos del hijo*, de Hernán Lavín Cerda, a cinco pesos en Donceles. Cinco pesos que ni siquiera alcanzarían para tomar un camión de los nuevos.

Me acuerdo de que me sentí orgulloso de robarme *Nuestra señora de las flores*, de Jean Genet, de la librería de la Cineteca Nacional.

Me acuerdo de que después de robarme la novela, un policía y un empleado de la librería entraron a la sala de cine como buscando a un ladrón de libros. Me asusté, por supuesto, me agaché fingiendo que me amarraba la agujeta y decidí apartar de mí el libro. No me vieron o me perdonaron la vida. Cuando acabó la película, lo tomé y me fui a casa a leerlo.

Me acuerdo de que en una ocasión me propuse leerme en voz alta *Nuestra señora de las flores*, avancé bien pero luego abandoné la empresa porque sí y de repente.

Me acuerdo de las panzas de lavadora que atiborran la calle
Artículo 123.

Me acuerdo de un restaurante de tortas de pavo en Motolinía con
aspecto de que el tiempo no le pasa encima; ayer grababan una
película ahí dentro, probablemente seducidos por su estética de
sillones como polvosos.

Me acuerdo de que me gustaría que hubiera una frase mexi-
cana para designar al gin tonic.

Me acuerdo de que aprendí la palabra panga en las Lagunas
de Chacahua.

Me acuerdo de que en Chacahua nos hospedábamos en unas
cabañas regenteadas por un matrimonio joven. El marido, pan-
zón y siempre en short playero, le gritaba con asombro a su
esposa: “¿Hiciste bolis, Chayo?”

Me acuerdo del bolis como una genialidad discreta de la cul-
tura siempre anónima.

Me acuerdo de que Enrique Graue afirmó que estamos fallando
como sociedad cuando un jovencito disparó contra su maestra
y compañeros en una escuela secundaria de Monterrey.

Me acuerdo de Gonzalo Celorio platicándonos en el aula que,
mancos los dos, Álvaro Obregón y Ramón del Valle Inclán se
coordinaban para aplaudir.

Me acuerdo de haber escuchado a Sun Ra y a Univers Zero en
el Teatro de la Ciudad.

Me acuerdo de que en un aniversario luctuoso de Leonora Ca-
rrington la Ciudad de México se cubrió de rara lluvia y un arcoiris:
nostalgia, belleza, pesadez, tristeza en un vistazo.

Me acuerdo de que he empezado a distraer mis labores para con-
tinuar afanándome con este libro.

Me acuerdo de que alguna vez expuse sobre Venezuela en el kí-
nder. Sería 1993 y yo me prometí no olvidar durante mi exposición
que en ese país se producían berenjenas. Por supuesto, cuando
estuve en la cátedra sosteniendo la cartulina ilustrativa olvidé
mencionar las berenjenas.

Me acuerdo de que la memorización absurda como método
de enseñanza es pulverizada en endecasílabos sarcásticos por
Nicanor Parra en el poema Los profesores.

Me acuerdo de que me prometí imprimir y pegar Los profesores
en todas las aulas de la facultad, un performance que tampoco
concreté jamás.

Me acuerdo de los libros que uno compra en una mantita en la
banqueta. Ahí encontré tesoros de José Coronel Urtecho, Manuel
Rojas, Günter Grass y Horacio Costa, por lo menos.

Me acuerdo de la difícil alquimia teológica de Horacio Costa,
inserto en su visión mucosa de la integración.

Me acuerdo de que personajes de la vida pública como Alexan-
dra Zapata y María Elena Morera se sienten muy cómodos re-
presentando su propia importancia, su papel de voceros de
la ciudadanía, y de que no sé de dónde extraen esa fortaleza
histriónica. Del profesionalismo entendido como la cancelación



del sueño infantil, quizás, y del privilegio de clase que olvida la autocrítica, probablemente.

Me acuerdo de que Luis Buñuel se burlaba de Paco Ignacio Taibo I porque pasó su infancia leyendo a Darío, según cuenta el asturiano en su libro *Para parar las aguas del olvido*. A esa edad yo aprendí a boxear, contrastaba el director de *El ángel exterminador*.

Me acuerdo de la curva de la Escuela Nacional de Artes Plásticas, hoy Facultad de Artes y Diseño, donde iba a conversar sobre motivos plásticos en talavera y a facilitar los escurrimientos de la mente incentivados por la mariguana.

Me acuerdo de que la búsqueda del pambazo sublime y total nunca termina.

Me acuerdo de que el testimonio vivo de mi padre me ayudó a valorar las tostadas de pata.

Me acuerdo de la morbidez burlona con que los carniceros del mercado de Jamaica trabajan con animales destazados. Una vez vi una cabeza de cerdo con lentes negros y un tulipán en el hocico colgando de un gancho de metal.

Me acuerdo de los especiales de los Simpsons de noche de brujas que sí dan miedo.

Me acuerdo de que una vez en casa del pianista Agustín nos arrancamos a leer en voz alta *La naranja mecánica* de Anthony Burgess.

Me acuerdo de que Anthony Burgess sentenció con acidez que el mundo de amor que imaginó John Lennon, su *all you need is love*, quedó duramente roto cuando murió balaceado por un desconocido: la solidaridad sanadora del jipismo se mostró imposible y con

el cuerpo perforado en esa ejecución arbitraria, relata Edmundo Valadés en su programa Excerpta, grabado para Radio UNAM.

Me acuerdo de que lo que ves es lo que es y un poco más.

Me acuerdo de los juegos verbales de Ricardo Arjona.

Me acuerdo de Lakitu, la tortuga maligna que intenta matar a Mario Bros arrojándole bolas de fuego y artrópodos hirientes desde una nube.

Me acuerdo de que la chabacanería la exige el contexto.

Me acuerdo de que en el taller de redacción de Reforma el entonces director editorial René Delgado nos presumió que veía películas de Clint Eastwood y Paolo Sorrentino y que leía algunos libros al año. También me acuerdo de que José Antonio Muciño nos dijo una ocasión que cerramos el ciclo escolar: “Es probable que yo haya leído más libros que ustedes, una cuestión de años solamente; pero si suman los que ustedes en conjunto han leído me rebasarían fácilmente”.

Me acuerdo de que a veces la ternura es invisible.

Me acuerdo de que el Superama donde comprábamos cerveza para acompañarnos en la universidad fue demolido y que ahora en el sitio preparan un complejo de departamentos, para variar los tópicos de la explotación inmobiliaria de la ciudad.

Me acuerdo de que la ambición empresarial desarrolló un Oasis Coyoacán en el cruce de Miguel Ángel de Quevedo y Avenida Universidad y volvió innavegable ese cruce, sumado a otros cruces innavegables cercanos, como el de Quevedo y División del Norte.

Me acuerdo de que viene irónico el nombre de oasis en este caso.

Me acuerdo de que el taco de canasta salva y acompaña y de que al fondo del recipiente de chiles en vinagre brillan las coliflores.

Me acuerdo de que la virulencia es hidratante.

Me acuerdo de un señor que mientras chiquiteaba su cuba me mostró unos análisis médicos que revelaban que su riñón funcionaba al 16 por ciento. Sereno, medio adolorido, honesto con su deterioro, departía con otros amigos borrachos en una cantina de Azcapotzalco. Más adelante partimos entre todos los comensales un pastel porque era cumpleaños de la señora rubia a cargo del negocio.

Me acuerdo de que, sin decir cómo o por qué, Jaime Augusto Shelley nos decía que en su generación se les había insuflado preferir la palabra estallar a la palabra explotar al escribir poemas.

Me acuerdo de la fotografía de un rinoceronte plácidamente recostado y acompañada de una frase: los verdaderos unicornios tienen curvas.

Me acuerdo del acierto de Pedro Guerra convirtiendo la contaminación en un concepto eficaz para ilustrar el mestizaje y el enamoramiento.

Me acuerdo de los dátiles, que emocionan a mi madre.

Me acuerdo de que Peter O'Toole y Omar Sharif también emocionan a mi madre.

Me acuerdo de que no he discernido a profundidad mi genealogía libanesa.

Me acuerdo de que en México se asocia a los libaneses con la riqueza y el abuso empresarial.

Me acuerdo de que Fernando Haddad, el candidato del Partido de los Trabajadores en Brasil que se opuso al ultraderechista Jair Bolsonaro, es de origen libanés.

Me acuerdo del arte de cabaret de Astrid Haddad y de sus vestidos todos llenos de nopales.

Me acuerdo de que la ligereza puede ser digna.

Me acuerdo de angustiarme dentro de pasillos mentales por escenarios que jamás ocurrirán, lo que no es necesariamente despreciable, sino el ejercicio mismo de alguna región de la vida.

Me acuerdo de que también vivimos en la especulación; especulamos porque respiramos, pues.

Me acuerdo de Reinaldo Arenas autonombrándose un trasunto del siempre en fuga fray Servando Teresa de Mier a través de un manifiesto espléndido, *El mundo alucinante: una novela de aventuras*.

Me acuerdo del monstruoso, telúrico, veedor y cavernario Borunda que dibuja Arenas en la novela premiada y luego editada por Virgilio Piñera.

Me acuerdo del verso afortunado de Piñera: "La maldita circunstancia del agua por todas partes/ me obliga a sentarme en la mesa del café".

Me acuerdo del contrapunto que fabrican dos tamaleros cuando venden su mercancía sonando la misma grabación de dulce, de mole y de rajas por calles cercanas.

Me acuerdo de que me aficioné con gratuidad a las tostadas con atún y rajas fácilmente preparadas ante las dinámicas del trabajo con poco espacio para el amor propio.

Me acuerdo que ante el gato Beppo de Borges, Hernán Lavín Cerda escribió un libro de cuentos: *Historia de Beppo el inmóvil*.

Me acuerdo que los nombres de los gatos de Carlos Monsiváis eran toda una opinión ética y estética sobre el mundo, un resumen de su socarronería y un muestrario de su estilo desestabilizador, pero ¿los peludos estaban cómodos con sus nombramientos?

Me acuerdo de que gastamos miles de pesos en arena para gato.

Me acuerdo de que la pereza puede ser digna.

Me acuerdo de un poema en prosa de Henri Michaux defendiendo el derecho a la distensión como rechazo a la vertiginosa necesidad de producción y utilidad en las sociedades postindustriales.

Me acuerdo de la visible sutileza del título *La conquista de lo inútil*.

Me acuerdo de que en *La conqusita de lo inútil* Werner Herzog narra el día en que finalmente el barco de *Fitzcarraldo* logra pasar al otro lado de la montaña. Describe la disposición de las cámaras, la maniobra a nivel físico y apunta que no sintió nada particularmente, a pesar de haber consolidado una de las hazañas centrales del mito interior de su personaje y de su cinematografía.

Me acuerdo del caucho y del chicle.

Me acuerdo de los monos plácidamente dormidos en las ramas de los árboles entretejidas sobre nosotros en Palenque.

Me acuerdo del agobio del calor de Bonampak y de que a cierta edad uno habita el mundo sin devoción por los milenios y enroscadamente enamorado del ombligo y las pantorrillas.

Me acuerdo del saraguato.

Me acuerdo de un mono minúsculo que se masturbaba frente a nosotros en una jaula del zoológico del Parque de los Coyotes.

Me acuerdo del Guerrero Chimalli de Chimalhuacán y de que Sebastián se convirtió en un cómodo escultor millonario en amplias connivencias con gobiernos priístas.

Me acuerdo de las jarras de agua y sus distintas formas que se presentan como voces del imaginario popular.

Me acuerdo de los morteros y molcajetes que se venden en las calles de la ciudad.

Me acuerdo de que una colección desborda sus vísceras y de que ese movimiento explosivo es testimonio de una estética.

Me acuerdo de que en México septiembre es un mes cargado, lo mismo que octubre y noviembre.

Me acuerdo de la poesía sufriente de Jeremías, el profeta bíblico.

Me acuerdo de *La corneta acústica*, historia de Leonora Carrington donde demónicamente triunfa el pasado ancestral europeo anterior al puritanismo cristiano, que al devenir religión oficial decapitó otredades para imponer su cosmovisión y su régimen político en occidente.

Me acuerdo de que mal entendí pero igual agoté de la primera a la última línea *La puerta de piedra*, novela alquímica y de las metamorfosis escrita por Leonora Carrington.

Me acuerdo de que Carrington recuerda que libros alquímicos siguieron escribiéndose en la era moderna; el último lo hizo Carl Gustav Jung, afirma la pintora inglesa, torturada por el conservadurismo de su origen aristócrata, en referencia a *Psicología y alquimia*.

Me acuerdo de la trenzada e impenetrable musicalidad de *Los peces*, la novela de Sergio Fernández.

Me acuerdo de que en una entrevista filmada, Sergio Fernández asegura que sus novelas dicen su densidad desde las primeras páginas. Quien ama la literatura me sigue leyendo, jura.

Me acuerdo de que el poder puede ser resentimiento.

Me acuerdo de que Hernán Lavín Cerda nos dijo en clase: Yo tenía 15 años cuando nació el rocanrol.

Me acuerdo de que la poesía se transporta en morrales.

Me acuerdo de que vi *La dolce vita* en una copia dvd pirata que justo se jodía en la última escena, cuando el personaje de Marcello Mastroianni, Marcello Rubini, se incomunica con una niña a señas y gestos. Me abrumaba no saber si había visto el verdadero final, si había dejado inconclusa la experiencia.

Me acuerdo de que Chuchín me enseñó el mercado de *películas de arte* en La Lagunilla, donde compré *Toro salvaje*, *El jeque blanco*, *Gato negro*, *gato blanco* y no sé qué más.

Me acuerdo de que en la Cineteca dieron la filmografía completa de Pier Paolo Pasolini, fuimos a ver *Accattone* y tuvimos que salirnos porque a Burgos le resultaba imposible leer los subtítulos proyectados sobre un pequeño recuadro debajo de la pantalla.

Me acuerdo de que en una función de *Pierrot le fou* convivimos varios amigos sin citación previa. Nos ensoñaban los devaneos de los personajes de Jean Paul Belmondo y Anna Karina, montados a un tronco de árbol, criminales con revólver a bordo de un automóvil rojo, mientras que yo, literalmente, sucumbí unos minutos al sueño. Desperté para disfrutar de las ironías sobre la incomunicación en el amor que tan bien caricaturiza la cinta, con dinamita envolviendo hacia el final una cabeza.

Me acuerdo de que muchas veces explicarse es innecesario.

Me acuerdo de la publicidad personalizada, geolocalizada, persecutoria, penetrante, panóptica.

Me acuerdo de que me encontré un libro de prosas de José Coronel Urtecho por diez pesos en Balderas.

Me acuerdo del Estadio Nacional de Chile.

Me acuerdo de Alexis Sánchez y Arturo Vidal.

Me acuerdo de que Chile derrotó a Argentina en la final de la Copa América 2015; había apostado con Burgos a favor de Chile y no tenía dinero para pagarle. Alexis Sánchez vapuleó al “Chiquito” Romero en tanda de penales y yo me puse a gritonear por toda la casa. Tras terminar de gritar, afónico, me recosté en el piso y me quedé dormido.

Me acuerdo de Nina Avellaneda diciéndome: Alexis Sánchez es de Tocopilla.

Me acuerdo de que leí *Trabajos del reino*, novela medievalesca y cortesana de Yuri Herrera, y me pareció espléndida en el cuidado verbal pero enormemente obvia en la comprensión psicológica de los personajes. Ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbre.

Me acuerdo de que García Márquez habla del puritanismo borracho del artista en el cuento La prodigiosa tarde de Baltazar, una concepción más o menos cursi de las ramas contradictorias del mundo.

Me acuerdo de la apocalíptica *El país de las últimas cosas*, que le presté alguna vez a Gabi Caballero, quien luego me platicó que la dejó en algún punto de algo como el supermercado y un desconocido la tomó y la leyó en un par de horas dada su atrayente fuerza de destrucción. Una anécdota quizás falsa pero interesante.

Me acuerdo de los juegos de fierros colorados en que nos montábamos durante los descansos del trabajo en el hotel Holiday Inn de Ermita y Tlalpan.

Me acuerdo de que nuestro trabajo de evaluadores del Ceneval se convertía en una oportunidad para la exploración de la birria, los tlacoyos, los tacos de pollo, las quesadillas de flor de calabaza, el chile morita, las pechugas empanizadas aledañas, circundantes.

Me acuerdo de la fea necesidad de confirmación y exhibición que solemos desplegar casi sin ver o plenamente en uso de nuestros ojos.

Me acuerdo de los quesos Chilchota, nombre que me hacía reír de chamaco.

Me acuerdo de que Reinaldo Arenas asegura que tuvo que escribir cuatro veces *Otra vez el mar*, ante la persecución castrista. Un mamotreto fascinante con cualquier cantidad de ritmos internos, del versículo a la parrafada aplastante, de la imagen delirante con ecos de Patroclo a la exploración esquizofrénica de la opresión emocional.

Me acuerdo de *El quebrantahuesos*, el collage e intervención al periodismo y el espacio público que operaron en la década de 1950 Enrique Lihn, Nicanor Parra y Alejandro Jodorowsky.

Me acuerdo de la mitificación literaria del Cerro San Cristóbal, en Santiago de Chile, operada al menos por José Donoso y Lavín Cerda.

Me acuerdo de *La desesperanza*, novela de Donoso sobre un Chile postdictatorial que leí en una playa de Oaxaca.

Me acuerdo de que la estética monárquica que ambicionaba Vicente Huidobro para Chile es hermosamente ridícula y sardónicamente anecdótica.

Me acuerdo de los sabritones como una institución cultural de algún tipo de México.

Me acuerdo de que cazar canapés es legítimo.

Me acuerdo de reforzar las clases de literatura medieval en la contemplación absorta del mural de Juan O’Gorman que viste a la Biblioteca Central con sus dragones, Ojos del Triángulo Trinitario, cañones cristianizantes en llamas y derramamientos de sangre.

Me acuerdo del ahogo mental que han desatado afirmaciones paulinas como que la paga del pecado es muerte.

Me acuerdo de una locución escuchada en el metro de Roma: *prossima fermata... Barberini. Uscita lato destro.*

Me acuerdo de una advertencia en el metro de Londres: *Please mind the gap between the train and the platform.*

Me acuerdo de que la aprehensión es un miedo ante el flujo aromatizante y desgarrador de la vida.

Me acuerdo de que podrías tener una ballena ante tus ojos y no poderla ver.

Me acuerdo de que comprar sal es tranquilizante porque es barata y dura largo tiempo.

Me acuerdo de que algún tiempo me aficioné a freír papas en una olla de barro que compré tras verla hacinada en una banqueta.

Me acuerdo de que en la Portales aprendí un concepto delicioso de la plomería al conocer el *sapo perfecto*, un sellador para los tanques de agua anexos a los escusados de supuestas capacidades de operación impecables.

Me acuerdo del atrayente proyecto de escribir una novela que es un comentario a un poema: el *Pálido fuego* de Vladimir Nabokov, lo que tal vez subraye que, en el mundo de lo limitado y lo finito, todo y todo puede ser novela.

Me acuerdo de que la disposición física del texto en la página es también un área nutrimental de la ya de por sí simultánea y varía literatura.

Me acuerdo de la riqueza de aristas del adjetivo variopinto.

Me acuerdo de que las fiestas de quince años en México son siempre, por uno u otro motivo de asalto y garras insólitas, variopintas.

Me acuerdo de que las bodas buscan sus fresas y sus fondues de chocolate.

Me acuerdo de que transgredimos en una ocasión una boda en Xochimilco y estuvimos cerca de ser linchados; al día siguiente conté la anécdota orgulloso en la redacción del periódico Reforma.

Me acuerdo del frío debajo de la cobija.

Me acuerdo de la homosexualidad de Carlos Pellicer, católico más o menos solemne.

Me acuerdo de que cinco minutos más pueden dar de beber.

Me acuerdo de las abejas rondando la media sandía de un puesto de frutas que flota en Balderas.

Me acuerdo de los carromatos con semillas y gomitas que deambulan por la Ciudad de México.

Me acuerdo de que la señora que vendía pepinos en el parque Uruguay de Polanco me contó su itinerario laboral, por supuesto detonado en el Estado de México: la periferia recorre kilómetros y cansancios para venderles papayas destazadas a los ricos.

Me acuerdo de que Buñuel se presume inventor de su propio martini, un tema que se apresura a despachar en su asombrosa autobiografía, bobamente llamada *Mi último suspiro*.

Me acuerdo de que las promociones proponen ahorrar gastando.

Me acuerdo de que necesitar dinero desde que se nace hasta que se muere es una de las miserias más obvias del hecho de habitar este mundo abyecto.

Me acuerdo de que una vez tomé un cuchillo y le dije a mi abuela que me iba a matar; me vio con tal desestimación y tranquilidad ante el melodrama que desistí de mi propuesta trágica.

Me acuerdo de que aún son visibles en la puerta de la Prepa 4 los balazos que detonó el ejército contra el estudiantado en 1968: un hecho que nunca hay que olvidar: soldados entrenados en las maniobras de la opresión abrieron fuego contra adolescentes de 15 a 17 años.

Me acuerdo de que pasar por la Plaza de las Tres Culturas cuando era niño me causaba una fascinación repulsiva y que me esmeraba en ver desde la ventana del trolebús aquel espacio donde sucedió lo que sucedió.

Me acuerdo de *Amuleto*, la preciosa novela con que Roberto Bolaño habla de la resistencia de la dignidad y la imaginación frente a las fuerzas opresivas de un estado dictatorial, a través de la figura de la poeta uruguaya Auxilio Lacouture, trasunto de Alcira Soust Scaffo.

Me acuerdo de que cuando era muy niño traté de leer la palabra *Giants*, visible en una fotografía donde alguien portaba un jersey del equipo de futbol americano. No sabía que se trataba de otra lengua y me causaba una rareza enorme tratar de recorrer esas letras y encontrarles algún sentido.

Me acuerdo de que en algún Halloween el profesor de educación física de la preprimaria nos obsequió calabazas de papel adheri-

das a abatelenguas. Un amigo y yo usamos las nuestras para formar una portería en el patio y jugar futbol, luego volvimos a clase y las olvidamos. El profesor se había indignado mucho por el abandono y nos advirtió que no volvería a hacernos obsequios; yo no lograba entender el problema.

Me acuerdo de que bailé El ratón vaquero de Cri-Cri en la preprimaria.

Me acuerdo de que en la primaria representé a Benito Juárez y a Emiliano Zapata.

Me acuerdo de un taxista que me aseguró que le metieron una bala en el cráneo y de que su automóvil se impactó contra un poste con él inconsciente. Se extasió narrando la historia y en un momento dado volteó a verme y me dijo: no sé por qué te estoy contando esto. Confianzas espontáneas con exquisitez.

Me acuerdo del Xibalbá.

Me acuerdo del futbol como una koiné.

Me acuerdo de la *contrafacta*, concepto que aprendimos con José Antonio Muciño y que describe la tarea artística de tomar un discurso oficial para revertirlo y configurar una voz de protesta contra la ideología imperante y sus dispositivos de persuasión.

Me acuerdo del poderoso concepto de la pedagogía de la crueldad.

Me acuerdo de que en la esquina de Balderas y Victoria hay un puesto de tacos de cabeza al que quiero asomarme. Tarde que temprano. Más temprano que tarde. Antes de muerto. Aún no me he muerto. Todo puede suceder.

Me acuerdo de que uno nunca prueba el sushi final.

Me acuerdo siempre de, y extrapolo cuanto puedo, una afirmación de Homero Aridjis en *Mirándola dormir*: Qué murmurar sanguíneo.

Me acuerdo de que un amigo que trabajó en Random House me contó chismes sobre el comportamiento despótico de un Homero Aridjis celosamente embebido de su propia importancia de escritor profesional.

Me acuerdo de que no sabía nada de Alí Chumacero pero algo en la afectación con que era abordado en la televisión me hacía pensar que era importante.

Me acuerdo de que es fácil procurar un uso adormecedor de la cultura, cuando en contraste muchos de los libros vivientes llaman a algún tipo de desobediencia, de enardecimiento, de distancia, de ira, de ruptura, de chamuscado orgullo erguido y alrevesado.

Me acuerdo del panetón peruano.

Me acuerdo del triste nombre y la sabrosa saturación del fruit cake.

Me acuerdo de la tripa bien doradita y de su multiplicación por los rincones de México.

Me acuerdo de las vísceras de res rebosando cubetas en el mercado de la colonia Juárez.

Me acuerdo de la belleza del título *Tiene la noche un árbol*.

Me acuerdo de que concursar por una beca en la Fundación para las Letras Mexicanas es humillante: un policía recoge tu proyecto

y no te deja cruzar la reja mientras ves a jóvenes ya seleccionados flotar por los prados mientras hablan por sus celulares.

Me acuerdo de la precisión metafórica de los chistes robóticos sobre Ricardo Anaya, alguna vez candidato presidencial.

Me acuerdo de que la indolencia en ocasiones puede verse con los ojos.

Me acuerdo de que puede problematizarse con algún placer pensante la expresión “a simple vista”

Me acuerdo de la vida microbiótica.

Me acuerdo de que la vida nos acercó a los mariscos de La Viga.

Me acuerdo de que casi por voluntario accidente leí las palabras finales de *La vida breve*, de Juan Carlos Onetti, y me prometí olvidarlas para llegar al término de la novela en su momento y en el ritmo debido, pero no pude borrar durante años al menos una de la mente: *felicidad*. Mundo loco.

Me acuerdo de un diccionario de conceptos recopilados y polemizados por Ernesto Sabato.

Me acuerdo de que después de un tiempo uno aprende a distinguir el sonido de los pasos de las personas.

Me acuerdo de que me tardé años en entender que mi madre podía ser una trabajadora cansada, con alguna variedad de decepciones y aburrimientos.

Me acuerdo de la energía vital de mi madre, siempre desdoblándose de una y otra forma para hacer su espacio.

Me acuerdo de que muchas veces mi madre es la impaciencia.

Me acuerdo de Jean Meyer, Jorge Volpi y Eliseo Diego escribiendo libros sobre sus padres.

Me acuerdo de que este miércoles no me cambié de calzones.

Me acuerdo de que nos intrigaba de niños especular si los extintores arremolinados en los descansos de las escaleras de nuestro condominio serían en verdad capaces de sofocar un fuego.

Me acuerdo de que había mangueras de agua en cada piso del edificio de casa de mi madre, tranquilizantes quizás, pero decorativas, escenográficas. En una remodelación las desaparecieron: gesto de sinceridad.

Me acuerdo de los *Crímenes ejemplares* de Max Aub.

Me acuerdo de Cioran repudiando la ideología puritana y misógina de san Pablo.

Me acuerdo de que una vez vi desfilar un teleprompter sobre un carrito.

Me acuerdo de la versatilidad sabrosa de los dos puntos.

Me acuerdo de que una vez vimos a un hombre llevar unas cien hojas de papel bond sobre un diablito.

Me acuerdo de los diablitos como vehículos versátiles para transportar peso (ojalá fresas) en los mercados mexicanos y de la belleza de su nombre.

Me acuerdo de que esta mañana desayuné melón, mango y un tamal de rajas estilo oaxaqueño.

Me acuerdo de que George Steiner asegura que la historia sin arraigo de los Estados Unidos es el motivo de que muchas de sus calles se llamen roble, pino, encina, olmo, maple.

Me acuerdo de Paris, Texas, topónimo extraído por el mismo desarraigo cultural descrito por Steiner.

Me acuerdo de que en el examen profesional de Damián Meléndez el doctor Ariel Arnal, chileno con estudios universitarios en España, nos dijo: nunca hay que olvidar que ésta es una ceremonia republicana. Mexicanos acostumbrados al maltrato institucional, nos es fácil olvidar la dignidad de la educación pública, de haber depuesto al imperio, decapitado a la monarquía y restablecido la república. Un olvido que es consecuencia imaginable de que la indignidad inunde con tal costumbre y automatismo la vida pública nacional.

Me acuerdo de que siempre me conmueve ver a Andrea Pirlo abrazando a Fabio Cannavaro con tierno abandono durante el cobro de penales en la final de la copa del mundo de Alemania 2006, un duelo dirimido contra la Francia de Zinedine Zidane y resuelto a favor de los italianos.

Me acuerdo de la palabra *inquietud* como una debida metáfora de la curiosidad del pensamiento y me acuerdo del día que decidí usarla en cada ocasión posible.

Me acuerdo de que Ulises Granados me robó un libro de Susan Sontag.

Me acuerdo de una película de Aki Kaurismäki donde un médico le dice a la paciente que para curarse necesita un milagro. Esos no suceden en mi barrio, devuelve ella con contundente síntesis.

Me acuerdo de que me gusta el doble posesivo empleado en torno de los libros: uno refiere al autor y otro al propietario del ejemplar: Mi libro de Jaime Sabines.

Me acuerdo de que Muciño decía que Octavio Paz es el poeta de los mexicanos sólo en un sentido oficial y luego de su promoción desde las instituciones. Una idea que ilustra la información publicada por Reforma de que, más allá de *El laberinto de la soledad*, otros títulos suyos no venden más de dos mil ejemplares al año. Dos mil hipotéticos lectores árbol adentro en un país de más de 120 millones de habitantes.

Me acuerdo de que Muciño aseveraba que, en todo caso, el poeta de los mexicanos sería Jaime Sabines. Los amorosos habitan vagamente a muchos, aunque sea como una referencia tangencial, sugirieron Adán a Eva.

Me acuerdo del círculo y de sus metáforas: los polos diametralmente opuestos, el perímetro, la periferia, las tangentes, el centro, las antípodas.

Me acuerdo del círculo cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna.

Me acuerdo de que me apasiona aunque nunca lo he entendido el concepto de los *números irracionales*.

Me acuerdo de la Changa, amigo matemático que habla reposadamente de sus especulaciones científicas.

Me acuerdo de la tercera pelea de Manny Pacquiao y Juan Manuel Márquez, robada al mexicano en favor del filipino.

Me acuerdo de Pacquiao arrodillado en una esquina para rezar a su dios en los minutos anteriores al fallo del jurado corrupto de Las Vegas en aquel encuentro.

Me acuerdo de una declaración de Márquez a la prensa que me conmovió: “Sabía que tenía que hacer las cosas perfectas y eso fue lo que hice”.

Me acuerdo de que fuimos a fumar marihuana con Vanessa y sus amigos al jardín central del Instituto de Investigaciones Filológicas. Hablamos de cualquier cosa y una amiga rubia de Vanessa me preguntó: ¿Tú eres buga? ¿Qué es buga?, respondí. Sí eres, zanjó.

Me acuerdo de los monumentales frascos con chiles en vinagre de las tiendas populares de carnes frías en el Pedregal de Santo Domingo Coyoacán.

Me acuerdo de que Palinuro desarrolla su enamoramiento permanente por Estefanía en otro Santo Domingo, el de la Facultad de Medicina y el Santo Oficio.

Me acuerdo de que Carlos Santana está colgado de la mano de dios.

Me acuerdo de mi papá emocionándose hablando de películas; señaladamente si en ellas actúa Helen Mirren.

Me acuerdo de que Gabriel tradujo a emoji *El beso de la mujer araña*: :::*.

Me acuerdo de que los emojis hechos con signos ortográficos generan a veces bonitas alucinaciones visuales.

Me acuerdo de que todo es susceptible de escurrimiento.

Me acuerdo de que en el Cerro de la Bufo vi un pingüino luminoso perseguir por toda la ciudad un grano de luz que terminó devorando mientras se me metía con abundancia en el rabillo del ojo.

Me acuerdo de que cuando paso por La Ciudadela pienso en Victoriano Huerta y en su acuartelamiento contra Madero durante la llamada Decena trágica.

Me acuerdo del acierto del título *Diez días que estremecieron al mundo*.

Me acuerdo de la entrada de un cuento de Óscar de la Borbolla: “En el verde césped del Edén, célebre sede de creyentes, el hereje Efrén se estremece”.

Me acuerdo de que esperar 90 segundos a que se ponga la luz favorable para los peatones en el Eje central no es demasiado, pero que la aceleración neurótica a la que nos somete vivir en la ciudad los hace parecer insufribles, una relatividad del tiempo que se ilustra bellamente en la película *Yellow submarine* (1968), alusiva a los Beatles.

Me acuerdo de la asiduidad de los gatos por tirar cosas de las repisas.

Me acuerdo de Tomás Urquijo, baterista con quien conviví en varias tocaditas y quien se aficionó un tiempo a una canción del insoportable Joe Satriani: Summer song.

Me acuerdo de que un compañero regresó de su fin de semana a la oficina con la nariz rota y moretones debajo de los ojos. No supe decirle nada.

Me acuerdo de las chuletas ahumadas y el choriqueso como acompañantes de mis días solitarios.

Me acuerdo de que hasta los cacahuates se gentrifican.

Me acuerdo de la belleza del título *El ajo es mejor que diez madres*.

Me acuerdo de jugar a los listones con los amigos del edificio de casa de mi madre.

Me acuerdo de que, afanado, en su momento quise ver la segunda parte de *Aladín*, la película de Disney, y de que fue espantosamente decepcionante.

Me acuerdo del Cristo aconsejando que no os afanéis.

Me acuerdo de que me dejó invadir las percepciones por la emoción, quizás convencido de que es necesaria y apartarla del panorama resulta sólo relevante en algunos oficios, algunas operaciones específicas, y de que, en cambio, su verbosidad es acuosa materia constante en el vivirse: una orquídea luminosa.

Me acuerdo de que Fernando Vallejo revela en alguno de sus libros que si se bebiera un caballito tequilero de aquella agua encharcada que colorea las ciudades, las bacterias ahí vivientes perforarían sus intestinos en segundos.

Me acuerdo de la avenida La Paz de San Ángel.

Me acuerdo de que el nombre Aki Kaurismäki lleva una bonita aliteración dentro.

Me acuerdo de que Kaurismäki se parece en sus postulados estéticos a Jim Jarmusch; tanto que los atraviesan vasos comunican-

tes explícitos en *Night on earth*, la película sobre taxistas de Los Ángeles, Nueva York, París, Roma y Helsinki.

Me acuerdo de que a Juan José Arreola le gustaba conducir su bicicleta sin usar las manos.

Me acuerdo de que esperar llamadas telefónicas es aburridísimo, angustiante, incierto, pantanoso y en ocasiones lamentablemente necesario.

Me acuerdo de que a veces no quiero estar aquí.

Me acuerdo de *La visita de la banda*, película de un suave y tierno dolor humano que vi unas cinco veces en el cine y otras tantas en dvd, y de que una de sus escenas clave es protagonizada por un clarinete.

Me acuerdo de los tacos de arrachera con queso en tortilla de harina que venden en El Cuadrilátero, un negocio ubicado afuera de Televisa Chapultepec.

Me acuerdo de la belleza de intención del nombre Caléxico.

Me acuerdo de que en Tijuana hay una calle llamada Mutualismo, quién sabe con qué verdadero impacto cultural y en los magnetismos permanentes de la complicada regulación cósmica.

Me acuerdo de que en Tijuana la calle Coahuila congrega la violencia sexual y delincencial de sus vidas nocturnas.

Me acuerdo de una mujer en traje de marinerito que me abordó en el table dance Hong Kong, la llamada comida china de Tijuana. Me platicó desde sus pupilentes que le simulaban ojos verdes que necesitaba unos 35 mil pesos para operarse la mandíbula, que quería dejar el trabajo de bailarina y conocer a un

ingeniero que la mantuviera y le permitiera estudiar psicología, que no sabía si le confesaría alguna vez a su marido que fue bailarina, que tenía dos hijas; bostezaba de cansancio mientras platicábamos y se fue rápidamente cuando no pude pagarle la tercera ficha.

Me acuerdo de que Maná y Caifanes dominan el sonido de los bares en Tijuana.

Me acuerdo de la hora del barco en Ensenada: un periodo del día donde la cerveza sube de precio porque los turistas del crucero proveniente de Los Ángeles arriban a la ciudad y podrían pasearse por sus negocios a derramar dólares.

Me acuerdo de un póster conmovedor de los Beatles: a Lennon y Harrison, con sus vestimentas del Sargento Pimienta y un aspecto fantasmal, los corona una frase: "Hay quienes dicen que los Beatles jamás se juntarán de nuevo; otros creemos que la reunión ya ha comenzado".

Me acuerdo de que el Día de Muertos se va sintiendo en el ambiente.

Me acuerdo de la salud de la nostalgia.

Me acuerdo de tratar de ponerle todo el ajo posible a mis platillos.

Me acuerdo de que algún tiempo me aficioné a la música de John Lurie, saxofonista sarcástico que hizo de actor en películas de Jim Jarmusch y Wim Wenders.

Me acuerdo de que la John Lurie National Orchestra se compone del sonido de su saxofón y dos percusionistas.

Me acuerdo de la belleza del *tente en pie*.

Me acuerdo de que las percusiones van creciendo hacia el mar.

Me acuerdo de los versos con rutas del transporte público de Max Rojas.

Me acuerdo del enigma de la Barranca del Muerto.

Me acuerdo de que en los jefes suele abundar la imbecilidad.

Me acuerdo de que la frase “ni son todos lo que están ni están todos los que son” describe el ámbito profesional mexicano con creces y que esta decepción no es novedosa ni sorpresiva.

Me acuerdo de Julián Hernández, periodista joven de origen poblano que murió en un accidente automotriz en 2017 de vuelta a casa tras otra jornada de horarios difíciles en el periódico Reforma.

Me acuerdo de que el diarismo romantiza la explotación y culpa al trabajador de sus dolores.

Me acuerdo del recorte masivo del Reforma en 2016. Tras enterarse de su despido, un editor de Ciudad conversó con Paola Ramos: no es justo el dinero de mi liquidación, le dijo, pero me importa, más que litigar, comprar la leche de mis hijos.

Me acuerdo de que cuando corrieron del Reforma a la reportera Silvia Isabel Gámez, experta en literatura y empleada del diario durante años, regresó de recibir la noticia de su despido en recursos humanos, se sentó a la computadora y terminó una nota pendiente.

Me acuerdo de que el último texto de Silvia Isabel publicado en Reforma era acerca de Ramón del Valle Inclán, novelista mari-guano español con labores místicas.

Me acuerdo del exalcalde de Pahuatlán, Puebla, y coeditor nacional en Reforma Miguel Eloín Santos Rivera, mañoso señor astuto que conversó con Miguel Ángel Granados Chapa.

Me acuerdo de que a Miguel Eloín le gustaba liquidar temprano su plana en la edición e irse, quizás a su casa.

Me acuerdo de un juego de mesa con canaletes y canicas de presunto origen africano que aprendimos a jugar en casa de Víctor Altamirano: karmatrubi, le llamaba Tania.

Me acuerdo de que me afanaban de niño los chicles de tuttifrutti, bello nombre condensado y entonces lejano.

Me acuerdo de que las bugambilias pueden también ser buganvilias y las jacarandas pueden ser también jacarandás.

Me acuerdo de que el ritmo de escritura puede aflojar como las agujetas del zapato o como una pared de hormigón pesadamente pulverizada por la lluvia a lo largo de los años.

Me acuerdo de que la novela es el desborde, la irritación, el recorte, la proliferación, el equívoco, el grumo, la densidad, la herejía y los saltos de agua.

Me acuerdo de que un geriatra me habló alguna vez de la mente como una casa con pasillos.

Me acuerdo de María Zambrano asegurando que los patios centrales de las casas de la arquitectura árabe son un vacío para recibir a dios: una conformidad con lo divino y no una interrogación que se separa de lo preguntado y del mundo con punzocortante desafío de obelisco.

Me acuerdo de las tazas de café con forma de calavera que compré para algún Día de Muertos en el mercado de Sonora.

Me acuerdo de que la ambigüedad es el trasunto perpetuo de la Ciudad de México.

Me acuerdo de que viajamos a Xilitla a conocer las esculturas surrealistas del millonario Edward James; en una camioneta rumbo a Las Pozas una mujer nos preguntó de dónde éramos. De la Ciudad de México, respondimos. Ya no les alcanza con Valle de Bravo y ahora vienen para acá, soltó quizás molesta.

Me acuerdo de que Mar Gámiz configuró mi primera página de Hi5 con la esperanza de que ligara muchachas.

Me acuerdo de una serie de animación para niños basada en los personajes de *El viento en los sauces*.

Me acuerdo de que alguna vez pasamos por el mercado del artesano, en República del Salvador, y le dije a mi madre que ese lugar estaba atiborrado de utensilios creativos para consumir mariguana. ¿Y tú cómo sabes?, inquirió.

Me acuerdo de que el crimen es la prohibición.

Me acuerdo de que en el centro de Coyoacán suelo perder el norte.

Me acuerdo de que una vez vendimos globos de helio para facilitar el contacto de los estudiantes de una primaria de Coyoacán con los Reyes Magos.

Me acuerdo de que los niños se volvieron locos con los globos de helio, no tanto los padres que los pagaban y nos miraban con algún desdén y aburrimiento.

Me acuerdo del divino laberinto de los efectos y las causas.

Me acuerdo de la cita sin comillas como una ruta de espejos.

Me acuerdo de que ante mi ventana se arrastra el cangrejo con espinas de rosa, imagen de Rubén Darío que le sirve a Hernán Lavín Cerda para sentenciar que el pensamiento se repliega ante la luz.

Me acuerdo de las palabras girándula, alambique, campánula, escafandra, élitro, efluvio, esparadrapo, floripondia, narguile, de las que me fui enamorando.

Me acuerdo de Jorge Luis Borges y su traducción del *Orlando* de Virginia Woolf.

Me acuerdo del río Támesis congelado en el *Orlando*.

Me acuerdo de que la luz de neón puede llenar el vacío y de que suele sabrosamente contrapuntearlo, orquestarlo, alguna criatura de los Looney Toones.

Me acuerdo de los peseros mexicanos revestidos de paredes suaves, luz negra, demonios de Tasmania de Warner Brothers y música de riesgo.

Me acuerdo de la imprecisable fascinación por la bola 8 del billar.

Me acuerdo de que el profesor Gallo aseguraba que cuando García Márquez contempló a la Coatlicue, tras algunos minutos de silencio e inspección declaró: ¡ya entendí a México!

Me acuerdo de la mucosidad de alto vuelo, concepto escurridizo con el que Lavín Cerda describió el trabajo de Salvador Dalí.

Me acuerdo de que Federico Álvarez reventó de furia todavía dialógica cuando un alumno habló de Dalí como artista revolucionario. Irritado, el editor español replicó recordando el anagrama sobre el pintor catalán que escribió Breton: *ávida dollars*.

Me acuerdo de que Mario Vargas Llosa se degradó patéticamente en un defensor del poder, muy lejos de los atrevimientos iniciales de su carrera, de las reivindicaciones simbólicas de sus primeras novelas.

Me acuerdo de que la humedad cataliza oportunidades.

Me acuerdo del papel de Portia Doubleday en *Mr Robot*.

Me acuerdo del chapopote como un problema estético y como una invitación a las exploraciones de estilo.

Me acuerdo de que en unos cuantos metros del Paseo de la Reforma pueden hallarse variedad de antimonumentos que rememoran a las víctimas de Pasta de Conchos, del incendio en la Guardería ABC, de la noche de Iguala, de la violencia feminicida, de Tlatelolco: país antimonumental.

Me acuerdo de que el antimonumento a Ayotzinapa es ya un referente de la lucha social mexicana, de las víctimas del país, y de que lo adelanta una bella tortuga de concreto que arrastra un caparazón formado con 43 escamas.

Me acuerdo de John Malkovich en *La muerte de un viajante* y hablando con Graham Norton varios años después acerca de una mujer que alguna vez le entregó en un jardín y con las uñas ensangrentadas el guión de una película acerca de la seguidora anónima de un conocido actor a quien deseaba matar.

Me acuerdo de que una vez me encontré a Rubén Albarrán en el vestíbulo del Teatro de la Ciudad y en otra ocasión a Meme en la calle Ignacio Esteva de la colonia San Miguel Chapultepec y de que en la sociedad del espectáculo esto es importantísimo.

Me acuerdo de que mi papá se afanaba con las paletas de pistache y las gelatinas de nuez.

Me acuerdo de María Elena Jaroma Blanco, profesora de etimologías grecolatinas en la Prepa 6 a quien le ofrecíamos comprarle un café con crema irlandesa grande cada mañana a cambio de saltar clase; gustosa nos extendía 50 pesos y regresábamos cuando había acabado la sesión. Aun así, aprendimos bien sobre los prefijos latinos y los orígenes y maneras de nuestro léxico tenebroso.

Me acuerdo de las pizzas Chester's de la calle Xicoténcatl, en Coyoacán. En algún año cercano al 2010, colapsaron el negocio aledaño, una vinatería, y sumaron el local para expandirse.

Me acuerdo de que en *Los presidentes*, Julio Scherer retrata a Miguel de la Madrid como un frío tecnócrata sin sensibilidad compleja ni imaginación cultural.

Me acuerdo de que en *La terca memoria*, Scherer retrata a un Marlon Brando que ama con mejor amor a los mexicanos que el tecnócrata empresarial Vicente Fox, para quien sus connacionales son buenos en tanto que empleados eficaces, rendidores de cifras, enriquecedores de las empresas de California.

Me acuerdo de ir a la tienda golpeando con las rodillas el envase retornable de refresco de dos litros.

Me acuerdo de afanarme en jugar a las dominadas con un globo de fiesta.

Me acuerdo de que cuando supe que podía hacerse una pelota con globos de fiesta me afané en construirme una cada vez más robusta y ambiciosa, que terminó pudriéndose, desarrollando un hongo y probablemente rebanada para observar con placer su genealogía de pliegues y su alma de agua quizás fétida.

Me acuerdo del poeta Kin Taniya.

Me acuerdo de la roca que parece un elefante vista desde la arena de Zipolite.

Me acuerdo de que para la tristeza de no ser santos a Marilyn Monroe le ofrecimos el psicoanálisis, asegura Ernesto Cardenal.

Me acuerdo del cine de Pablo Larraín.

Me acuerdo de los tacos Copacabana sobre la avenida Acoxpa, en Villa Coapa, referente de mi infancia a pesar de que no me he vuelto a sentar ahí en quizás dos décadas.

Me acuerdo de que la textura es la yema.

Me acuerdo de que la importancia es relativa, cambiante y porosa.

Me acuerdo del verso de son jarocho: ayer penaba por verte y hoy peno porque te vi.

Me acuerdo del Grupo Mono Blanco y de que el mundo se va a acabar y de que si un día me has de querer, te debes de apresurar.

Me acuerdo de una mañana que regresamos ebrios de una fiesta; yo puse ese son nostálgico del Grupo Mono Blanco que se llama Tiempos pasados y mientras soñaba con la dilatación nublada de todas las emociones del cosmos íntimo me quemé la mano al tomar con descuido un sartén caliente.

Me acuerdo de que aprendí a nombrar a las jicoteas en las novelas de Reinaldo Arenas y del enigma de su título *El palacio de las blanquísimas mofetas*.

Me acuerdo de que quisimos tocar una versión funk de la Muñeca fea de Cri-Cri.

Me acuerdo de que Jaime Woolrich logró una versión guapachosa de Un poco más, el clásico de Álvaro Carrillo.

Me acuerdo de Ale Montalvo, amiga de Tijuana que, cuando le dije que las inmediaciones de la Basílica de Guadalupe estaban atiborradas de pobres, discriminados, drogadictos, delincuentes y migrantes, me respondió: como Tijuana.

Me acuerdo del Ora pro nobis, un poema en prosa atiborrada donde Fernando Del Paso recolecta e inventa apelativos para el mar.

Me acuerdo de que en el poema de Del Paso se escucha hablar del Mar de Mármara, el Mar de Mármol, el Mar de la Iniquidad, Mar Rojo, Mar de las Estelas Congeladas, Mar de las Estrellas Ponzoñosas, Mar de los Simulacros, Mar de las Galaxias, Mar de los Incendios Azules, Mar de los Almizcles Amurallados, Mar de los Calvarios, Mar de las Agonías Mayestáticas, Mar de las Lámparas de Tinta, Mar de las Catedrales de Agua, Mar de los Arcoiris Bifurcados, Mar de los Castillos de Agua, Mar de las Sombras Chinescas, Mar de los Iconoclastas, Mar de la Decrepitud, Mar de las Promiscuidades Valetudinarias, Mar de los Terciopelos, Mar de las Adelfas, Mar Mediterráneo, Mar de los Desamparados, Mar de las Sabandijas, Mar de las Fragancias Espirales, Mar de los Solteros Transparentes, Mar de las Prevaricaciones, Mar de los Intrépidos, Mar de los Astrágalos, Mar de los Réprobos, Mar de las Ubicuidades, Mar de los Lechos Benignos, Mar de las Máscaras de Niebla, Mar Malvada, Mar de las Malaria, Mar

de las Canéforas, Mar Perínclito, Mar de las Soledades, Mar de la Pimienta, Mar de los Subterfugios, entre otros.

Me acuerdo de la usura.

Me acuerdo de una amiga de David, Tania, que me preguntó qué era la iconoclastia. No sabía pero igual improvisé para contestarle.

Me acuerdo de Moncho, el abandonado gato negro de David.

Me acuerdo de querer pasar la noche en catres a la intemperie en un campamento cristiano en Tlayacapan, lograrlo y enredarme de frío durante toda la madrugada, tratando cada vez de perfeccionar aplastarme los brazos con el cuerpo para cubrirlos del viento y padecer menos.

Me acuerdo de que hay prosas que no están escritas para ser leídas sino para la sumersión hasta alcanzar alguna especie de embriaguez.

Me acuerdo de los silbatos de plástico quebradizo y los bigotes postizos que pueblan las calles cuando se acercan las fiestas patrias en México.

Me acuerdo de que el rehilete siempre puede ser más grande, hasta emular a la pangea.

Me acuerdo de aprender sobre la banda Mano Negra en conversación con Eduardo Romero, compañero de letras.

Me acuerdo del proyecto pluricultural de Marc Ribot y de su banda *Los cubanos postizos*.

Me acuerdo de que Rodolfo, nuestro extraviado colega en la universidad, entregó a manera de trabajo final para evaluar el semestre

en literatura medieval una novela. El profesor no cayó en la dulzura de la provocación y se lo devolvió únicamente con una nota, desarmadora por sensata: Su escrito necesita de una valoración literaria, inadecuada para los intereses de esta materia.

Me acuerdo de *La bomba increíble*, novela de Pedro Salinas publicada en plena Guerra Fría donde un armatoste de destrucción masiva trasladado a un museo de pronto comienza a sollozar, a emitir unos ayes que se desenredan por la ciudad.

Me acuerdo de que Elena Garro hace hablar a las piedras.

Me acuerdo de Paul McCartney afirmando que cuando conocieron a Elvis Presley también vieron por primera vez una televisión con control remoto. *He is indeed the mighty god*, cuenta el músico que pensó entonces.

Me acuerdo de que alguna vez trabajé poniendo lámparas en el Auditorio Nacional para Chayanne.

Me acuerdo de que con el dinero que gané trabajando para Chayanne me compré una flauta traversa.

Me acuerdo de que vimos a Chayanne abordar un vehículo de lujo escoltado por otros dos automóviles con sujetos que no cerraban del todo las puertas para poder maniobrar rápidamente sus armas largas.

Me acuerdo de que la tristeza es una anciana que trabaja en el servicio de limpieza del Metro arrastrando un trapeador por los canaletes debajo de la publicidad de la estación Chilpancingo.

Me acuerdo de los animales de peluche que, amarrados en sus cofres, toldos o paredes, santifican los camiones de basura y las retroexcavadoras.

Me acuerdo de un camión de la basura con una leyenda en el parabrisas, que siempre busco reutilizar: “Mebes y sufres”.

Me acuerdo de la voracidad con que las palomas compiten por comida.

Me acuerdo de los patos de la pista de remo y canotaje de Cuemanco.

Me acuerdo de mi madre dando trozos de tortilla y de bolillo a los patos de Cuemanco.

Me acuerdo de los patos del Canal Nacional y de recorrer sus andadores con Neto para fumar marihuana.

Me acuerdo de que Neto usaba de pretexto sacar a pasear a Penny, su perro chihuahua, para deambular por el barrio y fumar un poco.

Me acuerdo de la gramática escurridiza y la puntuación sui géneris de *El vampiro de la colonia Roma*.

Me acuerdo de la estética que unifica, en una visión distendida, a Rainer Werner Fassbinder con Luis Zapata.

Me acuerdo de que Fassbinder adaptó a Jean Genet para filmar su última película.

Me acuerdo de que he tratado dos veces de leer *El milagro de la rosa* en préstamo de la Biblioteca Central y de que en ninguno de los dos intentos lo he conseguido.

Me acuerdo de que comencé en una ocasión la lectura en voz alta de *Nuestra señora de las flores*, de Jean Genet, una empresa sabrosa que dejé trunca.

Me acuerdo de las púberes canéforas de Rubén Darío que recuperó José Joaquín Blanco y de que el profesor Romeo Tello nos hizo notar la operación absorbente del cronista mexicano.

Me acuerdo de la chida pureza del dese.

Me acuerdo de que robábamos botellas de aire comprimido de los departamentos de computación del Office Depot para inhalarlo y tener una dura alucinación babeante; regresar del sueño era como si el cerebro, esponja exprimida, retomara su tamaño habitual quejosamente.

Me acuerdo de que recorrimos el Periférico Sur con el expreso propósito de alcanzar un Office Depot para robar dos cilindros de aire comprimido y de que todo salió bien.

Me acuerdo de que el frío acelera las ganas de orinar.

Me acuerdo de Calamardo Guapo.

Me acuerdo de que el ajonjolí es escapista.

Me acuerdo de Gerardo Diego y su poema *Triunfo*: “Hagamos de todos los gritos/ una sola mujer”.

Me acuerdo de que la primera película de Woody Allen que vi fue *Bananas* y que me impactó su humor corporal antiheroico al estilo del cine mudo.

Me acuerdo de que la distracción es el trigo.

Me acuerdo de la belleza de la palabra germen, que siempre queda bien como metáfora.

Me acuerdo de las bacterias dividiéndose.

Me acuerdo del rumor social de que las hilachas del plátano pueden dejarse resecar y luego fumarse para procurarse alucinaciones.

Me acuerdo que el dinero se evapora con una facilidad pasmante.

Me acuerdo de que lo que le alegró a Juan Carlos Onetti de que María Zambrano recibiera el Cervantes era que el gobierno español le aseguraría una vejez digna al entregarle una importante cantidad de dinero.

Me acuerdo de que María Zambrano recibió el Premio Cervantes en 1988, el año de mi nacimiento.

Me acuerdo de que el 13 de julio de 1988 nací en un hospital de Jalisco y que ese mismo día Bobby McFerrin, Chick Corea, John Patitucci y Tom Brechtlein tocaban Autumn leaves en Stuttgart, Alemania, con virtuosismo al menos.

Me acuerdo que en su discurso de aceptación del Premio Cervantes, Nicanor Parra dijo que le tomaba medio año escribir un discurso de quince minutos que pareciera improvisado.

Me acuerdo de que la corrección de textos, como la cosecha de mujeres, nunca se acaba.

Me acuerdo de la sensación de las monedas en el bolsillo trasero del pantalón.

Me acuerdo de que la alucinación se procura.

Me acuerdo de la fortuna de encontrar billetes en prendas de ropa descuidadas.

Me acuerdo de que una vez recogí cinco billetes de 500 pesos abandonados en el posapiés de una camioneta en Coapa y de que no recuerdo el destino que les di.

Me acuerdo de que mi papá y mi hermana aseguraban que se podían ver los huesos de los dedos al colocarles una lámpara de mano por debajo. Yo no lograba percibir el hueso, quizás esperando una espectacular y nítida revelación, pero ellos aseguraban que la visión era transparente, obvia. De esa y de muchas otras formas manifestaron una complicidad que los dibuja todavía hoy.

Me acuerdo de que las lluvias voraces de la Ciudad de México recuerdan que este centro del universo fue un lago que encadenadas administraciones imbéciles se han dedicado a desecar y devastar. La civilización se basa en el ecocidio y en el crimen de hermano contra hermano.

Me acuerdo de *Vivir mata*, película donde en la climática escena final los personajes de Susana Zabaleta y Daniel Giménez Cacho se besuquean al pie de la Cabeza de Juárez, monumento abandonado en el oriente de la Ciudad de México.

Me acuerdo de las banderillas que venden afuera del Colegio de Ciencias y Humanidades Oriente, localizado al lado de un enclave de la marina ¿para vigilar a la rabiosamente peligrosa adolescencia?

Me acuerdo de que mal se sabe algo sobre Noruega.

Me acuerdo del acierto metafórico de Ricardo Garibay en *Las glorias del gran Púas* cuando habla de los rivales a modo en el boxeo con una frase cerrada y contundente: Flan de encargo.

Me acuerdo de que la literatura es amistad pero debería ser también confrontación, inacabablemente.

Me acuerdo de que, en un porcentaje mayúsculo, chuletón, la literatura es publicidad.

Me acuerdo de que habría que entender las emociones de todos los personajes de una película, como sugirió alguien mientras veíamos *Hannah Arendt*, la cinta de Margarethe von Trotta sobre la filósofa que ensayó acerca de la banalidad del mal.

Me acuerdo de que comencé a conocer a Rainer Werner Fassbinder por un ciclo de su cine en el Instituto Goethe, ubicado en la colonia Roma. Salíamos de las funciones directo al cuchitril de Gutierrez para emborracharnos.

Me acuerdo del autorretrato de Fassbinder, quien discute con su madre y con su amante a gritos en *Alemania en otoño* (1978), además de cubrirse vagamente los genitales con una bata de baño.

Me acuerdo del mural de Gutierrez en el cuchitril, un panorama de personajes a lápiz donde los gorilas convivían con las beatas de tacones extendidos y los ciempiés dragonescos.

Me acuerdo de que comencé a ponerle color al mural con un puñado de gises.

Me acuerdo de *Themroc* (1973), cine mudo moderno y poema desmantelador contra las hipocresías de la civilización.

Me acuerdo de la versatilidad actoral de Michel Piccoli, quien hace suceder al salvaje sexualmente libre Themroc y, años más tarde, también representó al papa de Roma.

Me acuerdo de que el bullicio urbano dinamitó el proyecto de la Ruta de la Amistad, colección de esculturas hechas por artistas internacionales y donadas a México en el marco de las Olimpiadas de 1968, que se inauguraron unos días después de la ejecución de centenas de jóvenes en Tlatelolco.

Me acuerdo de que la amistad permaneció, pero se desdibujó la ruta: las esculturas fueron reubicadas y aglomeradas en un claro del cruce de Periférico con Insurgentes.

Me acuerdo del mango petacón como una atribulada expresión de acierto.

Me acuerdo de los carromatos con vasitos de mango que pueblan las calles de la ciudad con sus psicodelias por chamoy.

Me acuerdo de que se alcanza el éxtasis desde cualquier palanqueta.

Me acuerdo de que la primera vez que supe de la psicodelia fue gracias al Manolito de Mafalda, quien derrama aceite sobre un ate y en vez de retirarlo del mercado lo resignifica, lo encarece y lo vende como *psicodélico*.

Me acuerdo de una retroexcavadora maniobrando en las inmediaciones del faro de La Serena para acomodar montículos de arena a manera de discretos rompeolas.

Me acuerdo del rompeolas de Chacahua.

Me acuerdo del karma instantáneo que poetizó John Lennon.

Me acuerdo del mamey como una promesa de placer.

Me acuerdo de que mi mamá y mi hermana supieron un día que el hueso de mamey es bueno para hacer un fuerte maquillaje de aliento árabe.

Me acuerdo de que me emociona el concepto de *goma arábica*.

Me acuerdo de que si te llamas Augusto todo es gravedad en tu nombre, pero si te apellidas Monterroso puedes derivar en un discreto y burlón Tito.

Me acuerdo de que en las elecciones presidenciales de 2018, Joaquín López Dóriga era quien daba clases de la historia de sus partidos a Damián Zepeda, del PAN, y Enrique Ochoa, del PRI: la experiencia de vivir México desde el visor oficial, desde la comunicación del régimen y sus lenguas panópticas.

Me acuerdo de que Vicente Fox fue a mi escuela secundaria en Prolongación División del Norte y presumió una inversión histórica en la educación pública. Los cambios concretos que observamos como alumnado fue que pusieron piso de azulejo en cada salón, los pintaron, compraron una televisión y fijaron una cajita metálica para alojar un proyector en el techo, aunque el proyector jamás apareció.

Me acuerdo de que los profesores de secundaria se facilitan muchas agresiones contra los estudiantes.

Me acuerdo de mi amigo Aarón, a quien tras salir de la secundaria vi unas tres veces más antes de perderlo para siempre. Nos reuníamos por la Prepa 5 para jugar basquetbol en las canchas de una unidad habitacional.

Me acuerdo de que una vez nos comandaron a Aarón y a mí barrer un claro de tierra para recoger las hojas caídas del otoño. Al

deslizar la escoba sobre la tierra directa, le hice un chiste: nunca vamos a acabar.

Me acuerdo de que un tráiler repleto de más de 150 cadáveres fue abandonado por las autoridades forenses en Jalisco.

Me acuerdo de que la autocensura a veces asalta con facilidades inesperadas.

Me acuerdo de que lo apachurrado puede florecer en maneras de pambazo.

Me acuerdo de la dulzura de la expresión *en voz alta* y la de *a media voz*.

Me acuerdo de que la decisión es el eclecticismo.

Me acuerdo de la manifestación del sope.

Me acuerdo de una comida corrida en la calle de Bolívar en la que ofrecen de entrada unos sopecitos.

Me acuerdo de una comida corrida cercana a la calle de Palma donde ofrecen como aperitivo un menjurje alcohólico de amarillo fluorescente.

Me acuerdo del acierto del título *El año de la guerra del cerdo*.

Me acuerdo de la clarividente y científica síntesis del título *Las cósmicas*.

Me acuerdo de Pier Paolo Pasolini reinterpretando la literatura para tantas de sus películas.

Me acuerdo de los demonios escenográficos delirantes de *Los cuentos de Canterbury*.

Me acuerdo de que una vez vimos *Los cuentos de Canterbury* en una casa de Brenda Valdivia cercana al metro Portales y de que me quedé dormido durante la proyección.

Me acuerdo de que ayer vi a dos niños vendedores en el Metro. El mayor, de unos siete años, cuidaba al menor: tres años arremolinados en un berrinche que le hacían la vida imposible a quien tenía que cuidar la integridad del cuerpo abandonado de su hermano lloroso en el suelo mientras se aseguraba de vender la mercancía. Niños obligados a una madurez inmediata, a un atado de responsabilidades que no les corresponden.

Me acuerdo de que no sé por dónde se desmaya el violín que escucho al entrar al metro Bellas Artes.

Me acuerdo del Palacio de Bellas Artes todo asediado de elotitos asados.

Me acuerdo de que la confluencia saturada es ya la normalidad.

Me acuerdo de mi papá caminando por las calles de Sauzales y Florales la mañana de un 1 de enero de no recuerdo qué año, pero tuvo que ser cerca del 2000, de 1999. Me convidó a observar la tranquilidad posterior a la fiesta, la ausencia de carros, de negocios abiertos, la posibilidad de vacío.

Me acuerdo que el cambio de cifras del 1999 al 2000 generó una expectativa y una confusión que hoy quizás parecerían curiosas obsolescencias.

Me acuerdo de estar leyendo en la edición de Joaquín Mortiz *El gato y el ratón* de Günter Grass debajo de una farola en lo que esperaba a una persona que se tomaba unas cervezas en una cantina de la calle Allende.

Me acuerdo de que la calle Allende también se llama Bolívar y de que mientras uno la avanza o la desanda se transforma en zona de cantinas, de máquinas de escribir, de libros viejos, de trompetas, de bocinas, de muebles, de luces para fiesta, de tlacoyos y gorditas, y de lo que descuido y se me olvida.

Me acuerdo de ver *Irreversible* de Gaspar Noé en Iztapalapa. La mariguana me ayudó a no sucumbir a los mareos que usualmente me producen las cámaras inestables, tan especialmente bruscas en esa película.

Me acuerdo de las preguntas de Job a dios y de las respuestas desafiantes y totalizadoras de la divinidad: ¿sacarás tú al Leviatán con anzuelo?

Me acuerdo de que me perturbaba el concepto de *Lamentaciones*, nombre que lleva un poema largo del profeta Jeremías.

Me acuerdo de la musicalidad del nombre Jeremías.

Me acuerdo de la musicalidad del nombre Solentiname. Mundo querido, alíviame.

Me acuerdo de Klaus Kinski desfalleciente en la playa en la última película que filmó al lado de Werner Herzog, *Cobra verde*.

Me acuerdo de que, a su manera atrabiliaria y caótica, probablemente Herzog y Kinski fueron profundamente inteligentes en fomentar su propia leyenda y dispersar el eco de sus odios y confrontaciones.

Me acuerdo de Kinski asumiéndose trasunto del virtuoso violinista Paganini en el único largometraje que dirigió, un par de años antes de morir.

Me acuerdo del rumor de que Paul McCartney murió en pleno éxito de los Beatles. Supe del tema por primera vez en sitios primitivos de internet y me asombró encontrar tantas presuntas evidencias en las canciones y portadas de la banda: ¿sobreinterpretación, genuinas mandarinas anónimas o genialidad de alguna estrategia de mercado proyectada en el futuro?

Me acuerdo del machismo recurrente de *Job-Boj*, la novela de Jorge Guzmán que leí en Valparaíso.

Me acuerdo de las casas de techos altos y escaleras monumentales que recorrí en Valparaíso.

Me acuerdo de las canicas bombochas, las agüitas y poco más. Me acuerdo de que los niños de la década de 1990 crecimos conviviendo con temporadas, artificial pero efectivamente injertadas en nuestro calendario escolar, de yoyos y trompos.

Me acuerdo de los picotazos con que se buscaba castigar al trompo del rival perdedor.

Me acuerdo de la asaltante jungla de Egberto Gismonti.

Me acuerdo de la flauta como un bastón que toca Hermeto Pascoal.

Me acuerdo de la virulencia intelectual y escenográfica de Frank Zappa.

Me acuerdo de que Leonora Carrington diseñó vestuarios y escenarios para el teatro de Alejandro Jodorowsky.

Me acuerdo de que en *Vivir del teatro* Vicente Leñero especifica que la Secretaría de Gobernación del PRI vigilaba con celo censor el desenvolvimiento del arte escénico en México.

Me acuerdo de que mitifiqué por las caricaturas el sabor de las avellanas y de que cuando las probé su profunda amargura desorientó mi mitología.

Me acuerdo de aprender a jugar al dominó en la Facultad de Filosofía y Letras: entre la angustia de no estar haciendo la tarea, no estar disfrutando a Roland Barthes, no estar desentrañando a Bernardo de Balbuena y Luis de Góngora, y el placer de aplicar la cantinera se gane o se pierda.

Me acuerdo de que el espejo de agua que acompaña a la Facultad de Arquitectura en Ciudad Universitaria pasa a veces largas temporadas seco, lo que lo convierte en un espejo de piedra de reflejos aún más difusos.

Me acuerdo del dragón verde y las mariposas por descubrir en el mural de Juan O’Gorman en la Biblioteca Central de la UNAM.

Me acuerdo de que Tláloc mira a México desde el mural de O’Gorman: globos oculares que son también representación de las teorías astronómicas de Copérnico y Ptolomeo.

Me acuerdo del Prometeo constante en los espacios científicos.

Me acuerdo de que un tiempo me aficioné a escuchar en el trabajo Heart of glass, de Blondie

Me acuerdo de que en la misma época también repetía mucho oír Vuelve, de Ricky Martin, y We found love, de Rihanna.

Me acuerdo de que me gustaba escuchar el radio mientras llenaba formatos técnicos de exámenes de argumentación para el Ceneval.

Me acuerdo de que una vez fui a un taller de guión cinematográfico en la Filmoteca de la UNAM y supe que un compañero preparaba un documental sobre el Ceneval como un fraude y un negocio agresivo; me apenó decirle que yo trabajaba ahí y logré evadir compartírselo.

Me acuerdo de las sólidas barras de chocolate negro y chocolate con leche que mi madre me enseñó a comprar en Xochimilco.

Me acuerdo de estar bebiendo pulque en la Paloma Azul y escuchando a los Doors, emocionarme, agitar la cabeza y sumergir el cabello en la bebida por accidente. Era verde.

Me acuerdo de que en casa de Luis Cottier comenzamos a alimentar el rumor de que en su misma calle vivía Édgar Vivar, el actor que representó al Señor Barriga en El Chavo del Ocho de Chespirito. Inclusive tocamos a la puerta de la presunta casa y preguntamos por el actor, un espléndido intérprete de Chejov como atestiguamos una vez en el Canal Once. Nos dijeron que no, todo había sido nuestra sed de mito operando para darle combas a la colonia Portales, magnífica en pozoles guerrerenses.

Me acuerdo de que la obligación del ingenio podría perseguir a los escritores, quizás innecesaria, irreflexivamente.

Me acuerdo de las rebanadas de pizza de diez pesos que venden en un puesto chiquito frente a La Ciudadela.

Me acuerdo de los hotdogs de 3x10 y los tacos de 5x10 con los que crecí, la inflación los ha hecho imposibles.

Me acuerdo del mercado de carnes del Canal de San Juan, espectáculo de reses abiertas en canal y vísceras conviviendo con la saturación automotriz del Periférico Oriente.

Me acuerdo de un señor que se subía en Periférico Oriente a vender palanquetas con una arenga linda: palanqueta fresca, palanqueta fresca de cacahuete, repetía canoro.

Me acuerdo de la música con que los pregoneros visten la Ciudad de México.

Me acuerdo del huevo con atún que comíamos con David Pérez cuando vivía frente al edificio de gobierno de la delegación Venustiano Carranza, ahora alcaldía.

Me acuerdo de que con Tomás Urquijo y David Pérez tocamos cualquier cantidad de veces Take five, de Paul Desmond, un lugar común de los perpetuos aprendices de jazz.

Me acuerdo de que ponerle una correa a un gato es como encimarle un ladrillo, embutirlo en un smóking, sofocarlo, pedirle que firme un contrato sin haberlo debidamente revisado, ponerle ventanas al viento.

Me acuerdo de Mercurio, el gato negro de mi hermana que enloquecía al comer aceitunas.

Me acuerdo de que reporta Zedryk Raziel en el periódico que los derrumbes en Juchitán durante los terremotos de septiembre de 2017 provocaron que se duplicaran los precios de los materiales de construcción y de la mano de obra: especular con la desgracia, considerar una catástrofe oportunidad para manipular la demanda.

Me acuerdo de que el celular nos obliga a agachar la cabeza.

Me acuerdo de que soñé que nuestra cactácea africana florecía.

Me acuerdo de que en el monumento a Álvaro Obregón del parque de La Bombilla esperábamos ver la mano en formol del general, porque así me había dicho mi padre que podía suceder, y en cambio encontramos una

simulación de madera. Mi madre dijo que era una *mano de palo* y la expresión, no sé por qué, me produjo un ataque de risa.

Me acuerdo de que nunca estoy suficientemente cerca de los mariscos de Miguel Ángel de Quevedo.

Me acuerdo de que íbamos en el trolebús de Eje Central y pasamos por el monumento a Lázaro Cárdenas. Él es el general Lázaro Cárdenas, dijo mi papá. ¿Y así de alto era?, le devolví y me reí solo durante minutos, ante la mirada de irónica incomodidad de él.

Me acuerdo de que el Polyforum de Siqueiros ha sido cooptado por una estrategia inmobiliaria que pretende convertirlo en una golosina para disfrute de los dueños de los departamentos de lujo aledaños por construirse.

Me acuerdo de que Ikram Antaki asegura que la caída del Muro de Berlín en 1989 puso fin a un periodo histórico que duró 200 años, desde la revolución francesa.

Me acuerdo de que Antaki cuenta que decidió venir a México al tratar de localizar con un compás abierto al máximo sobre el globo terráqueo el punto más alejado de su natal Siria.

Me acuerdo de que los baños y ventanas de la biblioteca de la FES Aragón están clausurados porque se aprovechaban para robar libros, me explicaron una vez.

Me acuerdo de que me distraigo para cuidarme, por amor propio.

Me acuerdo de que el hambre puede asaltarme y quiero hacer algo.

Me acuerdo de que mi gusto por los cacahuates es ya una larga afición que vio conmigo al floppy disk morir.

Me acuerdo de los cautivadores espacios silenciosos y secretos del barrio de Chimalistac, zona privilegiada de casonas hermosas en Coyoacán.

Me acuerdo del asombro que me produjo la concepción medieval de la música de las esferas y el acierto de Enrique Lihn de subvertir la tradición desacralizándola con su título *La musiquilla de las pobres esferas*. Un maravilloso ejemplo de contrafacta.

Me acuerdo de que una noche en Santiago de Chile deambulé sin saber qué encontrar y me quedé mirando un partido de volibol callejero.

Me acuerdo de que me conmueve por su anónima solidaridad el fútbol callejero.

Me acuerdo de que es casi imposible que una editorial se anime a reeditar la *Automoribundia* de Ramón Gómez de la Serna.

Me acuerdo de que la lectura es de por sí un ejercicio de conocimiento marginal y de que las estrategias editoriales a nivel industrial canalizan la promoción de tantos títulos por sobre otros, diseñando el rostro de un panorama, las morongas de una colectividad y las preferencias de un gusto que quizás se imagina más libre.

Me acuerdo de Vicente Aleixandre hablando de algo así como un *ademán de bosque* y de que la afirmación me sorprendió.

Me acuerdo de que hay más vida que greguerías, pero las greguerías la siguen de cerca con relativa insistencia y relativa obsesión totalizadora.

Me acuerdo de que el aguacate habla.

Me acuerdo de que los dorilocos son testimonio de la vitalidad transformadora de una cultura en resistencia permanente.

Me acuerdo de que la autoconciencia puede derivar de un privilegio de clase.

Me acuerdo de que la chamarra ayuda al músculo.

Me acuerdo del didactismo con que le hablan a quienes imaginan sus inferiores algunos personajes acomodados.

Me acuerdo de la gastada metáfora de la zona de confort y de la gastada metáfora de devorar libros.

Me acuerdo de que Mario Vargas Llosa menciona en el prólogo que *Conversación en La Catedral* es su novela favorita y que si tuviera que salvar una sola del fuego, elegiría ésa; una declaración sorprendente, afectiva, independientemente de que se deteste al peruano por su defensa internacional de las violencias del mercado.

Me acuerdo de que el mareo es una potestad.

Me acuerdo de que Roberto Madrazo esperó hasta el 2018 para decir lo que debió decir en 2006: que Felipe Calderón se convirtió en presidente debido a un fraude electoral.

Me acuerdo de que ayer cayó una tormenta en la Ciudad de México y sin embargo yo me tardé una centena de pasos bajo el agua en decidir ponerme la chamarra de mezclilla y otra centena en abrir el paraguas.

Me acuerdo de que los tacos de cabeza me recuerdan a mi padre, cuya afición gastronómica resuena en las estampas de mi infancia.

Me acuerdo de una nota de Reforma que denunciaba los bajos sueldos de los empleados de limpieza de la cámara de diputados. Cabe preguntarle a la empresa de origen neolonés cuánto le paga a sus propios empleados de limpieza.

Me acuerdo de que Mystic, un compañero en Reforma que trabajaba en la limpieza quien constantemente me pedía dinero prestado. Con unos 26 años, era papá de un estudiante de secundaria y era también un tipo sonriente con quien platicaba en cada chance.

Me acuerdo de que, sin importar los derramamientos de su visceralidad, la transgresión en la literatura es siempre discreta, escurre siempre al margen del dolor de huesos de las mayorías. Transgresión que no se escucha, ¿qué es?, ¿ademán?

Me acuerdo de que puedo desanimarme con un automatismo preocupante y de que, tras alguna pausa y meditación, reencuentro las vías de la molestia y sus posibilidades de discurso.

Me acuerdo de que nadie debe renunciar al encanto de la palabra bambú.

Me acuerdo de que el juego exige alguna dignidad, algún respeto persistente por el otro y una meditación moderadora sobre las turbulencias del ego.

Me acuerdo del acierto del título del libro de Guillermo Cabrera Infante *Cine o sardina*.

Me acuerdo de que el Popocatépetl fue la primera cosa que Ikram Antaki supo sobre México, a través de una postal.

Me acuerdo del Canuto Roldán, apacible joven con quien platicábamos de James Joyce y la poesía como identidad en las tardes

de lectura de la Biblioteca Central, y quien luego se convirtió en una fascinante declamadora vestida.

Me acuerdo de que luego de que conocí a Ernesto Cardenal en la sala Miguel Covarrubias, me recargué en un poste en el metro CU para escribir un poco sobre la experiencia. Más tarde comimos tortas Canuto, Nelly, Jaime y yo y tomamos cervezas en El Rey, un restaurante icónico de la calle Delfín Madrigal.

Me acuerdo de que lo sucio se impone, es difícilmente electivo en una realidad como ésta, tan de estómagos atiborrados de plástico.

Me acuerdo de que, sin saber por qué, me gustan las bolsitas de papel estraza.

Me acuerdo de que en la panadería La Esperanza de casa de mi madre un día amaneció un Spiderman hechizo montado en una columna de concreto que promocionaba el negocio. Tenía los colores del disfraz invertidos, probablemente para evitar la persecución de los defensores imperiales de la propiedad intelectual.

Me acuerdo de que en México las cachetadas son dulces: hojuelas de caramelo atrapadas entre dos plásticos.

Me acuerdo de los tamarindos que cuelgan como ajos.

Me acuerdo de la primera vez que vi un árbol de chayote. Le colgaban los testículos crecidos de decenas de chayotes espinosos a un árbol monumental, altísimo y con una fronda anárquica, desplegada y enredada a los ojos.

Me acuerdo de ver bailar a los árboles en el Jardín del Edén debido al lsd.

Me acuerdo de que el lsd permite ver palpar a las plantas, algo que en realidad siempre sucede pero que malamente percibimos con nuestro embotamiento enseñado, heredado, acostumbrado o llanamente adscrito, sin autocrítica encendedora.

Me acuerdo de policías vigilando mi primer viaje de lsd mientras yo estaba sentado en una banca de piedra en las inmediaciones del Ángel de la Independencia. Sentí algún ruido mecánico en el interior conforme se acercaban a bordo de sus patines motorizados. No pasó nada, sólo el asalto de adentro hacia adentro.

Me acuerdo de las poderosas calaveras de barro negro de Oaxaca.

Me acuerdo de que mi papá me desató la afición por Wynton Marsalis y de que una vez lo escuchamos en el Zócalo. Estuvo al final acompañado por Lila Downs.

Me acuerdo de que Paquito d'Rivera y Wynton Marsalis fusionando en el escenario varias tradiciones musicales de la diáspora africana.

Me acuerdo de que Jaco Pastorius lo exploró todo con el bajo y de que ni eso le granjeó posibilidades laborales en la vida de manera contundente.

Me acuerdo que de repente la computadora hace como si sudara.

Me acuerdo del crujir de la muñeca como música del estrés oficinil.

Me acuerdo de que los trabajadores durmiendo en sus espacios de trabajo expresan de manera nítida las maneras del abuso, del aburrimiento, del tedio que exigen divulgar al lirio cortado.

Me acuerdo de que a veces el poder oligárquico se viste de pluralidad, de comprensión, de audiencia abierta a las minorías, de progresismo.

Me acuerdo de que el cinismo abusivo es complejo de desentrañar porque se extiende también en cascarones de amabilidad, de divulgación, de conversatorio, de intercambio.

Me acuerdo de que en Tijuana y en Santiago de Chile vi decenas de haitianos en busca de alguna estabilidad humanitaria: una crisis atravesando el continente de extremo a extremo.

Me acuerdo de un restaurante en La Serena donde escuché a una chilena de unos 46 años decirle a sus compañeros de mesa: los peruanos aprenden a odiarnos, es algo que les enseñan.

Me acuerdo de la normalizada costumbre de hacerse el gandalla.

Me acuerdo de que cuando el priísta Quirino Ordaz Coppel ganó la gubernatura de Sinaloa, pregunté a mis compañeros periodistas si tenía algo que ver con las tiendas Coppel. Gabriela, con algún amable hastío, me indicó que sí, obviamente. La empresa es gobierno y el gobierno es empresa, fácil juego de palabras, diría Carlos Monsiváis, que revela el estado del mundo.

Me acuerdo de la abrumadora genialidad verbal de Augusto Roa Bastos desplegada en *Yo, el supremo*, y al mismo tiempo recuerdo casi absolutamente nada de la trama de la novela.

Me acuerdo de los pasillos de gorditas y memelas del metro CU que ascienden y desembocan en la parada general de los llamados Pumabuses.

Me acuerdo del Paseo de la Salmonela.

Me acuerdo de un puente peatonal aledaño a la Universidad Pedagógica Nacional en la carretera Picacho-Ajusco. Su forma cilíndrica me emocionaba y le pedí a mi papá que lo recorriéramos. Me sentía en una misión como de Star Wars al andarlo.

Me acuerdo de que todos los periodistas se conocen, lo mismo que los escritores: escenarios gremiales donde, como en toda familia, hay aprehensivas agresiones internas malamente fingidas.

Me acuerdo de los granos de maíz tostados y envueltos en chile en polvo que, como botana, se venden en Xochimilco.

Me acuerdo de los ajolotes xochimilcas que un lugareño que los protegía nos permitió empuñar alguna vez. Viscosidad sagrada a veces rebanada por las aspas de los motores de las lanchas.

Me acuerdo de la fonda que referencia al papalote en Copilco: papalotl, mariposa en náhuatl.

Me acuerdo del *Borboletta*, disco espléndido y de la mejor época de Carlos Santana. La mejor canción, por supuesto, es la del éxtasis del final: Promises of a fisherman. Cristianismo revisitado desde los flujos mentales que dilata la mariguana.

Me acuerdo de que la brevedad puede ser musical como un crujido en una vulcanizadora.

Me acuerdo de que siempre llego con la misma aptitud de éxtasis al clímax de Peaches en regalia, de Frank Zappa.

Me acuerdo de que me ilumina el atún en tostadas, yo no sé por qué.

Me acuerdo de que una vez en casa de Alfonso Montoya su madre hizo una tinga deliciosa y de haberme comido fácilmente una docena de tostadas con el guiso.

Me acuerdo de las piñatas y de la humillación verbal que en época navideña suelen sufrir los tejocotes.

Me acuerdo del tecolote, familiar fónico del tejocote y bella criatura que habita con poder un dicho mitificante: Cuando el tecolote canta, el indio muere.

Me acuerdo de que el dialectólogo Gustavo Cantero nos contaba que llamó alguna vez a unas personas a no agredir a un tecolote, quienes querían apedrearlo para evitarle la muerte a algún indio.

Me acuerdo de un cuentito demoledor de Jamaica Kincaid que se publicó en el primer número impreso de la querida revista Síncope.

Me acuerdo de las interminables noches de borrachera en casa de Jorge Rubio con un comensal espléndido: Jaime Woolrich.

Me acuerdo del Pompei, amigo de Jorge Rubio y fanático genuino de los Rayos del Necaxa.

Me acuerdo de que el actor que interpreta al perroflauta ganón astuto borracho de *El callejón de los milagros* se apellida también Woolrich, como Jaime.

Me acuerdo de que Woolrich nos confesaba que en su familia había una loca adoración por la cultura inglesa, en un nivel en el que se idolatraba a Led Zeppelin y se despreciaba a sus símiles estadounidenses. Loca la operación de la propaganda cultural, oye.

Me acuerdo de que escribir me exfolia el corazón, me alivia las tensiones y me las produce.

Me acuerdo de que en *George Harrison: Living in the material world*, el documental de Martin Scorsese sobre, obviamente, el autor de I me mine, se repite en diferentes escenarios y por distintas bocas que el exbeatle era tan sereno y meditante como iracundo y agresor.

Me acuerdo del testimonio de Olivia Harrison que cierra la película de Scorsese: al dejar su cuerpo en este mundo, el compositor de Awaiting on you all iluminó la habitación. Si hubieras querido filmarlo, le dice Liv a Martin, podrías haberlo hecho con la sola luz propia del hecho. Tierna intensidad con que se rubrica un recorrido cinematográfico de casi cuatro horas.

Me acuerdo de que me gusta hablar de las luces del cinematógrafo, impostado recuerdo de una mecánica diluida y empaquetada por la cultura digital.

Me acuerdo de la envolvente morsa de John Lennon y de su cebolla de cristal.

Me acuerdo de que si John Lennon se autorizó escribir sobre una cebolla de cristal, se puede escribir de lo que sea como se desee: en el antojadizo derroche del descubrimiento.

Me acuerdo del pavo frío que azota a John Lennon y de que los gemidos sexuales con que concluye la canción me causaban pudor cuando los oía de niño.

Me acuerdo de los tacos de canasta de la Universidad Pedagógica Nacional en el Ajusco.

Me acuerdo de que Alain Derbez en *El jazz en México: Datos para esta historia*, revela que la unidad Ajusco de la UPN fungió alguna vez como estudio de grabación.

Me acuerdo de los tacos de canasta de Tu Tienda UNAM, en Ciudad Universitaria.

Me acuerdo del adobo como una sabrosa interrogación y de las coliflores bañadas en vinagre.

Me acuerdo de que la derecha chilena sigue hablando del golpe de estado de 1973 como una operación para salvar al país de la amenaza marxista.

Me acuerdo de que, nombrado por el multimillonario derechista Sebastián Piñera, Mauricio Rojas fue ministro de las Culturas y de las Artes de Chile por unos cuantos días, antes de ser obligado a dimitir cuando se supo que en 2016 había calificado al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos como “un montaje”.

Me acuerdo del irónico uso del periodismo: aunque medios como Reforma o La Tercera, mexicano y chileno respectivamente, pueden albergar contenidos que convocan al intercambio del pensamiento y la abierta reflexión sobre el estado del mundo, son en su raíz conglomerados empresariales que fomentan, protegen y se benefician de la desigualdad en el mundo, que es a lo que tendría el periodismo que apuntar a reventar, entre otras piedras de la inmovilidad.

Me acuerdo de que la paradoja entre conciencia, rebeldía y poder es persistente.

Me acuerdo de Hernán Lavín Cerda burlándose de Raúl Zurita, quien a uno de sus libros monumentales lo tituló, quizás sabrosamente, *Zurita*.

Me acuerdo de que el tamal absoluto siempre se persigue y nunca se alcanza.

Me acuerdo de que la vida es una catadura de tortas de tamal, donde a veces se tiene muy poca fortuna con bolillos muy chichones y tamales muy delgados.

Me acuerdo del abuelo Simpson parodiando a Charlot.

Me acuerdo de que en una reseña sobre *Whiplash* Leonardo García Tsao aseguraba que había que tener clorofila en las venas para no emocionarse con la película y especialmente con su escena final, climática, imaginada para conmover a falta de mejores frases artísticas en la cinta. Decepcionado por la cursi espectacularidad de la obra de Damien Chazelle, cabildeé con Raúl contestarle al profesor con una reseña titulada: “Con clorofila en las venas”.

Me acuerdo de que el anglicismo domina no sólo el panorama editorial y se hace costumbre.

Me acuerdo de que los autores del Boom no han terminado de mitificarse.

Me acuerdo del triste Enrique Krauze asegurando que, tras la caída del Muro de Berlín, era natural que se le concediera el premio Nobel a Octavio Paz en 1990, “poeta de la libertad”, dijo servil.

Me acuerdo de que el pensamiento neoliberal estadounidense e inglés tiene abundantes defensores en la América Latina, zona de saqueos históricos aún hoy vista como ámbito subordinado, como botín, como región que debe ser regida y administrada por intereses exteriores.

Me acuerdo de que el discurso sufriente de la Semana Santa finca en México, Centroamérica y regiones maltratadas del mundo como una oportunidad para volver a escuchar el agobio de los dolientes en el centro de la dignidad del teatro. Otra vez se sacrifica al Cristo en forma de migrantes, encarcelados, pobres, campesinos: en el cuerpo de los marginados.

Me acuerdo de *El evangelio de Lucas Gavián*, novela de Vicente Leñero que entiende bien el sufrimiento de una metrópoli irreductible y lo homologa con la promesa de justicia del mesías,

quien latigueó a los mercaderes del templo en una bella llamada a la pureza, a la difícil dignidad. Que yo sepa, Cristo nunca fue rey: fue un pobre que criticó al emperador, asegura Enrique Dussel en alguna de sus varias conferencias por el mundo.

Me acuerdo de que en *El evangelio de Lucas Gavilán* se multiplican los tlacoyos y los viajeros mueven sus cosas en cajas de cartón en las terminales de autobuses.

Me acuerdo de Macedonio Fernández afirmando que muerte rige a vida; amor a muerte.

Me acuerdo de Raúl Zurita sosteniendo en entrevista con la revista Peperina que “la derecha más fascista, más cavernaria, está intentando borrar la historia, pero nosotros la escribiremos siempre. En Chile fueron miles los masacrados, eso no lo pueden negar, eso no lo pueden relativizar”.

Me acuerdo de que son tantas las víctimas en México que suelen encontrarse en el camino y acompañarse en un reclamo común contra el abuso oficial y el del crimen organizado, en peligrosa connivencia con los gobiernos. Así, los padres de los 43 normalistas de Ayotzinapa son acordonados solidariamente en una marcha por los damnificados del Multifamiliar Tlalpan, cuyo paisaje cotidiano colapsó con el terremoto del 19 de septiembre de 2017.

Me acuerdo de que el tráiler con 273 cadáveres abandonado en Jalisco abrió la incertidumbre entre familiares de víctimas de Veracruz, Nayarit, Querétaro de hallar a sus desaparecidos. La muerte que atrae sus dolores.

Me acuerdo de *El cuarto de los huesos*, documental sobre las labores forenses saturadas en El Salvador por los asesinatos de la violencia pandilleril y sobre el dolor de las víctimas.

Me acuerdo de que Chumel Torres y Enrique Peña Nieto trabajaron juntos.

Me acuerdo de que la confusión puede sentirse en el estómago.

Me acuerdo de la dulzura del título *Arrabal celebrando la ceremonia de la confusión*.

Me acuerdo de que a mi mamá le gusta forrar o proteger con mica los libros de su biblioteca.

Me acuerdo de que una vez, sin darme cuenta, presioné con una puerta de clóset un ejemplar en primera edición del *José Trigo* de Fernando Del Paso hasta arrancarle la carátula.

Me acuerdo de que Jim Carrey se convirtió en un lagarto real tras los dolores del cosmos sobre su frente.

Me acuerdo de que alguna vez escribí una reseña donde comparaba a Klaus Kinski con una criatura antediluviana y con el señor Burns, que trabaja en promover su imagen filmándose una película.

Me acuerdo de que había un vochito rojo en la familia que, con rara nitidez, nos enorgullecía.

Me acuerdo de que mi hermana y mi madre llegaron de la Ciudad de México a las playas de Oaxaca a bordo del vochito rojo.

Me acuerdo de que una vez mi papá se bajó a comer tacos de canasta y nos dejó a mi hermana y a mí en el vochito rojo, con cierto autoritarismo hostil. Curioseando, quitamos el freno de mano y el vehículo se movía hacia no sé dónde. Vimos a papá correr desde la canasta, detener el carro y decirnos furioso por la ventanilla: pongan el freno.

Me acuerdo de que una vez me aburría en una reunión de adultos y curioseaba el patio para no agobiarme; vi una lámina sobre un rectángulo que parecía la compuerta de una cisterna. No sabía yo que la lámina estaba floja, así que me resbalé cuando la pisé y caí dentro del agujero de agua; logré sostenerme con los codos para no hundirme completamente mientras gritaba: ¡Auxilio!

Me acuerdo de que mis vecinos Benito y Julio César aprendieron la calle mucho antes que yo, un niño de su madre, y era frecuente para ellos invitarme a recorrer Pericoapa y zonas de atractivo local. Mi madre detestaba que yo saliera de esa forma, una vez me encontró pajareando en la calle y se enfureció conmigo mientras Julio César huía corriendo.

Me acuerdo de que disfrutaba mucho las aventuras del Conde Pátula.

Me acuerdo del olor a gas en el Parque México en los días posteriores al terremoto del 19 de septiembre.

Me acuerdo de que la lluvia me ha ido oxidando dos bicicletas, naturalmente.

Me acuerdo de que me causa algún placer engrasar las cadenas de bicicleta y de que hoy quizás derroché en el esfuerzo.

Me acuerdo de la biblioteca personal de Andrés Henestrosa que se alberga en el centro de Oaxaca.

Me acuerdo de que, husmeándola, encontré en la biblioteca de Henestrosa un ejemplar autografiado de *Y sigo siendo sola*, de Luis González de Alba.

Me acuerdo de que no sé nada sobre él, pero conocí por un par de notas periodísticas a Juan José Zamarrón, pintor oaxaqueño

que a cámara suena gentil y que invita en una exposición de su trabajo en Salto del Agua a defender los derechos humanos desde la fiesta.

Me acuerdo de que algo tiene Oaxaca que abunda en artistas plásticos.

Me acuerdo del olor medio terroso, medio vomitivo del cartón mojado.

Me acuerdo de que ese olor rebosa en la esquina de la avenida Tláhuac y el Periférico Oriente porque ahí se ubica una fábrica de cartón.

Me acuerdo de que durante años usé calzado ortopédico.

Me acuerdo de que recuadros de las Tortugas Ninja y de los Power Rangers cosidos a los flancos exteriores de cada zapato suavizaban la desangelante obligación de llevar calzado ortopédico.

Me acuerdo de que los cínicos no sirven para este oficio, dijo Kapuscinski en referencia al periodismo. Ni los ingenuos, glosó Salvador Frausto.

Me acuerdo de que un polaco me instruyó sobre la dura realidad represiva de Guatemala.

Me acuerdo de que hay una grandiosidad invisible.

Me acuerdo de que la estética desproporcionada puede molestar, hostilizar, discriminar, envanecerse o simplemente pasar desapercibida, como una abultada y bucal inanidad.

Me acuerdo de que se habla para evitar algún ahogo entre virutas que invaden la garganta.

Me acuerdo de que detesto mi bullicio interior si el día comenzó con una desavenencia.

Me acuerdo de que el amor es un misterio imprecisable, inaprehensible, una forma de transición permanente, una misteriosa forma del tiempo, un recorrido sin avistamiento, un pan sonoro y una cacofonía. Un cuenco donde resuenan las entrañas. Una ventana que van montando orangutanes. Un alambre musical. Una piedra parlante. Una sabrosa conciliación. Un diálogo radical. Un apetito por aprender nuevos juegos de mesa. Un café.

Me acuerdo de que el amor se parece al mole rojo.

Me acuerdo de que el mole rojo pide directamente su ajonjolí, su crema, sus rodajas de cebolla.

Me acuerdo de que la cebolla es ya un atado de rodajas que hay que aprender a desatar.

Me acuerdo de que las escaleras blancas y monstruosas del CUPA se avistan en el documental *El grito*, sobre el movimiento estudiantil de 1968.

Me acuerdo de la señora veracruzana del CUPA que me vendía galletas repletas en azúcar glass mientras me platicaba sobre sus familiares ausentes.

Me acuerdo del grupo La Lengua, músicos de poesía urbana con metáforas intrigantes que conocí por YouTube.

Me acuerdo de que las entrañas siempre asoman en la conversación en modo de cualquier cantidad de lagartijas en la boca.

Me acuerdo de la belleza de la palabra alimaña.

Me acuerdo de la belleza de la palabra pelaje.

Me acuerdo del barzón que cantó Amparo Ochoa.

Me acuerdo de Jacinto Cenobio, Jacinto Adán: primer hombre de una genealogía de pobres despojados por la globalización y el hiperdesarrollo.

Me acuerdo de que la imprudencia puede hacer tropezar y también ser testimonio de un espíritu desbordado, de una incomformidad que convida a la transformación aunque sea irrealizable o fácilmente irrealizada, fácilmente cancelada.

Me acuerdo del automatismo con que puede ejercerse la idolatría.

Me acuerdo de la discreción del alma, que se muerde la piel desnuda en silencio.

Me acuerdo de que al periodismo en tanto que revelación de la realidad podrían asaltarlo las imágenes en tanto que comprensión interior, sensible, de la misma.

Me acuerdo de que Leticia Servín se las arregló para cantar a Sor Juana Inés de la Cruz con su jaranita.

Me acuerdo de que las jaranas son como hongos y crecen en familias.

Me acuerdo de que la confusión puede ser vida saturada.

Me acuerdo de que ir a la escuela me causaba angustia.

Me acuerdo de Felipe, el personaje de Mafalda a quien ir a la escuela le causaba una angustia absoluta e insoportable.

Me acuerdo de que se los aprende a sobrellevar, pero que los dolores de la vida siempre asaltan y pueden rebasar el límite de la inteligencia emocional desarrollada hasta entonces.

Me acuerdo de que encadenar enamoramientos verbales puede encender un despliegue o un tedio.

Me acuerdo de las diagramaciones propositivas y aguerridas de Jesús Arellano en *El canto del gallo*: tipografía y disposición tipográfica como oportunidades poéticas.

Me acuerdo del Tribilín imperialista de Jesús Arellano en *El canto del gallo* y de su esperanza de emociones desatadas.

Me acuerdo de los microbuses irritantes y de la magníficamente retratada ira e irritación urbanas de Max Rojas.

Me acuerdo de que los poetas mueren y de que hace poco murieron Saúl Ibargoyen y Humberto Ak'abal.

Me acuerdo de que sin Margo Glantz difícilmente me habría animado a escribir este libro y de que la erudita de origen ucraniano acaba de cumplir 89 años.

Me acuerdo de que los audífonos de mala calidad comienzan rápido a fallar, antes de decir misa o bostezar sabroso con aroma a canela.

Me acuerdo de los conos de papel repletos de papas a la francesa, una manera de comerlas poco común en México.

Me acuerdo de que la tristeza puede pintar mangos.

Me acuerdo de Tlanixco, donde fuimos a comer hongos y nos encontramos con un perro con la pata herida a quien llamaban Chocolate.

Me acuerdo de Encontrado, un perro hallado por azar en *La caverna* de José Saramago.

Me acuerdo de las lenguas de chamoy y de los besos de tamarindo.

Me acuerdo del exquisito estilo de ironía de Carlos Monsiváis, que hay que saquear.

Me acuerdo de que uno de los rasgos que definen a la Ciudad de México es la saturación: que todo está en todo lo sabían los místicos, los poetas y los adoradores y detractores de los cerros del Chiquihuite y de La Estrella.

Me acuerdo de la belleza del título *El otoño recorre las islas*.

Me acuerdo de los picotazos con que inicia *El otoño del patriarca*.

Me acuerdo de que la expansión de la conciencia sucede de cualquier manera azarosa, incluida la lectura difícil de letreros en la terminal de autobuses de Observatorio.

Me acuerdo de que parece que todas las asociaciones musicales de Naná Vasconcelos son enriquecedoras. Me acuerdo de Milton Nascimento actuando para Werner Herzog en *Fitzcarraldo*.

Me acuerdo de que me ponía a escuchar a los moneros de El Chamuco TV mientras cumplía mi nada estimulante trabajo de cierre de edición en el esperpéntico *Heraldo de México*.

Me acuerdo de la desproporción, el desbalance y el desajuste como atributos estéticos de *El imaginario del doctor Parnasus*.

Me acuerdo de que el corazón se sobrecoge con una facilidad inusitada, agravada por las amenazas permanentes de la metrópoli.

Me acuerdo de que supimos de la primera luna llena del otoño de 2018, pero no pudimos verla.

Me acuerdo de que llorar vuelve a los mocos impertinentes y tenaces.

Me acuerdo de mi favoritismo por los rollitos de jamón en los tacos de guisado.

Me acuerdo de una copa del mundo de plástico que circuló en el comercio informal mexicano durante el torneo de Rusia 2018.

Me acuerdo de Oliverio Girondo asegurando que los libros de poesía hay que escribirlos como quien hace relojes y venderlos como salchichones.

Me acuerdo de que me gustaba ver la planta de marihuana que creció con aparente azar en las jardineras del puente de Muyuguarda. Un día de pronto desapareció.

Me acuerdo de que la tripa se alivia.

Me acuerdo de que la nariz suda.

Me acuerdo de que la nariz gotea.

Me acuerdo de que el estómago se aligera y de repente sonrío.

Me acuerdo de las rodajas de melón como sonrisas transparentes.

Me acuerdo de que conocí a un gato que tomó su nombre de Jaco Pastorius. Nos hicimos amigos. Aprendió a dormirse encima de mí y me despertaba con brincos impertinentes para que le sirviera croquetas.

Me acuerdo de que los libros de poesía son todos de consulta permanente.

Me acuerdo de que se lee para siempre, pero somos mortales.

Me acuerdo de la ternura de las enciclopedias.

Me acuerdo de la función biodegradante de los hongos y de su amplísimo misterio: el pensamiento se repliega ante la luz.

Me acuerdo del cangrejo con espinas de rosa.

Me acuerdo de que el pensamiento se repliega ante la luz y de que las operaciones mentales no son a veces las mejores maneras de acercarse a la frondosidad de la vida.

Me acuerdo de los bichos asaltándonos el cuerpo.

Me acuerdo de la labor de identificar las correspondencias cósmicas que operaron los románticos.

Me acuerdo de que la vida es un ir encontrando arañas en el espacio.

Me acuerdo de que para García Márquez la luz es como el agua.

Me acuerdo de que me aficiono al agua mineral y a su burbujeo que recorre las entrañas.

Me acuerdo de la bella sensación de tomar agua muy fresca y sentirla descender por el esófago.

Me acuerdo del impresionante movimiento muscular activado durante el vómito.

Me acuerdo del chicharrón que cuelga en bolsitas individualizadas en las tortillerías.

Me acuerdo de que no sé por qué coinciden en el plástico azul tantos tacos de canasta.

Me acuerdo de las tradicionales bicicletas con llantas de rodada 28 que acompañan a tantos oficios de la ciudad.

Me acuerdo de que la alerta sísmica en la Ciudad de México desata una aprehensión emocional indecible.

Me acuerdo de que a veces la mente necesita desaguarse, drenarse como catastrófica región lacustre.

Me acuerdo de que las pozas son interrogantes.

Me acuerdo de la hermosura de los saleros en forma de jitomate o de tonel.

Me acuerdo de la tierna división moral de los peleadores de lucha libre, distribuidos en técnicos y rudos.

Me acuerdo de que se busca siempre el siguiente mejor taco de tripa.

Me acuerdo de Tilda Swinton definiendo con su testimonio artístico el concepto de *presencia*.

Me acuerdo del afán de Manuel Puig por el cine melodramático.

Me acuerdo de que una vez salimos de un festival de cortometrajes en la Cineteca con disgusto y el paladar confundido. Luego le platicamos a Mari lo que habíamos visto y, conforme narrábamos las historias, nos dábamos cuenta de que habíamos vivido una gran experiencia cinematográfica.

Me acuerdo de que ver aviones cruzar la ciudad puede ser chocante, una forma de contaminación, y también una invitación a pensar en Austin, Texas, en Madrid, en Santiago de Chile, en Lima, en Quito, en Los Ángeles, en Culiacán, en Chihuahua, en Colima, en Guatemala, en sus menjurjes, y en lo todavía maravilloso que debe ser levantar por los aires y durante horas un armatoste de toneladas de peso.

Me acuerdo de que nunca me saco suficientes mocos.

Me acuerdo de que desde 2017 anoto las películas que veo y los libros que leo en un calendario. El de aquel año era de Picasso y lo compré en un Sanborn's.

Me acuerdo de que la miscelánea es la decisión.

Me acuerdo de no decirlo todo.

Me acuerdo de que la técnica sólo debe ayudar a morder al canguro, es sólo un procedimiento de sublimación hacia los cristales cavernarios.

Me acuerdo de la selva como obscenidad, percibida así por Werner Herzog según el documental de Les Blank sobre la filmación de *Fitzcarraldo*.

Me acuerdo de una conferencia de Pablo Neruda en la que dice que los poetas no deberían explicar sus imágenes, un comentario que antecede a la explicación de su verso que asegura que por Federico García Lorca pintaron de azul los hospitales.

Me acuerdo de leer a Pablo Neruda en el Espacio Escultórico de la UNAM.

Me acuerdo de un viaje de mariguana en el Espacio Escultórico en el que percibimos el cerro del horizonte como un pingüino recostado y la senda curva de la zona como un deambular por la luna.

Me acuerdo de que la búsqueda de ser se ve amenazada hasta la úlcera por las agujas hirientes de la metrópoli y sus ahogos en humos envenenados, que son también paredes morales y leñazos criminales.

Me acuerdo de la ironía del conocimiento, como los académicos que hacen carrera y ganan buenos sueldos por desarrollar metodologías para describir cómo mueren los pobres, quizás reducidos al embrutecimiento del dolor inmediato, de la acumulación no meditada de frustraciones y temor, anulación, amenazas, soledades, dispersiones.

Me acuerdo de que el dolor de los marginados fue poderosamente expresado por las densidades y llagas pútridas de la prosa precisa, poética y de asfixia de José Revueltas.

Me acuerdo de que Héctor Astudillo, gobernador de Guerrero por el PRI, sube fotos de sí mismo casi cada día a sus redes sociales. Mientras tanto, mueren personas ejecutadas también casi cada día en su estado.

Me acuerdo de que son la normalización, la homogeneidad y el encapsulamiento las que obligan a la exigencia dragonesca del ejercicio del arte, al embellecimiento de la vida.

Me acuerdo de que basta ver al cocodrilo venir para desearlo.

Me acuerdo de las botillerías de Chile.

Me acuerdo de los yoyos que sostienen credenciales en el mundo de los empleados de oficina.

Me acuerdo de un compa de barrio que, con alas, otea el mundo desde un mural en la Glorieta de los Insurgentes.

Me acuerdo de que la amabilidad permanente sólo es posible en la hipocresía.

Me acuerdo de que de niño me fascinaba encender en navidad luces de Bengala.

Me acuerdo de que me sacaron las cuatro muelas del juicio en cuatro cirugías dolorosas. La primera vez entré sin miedo al quirófano, era la más sencilla de todas y no me dolió tanto. En cambio la tercera me madreó de tal forma que, mientras esperaba al médico en la sala de espera para que me retirara la cuarta, deseé que un disparo de nieve lo borrara de pronto o yo me quedara dormido y cancelaran el procedimiento en un gesto de comprensión magnánimo y gratuito.

Me acuerdo de que el corazón es un molino de carne.

Me acuerdo de un letrero conmovedor en lo que quizás sería un barrio discreto y perdido de Coyoacán: *Molino de nixtamal sin nombre*.

Me acuerdo de que, en alzamiento de un panteón singular, un taxista que enlazaba el metro Nezahualcóyotl con la FES Aragón juntaba en el tablero de su vehículo a la virgen morena con figurillas de Mario y Luigi, los fontaneros italianos de Nintendo.

Me acuerdo de que el escroto es caprichoso y antisolemne.

Me acuerdo de la Fontana di Trevi repleta de monedas en un día caluroso del verano de 2007 y del gato blanco que asedia al personaje de Anita Ekberg en *La dolce vita*.

Me acuerdo de que el hecho de que un periódico en Chile se llame *La Tercera* revela un apego embelesado por la cultura local, por una explicación sólo justificable al interior, y de que eso seguramente sucede en muchos ámbitos del mundo: la fascinación con lo propio, la conversación íntima.

Me acuerdo de Claude Chabrol reinterpretando a su manera sangrienta e intrigante el *Alicia en el país de las maravillas*.

Me acuerdo de Mia Wasikowska como una vampira indisciplinada en *Only lovers left alive*.

Me acuerdo del oficio de polvo y sombras de Jan Svankmajer.

Me acuerdo de que la literatura puede ser cuidadosa y ponderada o rebosante y despelucada, y de que en ambos casos sucede como herida humana, como facultad de ser óseo, graso, festivo como cohetón y adolorido.

Me acuerdo del samurái de Jim Jarmusch y de que hace una película de zombies, luego de filmar una sobre vampiros y una sobre poetas, una sobre taxistas, una sobre criminales accidentales, una sobre amantes de Elvis Presley y una sobre comedores de comida congelada, entre otros seres saxofonados.

Me acuerdo de que atravesé los armatostes mecánicos de una fiesta patria en la calle de Jilotzingo para comprar las que serían casi las últimas piedras de la adicción que acentué en 2014 a esa droga de la taquicardia.

Me acuerdo del olor de las camisetas de algodón nuevas.

Me acuerdo de que Fellini y Jodorowsky se juntan en Tulum.

Me acuerdo de que se asume con inmediatez que las novelas de Jack Kerouac son autobiografías, una operación lindísima de la lectura y sus imaginaciones que luego podría contaminarse por la teoría literaria.

Me acuerdo de que en la sociedad del espectáculo la notoriedad lo es todo.

Me acuerdo de leer a Henry Miller en el jardín japonés oculto en las inmediaciones del metro General Anaya.

Me acuerdo de que durante años General Anaya fue mi punto de encuentro hacia mí mismo, mi ruta a casa.

Me acuerdo de que el autoconocimiento requiere una ceiba.

Me acuerdo de la belleza del título *La mañana debe seguir gris*.

Me acuerdo de que fui a la librería a buscar libros de Javier Valdez y que al joven que me atendió le dio pena decir: "Ah, sí, el periodista al que mataron". Un comprensible pero reflexionable pudor ante la realidad.

Me acuerdo de que Martin Scorsese aclara en su película sobre George Harrison que al músico le preocupó durante años saber estar listo para el momento en que abandonara su cuerpo.

Me acuerdo de que fue mi tía Yamel quien estuvo en la habitación en el momento en que su madre, mi abuela Georgina, perdió la vida. Tras días de dolor por su enfermedad y desahucio, dice que de pronto la casa se inundó de paz.

Me acuerdo de que cierta gravedad salina suele permear a la poesía mexicana con una obviedad sorprendente y de que es fá-

cil caer uno mismo en esos aplomos medio ridículos cuando no se los equilibra con un paquete de galletas emperador de limón.

Me acuerdo del limón omnisciente y del arroz con catsup.

Me acuerdo del árbol de limones en casa de Sebastián Gómez y de que bebimos una jarra de agua de limón hecha enteramente con los frutos de ese árbol.

Me acuerdo de que una canción puede dilatarse hasta la monstruosa inmensidad.

Me acuerdo de que las analogías pueden hacer bellos nombres, como el niño envuelto, la cachetada, el Cerro de la Silla, el Cerro del Cubilete, La Quebrada o La Bufadora.

Me acuerdo del profesor de química en la Prepa 6 explicándonos, con sus pantalones naranjas destacando debajo de la bata, que en ciencia los conceptos calor y frío son relativos y desdeñables.

Me acuerdo de Víctor Wooten versionando a Stevie Wonder: ¿No es ella adorable?

Me acuerdo de Stevie Wonder asegurando que cuando crees en cosas que no entiendes entonces sufres.

Me acuerdo del bamboleo envolvente y contagioso de la cabeza de Stevie Wonder cuando toca el funk.

Me acuerdo de la guapa Jane Fonda en *Barbarella*, absurdo despliegue técnico para prodigar la sensualidad de la actriz, probablemente como una nítida estrategia de mercado; testimonio también de una de las bocas del cine: la explotación erótica.

Me acuerdo de que en casa de El Chino confundí un vaso de jabón líquido con uno de tequila con refresco de toronja y de que pasé varios minutos enjuagándome la boca.

Me acuerdo de que el amigo Carlos Chávez escribe bien y de que tiene un espléndido apodo derivado del movimiento de sus brazos al argumentar sobre temas que lo apasionan: Carlitos Pulpo.

Me acuerdo de un texto de Carlitos Pulpo donde se habla de marmotas guareciéndose en madrigueras como metáfora del encendido apasionamiento del amor y su búsqueda de estable tibieza.

Me acuerdo de que el amor es una forma de desgarradora totalidad, de sublime confusión, de intensificación de todos los grumos de la emoción, constatan, revisan, reformulan y ensayan Julia Kristeva, Juan Ruiz el arcipreste de Hita, Erich Fromm y Roland Barthes, al menos, junto a las parejas que se terminan en los parques y que todos hemos sido alguna vez.

Me acuerdo de que comprender esa permanente transformación a veces se olvida cuando estamos enamorados y se sufre como en el primer día del mundo.

Me acuerdo de que es de políticos decir lo que sea, realmente lo que sea, si consideran que les redundará en agradabilidad social.

Me acuerdo de *La Celestina* como encrucijada de géneros literarios.

Me acuerdo de que en el examen diagnóstico que me aplicaron en la UNAM tras hacer uso de mi derecho al pase automático de la prepa a la Facultad de Filosofía y Letras no supe contestar quién era el autor de *La Celestina* y me sentí culpable.

Me acuerdo de que en los Oxxos de Guerrero se compran hieles para luego abandonar cabezas humanas en ellas, me contó un periodista.

Me acuerdo de los embolsados que de pronto una madrugada amanecían en Ciudad Nezahualcóyotl, una realidad que apreheñí cuando me quedaba allá en casa de Mari.

Me acuerdo de los discretos pero notorios espacios rituales que visten los transbordos en los metros Pino Suárez y Tacuba.

Me acuerdo de que mi papá y yo caminamos la calzada México-Tacuba en una ocasión para conocer el Árbol de la Noche Triste. Fue efectivamente triste encontrar sólo una jaula oficialista, unos montículos de piedra y unos trozos de corteza renegridos por el maltrato del fuego.

Me acuerdo de la panza del Tepozteco como un discreto pero contundente atrevimiento estilístico de José Agustín.

Me acuerdo de los bloques de jamón en las salchichonerías que siempre rebanan en una máquina con una navaja circular y de que sus redondeces causan tentación.

Me acuerdo de la hermosura de la palabra salchichonería.

Me acuerdo de que una vez casi me peleó con un tendero de Coyoacán porque quería yo comprar queso manchego en trozo y él a fuerza quería vendérmelo rebanado, le molestó la rareza de mi petición y accedió de mala gana a hacerme caso.

Me acuerdo de la cáscara blanquinegra de las semillas de girasol.

Me acuerdo de la belleza de las palabras alfajor y tiramisú.

Me acuerdo de que me aburrió *La piel del cielo*, de Elena Poniatowska, y lo abandoné.

Me acuerdo del género literario que constituyen los libros cuya lectura abandonamos.

Me acuerdo de un concierto de percusiones al que asistimos Tomás Urquijo, David Pérez y yo en el CNA: se hacían armonías con frijoles en vasijas de barro, ecos lluviosos con una lámina de hojalata, se golpeaban macetas de jardín con delgadas baquetas de madera, se apuntalaba la cumbia en los timbales de orquesta y todo concluyó con una pieza envolvente de marimba. Veíamos al músico danzar para alcanzar los extremos de su instrumento de ida y vuelta.

Me acuerdo de que Pérez, Urquijo y yo disfrutábamos hacer ruido en los pequeños rincones de la obligación y de que Pérez, pianista profesional, nos acompañaba con paciencia.

Me acuerdo de los pedales del órgano de la Iglesia Bautista Horeb, emplazada en la avenida Plutarco Elías Calles, en el entronque entre las ahora alcaldías de Coyoacán, Benito Juárez e Iztapalapa.

Me acuerdo de que nos guardábamos entre las rocas volcánicas de Ciudad Universitaria para beber algunas cervezas y de que conocimos a un par de jóvenes que vivían en sus techos, aprovechando la inmensidad y el anonimato del plantel. “Es que nosotros aquí cantoneamos”, nos explicaron como reconciliando y en un llamado a la paz.

Me acuerdo del Payaso de la Nariz Negra, un borracho que en una cantina clandestina de la calle de Donceles, conocida como Las Escaleras, nos habló del híkuri y cantó La Bamba. Lo acompañé a

la guitarra para cantar las Nubes de Caifanes: tengo garras, tengo dientes y definiendo lo que tengo.

Me acuerdo de que amo la sopa de jitomate con queso añejo que prepara mi madre.

Me acuerdo de las enfrijoladas como un trasunto constante de la infancia.

Me acuerdo de hacer pizzas con caritas felices de salchicha con mi hermana cuando éramos niños.

Me acuerdo de la pizza de barrio con su masa medio flácida y sus peperonis de dudosa procedencia.

Me acuerdo de que, lentísimamente, las pizzas de barrio dominan y definen al mundo.

Me acuerdo de que el metro Balderas es también el ombligo del mundo.

Me acuerdo de la vaga pero precisa metáfora del arroz con popote y de cachar granizo con las manos.

Me acuerdo de intentar y ensayar aprender a curar ollas de barro con dientes de ajo.

Me acuerdo de frotarme dientes de ajo en las uñas para fortalecer su largura y evitarlas quebradizas cuando quería ser un guitarrista instruido en el arpegio y luego de oír por ahí los rumores del método.

Me acuerdo de que la literatura es universalmente necesaria, aunque casi nadie lo sabe.

Me acuerdo de Fernando Del Paso asegurando que muy poca gente sabe que es famoso.

Me acuerdo de los globos arquitectónicos de los castillos en el aire obsesiva y laberínticamente dibujados de Fernando Del Paso.

Me acuerdo de la permanente búsqueda de condimentos para el jitomate.

Me acuerdo de que me he aficionado a los sándwiches de queso que me preparo sin ninguna sofisticación ni procedimiento ritual.

Me acuerdo de que a cualquiera se le acaba el argumento y la metodología.

Me acuerdo de que cada caso es distinto y prueba de ello es el discurso literario, variable como las piñas en un mercado.

Me acuerdo del dulce de calabaza y del afán de mi madre a su alrededor.

Me acuerdo del piloncillo convocando al aquelarre de las abejas.

Me acuerdo de la gorra marinera de mi papá.

Me acuerdo de saludar a mi madre por la ventana de uno de los cuartos de su casa mientras ella andaba al trabajo.

Me acuerdo de que El arquitecto y el emperador de Asiria, la obra de teatro de Fernando Arrabal, me llevó a desear filmar una película en la Iglesia de la Soledad, en La Merced, que relatara la confrontación de un centurión contra un panal de abejas y que abriera con un paneo sobre una alfombra solemne de dibujos infantiles.

Me acuerdo del tronido de los grillos nocturnos en Tapalpa o Cuernavaca, un arrullo desaparecido en Pantitlán, en la alcaldía de Cuauhtémoc, en el metro Tacuba, pero existente en Copilco.

Me acuerdo de la triste ignorancia citadina de no haber visto jamás un verdadero berenjenal, no saber cómo crecen las fresas, cómo duermen las lechugas, qué brutalidades lanceoladas custodian a las piñas, qué ensombrece a las sandías.

Me acuerdo de que la berenjena exige arte.

Me acuerdo de las picafresas: discretas señas de identidad.

Me acuerdo de que hay que montar el helicóptero de helechos, formular la ironía salvaje de la mitología ilocalizable, antes de morir; luego, la escritura y el placer estético son una labor incierta.

Me acuerdo del libro como un espacio chimuelo con aires.

Me acuerdo de que el cuento puede hacer la justicia o reclamarla, como un Alejo Carpentier suponiendo un diluvio politeísta con los dioses de los indígenas americanos insertos en la discusión, o un Max Aub articulando el aniquilamiento de Francisco Franco muy antes del 20 de noviembre de 1975.

Me acuerdo de que la novela puede llamar al equilibrio simbólico del mundo mediante la inversión de los valores dominantes y heterónomos.

Me acuerdo de que en las escrituras hay que aliviarse de los escenarios de la obligatoriedad: casi otra cualquier parte fuera de la salvaje estética a la que uno voltee.

Me acuerdo de los compases y escuadras gigantescas de madera de los profesores de educación básica.

Me acuerdo de que lamento no haber aprendido con mayor asertividad cálculo diferencial y geometría analítica, pero en la preparatoria sólo me causaban angustia.

Me acuerdo de que toda generación requiere su mambo.

Me acuerdo de la Orquesta Filarmónica de la UNAM ejecutando un mambo en Las Islas con los contrabajistas danzando sus instrumentos y la audiencia redescubriendo instantáneamente los movimientos de la cadera.

Me acuerdo de que la cadera es una invención.

Me acuerdo de que Panteón Rococó tocó en el campo de beisbol de la Ciudad Universitaria cuando apenas entré a la licenciatura; no fui porque no me enteré bien, porque no quise, por ineptitud, por mirarle lo jurásico a las manchas del suelo.

Me acuerdo de que uno comienza la vida del paladar con afinidades rígidas por un tamal y de que crecer es irse diversificando hacia otras rajitas con queso, otras verdolagas.

Me acuerdo de que en la película de Carlos Reygadas *Luz silenciosa* la amante le dice al marido de la mujer engañada algo como: Esto se acabó, la paz es más importante que el amor.

Me acuerdo de Pitas Payas.

Me acuerdo de los frescos de Bonampak que en un viaje en el 2007 atendimos malamente, jóvenes crudos más preocupados por saber cuáles de los hongos que nos rodeaban podían ser alucinógenos y por las pantorrillas de las compañeras que por la monumentalidad de la cultura maya.

Me acuerdo de que uno va habitando una ciudad por las oportunidades de la vida: porque en el metro Etiopía vivía un amigo, porque en el Peñón de Iztapalapa vivía otro y podíamos tocar en su casa, porque me enamoré de una chica de la Ampliación Guadalupe Proletaria.

Me acuerdo del tololoche del trío que tocaba boleros en las carni-tas del restaurante La Reyna de Montevideo.

Me acuerdo de la Virgen de las Barricadas y del Niño Huachicolero.

Me acuerdo de mi mamá poniendo sus discos de Francisco Céspedes a volumen tronador los fines de semana.

Me acuerdo de que en una pequeña iglesia de por su casa le pidieron a mi madre que dejara de congregarse después de que sostuvo que dios ama a los homosexuales.

Me acuerdo de Roberto Bolaño preguntándole a Ernesto Cardenal: Padre, en el Reino de los Cielos, que es el comunismo, ¿tienen un lugar los homosexuales?

Me acuerdo de Federico García Lorca gritando hacia Roma y de Max Aub reiterando en discusiones de ida y vuelta en su diario español *La gallina ciega* que Lorca es el verdadero poeta de la España del siglo XX.

Me acuerdo del estómago como una antena.

Me acuerdo de la muerte como escándalo caricaturizable en las portadas de los periódicos amarillistas.

Me acuerdo de la combinación de voces en *She's leaving home*, la sabrosa canción de Paul McCartney.

Me acuerdo de fumar mariguana con Burgos para ir a ver a Remedios Varo al Museo de Arte Moderno y cumplir con una tarea de la clase de estética, a cargo de Andrés Lund.

Me acuerdo de que le dije a mi profesor de estética en la preparatoria que me dejara saltar clase para ir a escuchar a Xavier Velasco en el CCH Sur. Se burló de mí cordialmente, me dejó ir y me entregó una reseña suya donde cuestionaba la probidad intelectual y el genio literario del entonces flamante ganador del entonces flamante Premio Alfaguara de Novela 2004.

Me acuerdo de que el diablo guardián pide: Mírame bien, no soy Superman.

Me acuerdo de que la nostalgia está a la venta, lo mismo que el costillar del mamut, la piedra fundacional con musgo y la chicharra de tener miedo.

Me acuerdo de que en la era de las redes sociales se recomienda hacer del nombre propio una marca: la publicidad permanente.

Me acuerdo de que me emboba escribir de una manera que pueda sobarme la frente con algún vinagre desconocido.

Me acuerdo de que es indignante tener 30 años y no haber conquistado algunas atrevidas posibilidades del discurso.

Me acuerdo de que me concedo unos granos de arena para seguir hablando.

Me acuerdo de que el disfrute puede ser la guía, cuando se puede; en otro momento del ánimo, en cambio, cualquier paso amenaza con descoyuntar el alma con el navajazo de una nube.

Me acuerdo de que la consolidación de oficialismo siempre tiene algo de grandiosidad ridícula fácilmente contrastada por un elote con mayonesa y chile del que pica o del que no pica, ambos poderosamente desestabilizadores.

Me acuerdo de que se me olvida fácil y frecuentemente cortarme el pelo.

Me acuerdo de la extraordinaria sencillez del habla acariciante y su oportunidad de encadenar grumos con asertividad rítmica.

Me acuerdo de que, una vez y finalmente, se me estrelló la pantalla del celular al caérseme contra el suelo y de que se percibe de alguna manera hermosa la distribución de la energía del golpe en el cristal pulverizado.

Me acuerdo de la arena en el péndulo.

Me acuerdo de la hélice aunque he visto pocas.

Me acuerdo de una hélice monumental de barco que decoraba una vía en Valparaíso.

Me acuerdo de que vivir en México exige sus arabismos.

Me acuerdo de las hojas de parra y las hojas de col rellenas de la comida libanesa.

Me acuerdo del hummus y del puré de berenjenas, que pueden coronarnos la boca con sus elegancias.

Me acuerdo de querer cultivar pero dejar ir una colección afectiva de rehiletes.

Me acuerdo de alucinar que una nube en forma de vaca mascaba como moneda al sol en un atardecer en Zacatecas.

Me acuerdo de la sintaxis como pederreo contra algunas consejerías relativas.

Me acuerdo de las peluquerías itinerantes de la calle Arcos de Belén.

Me acuerdo de que conozco poco la vida en Azcapotzalco.

Me acuerdo de que la arcilla se olvida fácilmente.

Me acuerdo de las paredes de piedra volcánica abrazadas con argamasa.

Me acuerdo de los utensilios de peltre y de su belleza discreta y persistente.

Me acuerdo del pan gigante del metro CU y de sus gemelos en diversos rincones de la Ciudad de México: orejas, ojos de buey, pasteles de mil hojas, donas, moños de piña monumentales.

Me acuerdo de los marranitos de canela y de su santidad.

Me acuerdo de que, aun desde el ateísmo, hay que ubicar la cruz de la propia parroquia.

Me acuerdo de un predicador negro que abordó un microbús en Xochimilco para intimidarnos con sus palabras poderosas del Génesis sobre la humillación necesaria del faraón en el reino de dios y la primacía de los humildes.

Me acuerdo de morder frijoles mal cocidos.

Me acuerdo de las primeras papas fritas que intenté, convencido de que cocinarlas era una operación facilísima. Su cubierta requemada me dio de cachetadas, convidándome al silencio y el perfeccionamiento del esfuerzo.

Me acuerdo de la necesaria elasticidad y de su búsqueda más o menos permanente.

Me acuerdo de que de niño amaba los carritos chocones aunque siempre los manejaba más o menos pésimamente mal.

Me acuerdo del olor chistoso que acumulan las correas de los relojes pulsera.

Me acuerdo de los cuernitos con jamón y queso a los que nos aficionamos en el CUPA.

Me acuerdo de *Elevador*, documental sobre los elevadoristas que trabajan en el CUPA, adscritos al ISSSTE, en un oficio muy difícil y malamente pagado.

Me acuerdo de la biblioteca pública de Cuetzalan.

Me acuerdo de que esta mañana vi a un señor comenzar a cantar al espejo del elevador mientras la puerta se cerraba, quizás desinhibido al pensar que nadie lo veía.

Me acuerdo de un cafecito en la calle de Donceles con una máquina tostadora enorme en el exterior.

Me acuerdo de que Emiliano Mora se jactaba de desatender el diario de Cristóbal Colón, leído en clase, por estar estudiando al *Drácula* de Bram Stoker.

Me acuerdo de que ninguna presunta dignidad oficial merece una mayúscula en *El viaje del elefante*, novela espléndidamente irónica de José Saramago sobre la vileza pomposa de las monarquías europeas.

Me acuerdo del dolor de dientes.

Me acuerdo de que algunos de los sueños de mi madre son premonitorios.

Me acuerdo de la hermosura de percibir desde el sueño al inconsciente, al alma, al área húmeda sensible ilocalizable, los dolores de la familia aunque sus protagonistas estén lejos.

Me acuerdo del placer de reventarse los barro.

Me acuerdo de que muchas veces me han salido ampollas en los pies y de que siempre, con mayor o menor intensidad, me producen fascinación sus bolsas líquidas.

Me acuerdo de las guarniciones inacabables que coronan a algunos tacos: puré de papas, nopales, trocitos de queso, cebollas asadas, guacamole, rábanos, frijoles, y los etcéteras que no logro enumerar.

Me acuerdo de que, aunque me gustaba mucho, una ocasión no lograba dar con el nombre de la sopa de codito y visualizaba en la tienda cada una de las piezas de esa pasta como pequeños arcoiris monocromos.

Me acuerdo de la pasta multicolor que supuestamente tiene su base en el betabel, la zanahoria, la espinaca y otras verduras.

Me acuerdo de las verduras en lata como un atributo de la cocina acelerada.

Me acuerdo de comer ante la televisión.

Me acuerdo de que, irreflexivamente, Dennis Rodman era un héroe en nuestra generación de niños de los noventa por su rebeldía a ultranza, su iconoclastia, su desprecio a la observancia de maneras del siglo de oro español.

Me acuerdo de gritar cuando identifiqué las referencias de Los Simpson a *La naranja mecánica* la ocasión en que se somete a Huesos, el perro, a una terapia de choque. Tenía yo unos 16 años y estaba con un puñado de amigos cristianos en la casa de un pastor medio corrupto, medio adinerado, medio manipulador.

Me acuerdo de las suculentas como músculos del agua.

Me acuerdo de la invención de verbos y sus enjimatados.

Me acuerdo de que la teselación enriquecedora de la realidad es fácilmente indiscernible bajo las pesadeces de una vida cedida a la supervivencia y la brutalidad.

Me acuerdo de nadar en el pasto de una colonia en Copilco luego de comerme una galleta con mariguana en la Prepa 6.

Me acuerdo de que, en algún momento posterior al nacimiento, quien no ejerce la violencia es asumido como ingenuo.

Me acuerdo de que hay chistes que se escapan si no se les pone atención, como a veces sucede con las películas de Wes Anderson.

Me acuerdo del chispazo como oportunidad.

Me acuerdo de que la fuerza del fragmento quizás no podría comerse una serpiente.

Me acuerdo de la serpiente de piedra del Espacio Escultórico de CU y de que amaba recorrerla de niño con mis padres.

Me acuerdo de que mi mamá nos compró unas calabacitas de plástico con dulce ácido y de que nos invitó a decirles a nuestros compañeros que eran polvos mágicos, lo que desató cierta euforia adquisitiva en la preprimaria.

Me acuerdo de que una vez Cristian, Cristopher y yo nos quedamos encerrados unos minutos en el baño de la preprimaria, ubicada a unos metros de la UAM Xochimilco. Los gritos de desesperación y los puñetazos en la puerta metálica motivaron pronto que la abrieran, pero vivimos una pequeña muerte.

Me acuerdo de que una vez me robé una pala de plástico naranja de casa de Cristian. Mis papás identificaron que ese juguete no era de casa, me interrogaron y me reprendieron por recurrir a tan temprana edad al hurto.

Me acuerdo de un albañil acercándose a un puesto de tacos de canasta para decir: “deme dos de chicharrón, muerte lenta”.

Me acuerdo de que el humor en México, adolorido, vuelca la ardorosa preocupación y vomita, y de que esa operación de desobediencia también ha sido institucionalizada, absorbida como una manera de vaciar la protesta o taparle las caries.

Me acuerdo de una joven de unos 20 años vendiendo gardenias en la calle 16 de septiembre; el tiempo que me senté a su lado la vi liquidar unos tres paquetitos de flores. Una anciana se las regateó, de 10 a 9 pesos, para conservar uno y poderse pagar el camión de regreso a casa, según aseguró durante la negociación.

Me acuerdo de una birria mítica del barrio de Santa Úrsula, principalmente atiborrada los fines de semana y que nunca he probado, con un lindo superlativo en su nombre: Michoacanísimo.

Me acuerdo de las mojarras de la avenida Santa Úrsula.

Me acuerdo de que entiendo y saboreo mal los ostiones.

Me acuerdo de la fascinación que causaron los Toros de Chicago a los niños de mi generación.

Me acuerdo de hablar en aquel entonces de Michael Jordan con alguna discreta obsesión porque así debía hacerse.

Me acuerdo de que aprendí de una manera difícil que Lupe Marín estuvo casada con Jorge Cuesta.

Me acuerdo de que Rodrigo Riquelme fue asistente de pintor y de carpintero; ahora ejerce el periodismo como reportero de tecnología.

Me acuerdo de que la última vez que vi a Riquelme fue en la ciclovía de Patriotismo una mañana entre semana; se dirigía a alguna cobertura.

Me acuerdo de que una vez un amigo compró boletos para la función de medianoche de *La forma del agua*, de Guillermo del Toro, pero en el cine nadie nos esperaba porque esa función no existía y los boletos estaban programados para las 12 del día.

Me acuerdo de pasarme un rastrillo por la cara cuando era niño para imitar a mi padre rasurándose. Me corté y me saqué sangre, por supuesto. Sin la ayuda de mi hermana, probablemente me habría desangrado y no estaría escribiendo este libro.

Me acuerdo de los puestos repletos de chanclas de todas las medidas y salvavidas monumentales en colores neón en las inmediaciones del parque acuático de Oaxtepec.

Me acuerdo de una toalla de mi madre que tenía impreso a Pique, la mascota del Mundial de México 86 que simulaba un chile con un sombrero porque la patria tiene forma.

Me acuerdo de Cobi y vagamente del desempeño de los atletas en Barcelona 92. Tenía yo apenas cuatro años y los avisos de la televisión de entonces existen en mí sólo como insinuación, como nube fantasmal.

Me acuerdo de que me habita con la misma sensación brumosa el asesinato de Luis Donald Colosio y la aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Me acuerdo de la televisión anunciando en 1994 que el gobierno había identificando al Subcomandante Marcos y de mi papá asegurando con contundencia que lo iban a asesinar.

Me acuerdo de que vivir en un régimen de dictadura perfecta normaliza pensar que el gobierno mata. La impunidad es cotidiana y más o menos inapelable.

Me acuerdo de que mi papá me platicó una vez que iba caminando por una banqueta cuando se vio en la obligación de cruzar un puesto informal por detrás. ¿Puedo pasar?, le preguntó al tendero, quien tomó un palo grueso, se lo colocó en el hombro y le dijo: Pásale. Si lo hacía me iba a matar golpeándome en la nuca, me aseguró.

Me acuerdo de la naturalidad con que mi papá percibe y describe la violencia circundante, generalizada, hijo de un obrero que creció hacinado en una vecindad del norte de la Ciudad de México.

Me acuerdo del maltrato persistente que sufrió mi padre en su infancia y de que muchas veces reventaba en ira contra nosotros sin motivo aparente: el balbuceo oculto y desgarrador del dolor.

Me acuerdo de que debido a los dolores tácitos de mi papá y sus exabruptos aprendí a tratar de entender la elocuencia no dicha de las emociones, la nitidez de las situaciones no expresadas.

Me acuerdo de que, con su lenguaje de terapeuta, mi papá me dijo una vez: Subimos el volumen porque hay cosas no dichas, en referencia a un grupo de jóvenes que gritoneaban y reían fuerte para conversar.

Me acuerdo de que a veces se afirma o se niega para decir precisamente lo contrario.

Me acuerdo de que disfruto muchísimo visitar las afirmaciones metafóricas y la indeterminación literaria persistentes en el lenguaje terapéutico.

Me acuerdo de la transferencia.

Me acuerdo del clasismo sarcástico de la Princesa Grumosa y sus latas de frijoles en el bosque.

Me acuerdo de desear usurpar los lugares o las sillas de otros en espacios de trabajo: una discreta manera de expresar malestar.

Me acuerdo de que las corporaciones ahogan el espacio y también los recursos de las almas de quienes las componen.

Me acuerdo de la vaporosa gravedad con que en las playas de Tijuana un obelisco pequeño recuerda los límites de la república vigentes desde el Tratado de Guadalupe Hidalgo.

Me acuerdo de que las oportunidades laborales pueden desaparecer con agresiva facilidad.

Me acuerdo de la adolorida incertidumbre profesional con que bambolean los jóvenes talentosos de mi generación.

Me acuerdo de la mitificación del poderío del chile habanero.

Me acuerdo del permanentemente difícil ejercicio de la empatía, que desarrolla antenas de hormiga en la frente luego quebradizas ante el viento, la circunstancia o cualquier nueva amenaza de embotellamiento mental y espiritual.

Me acuerdo de que se es el Buda y la crapulencia varias veces en el mismo día.

Me acuerdo de *Pina*, sensual película de Wim Wenders sobre la coreógrafa alemana Pina Bausch.

Me acuerdo del cintillo que acompaña al cartel de la película de Wenders: *Baila, de otro modo estamos perdidos*.

Me acuerdo de que el arte es el cine y las películas son su medio.

Me acuerdo de que Wenders filmó un documental sobre el embotamiento espiritual de los habitantes de Tokio tras la derrota del Japón en la Segunda Guerra Mundial.

Me acuerdo de que vimos *Historia de Lisboa*, de Wenders, en el auditorio del otrora edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores ubicado en Tlatelolco, hoy cedido a la UNAM como centro cultural, y de la despedida enternecedora que cierra la película: Ciao, Federico.

Me acuerdo del rinoceronte de Fellini y de que, no obstante la violencia política de Europa, la nave va.

Me acuerdo de un señor de cabellos largos completamente canos y con pronunciadísimas dificultades motrices que visitaba puntual un comedor en la calle de Parroquia de la Colonia del Valle.

Me acuerdo de que uno vuelve a los lugares donde amó la vida y de que la parroquia de la calle Parroquia se me ha convertido en un palpito en ese delicioso sentido.

Me acuerdo de la cadencia verbal abundante y reiterativa con que Gustavo Sainz cierra el *Compadre lobo*. No sabíamos.

Me acuerdo de que Gustavo Sainz es uno de esos prosistas más o menos generalizadamente fuera de la conversación.

Me acuerdo de la guapura del título *Obsesivos días circulares* y de que las parrafadas de la novela cumplen su promesa.

Me acuerdo de que *El hombre en busca de sentido*, de Viktor Frankl, puede encontrarse en casi cualquier lugar y que la traducción al español ha dejado perder la belleza del título alemán: *Y, a pesar de todo, decir sí a la vida*.

Me acuerdo de siempre desear y siempre postergar aprender a bailar salsa con alguna excelencia relativamente decente.

Me acuerdo del fuerte de San Juan de Ulúa que conocimos en un viaje a Veracruz con mi mamá y mi hermana. Entonces no lo visitamos y prometí volver. No he cumplido.

Me acuerdo de hombres tratando de acomodar perfumes previsiblemente robados entre los clientes de los restaurantes del malecón de Veracruz.

Me acuerdo de Javier Duarte riéndose mientras le sirven un café en la mitificada Parroquia.

Me acuerdo de que, tras perder estrepitosamente las elecciones, el tecnócrata José Antonio Meade se exhibió en redes sociales

disfrutando de sus vacaciones entre la barba crecida y la ficha de dominó.

Me acuerdo de que una vez jugué dominó contra Leonardo Valero, criatura empresarial favorecida por Lázaro Ríos, entonces director del Grupo Reforma, y que le ganamos abundantemente, haciéndolo pasar varias veces.

Me acuerdo de que la altanería acompaña al dominó como un ritual y un recurso estético que bien puede saturar de fastidio.

Me acuerdo de Emmanuelle Riva llorando durante la filmación de *Amor*, película de Michael Haneke sobre el dolor de la vejez y sus descomposiciones, y del director recordándole en un mensaje frío y profesional: Es sólo una película.

Me acuerdo de que la afirmación intelectual de que una película *es sólo una película* es un planteamiento de localización indispensable para acercarse al arte y también una traición esencial al propósito estético de transformar el mundo perfeccionándolo, perturbándolo, desnudándolo, despreciándolo, subvirtiéndolo, desorientándolo, además de impulsar convertir al arte en el mundo mismo: constitución de la carne, habitación pesada del pensamiento, *realidad*.

Me acuerdo de que la vida es sueño y de que el cine es mejor que la vida.

Me acuerdo de los personajes de David Toscana reconquistando Texas en una intentona imposible para su novela *El ejército iluminado*; la premisa me pareció hermosa, pero no tanto la pluma del libro.

Me acuerdo de la admirable concatenación de maldiciones con que Fernando Vallejo localiza para repudiarla a la iglesia católica en el arranque de su libro *La puta de Babilonia*.

Me acuerdo de que el profesor de literatura medieval José Antonio Muciño nos dijo con calma que en la vida nos irían cayendo los veintes.

Me acuerdo de que el profesor de ética en la preparatoria, Andrés Lund, dijo lo mismo de otro modo: ¿Quién de aquí no es humilde?, interrogó. Tras algunas manos alzadas vagamente, agregó: no se preocupen, la vida los hará humildes.

Me acuerdo de estar leyendo *Años de perro*, el mamotreto sobre el desarrollo de la ideología nazi en la Alemania de la primera mitad del siglo XX de Günter Grass, en una banca aledaña al Barrio Chino de la Ciudad de México.

Me acuerdo de que me compré *Años de perro* aunque no tenía trabajo ni ingresos y que la adquisición me produjo una angustia persistida por sus varias centenas de páginas.

Me acuerdo de que desaparecieron las monedas de veinte pesos y de que esta sentencia es en ocasiones desmentida por alguna sorpresa de níquel.

Me acuerdo de que Amali me regaló una moneda de veinte pesos rescatada de la extinción una vez que yo no traía un centavo y me dijo que sólo la gastara en una ocasión especial; desoí su consejo y me compré una torta en el metro General Anaya, no sin pena.

Me acuerdo de que prefiero escribir los números con letra: setenta veces siete te escupiré de mi boca.

Me acuerdo de que, pese a su aparente ternura y aspecto de zonas defensoras del conocimiento, las librerías de viejo son también espacios de rapiña.

Me acuerdo de que un ladrillo no ahoga la voz.

Me acuerdo de que, de visita en Tapalpa, Omar y yo vimos que vendían barajas pornográficas en un puesto en la calle, decidimos comprarnos una, estuvimos alrededor de dos horas frente al puesto envalentonándonos para adquirirla porque nos daba pena pedírsela a la vendedora, finalmente nos animamos, la ojeamos, jugamos un rato y al final decidimos enterrarla en los lodos aledaños a una pequeña laguna de la zona.

Me acuerdo de que solía caminar con la bata puesta de laboratorio de la secundaria desde el plantel hasta mi casa porque me daba pereza quitármela al final del día escolar.

Me acuerdo de que una vez regresé a casa de la secundaria y al abrir la puerta me encontré a mi madre llorando desconsoladamente al fondo de la sala. ¿Qué pasó?, le pregunté. Se limitó a señalar el suelo, donde yacían muertos la Gorda, Grizzly y Mercurio, nuestros primeros tres gatos. Inmovilizados todos en la misma posición, supusimos que los habían envenenado, ¿por qué puta mezquindad? Acerqué mi mano para acariciar sus cuerpos sin vida y no pude llorar.

Me acuerdo de George Harrison burlándose de la chamarra de piel de Paul McCartney. ¿Es esa una chamarra vegetariana?, le preguntó.

Me acuerdo de que la parte más fácil del periodismo es conseguir fotografías de los funcionarios públicos: todos insistentemente se exhiben sonrientes a bordo de bicitaxis de concordia en sus redes sociales.

Me acuerdo de Mikel Arriola, quien aspiraba derrotado de antemano a gobernar la Ciudad de México como abanderado del PRI: un episodio lamentable de la exhibición circense que supone la política.

Me acuerdo de René Juárez Cisneros, efímero presidente del PRI, vapuleando la tambora en un evento del partido de cara a las elecciones del 1 de julio de 2018, cuando perdieron estrepitosamente tras los desfalcos de tantos de sus gobernadores criminales, tras tantas décadas de corruptelas, asesinatos y acomodados.

Me acuerdo del corazón de la alcachofa y del corazón del chayote.

Me acuerdo de que traté de leer la autobiografía de Charles Mingus en la Biblioteca Vasconcelos, pero que los tiempos de préstamo me golearon la oportunidad. No he terminado, pero recuerdo los testimonios del libro sobre dignidad, pasión confesional y amargura de clase.

Me acuerdo del boxeador Jack Johnson revisitado por Miles Davis para reivindicar las dignidades de la negritud arrinconada en un Estados Unidos falsamente heroico y arraigadamente racista.

Me acuerdo de los violines campesinos de la Sierra Tarahumara.

Me acuerdo de los grupos de jaraneros reunidos en Tlacotalpan para bailarles de madrugada a la Virgen de la Candelaria.

Me acuerdo de mis visitas anecdóticas a la Facultad de Música, en la calle Xicoténcatl, donde causa una dulce conmoción verse invadido por ensayadas y desperdigadas notas de violín, fagot, piano y trombón.

Me acuerdo de las estructuras metálicas con forma de clave de sol para amarrar bicicletas en la Facultad de Música.

Me acuerdo de la ternura de la falsa etimología, falsa solamente desde una perspectiva si asumimos que la inteligencia es un punto de vista.

Me acuerdo de leer *Deseo* de Elfriede Jelinek recostado en uno de los pasillos a desnivel del anexo de la Facultad de Ingeniería de la UNAM.

Me acuerdo de que una vez le dejé como aval a un taxista un libro de Elfriede Jelinek en lo que subía a mi casa por dinero para pagarle.

Me acuerdo de sufrir una machucadura luego de que un palettero abriera bruscamente las puertas de uno de sus congeladores al que yo me trataba de asomar desde mi minúsculo cuerpo de niño, aferrado con los dedos para tratar de ver mejor el ron con pasas.

Me acuerdo de que el bache en la Ciudad de México es transversal, ecuménico, y lesiona tanto a los barrios populares como a los privilegiados.

Me acuerdo de que andar en bicicleta en la Ciudad de México es poder morir.

Me acuerdo de que mi madre nos compró a mi hermana Hazel y a mí un par de bicicletas que nunca utilizamos porque no sabíamos andar, pero las invertíamos y girábamos los pedales para simular que fabricábamos helados.

Me acuerdo de que no fue sino hasta los 24 años, más o menos, que aprendí a andar en bicicleta.

Me acuerdo de que Juan José Arreola le asegura a Fernando Del Paso que le gustaba recorrer calles y calles en bicicleta sin utilizar las manos y de que si por alguna razón metía las manos, se obligaba a comenzar la ruta desde cero.

Me acuerdo de que a Fernando Vallejo le despreocupa agigantadamente repetirse en sus novelas: párrafos obsesivamente

ofensivos e imperfectamente circulares reiteran anécdotas en esta y otra novelas.

Me acuerdo de que el texto es también bello en su disposición visual: tinta sobre el papel, distribuciones de masa sobre blancuras, arbitrariedad arquitectónica.

Me acuerdo de que el contrasentido es la pauta.

Me acuerdo de que la cita entreoculta tiene algo de tibio desafío y de que los textos esperan pacientemente su comprensión, su empatía, su descubrimiento: el recorrido y sus vitaminas.

Me acuerdo de la belleza del título *Hasta el viento tiene miedo*, una película de Carlos Enrique Taboada.

Me acuerdo de que la queja puede ser musical.

Me acuerdo de enamorarme de manera efímera de las modelos de comerciales de galletas azucaradas, de camionetas, de pastas de dientes, de lencería, de toallas para la menstruación, de champús, de utensilios de cocina.

Me acuerdo de Roland Barthes asegurando en sus *Mitologías* que, en vez de detonar su creatividad asociativa capaz de edificar mundos insólitos, algunos juguetes entrenan a los niños como consumidores del futuro ensayándolos en el ejercicio de obedecer a la maquinaria de la compraventa.

Me acuerdo de caminar evitando pisar las rayas de los adoquines porque eran rayos láser capaces de quemar los pies.

Me acuerdo de cruzar los puentes peatonales imaginando que los autos podrían atropellarme y tratando de esquivarlos con eficacia.

Me acuerdo del ejercicio cotidiano e inconsciente de la fantochada.

Me acuerdo de que, en sus primeros días de existencia, Burgos y Palemón desafiaron el sistema de seguridad de la Torre Mayor y accedieron a uno de sus puntos más altos para observar la belleza constipada de la Ciudad de México.

Me acuerdo de que la taquería El charco de las ranas quedó indeleblemente ligada al asesinato de Paco Stanley.

Me acuerdo de que hay que pensar a Diego Armando Maradona desde varios ángulos y con diversidad de elementos paralelos, donde se incluye el clasismo con que se desprecian los orígenes humildes de los ahora protagonistas del relato público.

Me acuerdo de José Mujica defendiendo a Luis Suárez luego de que el delantero mordió a Giorgio Chiellini en el Mundial de Brasil 2014.

Me acuerdo de que siempre deseo que Uruguay sea campeón del mundo.

Me acuerdo del Comerrocas y de Falcor, personajes de *La historia sin fin* que me entusiasmaban especialmente junto con el caracol cabalgado del principio de la cinta.

Me acuerdo de que, por nuestra afición a la mariguana y sus nariguiles, en la preparatoria nos obsesionamos con la placentera y fumadora oruga de *Alicia en el país de las maravillas*, a quien suponíamos trasunto de nuestras búsquedas de asaltos de la imaginación.

Me acuerdo de que a veces la tarde se nubla con un cobrizo manto apocalíptico.

Me acuerdo de que el swing debe reconquistar la Tierra.

Me acuerdo de la sonoridad abarcante de las jaranas jarochoas.

Me acuerdo del frenético virtuosismo de Dizzy Gillespie y de sus icónicos cachetes y trompeta doblada.

Me acuerdo de la hermosura del disco a piano y trompeta solos que grabaron Dizzy Gillespie y Oscar Peterson.

Me acuerdo de que conocí a Paganini con unas interpretaciones de Itzhak Perlman.

Me acuerdo del ideático Klaus Kinski fantásticamente homologando su egomanía con el mito de la genialidad individual cristalizado en Paganini.

Me acuerdo de que Harrison Ford es importante y de que también lo es la cancha de basquetbol del parque de casa de mi madre.

Me acuerdo de que vi *Gosford park*, de Robert Altman, en el año de su estreno y de que no entendí la resolución del crimen.

Me acuerdo de que una vez me rompí la boca jugando en el parque de casa de mi madre y de que mi abuela Georgina me asistió de regreso a casa; me recuerdo viendo el mundo entre lágrimas y sangre.

Me acuerdo de que alguna vez estábamos jugando tocho en la calle aledaña al parque de casa de mi madre y nos vimos interrumpidos por policías a bordo de una patrulla. Samuel, tocayo y muchacho medio provocador del barrio, le gritó a la policía: Ánimo, oficial, estamos fomentando el deporte. Desde la patrulla contestaron con su bocina: Que gane el mejor.

Me acuerdo de Claude Faraldo explicando en 1979 que los productores se embarcaron en una película como *Themroc* por confusión. No sabían lo que querían las audiencias, dice, hoy en día sería imposible filmar una película así, donde los únicos diálogos son gemidos simiescos.

Me acuerdo de la dignidad simplificadora de Aki Kaurismäki.

Me acuerdo de que hay que regañar a la cultura.

Me acuerdo de que Billy Wilder narra que le recomendó a Federico Fellini filmar sus películas en inglés: algo así como el consejo más idiota de la historia del cine. Por supuesto, una aportación relativamente sensata, utilitaria y que le habría asegurado millones al autor de *Ginger y Fred*, pero que también habría desdibujado mucho de la esencia localista y caótica de *Los payasos* o *Ensayo de orquesta*. Además de que tal vez da cuenta nítida de la comodidad empresarial de Wilder, austriaco cobijado en Hollywood.

Me acuerdo de que Michael Pitt comparte apellido con Brad Pitt, lo que le asegura una vida de comparaciones sin cuento.

Me acuerdo de aventar lámina, una bella expresión de la neuralgia chilanga que exige de sus habitantes una defensa persistente.

Me acuerdo de la mucosidad en la garganta.

Me acuerdo de la violencia contra el otro en que incurren los medios cuando aseguran que tal o cual nota o imagen o asunto “es lo mejor que verás hoy”, como quien acota la vida de los demás y la decide.

Me acuerdo de que es legítima la literatura como venganza.

Me acuerdo de que en un cumpleaños David me regaló un disco de Jimi Hendrix en Woodstock y de que sentí que esa música sí podía entenderla y me hablaba.

Me acuerdo de que durante algunos cuantos años de la adolescencia me aficioné a Red house, blues de Hendrix.

Me acuerdo de un grafiti que representaba a Albert Einstein perdido en las casas calurosas y húmedas aledañas al Río Grijalva en Chiapa de Corzo.

Me acuerdo de una fonda en Coapa que, en obvio y pertinente eco dantesco, se llamaba La Divina Comida.

Me acuerdo de la Fonda de Cultura Económica.

Me acuerdo de la musicalidad del abrazo.

Me acuerdo de los poemas delirantes de Manuel Silva Acevedo.

Me acuerdo del extrañamiento y el placer que me produjo conocer las mortadelas, con su costra de pimientas en el perímetro.

Me acuerdo de que no debes decirme pobre por ir viajando así, ¿no ves que estoy contento?

Me acuerdo de las empanadas de pollo queso que compré en la central de autobuses de La Serena en mi viaje de regreso a Santiago.

Me acuerdo de La Vega y sus zapallos y betarragas proliferantes.

Me acuerdo de la alguna fascinación que Nina Avellaneda, autora de los cuentos de *La extravía*, expresa en torno de Puebla y sus borrachos.

Me acuerdo de las pasitas poblanas y de que traje una botella alguna vez para la Cooperativa Editorial Viandante que terminamos bebiéndonos Raúl y yo en la casa de Ailé.

Me acuerdo de las bolsitas de chicharrón que cuelgan de las paredes de las tortillerías en el Pedregal de Santo Domingo Coyoacán.

Me acuerdo de la hermosura de colores irradiantes de los chinelos.

Me acuerdo de que ese banjo puede ladrar y está ladrando.

Me acuerdo de Funkadelic y sus profanaciones.

Me acuerdo de un verso de Wars of armageddon, canción de Funkadelic: *revolution is a fat funky person*.

Me acuerdo de una linda intervención de Yoko Ono en el metro de la Ciudad de México que motivaba a los usuarios a dejar mensajes en pequeños árboles cuyas ramas serían tendederos para los papelitos. Se leían peticiones de paz para los padres y familiares de los 43 normalistas de Ayotzinapa, deseos de volar y arrojar láseres por los ojos y declaraciones de orgullo por hablar náhuatl.

Me acuerdo de una carta de Antonin Artaud exigiendo el protagónico en la adaptación al cine de La caída de la casa Usher.

Me acuerdo de que al protagonista de *Tristessa*, novela de Jack Kerouac, le roban su cuaderno de poemas en la Plaza Garibaldi.

Me acuerdo de que Lilián Tintori vino a México y fue recibida como adalid de la libertad latinoamericana por Manlio Fabio Beltrones, patética advertencia.

Me acuerdo que en las elecciones de distintos gobernadores en 2016 los periodistas de Reforma plantearon una quiniela sobre los resultados.

Me acuerdo de que con sus fábulas publicadas en El Universal a veces Sabina Berman adivina la realidad mexicana y de que abordó con especial énfasis la elección a gobernador del Estado de México en 2017, una contienda que probablemente en el papel y el voto por voto ganó la candidata de Morena, Delfina Gómez, pero que en el discurso oficial ganó Alfredo del Mazo, gallito de cera del PRI y familiar del lamentable atlatomulquense de escasa imaginación verbal e intelectual Enrique Peña Nieto.

Me acuerdo de que Paco Ortiz, triste y mustio editor de Reforma, me dijo en una cena de navidad del periódico que era un mito eso de que Enrique Peña Nieto es poco inteligente, luego describió su habilidad política para saludar a todos en una reunión y aprenderse sus nombres. Ah.

Me acuerdo de Julio Candelaria, fotógrafo fundador del diario Reforma y padre de tres hijos, quien me platicó en la misma cena de navidad que se había comprado recién un horno de microondas a buen precio. “Me siento realizado”, remató. Hace poco el diario lo liquidó.

Me acuerdo del *Bestiario* de Juan José Arreola y del bello prólogo de José Emilio Pacheco donde dice que su vida está justificada porque alguna vez trabajó como su amanuense.

Me acuerdo de la jamás filmada *Dune* de Jodorowsky, proyecto monumental que incluiría a Orson Welles y a Salvador Dalí en el reparto y que fue sofocado por los productores, en franca hostilidad contra el chileno.

Me acuerdo de que Jodorowsky narra que cuando vio que era pésima la versión de David Lynch de *Dune* se sintió francamente tranquilo.

Me acuerdo de que Alejandro Marcovich, guitarrista de Caifanes, trabajó como extra en la *Dune* de David Lynch.

Me acuerdo de que George Harrison pudo protagonizar la obra magna de Jodorowsky, *La montaña sagrada*, pero que los tropiezos del chileno lo impidieron.

Me acuerdo de la conquista de Tenochtitlán reconstruida con sapos y camaleones en *La montaña sagrada*.

Me acuerdo de que no he comido suficientes tulipanes, como hace Lis al principio de *Fando y Lis*, película de Jodorowsky basada en una obra de teatro de Fernando Arrabal.

Me acuerdo de que, no supe cuándo, me aficioné a los relojes pulsera; nada tan fastuoso como los de costo millonario del priísta mexiquense César Camacho, cínico y faraónico rufián estándar de ese partido.

Me acuerdo de un reloj de pared con un Cuasimodo de Disney balanceándose sobre una sogá. El extremo de la sogá a veces se me confundía con una de las manecillas del aparato, que compramos en la tienda Hermanos Vázquez de Cuernavaca, hoy desaparecida y convertida en un complejo comercial compuesto con un Sam's, Walmart, Carl's Jr, Chili's, Santander, Cinépolis y demás etiquetas de nuestro culto a la prosperidad empresarial gringa.

Me acuerdo de que antes de su desaparición íbamos a jugar basquetbol a la cancha de la tienda Hermanos Vázquez, guarecida al fondo del inmenso prado que cercaba al estacionamiento.

Me acuerdo de la bonita colección variante que propicia *La vuelta al día en ochenta mundos*, el conglomerado periodístico y ensayístico de Julio Cortázar con un correlato a su desmesura en el diseño editorial de Siglo XXI.

Me acuerdo de los conciertos de Armando Palomas en el Foro Alicia y de verlo trastabillar ebrio por las escaleras.

Me acuerdo de que cocinar arroz siempre puede perfeccionarse y de que estoy en una fase muy primitiva del aprendizaje.

Me acuerdo de que los labios pueden hacer metrónomo.

Me acuerdo de que el adjetivo cuando no da vida mata, a diferencia del ajo que siempre la da.

Me acuerdo de que incluso la celebración del Día de Muertos en la Ciudad de México se gentrificó, en parte debido a una película de James Bond.

Me acuerdo de Roger Waters cantando Mother en el Foro Sol y de que la corista se asombró de una audiencia entusiasmada respondiendo a las imprecaciones amargas del bajista: “Hush my baby, baby, don’t you cry...”.

Me acuerdo de la modernidad bella y sintomáticamente ajada, añosa, de la literatura de Ramón Gómez de la Serna.

Me acuerdo de que el sillón del dentista es otro después de las greguerías.

Me acuerdo del *Fausto* de títeres pesados y burlescos de Svankmajer.

Me acuerdo de que el títere se burla ácidamente de nosotros mientras nos mira con dulzura.

Me acuerdo de que asaltan en los puentes peatonales.

Me acuerdo del disco intrigante y deífico que flota en algunos pasajes de *Instrucciones para un descenso al infierno*, la novela de Doris Lessing que me transformó hacia una observación cósmica del mundo y que traté de releer en el hospital Darío Fernández cuando mi papá tuvo un accidente cerebrovascular, en 2015.

Me acuerdo de que la obviedad está embarazada.

Me acuerdo del olor entomatado del picadillo.

Me acuerdo de que *picadillo* es un nombre de guiso un poco cruento, un poco despiadado, un poco caricaturizado en su brutalidad.

Me acuerdo de los jirones de tomate que visten y desvisten a las salsas de molcajete.

Me acuerdo de la belleza de la palabra *harapos*.

Me acuerdo de que cuando aprendí la palabra *intrínseco* buscaba utilizarla en cualquier oportunidad.

Me acuerdo de que editar es un oficio siempre maravillosamente imperfecto.

Me acuerdo de alguna vez haberme aficionado a la belleza penetrante de Eva Green.

Me acuerdo de que la desigualdad en México es visible con tan sólo recorrer una misma calle a todo su largo.

Me acuerdo de que Felipe Calderón y Donald Trump coinciden en su desprecio reiterado contra Venezuela.

Me acuerdo de la resignificación permanente que operan los memes en internet y de que los de He-Man, héroe hierático y recortado de mi infancia, son particularmente ridículos y, luego, sabrosos.

Me acuerdo de que mi mamá me llevaba a La Parisina a comprar telas y de que a veces las visitas se me hacían interminables; luego aprendí a encontrarle el gusto a los metros tridimensionados de los despachadores.

Me acuerdo de un postulado esencial de Hernán Lavín Cerda: “Si te faltan las bisagras del labio/ de arriba y del monte de Venus,/ puerta eres”.

Me acuerdo de un postulado esencial de la literatura de Lavín Cerda: “¡Muera el diablo rey! ¡Viva Cristo comunista!”.

Me acuerdo de que la conversión en cosas puede dinamitar los horizontes y facultar opiniones sagradas ante la vida: mirar el mundo como una silla ortopédica o una cuchara, una operación que sugirió insistentemente Lavín Cerda.

Me acuerdo de la carretera transístmica, en referencia al Istmo de Tehuantepec, y que confundía su nombre con algún dispositivo trans-sísmico, sin alcanzar a imaginar cómo funcionaría.

Me acuerdo de que en el Cerro de la Bufa Jaime Woolrich me explicó una vez lo que era un Istmo.

Me acuerdo de que me gusta comprar gomas de borrar y lápices.

Me acuerdo de las esculturas de migajón y de que me provocaban asombro cuando era joven.

Me acuerdo de las calaveritas de la vida cotidiana.

Me acuerdo de Miguel Mondragón, ilustrador con el que trabajo, y su afición por el cine y la televisión nacionales y sus rarezas. Nos presentó una película de terror con Lorena Herrera y Margarito: *Herencia diabólica*.

Me acuerdo de que una vez en casa de Carlos Bauer vimos *La trajinera del terror*.

Me acuerdo de la ternura tan simple y obvia del nombre de las carnitas.

Me acuerdo de la fea oquedad que produce estar esperando recibir un mensaje.

Me acuerdo de la inteligencia telegramática para la síntesis y de su correlato en el tuit.

Me acuerdo de que ejercer la verbosidad puede ser un pecado.

Me acuerdo de los chistes de la gallina cruzando el camino, ahora quizás desdibujados.

Me acuerdo de que conocí a los Fleetwood Mac gracias a un puesto de discos pirata especializado en blues en Copilco.

Me acuerdo de las pizzas, las cervezas tibias y sin gas, las dilaciones, los desmayos, las andadas en bicicleta, las hambres, los juegos de dados, los churros de mota, las inundaciones por lluvia, los anuncios de habitaciones en renta, los encuentros, las saturaciones peatonales, los pastes, los engargolados, las tesis, las distensiones, las banderillas, los tacos de tripa de Copilco.

Me acuerdo de que Copilco, de acuerdo con la etimología indígena, significa lugar de copias.

Me acuerdo de que Valeria Luiselli asegura que Copilco es feo.

Me acuerdo de que el aeropuerto de Texcoco, ahora cancelado, signa más de dos ritmos distintos de vida: al menos el de la devastación abocada a los negocios y las relaciones comerciales planetarias y el de la vida en resistencia, la ecología, la regulación ambiental, las existencias rezagadas por la mítica sensualidad del progreso y su carrera fáustica hacia el dominio del átomo.

Me acuerdo de que las imaginaciones que suponen la devastación de la tierra y la conquista de otras galaxias olvidan a los frijoles.

Me acuerdo de que los millones enriquecen a unos pocos y aniquilan a los muchos.

Me acuerdo de que Carlos Monsiváis recuerda en *Apocalipstick* que Hemingway le dijo a Fitzgerald que la diferencia entre ricos y pobres es que los ricos tienen más dinero. Afirmación precisa y profunda donde las haya, que además rehúye las objeciones enteradas de la apariencia.

Me acuerdo de las incansables y persecutorias llamadas de bancos y servicios telefónicos.

Me acuerdo de que en la vida hay que encontrar finales cuyos ritmo y ocre luminosidad honren al conjunto.

Me acuerdo de que Lis pare cerdos negros para desintoxicarse del abuso sexual en *Fando y Lis*.

Me acuerdo de las repeticiones obsesivas y trogloditas en Pablo de Rokha.



Me acuerdo de que me enfadé cuando una unidad del metrobús se pasó la luz roja del semáforo pero luego entendí que quien se había pasado el alto era yo.

Me acuerdo de que la secundaria Héroes de Chapultepec se ubica oportunamente en la avenida Chapultepec.

Me acuerdo de los teléfonos de dinamita, la gota de madera, las inyecciones para adquirir la lepra, el pico idiota del faisán y las manzanas levemente heridas de Federico García Lorca.

Me acuerdo de que cuando Emmanuel Carrillo me dijo que viajaría a Nueva York le sugerí que llevara consigo el *Poeta en Nueva York*.

Me acuerdo de los sellitos represivos de la educación preescolar que censuraban platicar en clase o ensuciar las hojas en las que se hace la tarea.

Me acuerdo de los muñecos de guiñol que nos compraban mis papás a mi hermana y a mí en la feria del libro infantil cuando se ubicaba en el Fondo de Cultura de la carretera Picacho-Ajusco.

Me acuerdo de que mi papá me dijo que esperaría el tiempo que fuera necesario para conocer a El Fisgón en aquella feria.

Me acuerdo de que mi hermana y yo crecimos leyendo los cuentos de Francisco Hinojosa.

Me acuerdo de que la peor señora del mundo le hizo creer a toda una sociedad que de pronto se tornó buena y de que el cuento es casi indisociable de la identidad que le dio El Fisgón.

Me acuerdo de *Jumanji* y de que vi esa película no sé cuántas veces.

Me acuerdo de que teníamos el vhs de *Jumanji* y el de *Star Wars: el retorno del Jedi*, que reproduce incontables veces.

Me acuerdo de que mi hermana se aficionó a *Las locuras del emperador* y la habrá visto quizás más de cien veces.

Me acuerdo de la viscosidad de Jabba the Hutt.

Me acuerdo de que la disciplina tiene algún valor organizacional que también hay que aprender a despreciar y desoír.

Me acuerdo de la importancia de desaconsejar.

Me acuerdo de que en Santo Domingo me gustaba recorrer las distintas panaderías, en un turismo urbano a la búsqueda de la mejor concha, el mejor bísquet, la inusitada sorpresa.

Me acuerdo de John Cleese provocando deliberadamente la ira de Taylor Swift en el sillón de Graham Norton.

Me acuerdo de que es ley de vida que el problema de la computadora merma o se resuelve sólo en relación proporcional con los pasos que da uno hacia los técnicos ubicados en la oficina para desatarlo.

Me acuerdo de que alguna vez nos aficionamos a la viña real de dos litros, botellón al que llamábamos *ballena*.

Me acuerdo de los salvadores de pantalla de la década de 1990 y de que me aficioné a uno del Capitán Garfio y a otro del Hooligan del Güiri Güiri.

Me acuerdo de los tacos con copia.

Me acuerdo de la tortilla como punto de encuentro, como co-loide cultural.

Me acuerdo de que el primer ensayo que escribí en la universidad fue sobre *Flores*, de Mario Bellatin: una ironización fragmentaria sobre las brutalidades deformantes de la modernidad, una búsqueda del erotismo divergente, una consagración de los marginados, un cuestionamiento radical sobre las seguridades del racionalismo científico y sus soluciones, entre otras cosas.

Me acuerdo de que cuando viajé a Tijuana dejé olvidada mi mochila con ropa en el aeropuerto de la Ciudad de México. La recuperé de regreso y la distinguieron en objetos perdidos porque tenía dentro una baraja de tarot.

Me acuerdo de que la palabra torta y la palabra tarot tienen exactamente las mismas letras.

Me acuerdo de que le agradecí en mi tesis a la doctora Mariana Ozuna la excelencia de su magisterio y ella me devolvió el gesto revirando: gracias por escuchar.

Me acuerdo de un gorila de peluche abandonado a su suerte sobre una camioneta en las inmediaciones de la Biblioteca Vasconcelos.

Me acuerdo del *Tarkus* de Emerson, Lake & Palmer, que alguna vez bailé en el patio de Agustín Escalante estimulado por el azulejo arlequinesco del piso y por las dilataciones imaginativas de la mariguana.

Me acuerdo de que me sorprendió que se pudiera hacer una versión rock del Cascanueces de Tchaikovsky, un atrevimiento que me facultaron a normalizar los Emerson, Lake & Palmer.

Me acuerdo de que Keith Emerson y Greg Lake fallecieron con algunos meses de diferencia en el 2016 y de que Carl Palmer escribió una despedida en su Facebook para sus amigos.

Me acuerdo de la estatua de Juan Gabriel en Garibaldi rodeada por espontáneos y flores el agosto que falleció.

Me acuerdo de Natalia Lafourcade despidiéndose, tras colaborar con él, de Juan Gabriel con un largo texto publicado en Facebook.

Me acuerdo de la pertinencia enigmática del título *Se está haciendo tarde (final en laguna)*.

Me acuerdo de que José Agustín asegura que escribió ese libro desde la cárcel de Lecumberri.

Me acuerdo de la claustrofóbica, intrigante y ajada belleza del pasaje Zócalo-Pino Suárez: repleto de libros, con esculturas de Carlos Monsiváis y Sor Juana y un minúsculo auditorio de unas cuantas butacas.

Me acuerdo de que me esforcé por leer en un solo día *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway, lo logré pero el esfuerzo me produjo confusión y dolor de cabeza.

Me acuerdo de la belleza de la palabra *búho*.

Me acuerdo de los ejercicios espirituales en el convento trapense que describe Ernesto Cardenal en su autobiografía.

Me acuerdo de que mamá me presentó los *Salmos* de Ernesto Cardenal, de un asombro estimulante por sus cintas magnetofónicas y sus espacios interatómicos.

Me acuerdo de un jefe que, cuando le dije que había estudiado letras, me preguntó: ¿y quieres escribir un libro? ¿Cómo lo supo?

Me acuerdo del haikú reglamentado y del escrito fuera del reglamento.

Me acuerdo de que los cielos nublados dotan a la tristeza de majestuosidad.

Me acuerdo de las aguamalas y del aguamiel.

Me acuerdo de que se les dice guajolotas a los tamales envueltos en bolillo, uno de los tantos apasionantes atrevimientos estilísticos del habla popular mexicana.

Me acuerdo de que la tortuga caguama comparte su nombre con los botellones de cerveza que rondan el litro de capacidad, corrientes en el mercado.

Me acuerdo de que amaba *Space Jam*, la suma cinematográfica de Michael Jordan, Bill Murray y Bugs Bunny.

Me acuerdo de que Bugs Bunny normaliza la ventaja de los estadounidenses sobre el mundo con su conducta abusiva y su victoria permanente.

Me acuerdo de la jitanjáfora involuntaria.

Me acuerdo de no comprender a las hormigas.

Me acuerdo de un endecasílabo de Fernando Arrabal: “las preguntas las hace el tribunal”.

Me acuerdo de las potestades de la garganta.

Me acuerdo de que nadie sabe dónde se esconde César Duarte, exgobernador de Chihuahua por el PRI acusado de corrupción, pero que todos rumorán que se esconde en El Paso, Texas; una ocultación anunciada y aparentemente desarrollada en márgenes nítidos.

Me acuerdo de que la amenaza mutila.

Me acuerdo de la erótica variante de los tacos de guisado y de que quien elige recibir los menjurjes en plato y comerlos con cubiertos traiciona la mística de ese tipo de alimento urbano a doble tortilla volante.

Me acuerdo de los rótulos populares que habitan los rincones de la ciudad y que combinan a Gokú con mujeres en bikini, a cerdos sonrientes con cazos de cobre al fuego, a tortas angélicas voladoras con quesos panela rígidos como banquetas y otros escenarios que seguirán sorprendiéndonos.

Me acuerdo de la belleza de los títulos de Juan Carlos Onetti: *Dejemos hablar al viento*, *Tran triste como ella*, *Para una tumba sin nombre*, *Tierra de nadie*, *Los adioses*, *Juntacadáveres*, *La vida breve*.

Me acuerdo de que Mario Vargas Llosa le ganó el premio Rómulo Gallegos a Juan Carlos Onetti.

Me acuerdo de que Werner Herzog resalta con lucidez el abandono social que se vive en las clases bajas de Estados Unidos en su película *Into the abyss*, sobre dos jóvenes de Texas que asesinan a una mujer para robarle su automóvil rojo.

Me acuerdo de que alguna vez me aficioné a los ganchos plásticos de colores para la ropa.

Me acuerdo de los jabones como espacios escultóricos.

Me acuerdo de la belleza de la palabra *bocacalle*.

Me acuerdo de que el aeropuerto es más importante que la vida.

Me acuerdo de que mi mamá ama a los colibríes que la visitan en su casa.

Me acuerdo de Antoine Doinel corriendo hacia la playa en *Los 400 golpes*.

Me acuerdo de que Gerardo Deniz reescribió a Arthur Rimbaud con menciones a la chilacayota.

Me acuerdo de que leí en alguna parte que la esposa de Guillermo Cabrera Infante aseguró que todos los escritores cubanos son barrocos, sólo que de formas distintas: pluralidades de la saturación de pluralidad.

Me acuerdo de que el húmedo olor de la mierda de caballo ha desaparecido de la cotidianidad. Al menos aquí.

Me acuerdo de los zancudos que aparecen y desaparecen del escenario de las lámparas y las paredes.

Me acuerdo de aficionarme a los troncos empapadores de la Feria de Chapultepec.

Me acuerdo de una persona que se compró unos aretes de bruja y de pan de muerto.

Me acuerdo de que balbucear es digno.

*Chapultepec 18, 2018 - Fernando de Alva Ixtlilxóchitl 11, 2019 -
Pascale 53, 2021*

Dictámenes desfavorables

(5 de abril de 2021)

Hola, Samuel,

Desafortunadamente el dictamen de tu libro no es positivo. El manuscrito no reúne los parámetros requeridos por nuestros editores.

Te mandamos un cordial saludo.

(15 de marzo de 2021)

Estimado licenciado Samuel Cortés Hamdan:

Lo saludo esperando que se encuentre muy bien en estos tiempos complicados.

*Por instrucciones del maestro ***, me pongo en contacto con usted para informarle que el manuscrito Me acuerdo, que tuvo a bien enviar a esta Dirección, fue examinado, y si bien es una reflexiva compilación de aseveraciones, el texto no cuenta con una estructura viable para una lectura académica. Asimismo, el volumen no alcanza, más allá de lo anecdótico, una altura literaria que dignifique la estructura, ni una entrada en*

materia que propicie un planteamiento filosófico por una o diversas vías, por lo que se considera que la obra amerita un mayor pulimento y ajuste.

Saludos cordiales.

(20 de septiembre de 2019)

Celebro tanto la escritura de este libro, de un tiempo a esta parte me parece curioso y lamentable que las voces literarias de muchos compañeros, amigos y conocidos de nuestra generación se hayan postergado, o de plano perdido, entre días de urgencias falsas y batallas contra lo aparente por lo necesario de comer y otros lujos. En este mundo tan cruel nunca sobra la belleza pues resulta un consuelo para las sensibilidades solitarias, muchas veces por insospechadas o temerosas, frente a la indiferente masacre y destrucción de todo y todxs. He de confesar que desde que me enviaste el texto he tardado un poco en tener el tiempo para leerlo y encima en decidirme a hacerlo pero ya que lo comencé no pude parar.

Me encanta su polifonía, fue asomarse a un listado con diversidad de sabores y recuerdos, fue asomarse a quien has sido todo este tiempo y, por supuesto, a quienes hemos sido. Me sorprende gratamente reconocer cuánto de este trecho de vida hemos compartido, cuántas caras y lugares se entrelazan en nuestras memorias, hemos sido, sin duda. La vida nos ha llevado por diferentes caminos y a pesar de eso cuán unidas están nuestras rutas de una u otra forma. Sí, sin duda me pone a pensar y recordar como bien señala el título.

Ahora bien, entremos de lleno con los comentarios, no quiero tomarte el pelo ni endulzarte el asunto, simple y sencillamente creo justo reconocer nuestro lazo en esto que has

escrito porque indudablemente me reconozco dentro de tu memoria.

Debo decir que pese a todo lo anterior, terminar de cabo a rabo el texto fue sumamente difícil. No lo leo listo para ser publicado. El ejercicio cognitivo de acceder a pequeños fragmentos de discurso introducidos por la misma fórmula gramatical es arduo después de algunas páginas, conforme avanza se agradecería muchísimo que recuerrieras a cualquier otra forma, con tantas posibles, de invocar al recuerdo. A fuerza de repetición la frase pierde sentido, encanto y contundencia.

Hay muchísimos chispazos a lo largo del texto, es innegable que siempre has tenido buena pluma, aquí entre nos, quizá la mejor entre nuestra generación, pero más allá de las maniobras verbales, correctamente resueltas, me preocupa la materia con la que elaboras tu discurso. No soy quien, y creo que nadie tiene ese derecho, para decirte sobre qué escribir y sobre qué no, sin embargo, por honestidad literaria me siento obligado a decirte lo que pienso. Tratas asuntos delicados, algunos muy delicados en la vida de otras personas, resulta un tanto desconcertante que en el contexto de las invocaciones a la memoria, reflexiones estetizadas y confesiones se mezclen acontecimientos cuya sola mención resulta, por lo menos, indiscreta. No lo pienso al interior únicamente del texto, donde bien se podría acusar que tomas momentos dolorosos para otrxs que no han decidido confesar y sin ninguna clase de atenuante los sueltas, sino fuera de él, en el libro, en su posible publicación como hecho social y sobre todo humano. ¿Has visto esos videos “porno amateur” que titulan con el nombre y apellidos de lxs involucrados? ¿Qué necesidad hay de exhibir así a otros sin su consentimiento? Si la anécdota lo amerita, ¿no se reconocerían por sí solos leyéndote sin que pongas al tanto a todo aquel que

se cruce con el libro? Sé que esto que digo puede sonar un tanto moralino: lo es. Si te da igual por ese lado te lo digo de esta otra manera, algunos se leen como homenajes desde la admiración más sincera, otros como chismes a lo Chapoy, unos más como ataques y vendettas. Muchos desmerecen de otros fragmentos que dejan ver mucha más humanidad y belleza. En este caso, el yo lírico eres tú, indivisiblemente. Sé responsable. Cuida tu voz y cuida a tu comunidad. Ya lo hemos platicado, podría jurar que llegamos a esa conclusión juntos estando separados, ética es estética y también política, no la abstracta que nos engulle sino la inmediata que nos compete; no sólo eso, también la del gremio en el que te desenvuelves: se requiere valor para denunciar injusticias y se necesita otra cosa para señalar estupideces y vicios ajenos de esa forma, en ese lugar.

Creo que el libro necesita depurarse y trabajarse más, es una excelente argamasa pero le hace falta seleccionar sus asuntos, pensar desde dónde se está diciendo esto pero sobre todo para qué. Lo celebro como ejercicio de escritura comprometida, tienes poco más de doscientas páginas de texto pero ¿qué quieres provocar en tu lector? ¿A dónde nos quieres llevar? ¿Qué quieres que pensemos, sintamos o experimentemos? ¿Por qué debería importarnos esto que dices? El lector está en su absoluto e irrenunciable derecho a abandonar la lectura, ¿cómo lidias con ello?

Selecciona, hay mucha paja y hay cosas a las que te está dando miedo entrar y se siente. A mí me parece que hay cierta narrativa interna en el intercalamiento de: infancia, adolescencia, reflexiones, vida cotidiana, aventuras fritas, universidad, tu padre, tu madre; que son, a grandes rasgos, los campos semánticos en los que me atrevería a clasificar lo que se aborda. Creo que muchos pueden y merecen ser desarrollados, se puede prescindir de otros y en general pueden

y deberían tener un orden más intencionado (de forma que no lo note el lector, por supuesto).

Sé que es frustrante poner empeño y que te devuelvan un “trabájalo más” pero, contrario al trabajo periodístico del día a día, esto no urge. Date el tiempo, este puede ser y tiene con qué ser un gran poemario, no lo tires por la borda, no te desanimas. El tesón de los autores reluce en esta parte del proceso. Puedes abandonarlo porque es demasiado difícil, arduo, tardado, abrumante, tedioso, el nombre que le pongas, o puedes perseverar y seguir hasta que estés rendido. Espero que te sean de utilidad mis palabras y también espero poder tener este libro en mis manos pronto.

Epílogo

Escribí estas memorias a los treinta años y mientras trabajaba en Televisa Chapultepec bajo un esquema de contratación terciada que, aunque me pagaba buenas quincenas, reportaba al Seguro Social el monto mínimo permitido por la ley, en una operación de robo al Estado mexicano perpetrado desde una de sus empresas sin embargo favoritas, alimentada con miles de millones de pesos de dinero público durante las décadas de su consolidación como una entidad relevante, también insoslayable en la comprensión de nuestra cultura nacional. Las escribí mayormente en horario laboral, tratando así de ajustar en alguna medida cuentas con un empleador que nos informó mal sobre los planes que tenía para nosotros, básicamente prediseñados para agotarse tras el periodo electoral de 2018, aunque no lo supimos así con claridad sino hasta bien cercano el guillotinado del equipo. A mis compañeros de Fusión México: espero no haber faltado a mis obligaciones profesionales con ustedes en ninguna ocasión, no obstante esta distracción que se quiere en deuda con las pasiones literarias que me han acompañado a lo largo de la vida.

Estas páginas, pues, buscan modestamente, y a la sombra de Margo Glantz, Georges Perec y Joe Brainard, plantear una venganza simbólica desde la literatura contra el abuso corporativo que, mientras se viste con su talento, ridiculiza a la clase trabajadora y, de paso, erosiona con evasiones una mejor consolidación en el país de servicios públicos como la salud.

